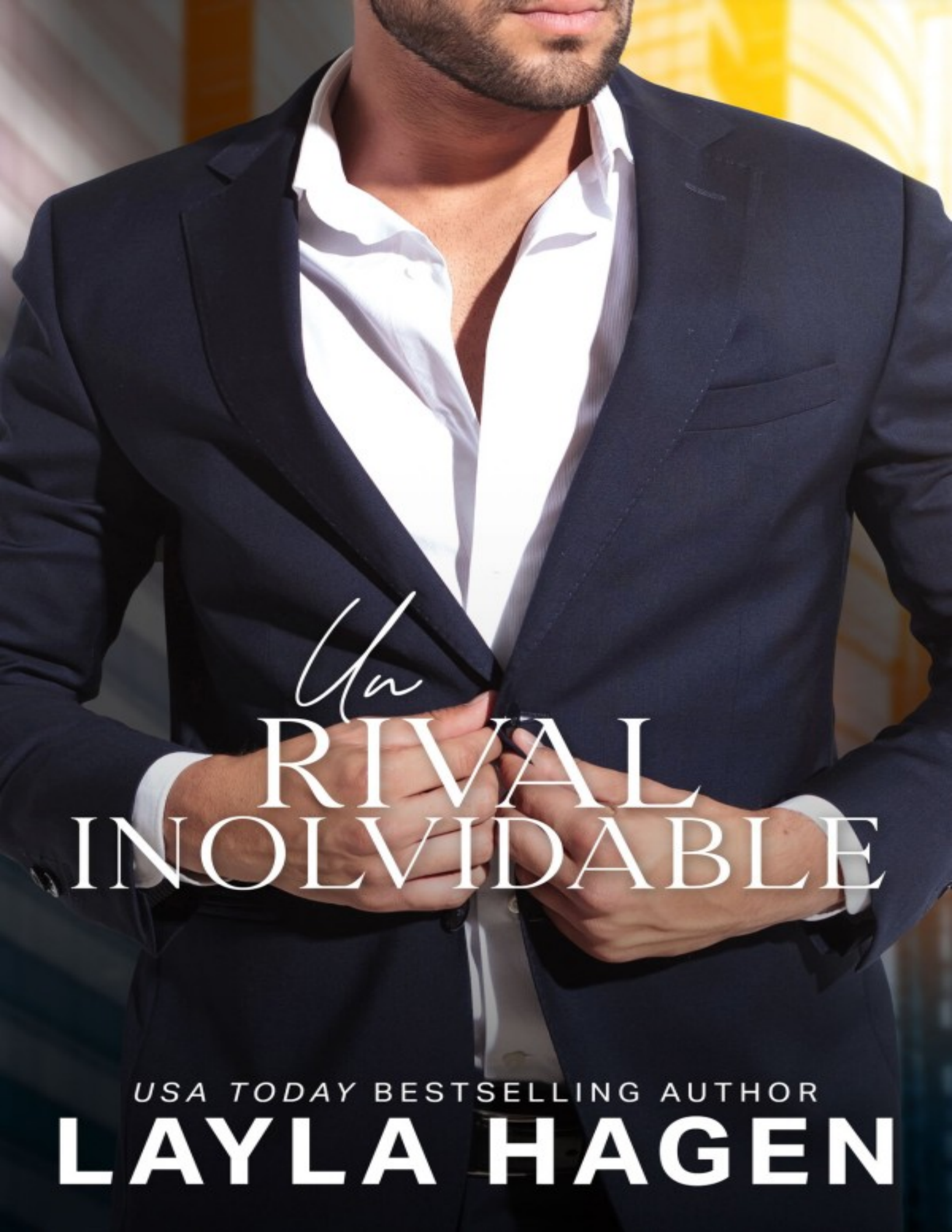

Un
RIVAL
INOLVIDABLE
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
LAYLA HAGEN

UN RIVAL INOLVIDABLE

LOS HERMANOS LEBLANC

LIBRO 4

LAYLA HAGEN

Zachary & Grace ~ Los Hermanos LeBlanc

Libro 4

Layla Hagen

Un Rival Inolvidable

Copyright ©2026 Layla Hagen

Portada: Uplifting Designs

Traducido por HANA FOX LITERARY BOUTIQUE

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

ÍNDICE

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve

Otras Obras de Layla Hagen

CAPÍTULO UNO

ZACHARY

—TÍO ZACHARY —dijo mi sobrina Bella en tono sospechoso—, tenemos que hablar.

Me recosté en mi silla para mirar al resto de la familia por el rabillo del ojo y comprobar que todos estaban charlando entre sí. Bella había elegido ese momento a propósito, lo que significaba que quería hablar conmigo a solas.

—Claro —respondí.

Ella también echó un vistazo alrededor de la mesa. Tenía apenas diez años, pero parecía mucho más mayor, y cada vez que decía "tenemos que hablar" me preparaba para cualquier cosa. Jamás sabía con qué tema iba a salir.

—Peque, ¿pasa algo? —preguntó mi hermano Chad.

—No, papá, estoy bien —suspiró y me miró con exasperación—. Mejor dejamos la conversación para otro día, tío —susurró.

—Vale. Te prometo que te llamaré —respondí con un guiño.

Bella asintió y volvió a su silla.

Nuestra sobrina acudía a sus cinco tíos LeBlanc según el tipo de consejo que precisara. A mí me llamaba cuando necesitaba ayuda para "solucionar" un problema relacionado con sus amistades; a Julian cuando quería algo que su padre no le permitía, como

golosinas. Como Chad había sido prácticamente padre soltero, todos los hermanos nos implicamos mucho en la crianza.

—¡Ha llegado la comida! —exclamó Chad, cuando los camareros se acercaron y colocaron sobre la mesa unas enormes fuentes de *gumbo*[1].

Como propietarios de *LeBlanc & Broussard*, uno de los restaurantes más famosos de Royal Street en Nueva Orleans, teníamos la ventaja de poder reunirnos allí a nuestro antojo. Ese día la familia se había congregado al completo; no se trataba de una ocasión especial, sino una simple cena para ponernos al día.

—Sigo pensando que como el *gumbo* de nuestra época, no hay —sentenció Isabeau.

—Venga ya, Isabeau —resopló Celine—. Scarlett es una cocinera excelente.

—Lo sé. Pero una cosa no quita la otra —respondió, y no insistió en el tema.

Aunque mis abuelas, Isabeau y Celine, llevaban años jubiladas, fueron durante mucho tiempo las orgullosas cocineras de *LeBlanc & Broussard.* La prometida de Chad, Scarlett, era la jefa de cocina, y en mi opinión, lo estaba bordando. A pesar de los años, Isabeau seguía manteniendo su espíritu competitivo contra otros cocineros. No sabía si era algo propio de ella o les pasaba a todos los que se dedicaban al mundillo de la cocina.

Mis abuelos, que estaban sentados junto a sus esposas, se rieron entre dientes, pero no dijeron ni una palabra sobre el comentario de Isabeau.

Mientras el camarero servía los platos, decidí que era el momento adecuado para sacar un tema que llevaba tiempo rondándome la cabeza. Éramos seis hermanos y cada uno estaba al mando de una rama del grupo empresarial *The Orleans Conglomerate*, y era habitual que nos pidiéramos consejo unos a otros sobre negocios. Nuestro padre había estado al frente antes que nosotros, y nuestros abuelos antes que él. Quería escuchar la opinión de todos, aunque no se trataba de una decisión empresarial, estrictamente hablando.

—Ya que estamos todos aquí —empecé—, quería comentaros que me ha surgido una oportunidad.

—¿De negocios? —preguntó Xander con entusiasmo.

Asentí:

—Ya se lo he contado a Anthony y a Beckett en el obrador, pero quiero saber la opinión del resto. —Eso llamó la atención de todos, y continué—: Se trata de una finca junto al pantano que brinda servicios de equinoterapia. Necesitan capital para una buena reforma, entre otras cosas, y están buscando un socio inversionista. Parece una buena causa que ayuda a muchas personas, por lo que estoy interesado en invertir.

—¡Qué idea tan maravillosa! —exclamó Isabeau, aplaudiendo con entusiasmo.

Xander frunció el ceño:

—Un momento, ¿de verdad tienes tiempo para meterte en ese lío? ¿Por qué no haces una donación, o te limitas a poner el dinero, y te mantienes al margen?

De todos los hermanos, Xander era el más pragmático y eficiente. Lo admiraba mucho, pero también creía que se perdía muchas cosas bonitas de la vida. Y eso que había cambiado mucho desde que conoció a su prometida, Bailey.

—Entonces… una finca de equinoterapia. ¡Qué interesante! —comentó mi madre.

—Cuando trabajé como técnico de emergencias voluntario, descubrí que las terapias con caballos son una práctica bastante común.

—Siempre pensamos que acabarías siendo médico —dijo Isabeau.

Su comentario no me sorprendió. Cuando era adolescente, hice un curso de técnico de emergencias sanitarias y trabajé como voluntario en el cuerpo de bomberos durante toda la universidad e incluso después de empezar como becario en el negocio familiar. Me gustaba ayudar a la gente y se me daba muy bien. Pero como estaba al mando del sector de transporte marítimo del grupo familiar, tuve que tomar una decisión. Mi puesto implicaba tanta responsabilidad que no me dejaba mucho tiempo para actividades

extracurriculares. Sin embargo, ese sitio… ese proyecto… me atrajo por completo.

—¿Grace Deveraux sigue interesada en la finca? —preguntó Anthony.

—Sí —asentí.

Me ponía de los nervios de solo escuchar el apellido Deveraux.

Sus hermanos, Kyle y Beau, habían estafado a muchas empresas de la ciudad y tenían una pésima reputación. El año anterior, Xander los desenmascaró y expuso sus chanchullos ante todo el mundo y, desde entonces, parecía que se los había tragado la tierra.

—¿Sabéis algo de Grace? —pregunté, mirando a mis abuelas.

Había preguntado en mis círculos de negocios, pero no obtuve nada fiable. Todo el mundo daba por hecho que era como sus hermanos: arrogante, de dudosa integridad moral y despectiva. No obstante, a mí no me gustaba especular; prefería basarme en hechos concretos.

Isabeau entrecerró los ojos:

—Hasta su reciente divorcio, era Grace Cointreau. Me consta que trabajaba en la empresa de su familia, pero ahora no sé a qué se dedica.

—Creo que se tomó un descanso —añadió Celine.

—¿La conocéis personalmente? —les pregunté.

Mis abuelas eran muy sociables; iban a todos los eventos de Nueva Orleans, y si no acudían, desde luego conocían a alguien que había asistido.

Isabeau negó con la cabeza:

—No, qué va. Pero el apellido Deveraux es muy conocido.

—Grace no fue al mismo colegio con nosotros, ¿verdad? —le preguntó Anthony a Beckett.

Recordaba a Kyle y Beau del colegio, pero no a Grace, lo cual no era de extrañar si era unos años más joven.

—Iba a un colegio solo para chicas —respondió Celine—. Lo comentaron en una fiesta hace años.

—Para no conocerla sabes mucho sobre ella.

Celine sonrió:

—¿Qué quieres que te diga? Tengo facilidad para recordar los cotilleos.

Pero yo no quería cotilleos, sino saber a qué se dedicaba, si era igual que sus hermanos y el motivo de su interés por la finca. Claramente, mi familia no me daría esos detalles..

—Bueno, ¡a comer todo el mundo! —zanjó Chad, como si leyera mis pensamientos, justo cuando los camareros terminaron de servir a todos.

Montar las oficinas en la planta superior a *LeBlanc & Broussard* fue, sin duda, la mejor idea que habíamos tenido nunca. Chad, Anthony, Beckett y yo trabajábamos allí. Julian trabajaba principalmente en el despacho de su bar en Dumaine, y Xander en el distrito financiero. Yo, por mi parte, había elegido la sede principal porque era muy conveniente; a menudo almorzaba allí, y a veces incluso cenaba si tenía que quedarme hasta tarde. Me gustaba estar en el Barrio Francés: era el corazón de Nueva Orleans.

Después de cenar con mi familia, cada uno tomó su propio rumbo. Decidí visitar a Julian en su bar en lugar de irme directamente a casa. De camino, llamé a mi persona de confianza a la que siempre recurría cuando quería investigar a posibles socios comerciales.

—Hola, Marcel —saludé cuando respondió.

—Zachary LeBlanc. ¿A qué debo el honor?

—Estoy evaluando una oportunidad de negocio, pero tengo una competidora: Grace Deveraux.

—¿Pertenece a los *famosos* Deveraux? —preguntó Marcel.

—Los mismos. Quiero invertir en una finca, y ella también.

—Entiendo, necesitas que encuentre los trapos sucios de la competencia.

No me gustó su juicio de valor anticipado. Sabía que Kyle y Beau eran estafadores consagrados, pero, hasta donde sabíamos, el resto de la familia no estaba implicada en sus timos.

—Envíame los detalles de la finca por mensaje, y te responderé en cuanto tenga algo —comentó—. ¿Qué es exactamente lo que quieres saber?

—A qué se dedica y si es de fiar.

Marcel resopló antes de responder:

—Si es tan buena ocultando sus chanchullos como sus hermanos, no será nada fácil.

—Vamos a suponer que tiene todo en regla y empezar la investigación.

—Siempre piensas lo mejor de la gente.

Era mi forma de actuar y nunca me había fallado; no entendía a las personas que iban por la vida asumiendo lo peor de los demás. Debía de ser agotador.

Al margen de todo, estaba deseando saber más sobre la célebre Grace Deveraux.

---

1 Nota de la Traductora: *Gumbo* es un guiso criollo tradicional de Nueva Orleans.

CAPÍTULO DOS

GRACE

—MUY BIEN, chicas. Ha sido una reunión muy productiva —les dije a Alice y Keisha, mis dos empleadas más valiosas, sin las cuales mi emprendimiento sería imposible.

—Se me están ocurriendo muchas ideas, Grace —comentó Keisha.

Mi negocio de cuidado de la piel estaba en pleno auge, y no podía estar más contenta.

—¡No sabéis lo emocionada que estoy! —exclamé con una sonrisa.

—Nosotras también —asintió Alice—. Tu entusiasmo es contagioso. Pero, si te parece bien, nos vamos a casa que ya se ha hecho tarde.

—Oh, lo siento mucho —dije tras ver el reloj y constatar la hora —: No era mi intención reteneros tanto tiempo.

—No pasa nada —respondió Alice—. Hemos avanzado mucho y ha merecido la pena quedarnos hasta tarde.

Mierda. Las dos estaban casadas y tenían hijos; entendía perfectamente que quisieran estar en su casa para la cena. Desde mi divorcio, había dedicado todo mi esfuerzo y tiempo al negocio. Esto

me llevaba a trabajar sin horario, y a menudo olvidaba que mis empleadas tenían un horario laboral que yo debía respetar.

—Iros a casa ya mismo, por favor. Yo también me marcharé pronto.

Una vez que se despidieron y salieron de mi oficina, me levanté. Estiré el cuello de un lado a otro y sonreí al contemplar las vistas desde el enorme ventanal. Me fascinaba la energía vibrante del distrito financiero. Aunque inicialmente consideré alquilar una oficina en el Barrio Francés, una de mis zonas favoritas de la ciudad, quería algo más moderno. Aquí había muchas *start-ups* de desarrollo de *software*, y aunque yo no me dedicaba a ello, me gustaba la sensación de estar rodeada de gente creativa y con espíritu emprendedor. A veces me costaba creer que solo hacía un año que había fundado mi empresa. Parecía mucho más.

Era el nuevo comienzo que *tanto* necesitaba.

A mi ex le habría jodido verme tan feliz. El día de nuestra boda, mis ojos brillaban por la esperanza puesta en el futuro. Sin embargo, a medida que el matrimonio avanzaba, me resultaba cada vez más difícil mantener la ilusión.

Por aquel entonces, trabajaba en el departamento de *marketing* de la empresa familiar. Desempeñaba mi rol con éxito, pero mi exmarido me convenció para dejar mi trabajo y dedicarme a las labores domésticas, con la esperanza de formar pronto una familia. Aún me pregunto por qué acepté su sugerencia si siempre me había gustado trabajar y ser independiente. Tal vez que en aquel momento estaba muy enamorada y me parecía lógico: si me quedaba embarazada, querría estar con el bebé de todos modos.

El embarazo nunca llegó. Y justo después de dejar mi empleo, mi marido se volvió distante y despectivo, y me trataba con desdén.

Por suerte, todo aquello había quedado en el pasado. Aun así, en honor a la verdad, el recuerdo de lo que viví con él aún me resultaba doloroso.

Grace Cointreau volvió a ser Grace Deveraux, aunque tampoco me estaba siendo de ayuda últimamente. Mis hermanos la habían cagado hasta el fondo, y por ello, mucha gente se mostraba recelosa de asociarse con el apellido Deveraux. Era lógico, considerando la

que liaron esos dos idiotas. Me topé con muchos obstáculos al montar mi propio negocio. Afortunadamente, pude hacerlo gracias a que tenía unos ahorros considerables, ya que mi orgullo me impedía pedir dinero a mis padres.

Hablando de nuevos comienzos…

Me apresuré a mi escritorio y abrí el portátil. Quizás era una característica de los *millennials*, pero no me gustaba consultar el correo en el móvil. Hice clic en mi bandeja de entrada. *Maldita sea*. No había ninguna respuesta.

Hacía poco me había llamado mucho la atención un anuncio sobre una finca de equinoterapia que buscaba un inversionista.

Tras mi divorcio, fui a terapia para sanar, y en algunas sesiones me plantearon realizar actividades como pintar, jugar con perros… y había sido maravilloso. La finca de Gaston y Felicia tenía el mismo objetivo: la sanación.

Les había enviado un correo electrónico la semana anterior y me respondieron diciendo que se pondrían en contacto, pero aún seguía esperando. Quería conocer los detalles y saber si había alguien más interesado.

A pesar de la hora, decidí llamarlos directamente. Conociéndome, a la mañana siguiente puede que lo olvidara todo y enfocase toda mi atención en la comercialización de mi nueva línea de productos de *skincare*. Para mi alegría, alguien respondió al primer timbre.

—Hola.

—Hola, mi nombre es Grace Deveraux, y llamaba porque…

—Ah, sí, señora Deveraux. Soy Gaston. —Tras una breve pausa, añadió—: Lo siento, teníamos intención de responderle, pero hemos estado muy ocupados.

—Por eso los he llamado, sabía que sería más fácil por teléfono.

—Sí, sí. Buena idea. Gracias por llamar y por su interés.

—No quiero entretenerlo mucho, solo concertar una cita para visitar la finca.

—Claro, claro. Hablaré con mi esposa y veré qué día tenemos disponible la próxima semana. ¿Prefiere por la tarde o por la mañana?

—Puedo adaptarme a lo que usted me diga. —Me detuve un momento y proseguí—: ¿Puedo preguntarle si hay alguna otra persona interesada?

—Sí, hay un hombre interesado… se llama Zachary LeBlanc.

El nombre me resultaba familiar, por supuesto, y no solo porque era un apellido común en Nueva Orleans. Los LeBlanc y los Broussard eran muy conocidos en nuestra comunidad. De hecho, uno de ellos, Xander, fue quien reunió las pruebas documentales para demostrar la estafa de mis hermanos.

—Ya veo —me limité a responder.

¿Por qué un LeBlanc estaría interesado en una finca de equinoterapia? *The Orleans Conglomerate* ya tenía docenas de negocios sin ninguna relación con ese sector.

—Vamos a coordinar una cita para que ambos lo vean al mismo tiempo, si le parece bien.

—Claro, es lógico.

Para ellos, claro está.

—Por cierto —continuó—, ha llamado un tal Marcel.

—Sí…

—Dijo que trabaja con Zachary LeBlanc y nos preguntó por usted.

Parpadeé, segura de haber escuchado mal.

—Perdone, ¿ha dicho que ha preguntado por *mí*? ¿Qué tipo de preguntas le hizo?

—Si la conocemos, qué tipo de persona es, si nos vemos haciendo negocios con usted. Si hemos oído hablar de… eh… de sus hermanos.

Vaya. Tampoco podía decir que me sorprendía por completo; la estafa fue tema de conversación en toda la ciudad durante meses. Pero aun así, era un comportamiento muy poco profesional, y estaba claro que ese hombre quería causar una mala impresión de mí.

—Me pareció muy extraña esa llamada —continuó Gaston.

—Sí, totalmente —coincidí, y crucé los dedos para que se lo echara en cara a Zachary. No lo conocía pero ya me caía mal. ¿Cómo era capaz de hacerle algo así a un competidor para hacerse con la inversión de la finca?—. Señor…

—Podemos tutearnos si te parece, Grace.

—Claro. Si quieres hacerme alguna pregunta, adelante.

Tras una breve pausa, Gaston dijo:

—No es que haya oído hablar precisamente bien de tus hermanos.

Cerré los ojos y tomé aire. *Si cobrara un céntimo cada vez que me lo dicen…*

—Sí, lo sé. Han cometido un delito y son absolutamente responsables de sus actos.

—Desde luego, se dice que han estafado a mucha gente.

Legalmente, lo suyo rozó la estafa piramidal, y gracias a que pudieron permitirse los mejores abogados, se libraron por poco de acabar entre las rejas. Aún así, se vieron obligados a abandonar la ciudad. Nadie en Nueva Orleans volvería a hacer negocios con ellos.

Ni siquiera cuando era una niña me había llevado bien con mis hermanos; siempre habían sido aprovechadores y oportunistas, viviendo bajo la ley del mínimo esfuerzo. Quizás esa fue una de las razones por las que me negué a ir al mismo colegio que ellos. Desde muy temprano, quería abrirme mi propio camino: el camino correcto.

—Bueno, mi esposa y yo hemos estado hablando…

—Gaston —le interrumpí en voz baja—, *yo* sería la persona que invertiría en vuestro negocio, y quien correría el riesgo económico, pero si tenéis dudas al respecto…

—No, no. Olvida lo que he dicho, por favor. Ni siquiera sé por qué te lo he comentado … ese tal Marcel debe de haberme influido.

Apreté los dientes. No podía creer que aún sin conocer a Zachary LeBlanc ya tuviera cuentas que saldar con él.

—Somos una pequeña empresa y sabemos que la persona que quiera invertir en nuestra finca lo hace de corazón, no como una mera oportunidad de negocio —continuó.

Yo pensaba igual. De hecho, ni siquiera les había pedido un balance de la situación financiera; daba por hecho que la finca apenas podía sostenerse.

—¿Tienes algún tipo de experiencia con terapia asistida con animales? —preguntó.

—Después de mi divorcio hice terapia con perros —confesé sorprendida, cerrando los ojos. *¿Por qué le estoy contando esto?* Intentaba no compartir detalles de mi vida personal fuera de mi esfera íntima; no quería ser percibida como alguien débil, y menos en el ámbito empresarial—. A lo que iba es que, me parece muy entrañable y sé de primera mano lo valiosa que es la terapia con animales. Vuestro trabajo con veteranos de guerra y niños es admirable, y por eso quiero ayudar. —Se dedicaban especialmente en trastornos de estrés postraumático en veteranos de guerra y ansiedad en niños.

—Gracias, me alegra escuchar eso. —Tras una breve pausa, añadió—: Mira, mi esposa está dando de comer a los caballos y va a tardar un rato… no puedo darte una fecha concreta ahora mismo.

—No te preocupes, esperaré tu llamada —respondí, y aproveché para pedirle—: Pero si pudiéramos concertar una visita para la semana que viene, te lo agradecería mucho. —Esa era mi forma de conseguir las cosas, pedir con educación y, por lo general, funcionaba muy bien.

—Antes de colgar, me gustaría hacerte una última pregunta. ¿El dinero que quieres invertir lo tienes declarado en el banco?

Era una pregunta válida; en muchos casos resultaba complicado justificar la procedencia de los fondos.

—Así es. Proviene de mis ahorros personales.

Daba gracias cada día por que mi negocio de *skincare* hubiera despegado con éxito.

—Estupendo. Nos vemos la semana que viene, ¿vale?

—Gracias, Gaston.

Después de colgar, tuve la tentación de buscar a Zachary LeBlanc en Google, pero no quería amargarme el resto de la noche. Tenía que reconocer que en el ámbito empresarial era habitual pedir referencias de un potencial inversor, y tenía su lógica. Ya lidiaría con él cuando nos viéramos en la finca.

A veces parecía que Nueva Orleans era una ciudad pequeña, sobre todo cuando se trataba de familias tradicionales como la mía o la de los LeBlanc Broussard, y a la gente le encantaba hablar. Pero Zachary se había pasado tres pueblos.

Da igual. El día ha terminado y no voy a darle más vueltas a este asunto.

Respiré hondo y me levanté del escritorio antes de que pudiera encontrar otra cosa en qué ponerme a trabajar. Salí a la calle y respiré el aire de la noche: era cálido y pegajoso. Los veranos en Nueva Orleans eran espantosamente húmedos, y agradecí tener aire acondicionado en la oficina. La falda ajustada y la blusa fina que llevaba no era la mejor elección para aquel caluroso tiempo.

Tenía toda la noche para mí sola, así que decidí aprovecharla para darme un capricho y pasar por el pequeño restaurante fusión a la vuelta de la esquina para pedir mi *jambalaya*[1] favorita. Todo iba sobre ruedas y nada ni nadie me haría pensar lo contrario, mucho menos Zachary LeBlanc.

---

1 Nota de la Traductora: La *jambalaya* es un guiso de arroz especiado, típico de Luisiana, que lleva distintos tipos de carne, mariscos y vegetales.

CAPÍTULO TRES

ZACHARY

SOLÍA DISFRUTAR MUCHO de mis visitas a los pantanos de Luisiana, especialmente los fines de semana, cuando iba a pescar con mis abuelos. Después de que se retiraran de la dirección del *Orleans Conglomerate,* hacía ya muchos años, ambos se aficionaron a aquella actividad. Me encantaba pasar tiempo con ellos y oír sus anécdotas de juventud. Tenían una gran sabiduría, y a menudo les pedía consejos sobre negocios cuando tenía algún dilema. Valoraba mucho sus opiniones, aunque no siempre las siguiera.

Sin embargo, ir en coche hasta el pantano una tarde de un día laborable fue la peor idea del mundo. Tardé cuatro horas en llegar en lugar de tres, y como me aburría por el camino, aproveché para llamar a mi sobrina Bella.

Por la hora que era, deduje que mi hermano Chad ya la habría recogido del colegio y estaría en casa, así que lo llamé por el manos libres.

—Hola —respondió.

—Buenas, ¿puedes pasarme con Bella?

—Claro —dijo entre risas—. Ya empezamos con las llamadas, ¿eh?

Habían pasado unos días desde que hablamos en la cena. Estuve atrapado en un sinfín de reuniones, pero no quería posponerlo más y decepcionar a mi sobrina.

—Hola, tío Zachary.

Era su voz seria, lo que me alertó de que realmente necesitaba hablar. A veces utilizaba a sus tíos para salirse con la suya en cosas que Chad no le permitía, como ver la siguiente película de Harry Potter, que era demasiado oscura para una niña de su edad, o comer demasiados dulces. Pero su tono era diferente. Desde que Chad y Scarlett tuvieron a Simone, nosotros le prestábamos aún más atención a Bella, para que no se sintiera celosa. Pero parecía haberse adaptado bien a su rol de hermana mayor.

—Hola, peque. ¿De qué quieres hablar?

—¿Es cierto lo que dicen en la familia sobre ti?

—¿A qué te refieres? Dicen muchas cosas.

—Es verdad —dijo con una risa—. Dicen que se te da muy bien solucionar problemas.

¿A dónde quiere llegar?

—Sí, es verdad.

—Qué bien, porque tengo un problema.

—¿Qué pasa? —le oí preguntar a Chad.

—Papá, te he pedido que nos dejes a solas. Esto es entre el tío Zachary y yo.

Apenas pude contener la risa.

—Vale, vale —refunfuñó Chad en segundo plano.

Bella se quedó en silencio un momento antes de decir:

—Unas niñas del colegio me han dicho que mis amigas no molan, y no quieren que siga en su grupo. Y que, si no lo hago, me dejarán de lado.

Detestaba la crueldad de los niños.

—¿Y *tú* qué quieres, Bella?

—No quiero separarme de mis amigas. Para mí son las mejores.

Mi sobrina es la caña.

—Entonces ya sabes la respuesta.

—Pero, ¿qué hago para que las otras niñas no me dejen de lado?

—¿Por qué quieres ser amiga de ellas?

—Porque son las populares.

Pobre Bella. La presión social del colegio.

—¿Te diviertes con ellas?

—No mucho… Hay veces que son muy malas.

—¿Te gustan los juegos a los que jugáis?

—Más o menos. —Se notaba que dudaba de su propia respuesta.

—¿Podrías jugar a lo mismo sin ellas? ¿O con tus compañeras de siempre?

—Sí, podría jugar con mis amigas de siempre.

—Bella, escúchame bien, no estás obligada a ser amiga de nadie si no quieres. No dejes que las chicas populares te fuercen a hacer algo que tú no quieres.

—¿De verdad? —preguntó con alivio—. Pensaba que, si me incluían en su grupo, *debía* hacer todo lo que ellas dijeran.

—No, para nada.

—No sabía que eso fuera una opción. —Parecía perpleja.

—Siempre tienes alternativa, pequeña. Te lo aseguro.

—No quiero separarme de mis amigas de siempre para estar con las "popus". ¡Gracias, tío Zachary! ¡Eres el mejor!

Me reí:

—Me alegro de haberte ayudado. Siento haber tardado tanto en llamarte.

—No ha sido tanto. Solo tres días.

Me hacía gracia lo literal que eran los niños. No era de extrañar que se llevara tan bien con Xander. Aunque, en realidad se llevaba bien con todos los miembros de la familia y, por supuesto, la mimábamos mucho.

Pensé que le devolvería el teléfono a Chad, pero simplemente colgó la llamada, lo que me hizo sonreír. Para tener solo diez años, era muy espabilada.

Estuve tentado de volver a llamar a Chad para decirle que no tenía nada de qué preocuparse. Solía ponerse en alerta cada vez que Bella quería hablar de algo exclusivamente con nosotros. Entonces recordé que no había vuelto a hablar con Marcel, y teniendo en cuenta que estaba a punto de conocer en persona a Grace Deveraux, ya era hora de que obtuviera algo de información.

Le pedí a *Siri* que lo llamara y respondió después de unos cuantos tonos.

—Hola, Zachary. Estaba a punto de llamarte.

—¿Has conseguido información?

—Claro, sabes que siempre consigo lo que me pides. Empezaré por orden cronológico: Grace Deveraux fue a un colegio privado solo para chicas.

—Eso ya lo sé. Sáltate su vida cuando era pequeña y cuéntame lo más reciente.

—Después de graduarse en la universidad, estuvo ocho años en la empresa Deveraux hasta que se casó y dejó de trabajar… Se dedicó a asistir a eventos sociales, y eso fue lo único que hizo durante los últimos años. Cuatro, para ser exactos. Grace y Roger Cointreau se divorciaron el año pasado, y ella montó una empresa de cuidado de la piel. Si quieres mi opinión, parece más un capricho que otra cosa.

—Eso no lo sabemos —interrumpí, molesto por su tono.

—Tienes razón. Aún no he tenido tiempo de investigar sus finanzas ni su situación económica.

—¿Está implicada en algún negocio o relacionada de alguna manera con sus hermanos?

—No, al menos no he podido encontrar nada. A decir verdad, creo que es una mujer de la alta sociedad que quiere limpiar su imagen.

Su comentario me irritó. Marcel era bueno en lo que hacía, pero últimamente me sacaba de quicio. Le pagaba por brindar información, no por opinar.

—¿Ha montado ella la empresa sola?

—Sí, parece que no tiene socios ni depende de inversor alguno. Es que con el apellido Deveraux, habría sido imposible conseguir uno.

En ese punto, no podía llevarle la contraria: era un hecho innegable; eran las personas con peor reputación de la ciudad.

—Gracias por toda la información.

—De nada. ¿Quieres que indague más en sus finanzas?

—Por el momento no, pero te avisaré si es necesario. —No quería perder demasiado tiempo con eso porque no iba a hacer negocios directamente con ella.

Llegué a la finca poco después, y vi que ya había otro coche aparcado delante de la valla. Me bajé y cogí la caja de pralinés que había comprado hacía unos días para Gaston y Felicia. La primera vez que hablamos por teléfono, me dijeron lo mucho que les gustaban los dulces de *LeBlanc & Broussard*, y capté la indirecta.

El lugar tenía un gran potencial: la propiedad era enorme y el cuidado césped limitaba con el pantano. Había caballos caminando tranquilamente y varias cabañas destinadas al alojamiento de los pacientes durante los campamentos.

Incluso desde lejos podía ver que las cabañas habían visto días mejores: faltaban varias tejas y la madera de los porches necesitaba una reforma.

Me dirigí al edificio principal. Allí, lo primero que captó mi atención fue una morena espectacular. Estaba junto a una pareja de ancianos que, supuse, eran Gaston y Felicia. Pese a que solo la vi de perfil, me pareció guapísima. Llevaba una falda ajustada, una blusa elegante, y su cabello oscuro le llegaba hasta la cintura. Al acercarme, me fijé en sus oscuras y gruesas cejas y en sus labios rojos. Bajé la mirada y no pude evitar arquear una ceja. ¿Quién demonios iría a una finca en tacones de aguja?

Unos segundos más tarde, até cabos. Tenía que tratarse de Grace Deveraux.

—Hola, siento llegar tarde —saludé—. Soy Zachary.

—No te preocupes —respondió Gaston con un ademán para restarle importancia—. La señorita Deveraux también acaba de llegar.

—Soy Felicia —saludó su esposa, y les estreché la mano a ambos.

—He traído los pralinés que os prometí —comenté, tendiéndoles la caja.

—Oh, qué detalle —respondió Felicia, cogiéndola de mis manos.

Luego me volví hacia Grace Deveraux. Sus rasgos eran llamativos, y estaba seguro de que nunca la había visto antes

porque, de ser así, la habría recordado. No sonrió cuando me tendió la mano.

—Encantado —dije con voz fría.

—Igualmente.

Le estreché la mano un breve segundo y ella la retiró con rechazo. *Menuda presentación*. Era evidente que mi presencia le desagradaba.

—Entremos para que podamos contaros un poco lo que hacemos —sugirió Felicia.

—¿Y si vamos primero a ver los establos y damos una vuelta por la propiedad mientras aún hace sol? —sugerí.

—Hijo —dijo Gaston—, la humedad es peor aquí que en Nueva Orleans; nos moriríamos de calor. Podemos charlar primero y, cuando se ponga el sol, iremos a los establos. Tengo un buen repelente para los mosquitos.

—Prefiero ir ahora —insistí.

—Señor LeBlanc —intervino Grace—, ¿por qué no hace usted el recorrido mientras Gaston, Felicia y yo nos quedamos charlando dentro?

La miré, desconcertado. *¿Y esta mujer de qué va?*

—Mi idea era que fuéramos todos juntos —aclaré.

—Por mi parte, prefiero seguir el consejo de Gaston; él es quien mejor conoce este lugar. A menos que espere que obedezcamos sus órdenes sin más.

Esto es increíble.

—¿Tiene algún problema conmigo? —pregunté directamente.

—Mejor dígamelo usted.

Gaston y Felicia intercambiaron una mirada. Quizás Marcel tenía sus razones para sacar conclusiones precipitadas.

—¿Por qué no entramos? —propuso Felicia—. He preparado té helado.

—Claro —acepté.

Grace me dedicó una sonrisa sarcástica.

¿Pero qué le pasa?

Una vez en el vestíbulo, comprobé que la casa tenía mejor aspecto interior que exterior.

—Aquí es donde vivimos —explicó Gaston, señalando la sala.

—Solo ofrecéis campamentos de un par de días, ¿verdad? —pregunté.

—¡Has mirado nuestra página *web*! —exclamó Felicia, visiblemente emocionada.

—Por supuesto. Estuve investigando un poco antes de llamar.

Grace resopló. La miré de nuevo y su expresión era gélida. ¿Cómo podía ser tan guapa y, a la vez, tan altiva?

Felicia dirigió una mirada a Gaston, que se encogió de hombros. Grace se estaba cavando su propia tumba con su actitud tan poco profesional, pero no era asunto mío. De hecho, hasta me beneficiaba.

—Por experiencia, sabemos que los campamentos son lo que mejor funciona. Estamos a tres horas de Nueva Orleans, de donde vienen la mayoría de nuestros pacientes. Nadie haría un viaje tan largo solo para una sesión de una tarde —explicó Gaston—. Ofrecemos campamentos de una semana para niños, así como para adultos y veteranos de guerra. Los organizamos dependiendo de las necesidades de cada persona. Aquí es donde hacemos las sesiones de terapia de grupo —dijo, señalando cuatro salas vacías—, y también donde comemos todos juntos. La verdad es que los pacientes *adoran* a nuestros caballos.

—¿Cuántos terapeutas trabajan aquí? —pregunté.

—Entre cinco y diez, dependiendo de las necesidades del grupo, aunque la mayoría de los pacientes son siempre los mismos.

El trabajo que se hacía en la finca era muy valioso para muchas personas, y el hecho de que lo gestionaran todo entre los dos era impresionante.

Felicia añadió:

—Los pacientes interactuan principalmente con los animales como en cualquier finca: los asean, limpian los establos y, por supuesto, montan a caballo por los alrededores. El trabajo físico con animales es muy terapéutico.

—Es una labor impresionante —comentó Grace—. ¿Cuánto tiempo lleváis haciendo esto?

—Lo pone en la página *web* —respondí. ¿Acaso no lo había consultado?

Grace me fulminó con la mirada. No era propio de mí responder de esa manera, y no sabía muy bien por qué lo había hecho, pero me había cabreado y quería devolvérsela.

—Unos treinta años —contestó Felicia, como si nada—. Estudié psicoterapia en la universidad y quise hacer algo diferente. Por aquel entonces, el trabajo con animales no era algo común, y pocos lugares ofrecían ese tipo de servicio. Con la pequeña herencia que me dejaron mis padrés monté este sitio. Y esa fue la última vez que tuvimos dinero para invertir… por eso necesitamos una renovación a fondo.

—¿Tenéis entrenadores para los caballos? —pregunté.

—No, lo hacemos todo nosotros —respondió Felicia—. No estudiamos ni nos formamos específicamente en adiestramiento, pero es algo que hemos aprendido con la experiencia. Nunca hemos tenido problemas por el comportamiento de nuestros animales.

—¿Y nunca habéis recibido una demanda judicial? —inquirió Grace.

Era una pregunta inteligente, tenía que reconocerlo.

Me quedé unos pasos atrás para poder observarla bien: su actitud era prepotente, con los hombros rígidos y la barbilla ligeramente elevada.

—No, nunca —respondió Felicia.

Grace asintió, añadiendo:

—De todos modos, en caso que decida invertir aquí, lo tendré que evaluar con más detenimiento —continuó. Tanto Gaston como Felicia fruncieron el ceño. Estaba claro que Grace no se estaba ganando su confianza, pero a mí me daba igual.

Nos hicieron un recorrido completo por la casa y nos explicaron con gran detalle cómo organizaban las sesiones de terapia. Tardamos unas dos horas, pese a que solo había unas pocas habitaciones.

—Podríamos enseñaros las cabañas —explicó Gaston—, pero la mayoría están bastante deterioradas. Y es el motivo por el que no

hemos cogido reservas este verano: tal como están no podemos ofrecer los campamentos.

Ese comentario me desanimó. ¿Por qué esperaron hasta último momento?

—Aún así, me gustaría verlas —dijo Grace—, solo para hacerme una idea de qué tipo de inversión estamos hablando.

—Entonces vamos —respondió Gaston, mientras él y Felicia se dirigían hacia la puerta principal.

Grace ni siquiera me miró al pasar a mi lado. Quería preguntarle qué coño le pasaba, pero me contuve. Había ido hasta allí para evaluar si merecía la pena mi inversión. Si tenía algún problema conmigo, le correspondía a ella decírmelo.

CAPÍTULO CUATRO

GRACE

—COMO PODÉIS VER —comentó Felicia, después de mostrarnos dos cabañas—, necesitan una reforma urgente.

Sonreí y me giré para mirarlos. Cuando dijeron que no iban a ofrecer campamentos ese verano por el mal estado de las habitaciones, me había imaginado algo mucho peor.

—Felicia, tampoco están tan mal. Con un buen equipo de albañiles se pueden arreglar en un abrir y cerrar de ojos.

Me dirigía únicamente a ellos dos. No podía soportar mirar a Zachary LeBlanc. No entendía por qué me afectaba tanto. A ver… había jugado sucio pidiéndole a alguien que se pusiera en contacto con Felicia y Gaston, pero había soportado cosas mucho peores en la vida. Me mantuve a unos metros de distancia porque su proximidad me ponía nerviosa.

Más allá de estar cabreada con él, la *sensualidad* que irradiaba me tenía descentrada… Por mucho que me costara admitirlo, su atractivo era innegable. Pero eso no cambiaba nada: seguía siendo un imbécil, por más resplandecientes que fueran sus ojos azules o fuertes sus brazos. Sí, lo había observado con más atención de lo que me habría gustado… pero, ¿ qué se podía esperar si llevaba una camiseta ceñida?

—¿Todas las cabañas son del mismo tamaño? —pregunté. Aquellas solo tenían dos dormitorios.

—No, hay otras más pequeñas, de un solo dormitorio. A los veteranos de guerra, por ejemplo, les gusta tener privacidad, y a los niños, en su mayoría, compartir habitación.

—Tenéis para todos los gustos —sonreí, mirando a mi alrededor de nuevo.

Andaba con cuidado para no tropezar con mis tacones con los tablones del suelo. El terreno también era incómodo, y tenía que andar de puntillas todo el rato para no hundirme en la tierra.

La cabaña era de madera y hacía un calor *infernal*. Había que instalar un aire acondicionado urgente, de hecho, no entendía cómo habían construido las cabañas sin climatización, sabiendo lo sofocante y húmeda que era la zona de los pantanos en verano. Aunque tenía dos puertas enfrentadas para favorecer la ventilación, no era suficiente para enfriar la casa. Al calor del verano se le sumaban los insectos.

—Me encanta la energía de este lugar —comenté, y sus rostros se iluminaron por completo.

Menos mal. En la casa principal Felicia y Gaston parecían bastante serios, pero tenía que admitir que había metido la pata varias veces, y no me estaba comportando como de costumbre. Durante el trayecto hasta la finca, me había puesto muy nerviosa pensando en que Zachary LeBlanc les podría haber hablado mal de mí.

—¿Podemos ver los caballos? —pregunté.

—Claro.

—Me encantan los animales —añadí, con una sonrisa tímida.

Eran seres agradecidos, capaces de brindar amor puro e incondicional sin pedir nada a cambio.

Una vez de nuevo en el camino de tierra, bajé la mirada hacia mi calzado. Debería haber llevado zapatillas para cambiarme, pero se me olvidó por completo. Pese a mi habilidad con los tacones, iba mirando el suelo para evitar tropezar.

Los establos estaban bastante lejos de las cabañas. Caminaba muy pendiente de cada paso que daba Zachary, y aunque iba detrás

de mí, notaba su presencia cada vez que se aproximaba. A pesar del par de metros que nos separaban, podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

Había un par de caballos dentro del establo, y otros pastando fuera.

—¿Puedo acariciarlo? —pregunté, dirigiendo mi mirada a uno de los caballos.

—Claro —respondió Felicia—. ¿Tienes experiencia previa con ellos?

—Practiqué equitación en mi adolescencia.

Me acerqué al caballo más cercano, que era blanco con crin gris. Extendí la palma de mi mano sobre su hombro y, al instante, me invadió una sensación de paz. No tenía ninguna duda de que la mera presencia de esos nobles animales ayudaban a las personas a sentirse mejor.

—¿Tenéis un veterinario de guardia? —preguntó Zachary.

—Sí, y afortunadamente no vive muy lejos de aquí —respondió Felicia, que continuó hablando de los caballos y de las revisiones veterinarias. Tenía que admitir que estaban muy bien cuidados.

Aparté la mirada, y vi que Zachary solo interactuaba y prestaba atención a Felicia y Gaston, y no mostraba un interés particular por los caballos. *Qué extraño*. ¿Por qué querría invertir en esa finca? No era un negocio muy rentable y no le reportaría los beneficios a los que estaba acostumbrado. ¿Lo hacía para quedar bien, pensando en un proyecto con fines benéficos? Era bastante probable. La mayoría de las personas que procedían de familias adineradas realizaban actividades solidarias para impresionar, proyectar una imagen de amabilidad y parecer generosos. Lo sabía perfectamente.

Un sonido invadió el aire y Gaston sacó su teléfono:

—Oh, tengo que coger esta llamada. ¿Podemos dejaros solos un momento?

—Claro —dijo Zachary—. Estaremos por aquí.

—Ahora venimos —añadió Felicia.

Cuando se marcharon, volví mi atención al caballo. El silencio inicial era tranquilo, pero pronto se volvió tan incómodo que decidí entablar conversación:

—¿No le gustan los caballos?

Podría haber elegido un tema más neutro, pero no quería esforzarme. No había motivo para intentar congeniar con Zachary.

—Sí, pero me basta con observarlos desde la distancia.

No pude evitar resoplar. No entendía por qué, pero me ponía de los nervios.

El caballo echó la cabeza hacia atrás, como si hubiese notado mi nerviosismo, de modo que decidí alejarme. No quería alterar al animal.

—¿Tiene algún problema conmigo? —preguntó Zachary de repente.

Me volví hacia él, conteniendome de hacer un comentario sarcástico. Sabía perfectamente por qué estaba cabreada.

—Creo que lo sabe.

Abrió los ojos con sorpresa y respondió:

—No, no lo sé, por eso lo pregunto. Mira, Grace, por favor, deja de tratarme de usted. Has sido muy poco respetuosa conmigo desde que llegué. —Su mirada, fría como el acero, seguía siendo tan jodidamente magnética que tuve que apartar la mirada. —Tu comportamiento delata una gran falta de profesionalidad, pero eres tú la que sale perdiendo. Dudo que te sirva para ganarte la simpatía de Felicia y Gastón.

Muy a mi pesar, tenía razón.

Respiré hondo para contener mis nervios. *Tengo que mantener la calma. He superado cosas peores, ¿por qué permito que este tío me saque de quicio?*

—Tú ya te has encargado de eso, ¿no? Te has tomado la molestia de difamarme antes incluso de venir aquí.

—¿De qué estás hablando? —Parecía realmente confundido.

Buena actuación, pero a mi no me engañas.

—Gaston y Felicia me dijeron que un tal Marcel los llamó para hablarles de mí —solté, cruzándome de brazos —. Y te aseguro que sus "advertencias" y comentarios no fueron precisamente agradables.

Zachary se quedó visiblemente sorprendido, y luego entornó la mirada:

—Le pedí a Marcel que investigara sobre ti, es cierto. Y cuando me dio la información pensé que estaba siendo injusto contigo, pero ahora veo que tenía toda la razón.

—¿Sobre mí?

—Exacto. Eres maleducada, impertinente y estoy seguro de que tu interés en la finca no es más que un capricho.

Un nudo de emociones se me atascó en la garganta. *¡¿Cómo se atreve?!*

—¡No sabes nada de mí!

¿Por qué mi voz sonaba ahogada? Maldita sea, quería mostrarme fuerte e imperturbable.

He pasado por cosas peores. Mi ex me ha dicho cosas mucho más hirientes.

Me aclaré la garganta, tratando de recobrar la compostura.

Zachary negó con la cabeza:

—No importa. Sea cual sea la razón por la que quieres invertir en este proyecto, no es asunto mío. Y para que lo sepas, yo seré quien gane.

—¿En serio? ¿Por qué te tomas tantas molestias? Está claro que este proyecto no encaja en el tipo de negocios de *The Orleans Conglomerate*.

Empecé a crujirme los dedos del cabreo que tenía. *No puedo perder el control.*

—Me alegro de que hayamos puesto las cartas sobre la mesa —dijo Zachary con voz fría—. Sigamos con la visita.

Pero yo no podía seguir. Me conocía lo suficientemente bien como para saber que no recuperaría la compostura para terminar la reunión y acabaría haciendo el ridículo. Por eso me di la vuelta sin decirle nada a Zachary y salí del establo.

Felicia y Gaston estaban hablando entre ellos; habían terminado la llamada. Ambos se quedaron callados cuando me vieron.

—Lo siento… pero tengo que irme —les dije—. He recibido una llamada y necesito volver urgentemente a la ciudad.

Felicia puso cara de decepción. Sonaba como la excusa inventada que era, pero estaba demasiado alterada como para pensar en algo mejor.

—Me gustaría concertar otra cita para poder verlo todo con más tranquilidad —continué—. Sigo muy interesada y tenía pensado hablar hoy con vosotros sobre qué tipo de inversión hace falta y cómo podría ayudar. Pero ahora mismo tengo que marcharme.

Quería dejar claro lo importante que era el proyecto para mí, pero en ese momento no podía pensar con claridad. Tras una semana llena de reuniones, ya estaba agotada antes de mi visita a la finca. Zachary y el agotamiento fueron una combinación letal.

—Por supuesto —dijo Gaston—. Te acompañaré hasta tu coche.

—Gracias, pero no hace falta, recuerdo el camino. —Me sentí como una cobarde marchándome de ese modo, pero no tenía otra alternativa.

Me despedí y empecé a caminar. La humedad era tan insoportable que costaba respirar. Una vez dentro del coche, encendí el aire acondicionado y, aliviada, pude tomar aire profundamente.

Me quedé sentada en silencio durante unos segundos, evaluando si debería volver después de todo. Pero no, eso sería aún peor.

No me lo puedo creer. No es propio de mí huir como una cobarde.

Los improperios de Zachary aún resonaban en mis oídos. Qué descaro. No podía creer que se hubiera atrevido a decirme todo eso. No me conocía ni sabía absolutamente nada de mí, ni por lo que había pasado. No tenía derecho a hablarme de ese modo.

Tenía que dejar eso atrás y centrarme en lo importante.

Tenía que regresar a la finca cuanto antes para demostrarles a Gaston y Felicia que yo era la persona idónea para el equipo, y no aquel tipo irritante e imbécil.

CAPÍTULO CINCO

ZACHARY

A LA MAÑANA SIGUIENTE, lo primero que hice fue llamar a Marcel. Me quedé dos horas más en la finca después de que Grace se marchara, incluso cené con Gaston y Felicia. El proyecto me generó una buena impresión y, a pesar de que la inversión inicial sería superior a la prevista, decidí seguir adelante. Les aseguré que mi oferta superaría cualquier cifra que presentara Grace. Su reacción fue de sorpresa y satisfacción.

No podía creer que Grace se hubiera marchado de ese modo. De hecho, se había comportado de forma muy extraña toda la tarde, pero lo que me impactó profundamente fue su acusación de que yo le había pedido a Marcel que hablara mal de ella a Gaston y Felicia. Me resultaba inconcebible que él pudiese haber hecho algo tan imprudente, y por eso ignoré su comentario. Sin embargo, la duda persistía en mi mente… ¿y si no estaba mintiendo?

Marcel respondió inmediatamente, como de costumbre.

—¡Buenos días, Zachary!

—Buenos días, seré breve. Ayer por la tarde fui a la finca. ¿Por casualidad llamaste a los propietarios y les hablaste de Grace?

—Sí, claro. Y les pregunté si estaban al tanto de todo el lío de las lacras de sus hermanos.

—¡¿Por qué coño hiciste eso?! —pregunté enfadado—. Si lo único que necesitaba era información sobre ella.

—Sí, y eso formaba parte de mi trabajo; quería saber si Grace ya se había puesto en contacto con ellos.

—Eso no entraba dentro de lo que te pedí que hicieras.

—Tú me pediste información, y yo utilizo mis métodos. Jamás hemos tenido un problema antes.

—¡Es que tus métodos me han dejado mal parado! —le solté, sin hacer el más mínimo esfuerzo por ocultar mi ira.

—No recuerdo que te hayas quejado antes cada vez que te daba información. ¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Esta vez es inaceptable.

—¿Por qué tanto interés en ese lugar? Es una finca en ruinas y jamás será rentable. No te dará ningún beneficio.

—Te pago por información, no por tus opiniones. Y te pago para que lo hagas con sutileza. ¿Lo entiendes?

—Como quieras, tío —resopló—. Si no te gusta mi forma de trabajar, es tu problema.

—No, es el tuyo porque no pienso volver a contratar tus servicios.

—¿Lo dices en serio?

—No apruebo esa forma de trabajar. No está a mi altura.

—Los LeBlanc os creéis superiores a todo el mundo, ¿no? —dijo con tono de burla—. Lamento decirte que no lo sois.

¿Qué? Me quedé estupefacto. ¿Qué le había pasado a Marcel? ¿O era esa su verdadera opinión sobre mí y mi familia, y me estaba enterando en ese momento?

—Como he dicho, me importa un comino tu opinión. Y no creo que a ninguno de tus clientes le guste esa forma tan rastrera y poco profesional de obtener información.

Colgué la llamada con rabia. Joder, nunca más volvería a contratar los servicios de Marcel. Le preguntaría a Xander cómo hacía él sus investigaciones, y con ello en mente me dirigí inmediatamente a la oficina de mi hermano en el distrito financiero. Quizá debería haber aceptado su oferta de investigar los negocios de Grace desde el principio.

Hacía tiempo que no lo visitaba y nos vendría bien para ponernos al día. Veía al resto de la familia mucho más a menudo que a Xander, gracias a que todos vivíamos en el Barrio Francés y a poca distancia unos de otros. Pero mi hermano no solía ir con la corriente, y lo respetaba muchísimo.

Resultó que ir a verlo de improviso no fue una buena idea: Xander no estaba en su oficina.

—Lo siento mucho. ¿Tenías una cita con él? —preguntó su asistenta.

—No, me he pasado por aquí para ver si estaba y tenía tiempo para charlar.

Ella me miró como si le estuviera hablando en otro idioma. Y era lógico: si quería ver a mi hermano, tenía que concertar una cita. Así era como funcionaba.

—¿Quieres que le diga que has estado aquí?

—No te preocupes, hablaré con él más tarde.

Podía volver directamente al casco antiguo o tomar un café cerca. Como no podía dejar de pensar en Grace, decidí relajarme un momento antes de volver al trabajo. Quizás con cafeína lograría concentrarme en otra cosa.

Miré al otro lado de la calle y, de repente, me pareció ver a alguien. ¿Era mi imaginación o Grace Deveraux estaba sentada en una mesa en la terraza de la cafetería de enfrente, hablando por teléfono? Me fijé en la figura y me di cuenta de que efectivamente era ella.

Me acerqué en su dirección sin siquiera pensarlo aunque no sabía qué iba a decirle. Pero quería llegar al fondo de por qué me había estado hostigando en la finca. Al margen de lo que hizo Marcel y de mi temperamento tranquilo, quería echarle en cara su mal comportamiento.

Al acercarme, ella ya había guardado el móvil y bebía un café. Me detuve frente a su mesa, y al verme, su expresión se transformó: la sonrisa desapareció y un gesto de fastidio tomó su lugar.

—¡¿Qué haces tú aquí?! —exclamó—. ¿Me has estado siguiendo?

Eché la cabeza hacia atrás, exasperado, antes de contestar:

—¿Qué dices? Claro que no.

—Entonces, ¿a qué has venido?

Su tono colérico me irritó al instante. ¿Acaso pensaba que el mundo giraba a su alrededor?

—He venido a ver a mi hermano; tiene su oficina aquí.

—Ah, ya veo. Supongo que has venido a pedir más información sobre mí al infame Xander LeBlanc.

Abrí la boca para darle una respuesta mordaz, pero ese era exactamente el motivo de mi visita.

—¿Y qué problema hay? —pregunté.

—Ya te lo he explicado.

—Creo que hay algo más. Eso no justifica en absoluto tu falta de profesionalidad en la finca.

—Tienes mucho valor tildándome de poco profesional —respondió, echando los hombros hacia atrás y poniéndose de pie.

—Los problemas personales se hablan en privado, y no con comentarios irónicos delante de los demás.

—Claro —dijo ella, inclinando la cabeza—. ¿Algo más? Estoy tomando nota para la próxima.

—Podría darte una lista bien larga. Joder, ¡cómo sois los Deveraux!

Volvió a ponerse igual de desafiante que en la finca, echando los hombros hacia atrás y levantando la barbilla.

—No te atrevas a hablar mal de mi familia. —Y tras una breve pausa, añadió—: Demos esta conversación por terminada.

—Por mí perfecto —respondí con sarcasmo—. Ya he cumplido con mi cometido.

—¿Y cuál era exactamente? ¿Humillarme?

—No, solo decirte que te estás equivocando en todo.

—Gracias por la información. Qué generoso de tu parte. Ahora, si me disculpas, tengo que hacer una llamada muy importante.

Su tono desdeñoso me enfureció aún más, y mi paciencia estaba al límite. Ya había perdido suficiente tiempo con Grace Deveraux; era el momento de ponerle fin a todo eso.

¿Por qué le daba tanta importancia? En todo caso, su mala actitud me beneficiaba, y me daría la posibilidad de invertir en la finca. Ella y toda su familia volverían a escarmentar, y con razón.

CAPÍTULO SEIS

GRACE

EL DOMINGO por la mañana fui a visitar a mis padres, que hacía un par de años se habían mudado a una preciosa mansión a una hora de distancia de la ciudad. Sin embargo, últimamente pasaban más tiempo en Nueva Orleans y relegaron su residencia a los fines de semana y vacaciones.

—Cariño, no has tocado la comida —comentó mi madre.

Apenas pude contener la risa; me había servido un plato como para dos personas.

—He comido mucho, mamá. Tu *gumbo* sigue siendo mi plato favorito.

—Son las alubias, ya te digo. Le enseñé a Theresa a hacerlo exactamente igual que yo —dijo con una sonrisa—. Tenemos mucha suerte de que siga con nosotros después de tantos años.

—Totalmente —coincidí.

Theresa llevaba trabajando como cocinera para mi familia desde que tenía uso de razón, y era como una abuela para mí. Me alegraba que siguiera en la familia.

Habían decorado la casa igual que la de Garden District, con un estilo *art déco* que les agradaba a los dos: no les gustaban los

muebles clásicos, pero tampoco una decoración totalmente moderna.

—Cariño, ¿cómo has estado? —preguntó mi padre.

Los visitaba con regularidad, especialmente después de mi separación, aunque hacía ya varias semanas que no nos veíamos.

—Bastante liada.

—Eso me parecía —respondió—. El otro día llamé a tu oficina sobre las seis de la tarde y me dijeron que seguías currando.

Asentí:

—A veces me quedo trabajando hasta tarde.

—Cielo, no hay necesidad de trabajar tanto —repuso mi madre—. Sabes que puedes volver con tu padre. Él te necesita.

Suspiré; no quería volver a tener esa conversación y herir sus sentimientos.

—Sabéis que os quiero con toda mi alma —les aseguré—, pero quiero seguir mi propio camino. Además, a papá le está yendo muy bien en la empresa sin mí.

Mi padre miraba la mesa, con ambos brazos descansando sobre los reposabrazos de la silla:

—He trabajado muy duro toda la vida, Grace. Y lo hice con gusto, mi motivación pasaba por honrar a mis antepasados y mantener el legado a salvo. Pero ahora mismo no queda nadie para continuar el legado. Excepto tú.

Otra vez intentando hacerme sentir culpable. Desde niña había sentido la enorme presión de que los tres hijos continuáramos la tradición familiar de trabajar en *Deveraux Industries*. Nos dedicábamos a la industria textil, y disfruté aquella etapa, pero ahora era un capítulo cerrado de mi vida.

—¿Sabéis algo de Kyle y Beau? —pregunté.

—No —respondió mi padre con severidad—. Y espero no volver a saber nada de ellos. Sus chanchullos casi llevan la empresa a la ruina y deshonraron nuestro apellido. No puedo creer que se atrevieran a jugar así con el buen nombre de la familia. Cinco generaciones de Deveraux levantaron este negocio, y ellos estuvieron a punto de acabar con todo.

—¿Estás en contacto con tus hermanos? —me preguntó mi madre.

—No, llevo más de un año sin hablar con ninguno de los dos.

Nunca habíamos sido muy cercanos, y nos distanciamos aún más después de mi boda. De no haber estado casada, tal vez me habría dado cuenta de lo que se traían entre manos. Pero mis hermanos siempre me habían menospreciado, especialmente cuando trabajábamos juntos en la empresa familiar. Cuando les dije que me iba, me dejaron muy claro que no podría volver nunca más.

Mi padre suspiró y cogió un trozo de pan:

—Menos mal que Xander LeBlanc los desenmascaró. Debería darle las gracias la próxima vez que lo vea.

En ese momento, no sentía precisamente gratitud con los LeBlanc.

—¿Le darías las gracias por entrometerse en un asunto que no le incumbía? —no pude evitar preguntar, pensando en Zachary.

—Evitó que tus hermanos nos dejaran aún peor, y con eso me basta.

—No sé en qué me equivoqué con ellos —murmuró mi madre—. No dejo de darle vueltas y vueltas y…

—Mamá, no seas tan dura contigo misma. Los dos sois unos padres maravillosos —dije mientras cogía una servilleta y me limpiaba la comisura de los labios—. Tengo que volver a la ciudad, he quedado con una amiga para tomar algo en el Barrio Francés.

—Me alegro, hija —comentó mi madre—. Últimamente estaba preocupada por ti, siempre encerrada en la oficina.

—Los fines de semana son para relajarse. —Era una verdad a medias: tenía pensado trabajar un rato en algún momento del fin de semana.

Besé a mis padres en la mejilla y les sonreí mientras me dirigía a la cocina.

—Theresa, me voy ya. ¿Nos vemos la semana que viene?

Se volvió hacia mí y preguntó con seriedad:

—Grace, ¿segura que no quieres que te prepare un táper con *gumbo* para que te lleves a casa?

—No hace falta, pero gracias.

—Bueno —respondió.

Theresa conservaba el mismo aspecto de mi infancia: pelo rubio y rizado recogido en una coleta, y un físico robusto. Atesoraba muchos recuerdos con ella, como cuando me peinaba y me daba consejos sobre chicos durante mi adolescencia. Especialmente sobre cómo evitarlos.

—Podría prepararte tus platos favoritos si vinieras a casa más a menudo —dijo, refiriéndose a la residencia familiar en Garden District.

Siempre le preocupaba que no comiera lo suficiente. A decir verdad, últimamente estaba comiendo poco y había perdido unos kilos sin proponérmelo. No obstante, pensaba recuperar algo de peso esa noche con alcohol y algún que otro capricho dulce.

—Lo tendré en cuenta —le aseguré, lanzándole un beso al aire al despedirme.

Conduje al centro, sin dejar de pensar en cómo la vida podía cambiar tanto en tan poco tiempo. Hacía poco más de un año, estaba infelizmente casada, esperando que la prueba de embarazo diera positivo. En retrospectiva, me alegraba de que eso nunca hubiera sucedido. Si Roger y yo hubiésemos tenido un hijo, el divorcio habría sido aún más complicado.

Hacía tiempo que no iba al Barrio Francés y tenía muchas ganas de visitarlo. Era temprano —había quedado con mi amiga Lais a las ocho y apenas eran las cinco—, pero no me importaba. Quería dar una vuelta por las calles, entrar en alguna que otra tienda. Como buena oriunda de Nueva Orleans, conocía casi todas las tiendas, por supuesto, pero de vez en cuando aparecía alguna nueva.

Aparqué cerca del río; quería dar un paseo junto a la ribera y *terminar* el recorrido en el *Café Du Monde*. Hacía siglos que no iba por allí. Caminaba a paso rápido atenta a las bicicletas que pasaban por la ribera. Como de costumbre, llevaba tacones altos y un vestido. A mi madre le gustaba que me vistiera bien cuando los visitaba, y a mí me complacía hacerla feliz.

Las campanas de la catedral de St. Louis sonaban a la distancia, y al pasar por Jackson Square, miré instintivamente en esa dirección: había multitudes de turistas alrededor de la iglesia. Estaba

a punto de girar a la izquierda y resignar mi visita al *Café Du Monde* para evitar el tráfico peatonal, cuando una figura familiar me llamó la atención.

Zachary LeBlanc. Estaba sentado en el dique con las piernas abiertas como un machote y hablaba por el móvil. Se reía y parecía tan diferente de las veces anteriores que lo había visto. Estaba aún más guapo que de costumbre… si es que eso era posible.

¡Madre mía! Con la de hombres guapos que hay en Nueva Orleans, ¿por qué tengo que fijarme en este tío?

Porque no dejaba de aparecer en mi vida y complicármela. Pero eso no venía al caso. No iba a permitir que el simple hecho de verlo me arruinara la tarde. Iba a divertirme.

Y, sin embargo, en lugar de girar a la izquierda como tenía planeado, me dirigí directamente hacia Zachary. La última vez, me había pillado por sorpresa y tomado desprevenida. Ahora sería yo quien lo sorprendiera y le diría todo lo que pensaba.

Me detuve delante de él, y en cuanto me vio, se dispuso a finalizar la llamada:

—Luego te llamo, Bella, ¿vale? Sí, te lo prometo. —Bajó el móvil y se dirigió a mí—. Buenas tardes.

—No es agradable que te pillen por sorpresa, ¿verdad?

Zachary gruñó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Grace, ¿ya está bien, no? Creo que ya hemos hablado suficiente.

—No, *tú* has hablado suficiente. Yo, en cambio, me quedé allí parada, aturdida, aguantando tu aluvión de insultos.

—Tuviste la oportunidad de hablar y decir lo que quisieras —replicó Zachary.

Dios mío, ¿cómo podía ser tan irritante?

—Fuiste tú quien terminó la conversación —añadió.

Tragué saliva. ¿Qué podía decirle? ¿Que me resultaba casi imposible insultar a alguien? ¿Y el *shock* del momento me lo había impedido por completo?

—No tienes ningún derecho a insultarme ni a opinar sobre mi forma de trabajar.

Uf. ¿Por qué le doy tanta importancia, de todos modos?

—No te he insultado —replicó Zachary, sin ningún tono conciliador—. Me limité a exponer los hechos.

—Has dado por hecho que tu opinión es la única verdad, y es indignante. Porque tú…

Di un paso atrás y perdí el equilibrio. De repente, sin darme cuenta de cómo había pasado, estaba cayendo de espaldas al vacío. Moví las manos de forma errática, en un intento de recuperar la estabilidad, pero no hice más que acelerar la caída.

Un escalofrío me recorrió al darme cuenta de que iba caer al frío río Misisipi.

CAPÍTULO SIETE

ZACHARY

ESCUCHÉ un chapoteo pero me costó un instante reaccionar y darme cuenta de que Grace se había caído al mismísimo río Misisipi.

¡Joder!

Emergió a la superficie, y al ver que luchaba por mantenerse a flote, no lo pensé dos veces y salté al río. El agua no estaba precisamente templada, y era muy difícil nadar con los zapatos puestos. Salí a respirar y vi que la corriente la había arrastrado unos metros; Grace luchaba con todas sus fuerzas, pero el Misisipi era más fuerte.

Nadé a toda prisa y, tras lo que parecieron siglos, logré alcanzarla y agarrarle la mano. Pero de nada sirvió porque la corriente ahora nos arrastraba a los dos.

—¡Tenemos que llegar al borde del dique! —grité—. No luches contra la corriente, ya encontraremos un lugar para salir.

—¡Sí, sí! —Estaba desesperada.

—Grace, estoy contigo. Respira hondo. Lograremos llegar al borde.

Tenía que encontrar la forma de aferrarnos al borde del dique con seguridad; de lo contrario, chocaríamos contra el muro y la

corriente nos arrastraría río abajo. Entonces, divisé un árbol caído a unos metros que nos podría servir para salir.

—¡¿Ves ese árbol?! —grité para que me escuchara por encima del estridente sonido de la corriente.

—¡Sí! —gritó ella unos segundos después, justo a tiempo, porque nos estábamos acercando a gran velocidad.

—Cuando te diga, aférrate a mi brazo, que yo me agarraré al tronco.

Esperaba que todo saliera bien, que el árbol estuviera bien sujeto o, al menos, fuera lo suficientemente fuerte como para que no lo arrastráramos al agua con nosotros.

—A la de tres, agarra mi brazo —le indiqué.

—¡Vale!

Grace estaba aterrada, como era de esperar. Y a pesar de mi experiencia como técnico de emergencias sanitarias y haber ayudado en un sinfín de accidentes, nada me había preparado para una situación así.

—Uno, dos, ¡tres! —grité, y agarré el tronco con mi brazo derecho. Luchar contra la corriente suponía un esfuerzo sobrehumano—. ¿Alcanzas el árbol con tus brazos?

—Sí —dijo Grace, poniendo su antebrazo sobre el tronco.

—Bien, poco a poco suéltame y aférrate con ambos brazos.

—¡No quiero arrancarlo de cuajo! —exclamó con pánico y los labios azules por el frío.

Miré el otro extremo del tronco:

—Está bien sujeto. Aguantará nuestro peso. —Y al ver que Grace seguía sin estar convencida, añadí—: Te prometo que no pasará nada malo. ¡Agarra el tronco!

Ella asintió con determinación.

Poco a poco, fuimos ascendiendo hasta llegar al borde del dique. Yo fui el primero en salir.

—Dame tu mano —dije.

—No puedo… no podré sujetarme con un solo brazo.

—Entonces te agarraré por las muñecas y te subiré.

—Peso más de lo que parece —dijo con desesperanza en la mirada.

—Lo conseguiré. A la cuenta de tres. —Me agaché y puse primero la mano izquierda en su brazo derecho, y mi mano derecha sobre su brazo izquierdo—. Suelta el tronco cuando te diga, ¿vale? ¡Uno, dos… tres!

La levanté con tanta facilidad que cuando la apoyé en el suelo se desvaneció sobre mí. Había perdido los zapatos. Agotados tras el titánico esfuerzo, caímos sobre la hierba. Conseguí amortiguar levemente la caída, pero su cuerpo suave y firme quedó tumbado sobre el mío.

Nos quedamos en total silencio durante unos segundos. Observé su aspecto: estaba pálida como un fantasma, y aunque tendría el pulso disparado, por lo que podía observar, no había tragado agua. Una vez comprobado que no corría peligro extremo, reparé en otros detalles, como la sensación de sus suaves pechos contra el mío…. era evidente que no llevaba sujetador. A pesar de su aspecto desaliñado y de su evidente estado de *shock*, estaba despampanante.

—Grace, estás a salvo.

Ella asintió, pero no parecía convencida.

—¿Quieres que te ayude a levantarte?

Mi pregunta pareció sacarla de su ensimismamiento. Miró mi torso y luego mi cara con horror, y enseguida se apartó.

—Lo siento mucho. Yo… No puedo… —No consiguió terminar la frase, y se llevó una mano al pecho en un intento de calmar su acelerada respiración.

—Estás en *shock,* pero estamos a salvo —dije con calma—. Hemos salido ilesos y no corremos ningún peligro.

Grace cerró los ojos, respiró hondo y frunció sus gruesas cejas. Sus labios eran irresistibles.

¿Pero cómo se me puede estar yendo la olla de esta forma? No podía creer lo que estaba pensando.

Un segundo después, abrió los ojos y suspiró:

—Gracias, Zachary. De verdad. ¿Cómo has reaccionado tan bien a una situación así?

—Hice el curso de técnico en emergencias sanitarias cuando era adolescente y trabajé como voluntario durante la universidad. Hay

cosas que nunca se olvidan.

—Vaya, he perdido los zapatos —comentó, señalando sus pies. No iba a llegar muy lejos descalza—. ¿Sabes qué ha pasado? Estábamos hablando y, de repente, me caí.

—No hay barandilla de contención en el dique y perdiste el equilibrio.

—¡Dios mío! ¿Te tiraste al agua por mí?

Estaba temblando. Tenía que llevarla a su casa para que se cambiara de ropa y entrara en calor antes de que le diera una hipotermia.

—Llamaré a un Uber y te llevaré a casa.

—No, iré sola —respondió, negando con la cabeza.

—Grace, quiero asegurarme de que llegues bien. El estado de *shock* puede manifestarse horas después de que el peligro haya pasado, y prefiero no dejarte sola.

—Bueno, vale —dijo, asintiendo de nuevo.

—Ahora que lo pienso, es probable que nuestros teléfonos estén totalmente muertos.

Metí la mano en el bolsillo y comprobé que así era. Al día siguiente tendría que comprar uno nuevo.

Grace dio un grito ahogado:

—¡Ay, Dios! Tienes razón.

—Escucha, ¿por qué no me esperas aquí mientras busco un taxi?

—¿Tienes dinero en efectivo? —preguntó mirando a su alrededor, todavía sin comprender del todo la situación.

Palpé mi bolsillo trasero y respondí:

—Mi cartera sigue aquí. Está empapada, pero servirá. No tardaré.

—Vale.

Como ella seguía mirando en todas direcciones, volví a asegurarle:

—Ahora vuelvo. —Y me alejé apresuradamente.

No me gustaba dejarla sola, pero no tenía otra opción. Miré a la izquierda y a la derecha; era una zona relativamente desierta y el panorama no era nada alentador. No tenía ni idea de cuánto tendría que caminar para encontrar un taxi, pero no tenía otra alternativa.

Gracias a Dios, un taxi pasó a unos metros de donde estaba.

—De ninguna manera. Me vas a estropear el asiento —dijo el conductor, mirándome de arriba a abajo.

—Oye, tengo todo el dinero empapado —respondí, enseñándole la cartera—, pero podrás usarlo cuando se seque. Te daré suficiente pasta como para limpiar el coche y una buena cena.

—Déjame ver el dinero primero —respondió, con los ojos como platos.

Saqué los billetes mojados y se los mostré.

—Trato hecho. Puedes subir.

—Primero tienes que llevarme hasta el río. Hay una mujer allí esperando.

—¿Qué demonios habéis hecho? ¿Os habéis caído al Misisipi?

—Literalmente.

El hombre palideció al instante:

—Dios mío, tenéis suerte de haber salido con vida.

—Lo sé. Vamos a buscarla.

Salí del coche. Grace seguía en el mismo sitio donde la había dejado, abrazándose las rodillas. Todavía estaba conmocionada. Menos mal que ya nos íbamos de allí.

—Grace, he conseguido un taxi. —Al oír mis palabras, se puso en pie de un salto—. ¿Puedes caminar?

—Sí, no te preocupes.

Antes de que pudiese ofrecerme a llevarla, salió corriendo hacia el coche.

Me senté a su lado en el asiento trasero:

—¿Cuál es tu dirección?

Me sorprendió que viviera en Warehouse District, un antiguo barrio industrial transformado en epicentro cultural y gastronómico, cerca del Barrio Francés. Había dado por hecho que vivía en una mansión en Garden District.

Nos mantuvimos en silencio durante el trayecto hasta su casa, que afortunadamente no duró mucho. Cuando salimos del taxi contemplé el entorno: Grace vivía en un lujoso apartamento en un edificio de ladrillos rojos.

—¿Tienes la llave? —pregunté cuando entramos al portal.

—¡Mi bolso! —respondió angustiada—. ¡Dios mío, he perdido todo!

—Grace, no te preocupes. Esas cosas se pueden reemplazar, ¿no?

Ella asintió mientras nos acercábamos al conserje, que se sorprendió al vernos.

—Señora Deveraux, ¿se encuentra bien?

—Hola, Donald. Hemos tenido un accidente y nos hemos caído al río. No llevo nada conmigo, ni mi documento ni las llaves. Mi bolso ha quedado en el fondo del Misisipi. —explicó con desolación—. ¿Podrías abrirme el apartamento?

—Por supuesto, señora Deveraux. Dadas las circunstancias, no voy a solicitarle el documento de identidad al caballero… —dijo con un guiño para aliviar la evidente tensión.

—Vaya, ¡hoy estoy de suerte! —respondió ella, y Donald se rió. Estaba claro que tenían confianza suficiente como para ese tipo de bromas.

Grace no parecía en absoluto la altanera *socialité* que pensaba. Considerando lo que acababa de vivir, a cualquier persona le importaría un rábano mantener los buenos modales; en cambio ella se mostró agradecida e intentó mantener la compostura.

Donald sacó un juego de llaves de debajo de su escritorio y nos acompañó en el ascensor hasta la última planta. Le dimos las gracias por ayudarnos a abrir la puerta del apartamento y una generosa propina.

En cuanto entré, me percaté de lo espaciosa y moderna que era su casa, además de elegante y funcional, sin excesos ni pretensiones.

—Zachary, en el baño pequeño hay una lavadora y secadora, por si quieres lavar tu ropa. También puedes aprovechar para darte una ducha.

—Voy a aceptar tu oferta. El Misisipi huele casi tan mal como el pantano, y me vendrá muy bien una ducha caliente.

Grace olfateó su vestido:

—Ya te digo, tendré que tirar esta ropa a la basura. Se supone que solo se puede lavar en seco.

Se acarició los brazos, me miró y tragó saliva. Pude ver cómo se le suavizaba la mirada y el impacto de los acontecimientos finalmente se disipaba.

—Gracias por saltar al río —dijo en voz baja—. No tenías por qué hacerlo.

—Grace, no iba a dejar que te ahogaras o te arrastrara la corriente. El Misisipi es muy traicionero y no estaba seguro si sabías nadar. Jamás te habría dejado a tu suerte.

—Soy buena nadadora, pero jamás había vivido una situación así. Podría haber tenido un desenlace fatal.

Al ver que se echaba el pelo hacia un lado, y se cubría la cara con las manos, no pude evitar acercarme y poner mi mano en su nuca. Su pulso era irregular.

A pesar de la mugre, no pude evitar inclinarme hacia ella. Grace me atraía de una forma que no podía explicar.

—No seas tan dura contigo misma, Grace. Al noventa y nueve por ciento de las personas les cuesta pensar con claridad cuando su vida está en peligro.

Bajó las manos y me miró:

—Gracias. ¿Por qué no te das una ducha? Te traeré un albornoz para que te pongas mientras hacemos la colada. —Se alejó de puntillas, frotándose la nuca justo en el lugar donde había colocado mi mano.

—No sé si tengas hambre pero, ¿quieres que pida algo para comer mientras tanto? —pregunté. Tenía una tarjeta de crédito en mi cartera y podía pedir algo a domicilio. O al restaurante de mi familia, si era necesario.

—¡Oh, no! —Se dio la vuelta con la mano en la cabeza—: Había quedado con mi mejor amiga a las ocho para tomar algo. ¿Qué hora es? —Ambos miramos el reloj del horno: las seis y media—. La verdad es que no me apetece ir —añadió con los hombros caídos.

—Yo te aconsejaría que no fueras. Después de lo que acabas de pasar, tu sistema nervioso necesita calma y recuperación.

Grace sonrió, y me di cuenta de que era la primera vez que *me* dedicaba una sonrisa. Antes le había sonreído a Donald, e incluso a Gaston y Felicia en la finca, pero a *mí* no.

—Pareces un médico de verdad, y eso me tranquiliza.

—Me alegro de servir de ayuda.

—Necesito contactar con Lais, pero sin mi teléfono… Tendré que enviarle un *email*. Siempre utilizo las aplicaciones del móvil, pero podré pedir comida desde el portátil, ¿no?

—¿Te importa si me ducho mientras tanto? No soporto el olor de la ropa.

—Claro. ¿Qué quieres comer?

—Me da igual. Lo que suelas pedir tú.

—Vale.

Me llevó al dormitorio principal, que era un homenaje a los colores rosa y violeta. No me lo esperaba de una mujer de negocios de treinta y tantos años, pero empezaba a darme cuenta de que me había equivocado con Grace.

—Solo para que lo sepas: todo en mi cuarto de baño huele a rosas.

—Muy bien —dije entre risas—, es mucho mejor que el olor a pantano.

—Eso espero. Pues ahí están las toallas; cuando termines, te enseñaré dónde están la lavadora y la secadora.

—Perfecto. No tardaré mucho.

Hasta ese momento me había resistido como un caballero a mirar sus pechos. Pero cuando bajó los brazos, pude ver perfectamente sus pezones presionando contra la tela del vestido y apenas pude contener un gemido. Fue una reacción visceral, y ella se cruzó de brazos al darse cuenta de dónde tenía posada la mirada.

Joder.

—Dejaré un albornoz sobre la cama —dijo rápidamente antes de desaparecer.

Me estaba comiendo con la mirada a una mujer que había pasado por una situación muy traumática. *Eso no se hace.*

Entré en la ducha y abrí el grifo. Su jabón líquido me recordó tanto a su aroma que parecía que estuviese allí conmigo, y mi polla se puso dura al instante. *Qué oportuno*. La apreté para intentar calmarla pero no resultó. Aún así, me negaba a masturbarme en su ducha.

Me enjaboné dos veces con el maldito gel. Olería a rosas por los siglos de los siglos, pero no me importaba, siempre y cuando me deshiciera del hedor apestoso del río. Unos minutos más tarde, salí, cogí una toalla y me sequé.

Abrí la puerta del dormitorio, y cogí el albornoz sobre la cama. Con solo mirarla sabía que me quedaría demasiado pequeño pero me lo probé de todos modos; resultó que ni siquiera podía meter los brazos en las mangas.

—¿Grace? —llamé.

—¿Sí?

—No puedo ponerme tu albornoz. Es demasiado pequeño para mí.

—Oh, no pensé que te iría tan pequeño. Tendrás que coger más toallas del baño y cubrirte lo mejor que puedas.

Me envolví la parte inferior del cuerpo con una y me cubrí los hombros con otra antes de ir al salón, llevando mi ropa empapada en una mano.

—¿Dónde lavo todo esto?

Grace me miró con la boca ligeramente abierta y sonreí por dentro. Estaba claro que le gustaba lo que veía.

—En el baño de esa habitación —dijo señalando una puerta junto al sofá.

El aseo era considerablemente más reducido que el baño principal, con una lavadora-secadora, todo en uno.

Después de meter la ropa y seleccionar el programa rápido, volvimos al salón.

—Yo también voy a darme una ducha —comentó—. Si llega la comida mientras tanto, recibe el pedido, por favor.

—Claro.

—Intenta que el repartidor no te vea con esas pintas —dijo después de tragar saliva.

—¿Por qué? —pregunté para tomarle el pelo—. ¿Tienes miedo de que se corra la voz de que hay un hombre desnudo en tu apartamento?

Se sonrojó al instante, abrió la boca y la volvió a cerrar. Sus labios eran aún más irresistibles que antes. Grace seguía

embadurnada de agua fangosa, y sin embargo, me sentía ciegamente atraído por ella, por esa misma mujer que cayó al río Misisipi de lo enfadada que estaba conmigo.

Era evidente que estaba perdiendo la cabeza por ella.

—Ya sabes… solo quiero ser respetuosa con el repartidor —balbuceó.

—Por supuesto —respondí.

La pizza llegó mientras ella se duchaba. Rebusqué en los armarios hasta encontrar platos y cubiertos y lo dispuse todo en la pequeña mesa redonda junto a la cocina.

Grace salió con un vestido largo que casi arrastraba por el suelo. Tenía el pelo mojado y recogido en un moño alto.

—Ya está la comida —anuncié.

—Genial. Nunca había pedido comida a ese restaurante, así que esperemos que esté buena.

—Es difícil que la pizza esté mala.

—No sabía cuál era tu favorita, así que pedí una de cuatro quesos y *pepperoni*.

—Por mí bien, como de todo —dije una vez que nos sentamos.

La mesa del comedor era pequeña en comparación a los demás muebles, lo que me hizo pensar que debería cenar sola.

—¿En serio? Me habías dado otra impresión —respondió.

Me eché a reír y repliqué:

—¿De verdad quieres empezar otra pelea? Si te incomoda mi presencia, que sepas que me iré en cuanto tenga la ropa seca.

—No, por favor no te vayas. —Sus hombros se encogieron—. Siento mucho lo que ha pasado esta tarde.

—Grace, hagamos un trato.

—Te escucho —dijo, levantando la mirada.

—Hagamos una tregua por esta noche. No hace falta que hablemos del río, de la finca ni de nada más. Solo quiero asegurarme de que estás bien. En cuanto se seque la ropa, me iré y haremos de cuenta que esto nunca ha pasado.

Me miró fijamente durante unos segundos antes de asentir:

—Me parece bien.

—Me alegro. ¿Tu amiga ha visto tu correo electrónico?

—Sí, está igual de pendiente del móvil que yo, y me respondió de inmediato. Se ha quedado un poco triste por cancelar nuestra quedada, pero lo entiende. Ya que estamos, ¿qué hacías en el Barrio Francés?

—Había llevado a mi sobrina a visitar el Museo Histórico del Vudú, lo cual fue una pésima idea.

GRACE

Vaya, ¿Zachary llevó a su sobrina a dar un paseo? Qué mono.

—¿Por qué?

—Porque da mucho miedo —respondió, y me eché a reír. Parecía un hombre totalmente diferente al que había conocido en la finca y en la cafetería cerca de mi oficina. ¿Quién diría que era capaz de reírse y divertirse a costa de sí mismo? ¿O era un intento por levantarme el ánimo?—. Cuando me abordaste en el río, ella me estaba diciendo que se había quedado aterrada. En fin, cambiemos de tema. ¿Tú qué has hecho hoy?

—He almorzado con mis padres.

—¿Se han mudado de nuevo a Nueva Orleans? —preguntó, mientras daba un bocado a su pizza.

—No, siguen viviendo fuera, pero vienen a su casa de Garden District los fines de semana.

—¿Los visitas a menudo?

—Sinceramente, no.

—¿No te llevas bien con ellos? —preguntó con una ceja levantada.

—Sí —suspiré—. Es solo que no tengo tiempo. Mi negocio me está consumiendo, pero lo estoy disfrutando al máximo. Y no es excusa… podría ser mejor hija y verlos más a menudo teniendo en cuenta que soy la única que queda por aquí.

—¿Nadie está en contacto con tus hermanos?

—¿Estás tratando de sonsacarme información? —pregunté mirándolo fijamente.

—No, Grace —respondió, negando con la cabeza—. Solo intentaba entablar conversación.

—Lo siento. Sigue siendo un tema delicado para mí.

—Lo entiendo, no volveré a hacer referencia a ese asunto.

—Te lo agradezco. Aún así, quiero decirte que lamento mucho todo el daño que causaron; no estoy segura de a quiénes han estafado.

—A nosotros no —aclaró Zachary—. Nunca nos hemos llevado bien con Kyle, ni en el colegio.

—No me extraña, le caía mal a todo el mundo. —Intenté recordar mi propia infancia—. La verdad es que tengo pocos recuerdos con mis hermanos. Probablemente porque era la más pequeña de la familia.

Comimos bastante rápido, claro indicio de que ambos teníamos hambre. Una vez terminada la pizza, dije:

—Oh, se me olvidó preguntarte si querías algo de beber. Tengo zumo de naranja en la nevera.

—Venga, necesito algo para bajar la pizza.

De repente, me sentí muy nerviosa de estar con ese hombre tan atractivo en mi apartamento, pero lo cierto era que no me molestaba. Se me hacía mucho más complicado ignorar la reacción de mi cuerpo ante su presencia y, aún más, obviar la innegable atracción que sentía. Era un impulso puramente físico porque era un hombre muy guapo. Y, *para colmo*, ese día se había convertido en mi caballero de brillante armadura. Mis hormonas estaban revolucionadas.

De repente, un pitido irrumpió en el silencio del apartamento.

—La secadora, tu ropa está lista.

—Perfecto. Ahora vuelvo.

Regresó a la cocina minutos después, ya vestido y con los platos en las manos.

—Gracias —dije, colocándolos en el lavavajillas.

Zachary apiló las dos cajas de pizza y dijo:

—Las tiro al contenedor cuando baje.

—No hace falta.

Cogí las cajas, buscando una distracción para dejar de mirarlo. Las dejé junto al cubo de basura y de reojo vi cómo se servía zumo de naranja.

Me giré, y la simple imagen del líquido bajando por su garganta fue suficiente para que me estremeciera.

¿Qué demonios me está pasando?

—Grace, ¿estás bien? —preguntó, rodeando la isla de la cocina hasta detenerse justo delante de mí.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Te has quedado callada y pareciera que me estás evitando.

Me humedecí los labios y le sostuve la mirada:

—No, es que…

—¿Te duele la cabeza?

—¿Qué? —pregunté confundida—. No, ¿por qué lo preguntas?

—¿Ves borroso?

—No.

—Solo estoy comprobando si tienes síntomas de *shock* postraumático.

—Ah… vale

Mientras no detecte los signos de lo mucho que me gusta…

Sentía que estaba perdiendo el control de mí misma; unas horas antes, me había acercado a él en el dique para echarle una bronca y en ese momento me tenía embobada. Quizá, después de todo, sí me había golpeado la cabeza.

—Estoy bien, Zachary. De verdad.

Me sujetó la muñeca para tomarme el pulso, y tragó saliva con dificultad. Respiré hondo y me mordí el labio inferior. Zachary se fijó en mi boca y sonrió, y en ese preciso instante me di cuenta de que él sabía lo mucho que me atraía.

Antes de que pudiera reaccionar, sentí sus labios sobre los míos en un beso apasionado e inesperado. *Madre del amor hermoso.* Su boca irresistible sabía a zumo de naranja, y sus movimientos de lengua me estaban volviendo loca. En un instante, todo mi cuerpo se encendió y apreté los muslos al sentir mis bragas mojadas. No podía

creer que me excitara de ese modo… no podía creer estar besándome con él en primer lugar.

Zachary dio un paso atrás con un gemido:

—Joder.

No dije nada, pero esa sola palabra lo resumía a la perfección.

—Grace… Lo siento, he estado completamente fuera de lugar. Es que… no sé qué me pasó.

—Yo tampoco —susurré.

Me miró y negó con la cabeza:

—Es que lo mío es inaceptable; tienes *shock* postraumático y me estoy aprovechando de ti.

¿Eh? ¿Qué dice? No lo entendía, pero quizás tenía razón y me estaba recuperando del trauma del accidente. Eso explicaría mi reacción desmedida hacia sus caricias.

—Claro.

—Como pareces estar bien, me voy. Es mejor así.

Asentí, sorprendida por lo que acababa de pasar:

—Muchas gracias por todo, Zachary.

—Si empiezas a tener algún síntoma, como dificultad para respirar, ve a urgencias, ¿vale?

Asentí con vehemencia porque no sabía qué decir. Acababa de darme el beso más apasionado de mi vida y, un segundo después, instrucciones para ir a urgencias. No tenía ni pies ni cabeza.

—Gracias por la pizza y la ducha —dijo.

—De nada.

Caminó de espaldas hacia la puerta, se giró para abrirla y dijo:

—Buenas noches, Grace.

—Buenas noches, Zachary.

CAPÍTULO OCHO

ZACHARY

COMO ERA habitual en las reuniones de la familia en la mansión LeBlanc Broussard, reinaba el caos. Y si el convite era para cenar, el bullicio y el descontrol que nos caracterizaba, se intensificaba por alguna razón que no comprendía.

Esa noche toda la pandilla estaba reunida alrededor de la enorme mesa del salón.

Si tenía que definir cuál era mi hogar, ese era el primer lugar que me venía a la mente, a pesar de no haber pasado mi infancia allí. Mis padres y mis cuatro abuelos vivían juntos, y contra todo pronóstico, la convivencia resultó sorprendentemente buena. Parte del éxito se debía a que la casa era enorme, cada uno tenía su propia ala, y se reunían principalmente para comer. Mi madre iba todos los días a su galería de arte, las abuelas atendían su tienda de perfumes, y mis abuelos iban a pescar cada vez que podían. Mi padre estaba disfrutando de la mejor etapa de su vida desde que se jubiló de la empresa.

—Zachary, querido —dijo Isabeau—. Tenía intención de llamarte, pero se me olvidó. ¿Has seguido adelante con lo de la finca?

—Sí, hasta he ido a verla.

—¿Qué te pareció?

—Está en mal estado y necesita una gran inversión, pero la verdad es que hacen un trabajo estupendo. Tengo varias ideas para proponerles.

Xander, que estaba sentado a mi lado, me observó y preguntó:

—Sigo sin entenderlo. ¿Por qué no le haces un cheque y te dedicas a otra cosa?

—Xander —intervino Bailey, su prometida, entre risas—, no todo pasa por el dinero.

—Lo sé, pero si esas personas llevan toda la vida a cargo de la finca, está claro que saben lo que hacen. ¿Por qué quieres involucrarte?

—Porque quiero —respondí.

—¿Grace Deveraux sigue interesada? —preguntó Celine.

—Sí, de hecho la conocí cuando fui a la finca. —Y dos veces más, pero omití ese detalle.

—Después de que la mencionaras, pregunté a mis amistades —dijo Isabeau.

—Preferiría que no lo hagas —respondí con los dientes apretados, logrando mantener la voz firme.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

No quería contarles lo de Marcel, así que me limité a responder:

—No es necesario.

Aunque Grace y yo teníamos posturas opuestas, entendía sus argumentos. A mí también me habría molestado que alguien llamara a un futuro socio comercial para sembrar dudas sobre mi fiabilidad.

Isabeau se volvió hacia Georgie, la prometida de Julian:

—Querida, espero que no te importe que hablemos de los Deveraux.

Georgie había salido con Kyle antes de conocer a mi hermano, y había sido un capullo con ella. La menospreciaba constantemente y acabó engañándola con otra mujer.

—No te preocupes. Ahora que lo pienso, nunca conocí a Grace. Kyle solo la mencionó un par de veces para decirme que se había casado y… —hizo una pausa y frunció el ceño—. Ahora que lo recuerdo, no me gustaba cómo hablaba de ella; era como si estuviera en contra de su propia hermana.

—No entiendo cómo esos chicos acabaron así. Sus padres son buenas personas —comentó mi padre.

—La gente dice que Grace es en realidad muy caritativa y buena persona. Pero que ha tenido unos años muy difíciles, primero con el divorcio, y después con el escándalo de sus hermanos —continuó Isabeau—. ¿Qué impresión te dio a ti?

Que está buena y tiene carácter.

—No interactuamos lo suficiente como para que pudiera formarme una opinión —respondí.

—¿Quieres que investigue su situación económica? —preguntó Xander.

—No —repliqué, quizá con demasiada vehemencia.

Él frunció el ceño, y Anthony se rió entre dientes.

—Chicos, dejad de cabrear a nuestro hermano… aunque no tengamos ni idea de lo que le pasa —comentó Beckett con una sonrisa.

—Sé que todos queréis ayudar, pero nadie tiene que investigar nada, ¿vale? —insistí—. Es solo un proyecto por amor al arte; si me lo otorgan a mí, genial. Pero si se lo dan a Grace, no pasa nada.

Mi afirmación no era del todo sincera; tenía muchas ganas de invertir en la finca y no tenía una explicación lógica.

Sin embargo, todo cambió después del beso; no podía entender qué demonios me había pasado por la cabeza pero no iba a darle más vueltas al asunto. Habíamos empezado con mal pie, y aunque al principio fue solo algo físico, tenía que aceptar el hecho que ahora me sentía completamente atraído por Grace Deveraux.

—Creo que sería un proyecto estupendo para ti y muy diferente a lo que haces habitualmente —dijo mi madre. Me incliné hacia delante para poder verla—. Siempre has tenido otros intereses, y creo que es una excelente oportunidad.

A veces, no podía evitar pensar que, en el fondo, a mi madre le hubiera gustado que me dedicara a ser médico o técnico de emergencias sanitarias, para no ser la única de la familia que no estaba involucrada en *The Orleans Conglomerate*. Pero nunca lo reconoció abiertamente.

—Ya veremos qué sale de todo esto —respondí, antes de dirigirme a mis abuelos—: ¿Qué tal va la pesca?

—Fantástica. Hemos encontrado un sitio estupendo con mucha concentración de peces —respondió el abuelo Félix.

El abuelo David asintió:

—Es nuestro nuevo lugar favorito. Esperemos que nadie más lo descubra.

Me sentía un poco culpable por no haber estado tanto con ellos últimamente, pero me reconfortaba que mi padre se encargara de llevarlos a pescar.

—Este fin de semana voy con vosotros —dijo Anthony.

—Yo también —respondió Beckett.

Anthony y Beckett eran uña y carne desde niños e iban juntos a todos lados.

—Genial. Cuantos más seamos, mejor —concluyó Félix—. Incluso podríamos organizar una pequeña competición.

—Pues cuenta con nosotros —aceptó Anthony.

—No es justo —se quejó Beckett, frustrado—, siempre nos dais una paliza monumental. Vosotros dos —añadió, señalando a nuestros abuelos— os pasáis todo el día en el pantano.

—Chicos, sabéis que siempre sois bienvenidos —les aseguró David entre risas.

La competitividad era un rasgo distintivo de todo el clan, y, afortunadamente, la conversación se desvió de Grace y de mí.

Sin embargo, apenas salí de la mansión, mis pensamientos volvieron a ella. Joder, cuanto más intentaba olvidar su sabor, más nítidos se volvían los detalles recordaba. Moría por llamarla, pero me esforzaba por resistir la tentación. Aunque no tenía su número, sabía que podría conseguirlo si movía algunos hilos. A pesar de todo, estaba consciente de que era una mala idea.

Me subí al coche y decidí llamar a Gaston. Mi nuevo teléfono era más sofisticado que el que había quedado en el fondo del Misisipi, y todavía me estaba acostumbrando al nuevo dispositivo. Por suerte, todos mis contactos y demás datos estaban guardados en la nube, así que no me costó mucho recuperar mi información.

Hacía tiempo que no sabía nada de ellos. Gaston y Felicia me habían causado muy buena impresión, pero tenía la sensación de que no gestionaban la finca como el negocio que podía ser.

—Buenas noches, Zachary —contestó después de unos cuantos tonos.

—Hola, Gaston.

—Menos mal que has llamado. Tenía intención de ponerme en contacto contigo, pero Felicia y yo hemos estado muy ocupados esta semana. Hemos comprado un nuevo caballo, Starlight.

—Enhorabuena —dije—. ¿Pero por qué invertir en un animal si no tenéis planes de hacer campamentos este año?

—Sí, lo sé, pero la oportunidad era demasiado buena como para dejarla pasar.

Necesitaba analizar su situación financiera en detalle. No lograba entender qué beneficio suponía la compra de un caballo en un año sin ingresos. Mi intención no era convertir el lugar en un negocio enormemente lucrativo, pero tampoco que se transformara en un sumidero de dinero. Lo hacía por amor al arte, sí, pero quería que el proyecto se sostuviera por sí mismo para no tener que inyectarle dinero constantemente.

—¿Qué tal si vienes a ver a Starlight a la finca la semana que viene?

Hubo un momento de silencio antes de que preguntara:

—¿Es realmente necesario?

—Sí, te vendría bien empezar a conocer a los caballos. Además, así podríamos hablar más a fondo sobre la inversión con Grace.

Eso me interesa un poco más.

—¿Grace también estará allí?

—Aún no le he dicho nada, pero sé lo mucho que le gustan los caballos, así que supongo que vendrá encantada.

—Entonces, cuenta conmigo —acepté de inmediato, y justo en ese momento me di cuenta de que me estaba metiendo en un lío.

CAPÍTULO NUEVE

GRACE

LA EMOCIÓN por volver a la finca y conocer al nuevo caballo era tal que aceleré más de la cuenta. Tenía que admitir que, desde el punto de vista empresarial, adquirir un nuevo ejemplar no había sido una jugada inteligente por parte de Gaston y Felicia si no tenían previsto organizar campamentos a corto plazo, pero supuse que tendría que ver con el tiempo y esfuerzo necesarios para el entrenamiento del animal.

¿Qué más da? ¡Estoy más feliz que una perdiz!

Esa vez me puse ropa acorde a la situación: pasé por casa después del trabajo para ponerme zapatillas y vaqueros.

Me recuperé muy rápido del incidente en el río Misisipi, salvo por un leve resfriado. No les conté nada a mis padres para no preocuparlos. Un pequeño rasguño en el brazo era el único recuerdo de ese fin de semana, además de mi móvil nuevo.

Pensé en Zachary, en cómo se había lanzado sin titubear al agua para salvarme, y en lo crucial que había sido su ayuda. Debí haber tenido un detalle con él, pero estuve tan ocupada con los trámites de mi nuevo documento de identidad y tarjetas de crédito que no tuve la ocasión. Pero si lo volvía a ver, le invitaría a cenar. Era lo menos que podía hacer.

Llegué un poco antes de la hora indicada, esperando no ser una molestia. Al aparcar, vi a Gaston en el prado con un precioso caballo negro azabache, y me pregunté si sería el nuevo ejemplar.

Gaston me hizo un gesto para que me acercara y caminé a toda prisa. Por suerte, el cielo estaba cubierto de nubes, y como no hacía tanto calor como la otra vez, podríamos quedarnos fuera más tiempo.

Miré al cielo.

Mmm… A decir verdad, las nubes son tan negras y densas que parece que se avecina una tormenta. ¿Me había perdido el pronóstico de mal tiempo?

¿Qué más da? Voy a disfrutar de los animales hasta que empiece a llover.

—¿Este es el nuevo caballo? —pregunté.

—Sí, este es Starlight —respondió con orgullo.

—Es precioso. ¿Puedo tocarlo?

—Intentémoslo. Es un poco tímido, pero hasta ahora no hemos tenido problemas.

Me acerqué a Starlight, y al no percibir en él señal alguna de rechazo, comencé a acariciar suavemente su crin.

—Hola, Starlight. Es un placer conocerte.

—Es una gran adquisición; no solemos tener muchos caballos negros.

—¿Por algún motivo en especial?

—A algunos niños les da miedo. Pero cuando vi a Starlight, me enamoré de inmediato. Con los años he aprendido que cuando encuentras un caballo excepcional, hay que comprarlo de inmediato.

El resto de los caballos rodeaban a Starlight, manteniendo una distancia prudente. Gaston, anticipando mi pensamiento, me explicó:

—Pronto lo aceptarán. Solo lleva aquí dos días.

—¿Tiene su comedero individual en el establo?

—Por ahora, sí, pero cuando se integre comerá con los demás. Por cierto, Zachary estará por llegar en cualquier momento.

Todo mi cuerpo se tensó. Giré la cabeza hacia Gaston y respiré profundamente:

—¿Viene hoy?

—Sí, ¿no te lo había comentado?

—No.

Repasé mentalmente mi apariencia. Aunque no me encontraba en mi mejor momento, tampoco estaba en mi peor estado.

De repente, me puse nerviosa, se me hizo un nudo en el estómago y me costaba respirar. No sabía cómo sería el encuentro, pero como mínimo estaría incómoda.

—No me gustan nada esas nubes —comentó Gaston—. Te aseguro que se aproxima una gran tormenta.

—Pues no han dicho nada en las noticias, al menos, que yo haya oído. —Pero lo cierto era que nunca estaba al tanto del pronóstico del tiempo.

—Los meteorólogos son tan fiables como los economistas: nunca dan una.

—Qué ocurrente eres, Gaston —comenté entre risas.

Intenté concentrarme en Starlight mientras aún procesaba que Zachary estaría por llegar. El caballo, percibiendo mi nerviosismo, se acercó a mi mano.

—Eres un buen chico —murmuré, apoyando mi frente contra la suya.

—¡Ha llegado Zachary! —anunció Gaston.

Y así, el contacto con Starlight no fue suficiente para calmar la reacción de mi cuerpo. Mi corazón se aceleró, todos mis músculos se tensaron y sentí mis palmas sudorosas. Tomé una respiración profunda.

—Siento llegar tarde —se disculpó Zachary.

¿Por qué hasta su voz me resultaba atractiva? Aquel hombre lo tenía todo. Le estaba sumamente agradecida por lo que había hecho por mí, y era consciente de que el accidente podría haber terminado en tragedia; sin embargo, tampoco estaba dispuesta a bajar la guardia por completo. Ya me habían engañado una vez y hecho mucho daño. No estaba diciendo que Zachary se pareciera a mi ex, pero aún así tenía que ir con cuidado.

Finalmente, me giré para mirarlo y me devolvió la mirada con un brillo en los ojos y una media sonrisa. No parecía sorprendido de

verme, lo que me hizo preguntarme si Gaston le había avisado de mi presencia en la finca.

—Hola, Grace.

Se detuvo unos metros frente a mí. Su rápida inspección visual fue sutil, pero me sentí completamente expuesta. ¿Qué pretendía con eso?

—Hola, mira, él es Starlight. ¿No es increíble?

Fue entonces cuando reparó en el caballo por primera vez:

—Es bonito —comentó Zachary, dando una vuelta a su alrededor para contemplarlo, sin llegar a tocarlo.

—Puedes acercarte —le animó Gaston—. Es muy manso.

—Eso significa que no requerirá mucho adiestramiento, ¿verdad? —preguntó Zachary.

—Tendremos que esperar a la primera sesión para saberlo —respondió Gaston, encogiéndose de hombros.

Un trueno retumbó en el cielo y me sobresalté. Starlight retrocedió, pero no pareció alterarse demasiado.

Gaston miró las nubes:

—¿Véis? El meteorólogo nunca da en el clavo.

—Estoy seguro de que las nubes se irán —dijo Zachary con despreocupación.

Gaston soltó un bufido:

—Llevo muchos años viviendo aquí, y os digo que esas nubes negras son cosa seria. Va a llover a cántaros, ya veréis.

—Entonces, ¿metemos los caballos en el establo? —sugerí, preguntándome cómo reaccionaría Starlight a la lluvia fría y los truenos.

—Sí —respondió Gaston.

Zachary se acercó y acarició la crin de Starlight. Empecé a sentir calor, a pesar de que la temperatura había bajado un poco. Cuando nuestros brazos se rozaron por accidente, el calor aumentó.

Me vendría bien una ducha fría… o una fuerte tormenta.

—Llamaré a Felicia para que me ayude a entrar los caballos —dijo Gastón. Tras una breve pausa, nos miró y agregó—: Ahora que lo pienso, ¿creéis que podéis hacerlo vosotros?

—Yo puedo llevar a Starlight —me ofrecí.

—Genial —contestó Gaston—. Zachary, tú puedes llevar otros dos.

Me gustó ver a Gaston tomar las riendas: era seguro de sí mismo y lideraba con una autoridad amable, de la misma manera que a mí me gusta trabajar.

—Yo también puedo entrar dos caballos —propuse.

—No quiero estresar demasiado a Starlight. Aún no está acostumbrado a la manada.

—Vale, me ocuparé solo de él.

Gaston tenía razón, y le bastó con arrear cuatro caballos para que el resto de los animales comenzaran a seguirnos. *Qué curioso.*

Starlight buscaba mi contacto con cada trueno, necesitando consuelo. Le susurré, acariciándolo: "Tranquilo, Starlight. Es solo una tormenta". No sería la primera ni la última, pero era probable que estuviese más nervioso por el nuevo entorno.

Justo cuando terminamos de meter a los caballos en el establo, los truenos se hicieron más fuertes y se escuchó el inconfundible sonido de la lluvia golpeando el techo.

—Insisto, deberían despedir a ese meteorólogo —refunfuñó Gaston.

Zachary se echó a reír y me miró con complicidad mientras guiábamos a cada caballo a su correspondiente *box*. Me hacía mucha gracia que Gaston hiciera referencia a "el meteorólogo" como si solo existiera uno en el mundo.

—Listo, todos a salvo —dijo Gaston.

—¿Les damos de comer? —pregunté.

—Más tarde les traeré un poco de heno. Tendría que haberlo hecho antes, pero se me olvidó, y no tengo suficiente aquí para alimentarlos a todos.

Quería quedarme en el establo. No estaba preparada para lo que vendría después, que sin duda incluiría pasar el rato con Zachary… y sin los caballos como "barrera".

—Bien, os daré unas mantas para que os cubráis de la lluvia mientras volvemos rápido a la casa. Felicia ha hecho un estofado de rechupete, y nos encantaría que os quedárais a cenar.

—Gracias, pero no es necesario —respondí—. Aunque, pensándolo bien, podríamos aprovechar la cena para hablar más del proyecto —corregí, al darme cuenta que sería una estupenda oportunidad para afinar detalles.

—Yo me apunto al estofado —dijo Zachary.

No entendía el brillo pícaro en su mirada, pero aún más desconcertante era la reacción de mi cuerpo… estaba ardiendo.

Oh, Dios mío.

Gaston nos entregó una manta enorme a cada uno, lo cual me pareció una exageración hasta que abrió la puerta. Estaba literalmente diluviando.

—No creo que la manta sirva de mucho —comenté.

—Nos las arreglaremos. Hemos pasado por cosas peores —añadió Zachary.

Volvió a mirarme y esa vez no pude evitar reír. El recuerdo de haber caído al río sería imposible de olvidar.

La casa principal quedaba bastante lejos y el suelo ya estaba cubierto de charcos. A pesar del día caluroso, la lluvia era helada y desagradable; definitivamente no era como una ducha fría.

Una vez dentro de la casa, usé la manta para secarme. Al instante, capté la mirada de Zachary, fija en mi torso, tragando saliva con dificultad.

Baje la vista: llevaba un sujetador sin copa y mis pezones se habían marcado. Intenté cubrirme todo lo que pude con la manta, y volví a sentir que ardía por dentro, a pesar de estar completamente helada por fuera. No me atreví a mirar a Zachary a los ojos.

—Deberías quitarte esa manta húmeda. Vas a pillar un resfriado.

Tenía razón. Dejé la manta en el mismo lugar donde Gaston y Zachary habían dejado las suyas y me crucé de brazos.

Fue entonces cuando me arriesgué a mirarlo: aunque tenía el pecho cubierto, sus pupilas estaban dilatadas, y un deseo incontrolable de acercarme me invadió.

—Menos mal que habéis venido a casa —comentó Felicia, acercándose a mí—: Temía que la lluvia te hubiera empapado por completo, pero no estás tan mal. ¿Quieres un secador?

—Me vendría de perlas —respondí—. Así aprovecho para secar mi camiseta.

—Hay uno ahí mismo, en el baño —indicó, señalando una pequeña puerta de madera.

Me apresuré a entrar y, tras cerrar la puerta, respiré hondo.

Cogí el secador de una estantería sobre el lavabo y me miré en el espejo de cuerpo entero. En realidad, no me encontraba tan mal; la camiseta estaba húmeda por culpa de mi pelo empapado y la parte baja de los vaqueros por los charcos, pero el resto estaba bien.

Enchufé el secador y lo puse a la máxima temperatura. Pensé en qué bien me vendría mi producto antiencrespamiento, pero tendría que arreglármelas sin él. Mi prioridad era avanzar en la posible sociedad con Gaston y Felicia, *no* en lucir perfecta ni impresionar a Zachary. Le estaba eternamente agradecida por lo que había hecho por mí y por asegurarse de que llegara a mi casa sana y salva, pero ahora debía concentrarme en el proyecto de la finca.

Cuando salí del baño, me llegó un delicioso aroma. Fui a la cocina y me encontré a los tres allí reunidos.

—Grace, tengo el estofado reposando a fuego lento —comentó Felicia.

—Aún es temprano, mujer —dijo Gaston, eran apenas las seis—. Falta un rato para cenar, pero los caballos sí deberían comer. Voy a por el palé.

"Yo me encargo" dijo Zachary al mismo tiempo que exclamé "¡Yo también quiero darles de comer!".

—Perfecto —comentó Gaston con entusiasmo—. Así podré ayudar a Felicia a terminar de preparar la cena. ¿Qué tengo que hacer, cariño?

—Trae unos pepinillos y verduras para hacer una ensalada. ¿Podrías preparar también un aperitivo? —sugirió ella.

Gaston echó la cabeza hacia atrás, y apenas pude contener la risa. Era evidente que esperaba un "no, tranquilo, yo me encargo".

—Grace y yo nos ocuparemos de los caballos mientras tanto —intervino Zachary.

Ese brillo pícaro había vuelto a sus ojos. *¿Qué estará tramando?*

El recuerdo de nuestro beso se me vino a la mente, y la idea de repetirlo hizo vibrar mi cuerpo. Pero no tenía ningún sentido… como tampoco lo tuvo la primera vez. A veces me preguntaba si realmente había sucedido o si solo se trataba de un sueño.

—Vale, os traeré dos impermeables —dijo Gaston.

—¿Nos valdrán? —pregunté.

—Sí, son talla única. Como el tiempo es tan impredecible, tenemos bastantes chubasqueros para nuestros huéspedes. Es mucho mejor que usar una manta o un paraguas; solo os mojaréis la cara.

Nos guió a una de las salas donde se impartían los cursos y abrió un armario lleno de impermeables. Zachary y yo nos pusimos los abrigos, y aunque me quedaba un poco grande, sabía que me protegería. Me subí la capucha y ya estaba lista para salir.

Gaston nos condujo a la puerta trasera:

—Tú puedes llevar este pequeño fardo —me indicó, señalando un pequeño manojo de heno—. Zachary, si puedes cargar uno de los grandes, será suficiente para todos los caballos esta noche.

—Genial —asintió Zachary.

Se agachó y levantó el fardo con facilidad. *Mmm…* Aunque no podía ver su cuerpo por el impermeable, imaginaba sus músculos tensos por el esfuerzo.

—Puedes irte adelantando, Grace. Ya te alcanzo—dijo Zachary.

—¿Seguro?

—Sin problema, es que iré más lento que tú.

—¿Entonces te espero en el establo?

Corrí bajo la lluvia, sintiendo el frío en la cara. *Madre mía*. Para cuando llegué al establo me había quedado sin aliento.

—Hola, preciosos —saludé a los caballos. Me acerqué a Starlight, tiré de la rienda y me bajé la capucha para que me reconociera—. Hola, Starlight. Os hemos traído la cena.

Zachary llegó un minuto después.

—Has sido rápido —dije.

—No ha sido fácil, apenas podía ver donde pisaba.

Era lógico, ya que no podía protegerse la cara debido al pesado fardo. En cuanto lo depositó sobre la mesa de madera junto a la

puerta, me di cuenta de que estábamos completamente solos.

—He visto que tienen un comedero enorme —comenté.

—Es verdad —respondió, bajándose la capucha.

—Voy a darle de comer a Starlight aparte —anuncié, con la intención de coger un puñado de heno, pero Zachary me sujetó por las muñecas. Me quedé sin aliento.

—Grace.

Su tono era idéntico al de cuando nos besamos en mi casa.

—¿Sí? —pregunté haciéndome la desentendida.

—Tenemos que hablar.

Mis oídos empezaron a zumbar y noté mi pulso disparado.

—¿Sobre qué?

—La finca, el beso… tú dirás, pero tenemos que hablar.

CAPÍTULO DIEZ

GRACE

—PRIMERO DEMOS de comer a los caballos.

No necesité mirarlo para saber que estaba sonriendo. Era evidente que le divertía ponerme en un aprieto.

—Vale.

Llené un cubo para Starlight mientras Zachary se ocupaba del comedero principal. Me quedé un rato en el *box*, y aunque no era justo para los otros caballos, tenía que reconocer que Starlight era mi favorito. Estaba mimando al recién llegado. Comencé a peinarle la crin, una tarea que encontré muy relajante y que a él parecía gustarle. No me di cuenta de lo mucho que me había entretenido hasta que Zachary apareció en la puerta del cubículo.

—Te ha caído bien, ¿eh?

—Sí —asentí—. Es un poco tímido, pero muy dulce… Pero te aseguro que estarás muy bien aquí, Starlight.

—¿Has tenido caballos antes?

—No. Monté de niña, pero mis padres se negaban a tener uno. De hecho, a mi padre le asustaba la idea.

—Es verdad que pueden ocurrir accidentes graves —dijo Zachary con voz seria, pero luego suavizó el tono—. Oye Grace, no fue mi intención ponerte en un aprieto antes.

Me giré hacia él. Estaba de pie, con las piernas separadas y los brazos cruzados. ¿Cómo podía verse tan atractivo incluso con ese horrible impermeable?

—¿De verdad? Porque parecía que lo estabas disfrutando.

—Lo siento —se disculpó con una leve sonrisa.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Haberme puesto en un aprieto o haberlo disfrutado?

—Ambas cosas —respondió, sonriendo abiertamente—. Pero no era mi intención hacerte sentir incómoda. No hace falta que hablemos de nada, solo quería aclarar las cosas porque todo ha sido…

—¿Una locura? —sugerí.

—Sí —respondió y chasqueó los dedos como si hubiera estado buscando esas palabras—. Eso lo resume a la perfección.

—Dejémoslo así, ¿vale? —dije entre risas.

Volví a centrar mi atención en la crin de Starlight, aunque ya estaba perfectamente cepillada. De hecho su pelo era mucho mejor que el mío.

—Claro, lo último que quiero es incomodarte. Por cierto, te queda muy bien ese impermeable.

—¿En serio? Nunca me he sentido menos sexy.

Un fuerte gemido resonó en todo el establo. Tardé un segundo en darme cuenta de que provenía de Zachary.

—Eres sexy de cojones, da igual lo que lleves puesto. Si hasta cuando salimos del río no pude evitar mirarte como un puñetero neandertal.

Contuve el aliento y volví a acariciar el pelo de Starlight porque no sabía qué hacer con las manos. Su confesión me pilló completamente por sorpresa.

—Pues parece que te has controlado muy bien —susurré—. Parecías muy concentrado en tu papel de médico, asegurándote de que recuperara la calma.

—Puedo hacer varias cosas a la vez —afirmó sin titubear.

Bueno… Como la tensión entre nosotros era innegable, decidí seguirle el juego. Y aunque no sabía a dónde me llevaría, tendría que arriesgarme.

Mirándolo directamente a los ojos, dije:

—Tú tampoco estás nada mal, te queda bien el impermeable.

—Me alegro de que lo hayas notado —respondió, con un brillo en la mirada.

—Es difícil no hacerlo.

—¿En serio? Yo diría que justo esto lo complica todo —comentó, señalando su abrigo.

—Sí, pero tengo buena memoria y excelente imaginación. Como tú.

—Me gusta este lado tuyo, Grace —dijo, acercándose a mí.

Tragué saliva:

—A mí también. No sabía si estaría a la altura.

Su sonrisa se desvaneció. Zachary se enderezó y frunció el ceño:

—¿Qué quieres decir?

—Llevo años sin hacer esto… tontear. Perdóname si mi tonteo está pasado de moda.

—Te aseguro que es perfecto. Y si las circunstancias fuesen diferentes, te ofrecería una prueba, pero dejémoslo así.

Estaba a punto de preguntarle a qué se refería cuando caí en la cuenta.

Madre mía, ¿Zachary tiene una erección?

No, espera, puede estar refiriéndose a cualquier otra cosa… como el pulso acelerado o la respiración entrecortada. No sé por qué he pensado en eso.

—Llevas divorciada un año, ¿verdad? —preguntó.

Mis hombros se hundieron mientras bajaba el cepillo. Ya no tenía sentido seguir peinando la resplandeciente melena de Starlight.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Claro —asintió—. Lo siento, no es asunto mío.

—No tengo nada que ocultar, y aunque no me incomoda, me pone algo triste —expliqué mientras salíamos del cubículo—. Pero sí, llevo más de un año divorciada, y desde entonces no he tenido ninguna cita. Centré toda mi atención en mi empresa… fue mi manera de salir adelante. Era muy importante que mi negocio tuviera éxito para poder recuperar la autoestima —expliqué mientras

nos dirigíamos hacia la puerta. Sin embargo, no salimos del establo porque seguía lloviendo a cántaros.

—Deberías estar orgullosa de lo que has logrado. Por lo que sé, tu empresa es todo un éxito, y me sorprendió el poco tiempo que llevas en el mercado. Eres una excelente mujer de negocios.

Incliné la cabeza:

—Y no esperabas eso de una frívola *socialité*, ¿verdad?

Zachary cerró los ojos, negó con la cabeza y volvió a abrirlos:

—Te pido mis más sinceras disculpas por haberte prejuzgado. Los comentarios de Marcel, sumados a nuestras primeras interacciones, me hicieron formarme una idea totalmente equivocada. No suelo sacar conclusiones precipitadas.

Estaba dispuesta a concederle el beneficio de la duda, sobre todo después de que se lanzara al río Misisipi por mí.

—Antes de casarme, aprendí muchísimo trabajando en la empresa familiar —le expliqué.

—Y luego lo dejaste.

—Sí, porque uno de los deseos de mi marido era que me dedicara por completo a ser ama de casa.

—¿Y por qué accediste?

La evidente confusión en su rostro me hizo cuestionar mi decisión una vez más. Pensándolo mejor, lo hice para evitar conflictos en mi matrimonio, pero no quería compartirle esa razón a Zachary.

—No lo sé… En aquel momento creí que era mi obligación si quería ser una buena esposa. Pero no me di cuenta de sus verdaderas intenciones.

—Qué curioso —comentó—. ¿Disfrutabas siendo ama de casa?

—No, para nada. Siempre me ha gustado trabajar, a pesar de mis continuos desacuerdos con mis hermanos. En honor a la verdad, tal vez esa fue una de las razones por las que renuncié… para distanciarme de ellos. Más tarde, descubrí que se parecían más a mi marido que a mí.

—Tiene sentido —asintió—. Por lo que sé de Kyle, no es el tipo de persona que querría tener como amigo.

—No tienes por qué edulcorar la situación. Sé cómo es y no voy a justificarlo. Siempre ha estado en contra de mi padre y obsesionado por demostrar que es mejor que todos.

—Hasta el punto de cometer ilegalidades —añadió Zachary, apretando los dientes.

—Exacto. Tanto él como Beau querían sacarme de la empresa de forma definitiva —agregué, bajando la mirada.

Me dolía no haber llegado a establecer nunca una relación fraternal sana, como la de cualquier otro niño con sus hermanos. Pero cada familia es un mundo e intentaba no darle demasiadas vueltas.

—¿Qué cojones…? —se sorprendió Zachary—. Es una pena para tu familia. Si de algo estoy seguro es de la lealtad de mis hermanos; no se me ocurriría dudar de ellos. Nos apoyamos de forma incondicional. —Su voz era dura, como si le costara aceptar lo que me había pasado.

—Está claro que has tenido suerte con tu familia. Como te decía, mi exmarido quería que dejara de trabajar para tener el control absoluto. Claro, eso lo vi después: si controlaba la economía, me controlaba a mí. Poco a poco, empezó a minar mi confianza —dije sin atreverme a levantar la vista—. Empezó de forma muy sutil, dictando qué podía comprar y qué no, y se enfadaba si tocaba mis ahorros. —Negué con la cabeza y finalmente levanté la vista, encontrándome con los ojos de Zachary llenos de rabia.

¿Por qué le estoy contando esto si apenas lo conozco?

—Qué hijo de puta. —Su reacción visceral me reconfortó de alguna manera. Era extraño, pero parecía que realmente le importaba lo que le estaba contando.

—Me alegro de que todo haya terminado y de no haberme quedado embarazada. —Cerré los ojos y añadí—: Lo siento, no sé por qué he dicho eso. Es muy personal.

—Grace —dijo con voz suave. Cuando abrí los ojos, me percaté de que se había acercado—. Siento mucho todo lo que has pasado y lamento haber sido un idiota contigo. No era mi intención hacerte sentir mal ni humillarte.

—Bueno, yo tampoco he sido la más simpática. Entiendo que los comentarios sarcásticos puedan poner nervioso a cualquiera. Yo también lo siento.

Era difícil pensar con claridad teniéndolo tan cerca. Olía a lluvia, a barro, a heno y a caballo, y por alguna razón, me encantaba.

—Es verdad que no me gustaron tus comentarios irónicos, pero no es excusa para comportarme como un capullo.

—Te lo agradezco, y yo también asumo mi parte.

—Vale. —Inclinó la cabeza hacia un lado, rompiendo el contacto visual. Respiró hondo y añadió—: ¿Quieres volver corriendo? No parece que vaya a escampar.

Como si fuera una señal, otro relámpago iluminó el cielo, seguido de un trueno.

—Sí, parece que la cosa se va a poner aún peor. ¿Cómo vamos a volver a la ciudad con este tiempo? La visibilidad es nula.

—No lo sé, tardaremos mil horas en llegar. —Miró fuera del establo como evaluando qué hacer.

—Quizá no deberíamos quedarnos a cenar —sugerí.

—Volvamos a la casa. La cena nos ayudará a pasar el rato y tal vez la lluvia amaine un poco. ¡A ver quién llega primero! —me retó.

Me eché a reír:

—Me llevas treinta centímetros de altura, ¿crees que sería una carrera justa? A menos que me des ventaja —dije antes de salir corriendo sin mirar atrás, subiéndome la capucha.

La lluvia era aún más fría que antes. Al llegar a la casa principal, me castañeteaban los dientes. Entré sin más y me tomé unos segundos para recuperar el aliento hasta que llegó Zachary.

—Dios mío. Parece que se estuviera cayendo el cielo.

—Ya te digo —respondí.

Me quité el impermeable que aunque me había protegido de la lluvia, no me resguardó del frío.

Felicia se apresuró hacia nosotros:

—Menos mal que habéis vuelto. Habéis tardado bastante y me preguntaba si os había pasado algo.

—Estamos bien —aseguró Zachary con un tono firme que no invitaba a más preguntas—. ¡Qué bien huele!

—La cena está lista. Podéis dejar los abrigos en ese rincón.

Seguimos a Felicia hasta la cocina, donde una mesa de madera rebosaba de manjares.

—¡Felicia, esto es un banquete! —exclamé.

Me moría por probar la ensalada de cangrejo, y el plato principal: estofado de gambas, alubias negras, y boniatos.

—Venga, sentaos. ¿Todo bien en el establo? —preguntó Gaston.

—Sí, los caballos han comido y a Starlight lo han peinado muy bien —comentó Zachary, guiñándome un ojo.

—No pude evitarlo —respondí sonrojada—. Es muy cariñoso.

—Tienes un don para los caballos, Grace. Estoy segura de que toda la manada te adorará —comentó Felicia—. Puedes venir cuando quieras y participar en las actividades. Ni siquiera tienes que avisarnos.

Sus palabras me conmovieron por la confianza depositada en mí.

El ambiente en la mesa se volvió más serio al centrarse la conversación en las finanzas. *Ya era hora*. Miré a Zachary, que parecía muy relajado cogiendo un trozo de pan mientras Felicia servía ensalada de cangrejo en cada plato.

—Me encantaría. No solo quiero involucrarme en lo económico, sino también participar de manera personal en la finca. No para tomar ninguna decisión, por supuesto —añadí rápidamente, mirando a Gaston y Felicia—. Vosotros sois los expertos.

—A decir verdad —intervino Felicia—, necesitamos a alguien con buen olfato para los negocios. Llevamos treinta años dando palos de ciego, y quizá por eso nos hemos metido en este lío. Por eso necesitamos sugerencias o un plan de acción.

—Estaría más que dispuesta a ayudaros con eso.

Zachary estaba sospechosamente callado. Cuando lo miré, dijo:

—Yo también, por supuesto. No sé tanto de caballos como Grace, pero tengo un gran talento para los negocios.

—¿Cuál sería vuestra primera sugerencia? —preguntó Felicia, justo cuando probaba el primer bocado de ensalada.

—¡Qué buena te ha quedado! —comenté después de tragar, y ella sonrió de oreja a oreja—. Para mí, lo más urgente es poner aire acondicionado en todas las cabañas.

—Sí, en verano es un suplicio —asintió Felicia.

—Y sugiero ampliar algunas cabañas para recibir más grupos.

—Yo también pensaba hacer esa sugerencia —dijo Zachary—. Los niños, y en especial los adolescentes, prefieren dormir todos juntos.

—Lo tendremos en cuenta porque cada vez tenemos más grupos de gente joven —comentó Gaston.

Durante la cena, Zachary y yo hicimos varias sugerencias, sintiéndonos más colaboradores que competidores.

Después de devorar la comida, me recosté en la silla y me puse una mano en la barriga:

—Estoy a punto de explotar.

—Espero te haya quedado hueco para la tarta de manzana —dijo Felicia.

—Siempre guardo un sitio para el postre.

Felicia puso la tarta y una tarrina de helado de vainilla en la mesa:

—Tendréis que perdonarme pero prefiero que cada uno se sirva la cantidad de helado que le apetezca. Es lo que solemos hacer Gaston y yo.

—En mi casa hacemos lo mismo cuando nuestras abuelas hacen una tarta —comentó Zachary.

Felicia y Gaston intercambiaron una mirada. Intuí que iban a anunciar algo y, al instante, me puse nerviosa.

—Hemos tenido una idea —comenzó Felicia—. ¿Por qué no participáis los dos en el proyecto de la finca? Está claro que tenéis buenas ideas y que podríais trabajar bien juntos —dudó al pronunciar las últimas palabras y la entendía; nuestra primera visita a la finca no habíamos sido precisamente amables el uno con el otro.

—Me parece bien —aceptó Zachary, lo que me sorprendió por completo.

Tragué saliva, y me vi envuelta en una situación comprometida. ¿Podríamos colaborar juntos? Lo consideré un instante antes de darme cuenta de que no sería posible. No quería arriesgarme después de lo que había pasado con Roger; nunca más volvería a depender de nadie ni tendría que pedir aprobación. Sabía que no era

la misma situación, pero aún así mi cuerpo entró al instante en modo alerta.

—Entiendo que es una idea interesante —respondí—, pero preferiría hacerlo por mi cuenta, si es que me elegís.

Mi anuncio fue recibido con silencio. Me di cuenta de que esperaban que diera una explicación, pero ¿qué les iba a decir? ¿Que mi exmarido me había dejado secuelas?

—Solo era una sugerencia—dijo Felicia en voz baja, mientras nos servíamos tarta de manzana.

Se oyeron truenos aún más fuertes que antes. Las ventanas vibraban con tanta fuerza que casi se me cae el tenedor.

—¡Menudo temporal! —exclamó Gaston, acercándose a la ventana—. Espero que no derribe muchos árboles.

—El viento ya soplaba fuerte cuando volvimos de los establos —señalé.

—Desde luego —dijo Zachary, revisando su teléfono—. El pronóstico del tiempo dice que las rachas son de ochenta kilómetros por hora. Sin duda va a arrancar árboles.

—El viaje por carretera va a ser complicado —murmuré.

—¡Ni se os ocurra volver a Nueva Orleans esta noche, es muy peligroso! —exclamó Felicia—. Podríais tener un accidente. Y si se forma un tornado, no tendréis dónde refugiaros.

La miré y vi preocupación e inquietud en su rostro. Aunque Zachary seguía absorto en su teléfono, levantó las cejas, lo que indicaba que la valoración de Gaston era acertada.

—¿Y qué hacemos? —preguntó.

—Podéis pasar la noche en una de las cabañas que aún se mantiene en buen estado —ofreció Gaston—. No es muy grande, pero es suficiente para dos personas. Tiene casi todas las comodidades, excepto aire acondicionado. Pero esta noche no lo necesitaréis porque las temperaturas están bajando. Podéis retomar el viaje mañana por la mañana, una vez que el temporal amaine. No os ofrecemos quedaros aquí en la casa porque solo disponemos de nuestro dormitorio.

Tragué saliva. La idea de compartir habitación con Zachary en una cabaña era suficiente para hacerme hiperventilar. La imagen de

nuestro apasionado beso pasó por mi mente, como si acabara de suceder.

A pesar de la incomodidad, la alternativa de conducir bajo esas condiciones era aún menos apetecible.

—Aceptaré vuestra oferta —asentí—. Gracias.

—Yo también me quedaré —anunció Zachary—. Muchas gracias por vuestra amabilidad. Todos los medios de comunicación dicen que el tráfico está colapsado, se ha rebalsado el sistema de alcantarillado y cerrado varias carreteras por las inundaciones.

—Bueno, ya que ninguno de los dos va a conducir, ¿qué tal si traigo una botella de nuestro mejor *brandy*? Elaborado por Gaston. Y así nos terminamos la tarta —sugirió Felicia.

—Me vendría bien una copa —admití—. Me calentará; tengo la ropa seca pero el frío me ha calado hasta los huesos.

—Yo no soy muy de *brandy*, pero si lo ha hecho Gaston, tendré que probarlo —añadió Zachary.

—¡Que empiece la fiesta! —exclamó Felicia.

CAPÍTULO ONCE

ZACHARY

GASTON Y FELICIA fueron unos excelentes anfitriones; nos contaron con todo lujo de detalles cómo organizaban las comidas durante en los campamentos, y cómo se las apañaban con los grupos grandes. Ver a los niños felices y contentos y a los veteranos encontrando paz, sanando las heridas emocionales de la guerra, era el motor que los impulsaba y llenaba de orgullo.

Grace también parecía más relajada, en especial después de la segunda copa de *brandy,* pero con todo lo que habíamos comido era imposible emborracharse. No dejaba de preguntarme por qué había rechazado de plano la propuesta de una inversión conjunta. Su respuesta fue puramente visceral, como si ni siquiera pudiera considerar la idea. No lo percibía como algo personal… sino más bien como una aversión a compartir el control con cualquiera. Tenía que llegar al fondo del asunto, pero no quería hablarlo delante de Gaston y Felicia; ya habría tiempo para abordarlo más tarde.

—Bueno, creo que es hora de que os vayáis a la cabaña —dijo Felicia—. La lluvia ha disminuido, pero no por mucho tiempo. Coged un paraguas.

—Estupendo —respondió Grace con un bostezo—. La verdad es que estoy muy cansada.

—No me extraña —comentó Gaston, señalando el reloj de pie. Era casi medianoche.

—Encontraréis toallas limpias allí —añadió Felicia—. Tenía la cabaña preparada porque mi hermana iba a visitarme. Lamento no tener pijamas ni nada parecido que prestaros.

—Nos apañaremos —aseguré con confianza.

—El sofá es pequeño, pero bastante cómodo —comentó Felicia.

—Seguro que estará bien —dije—. ¿Qué cabaña es?

Felicia nos entregó una llave con el número catorce y señaló hacia la derecha:

—Es la primera, y la que está en mejores condiciones. No tiene goteras. Y si necesitáis algo, no dudéis en llamarme.

Tres relámpagos iluminaron el cielo, seguido de un fuerte trueno.

—Será mejor que os deis prisa. Tengo la sensación de que se va a desatar la tormenta —dijo Felicia.

—Tienes razón —respondió Grace mientras salíamos de la casa, y se adelantó caminando a paso rápido.

Había barro por todas partes y el aire era muy fresco. Abrí rápidamente la puerta de la cabaña y cerramos los paraguas antes de entrar. Grace encendió la luz y la sorpresa me dejó sin aliento.

—Vaya. Esta casita es más pequeña de lo que imaginaba —dijo.

El sofá era tan diminuto que, aunque se hiciera cama, no iba a poder dormir estirado. La cabaña en sí era claustrofóbica; el dormitorio estaba justo al lado de la sala principal, sin ninguna puerta de separación.

Grace se mordió el interior de la mejilla y se giró ligeramente hacia mí. Mientras dejábamos los zapatos en la puerta, dijo:

—Tú quédate en el dormitorio.

—¿Qué?

—Zachary, no puedes dormir aquí. Mira el tamaño del sofá.

—Entonces dormiré en el suelo, Grace, pero no permitiré que tú duermas en el sofá.

—Vas a estar incómodo toda la noche, dando vueltas sin poder pegar ojo.

—Me las arreglaré.

Ella curvó los labios en una sonrisa:

—Sí, pero como el dormitorio no tiene puerta, tampoco me dejarás dormir a mí.

—¿No puedes hacer el esfuerzo? —la provoqué.

—¡Bueno, está bien! Ya que estás dispuesto a destrozarte la espalda en el sofá, tendré que ceder y aguantar tus quejas durante la noche. Pero podemos preguntar si hay alguna otra cabaña habitable… con que tenga una cama es suficiente.

—Grace, ya has visto las otras cabañas: están en ruinas.

—Tienes razón —respondió, encogiéndose de hombros—. Entonces, ¿quedamos así?

¿Qué otra alternativa tengo? Sin embargo, había aprendido a ver el lado positivo de las cosas; quejarse no serviría de nada, y no podía encontrar otra solución a esas horas de la noche. Volver a Nueva Orleans estaba completamente descartado.

—Sí. ¿Quieres ducharte tú primero? —pregunté.

—Justo te iba a preguntar eso —respondió, y se alejó rápidamente.

—Grace, puedo dormir en el coche si lo prefieres —sugerí, al notar que quizá le incomodaba compartir la cabaña conmigo.

Sería aún más incómodo que el sofá, pero no quería ponerla en un aprieto o hacerle pasar nervios. Menos después de todo lo que me había contado sobre su ex.

—¿Qué dices? —preguntó, dándose la vuelta—. No seas ridículo. Tranquilo, haré como si no estuvieras.

—¿Y eso por qué? —me reí muy a mi pesar.

—Porque es la primera vez que comparto dormitorio con un hombre que no es mi marido.

—Grace…

—Perdona el comentario —respondió, llevándose las manos a las caderas y negando con la cabeza.

Me acerqué a ella; incapaz de mantener la distancia. Quería mirarla a los ojos, así que me incliné para quedar a la altura de su rostro.

—No hace falta —dijo con una sonrisa—. Puedo levantar la mirada.

Me enderecé y ella no apartó la vista.

—Dime qué necesitas y lo conseguiré —dije.

—No puedes —respondió con la mirada entornada.

—Haz una prueba.

—Me gustaría tener dos camas ahora.

—Tienes razón, no puedo hacer nada al respecto.

Me guiñó un ojo, y lo interpreté como una buena señal.

—Bueno, voy a darme una ducha —añadió.

—Bien, prepararé el sofá cama.

Después de que Grace cerrara la puerta del baño, coloqué los cojines en una esquina de la habitación y desplegué el desvencijado mueble. Una vez abierto, comprobé que no había forma de que pudiera acostarme con comodidad: al tumbarme mis pies colgaban fuera de la cama. Me incliné hacia un lado, pensando que así tendría más espacio, y para rematar, era duro como una roca. *Quizás* el suelo sería mejor.

Da igual, tendré que aguantar.

Grace se estaba tomando su tiempo en la ducha, lo cual me parecía bien. Encontré algunas sábanas en una cómoda junto al televisor y muchas mantas. Puse todo lo que necesitaba en el sofá cama, incluyendo tres almohadas, aunque no sirviera de mucho. Por suerte, solo sería una noche.

Grace salió unos segundos más tarde, completamente vestida, y se sorprendió al ver el sofá.

—Zachary, de verdad. No vas a conseguir dormir bien en ninguna posición.

—Lo he intentado, y no… no quepo. Pero no te preocupes, he pasado por cosas peores.

—¿Ah, sí? —replicó, alzando una ceja.

—No, pero quiero quitarle importancia.

—Bueno, Señor Positivo, a la ducha. El agua tarda una vida en calentarse, así que si vas ahora, quizás aún quede algo caliente.

—Ya voy —contesté, y me fui al cuarto de baño.

Mientras me duchaba, pensaba en un plan para seguir adelante con el proyecto. Al igual que Grace, quería participar en la inversión de la finca, y no entendía por qué esa firme negativa a trabajar juntos. Nos habíamos disculpado y creía haber aclarado las cosas.

Ella sabía que no tenía malas intenciones, en especial después del incidente en el río Misisipi. Pero quizá seguía pensando que era un capullo.

Salí con la intención de abordar ese tema, pero me quedé mudo al encontrar a Grace acurrucada en el sofá, tapada hasta la barbilla.

—Voy a dormir aquí, ¿vale? —dijo—. He puesto las sábanas en la cama, pero el sofá es cómodo y como soy pequeña encajo perfectamente, ¿ves?

Me fijé en que tenía la cabeza apoyada en una almohada y los dedos de los pies asomaban por debajo de las mantas. No pude evitar reparar en sus bonitas uñas pintadas de rojo.

—Grace —musité.

—No. De verdad, no voy a dar el brazo a torcer. Tú duermes en la cama y yo aquí. Además no cruje, así que si doy vueltas todas la noche, no haré ruido. Es una gran ventaja, ¿no? La única quizás… —balbuceó.

Me acerqué al borde del sofá donde estaba tumbada:

—No vas a dormir aquí —dije con firmeza.

—Sí, está decidido.

Me incliné sobre ella y la miré directamente a los ojos:

—No vas a dormir aquí.

—¿Qué vas a hacer para impedírmelo?

Con un brazo la levanté del sofá; con el otro, le quité la manta de la que se agarraba inútilmente con todas sus fuerzas. Después, la llevé al dormitorio.

—¡Zachary! —exclamó con voz frenética—. ¡Zachary! ¡Para, por favor!

Me llevó unos segundos darme cuenta de por qué estaba tan exaltada: Grace no llevaba puestos sus vaqueros. Y tampoco podía determinar si llevaba bragas porque mis manos cogían con fuerza sus nalgas desnudas.

Mi polla se puso dura en un instante; me había excitado tan rápido que dolía y sentí que la bragueta iba a reventar.

—Madre mía, Grace —dije, apoyándola en la cama—. Lo siento, no me había dado cuenta.

—Intenté avisarte.

Su rostro se sonrojó mientras se apresuraba a cubrirse con las sábanas, pero lo único que logró fue apartarlas por completo. Llevaba unas diminutas braguitas negras y la misma camiseta de antes. Sin sujetador, esos pezones me estaban volviendo loco. No había podido dejar de fijarme en su pecho desde que nos sorprendió la lluvia al volver de los establos la primera vez. Había conseguido borrar esa imagen de mi mente durante la cena, pero ahora me sería imposible.

—Uf, ¿por qué no consigo que esta manta me cubra?

Tiré de la manta con la intención de ayudarla, pero accidentalmente le rocé el muslo y su piel se erizó al instante. Grace respiró hondo y me quedé completamente inmóvil. Al ver que apretaba los muslos, me di cuenta de lo que pasaba… ese minúsculo roce la había excitado.

—Grace…

—Zachary, yo…

No pude contenerme más. Apoyé una rodilla en la cama y ella me recibió al instante abriendo las piernas. Perdí todo sentido de la decencia y la besé con tanta intensidad que perdió el equilibrio. La necesitaba aún más que la última vez.

CAPÍTULO DOCE

ZACHARY

ME INCLINÉ sobre ella y posicioné la bragueta de mis vaqueros justo sobre su entrepierna. Grace gimió al sentir el contacto y no podía creer que ya estuviera tan excitada. Moví mi pelvis hacia adelante y hacia atrás mientras rodeaba su lengua con la mía. Todavía sabía a *brandy* y tarta de manzana. Quería explorar su cuerpo y cubrirla de besos. No podía detenerme en su boca… era lisa y llanamente imposible.

Llevé una mano a su muslo derecho, y empecé a recorrer su pierna. Me encantaba que se le erizara la piel y que fuese tan receptiva a mis caricias. Cuando Grace empezó a mover las caderas y frotarse contra la bragueta de mis vaqueros casi exploto.

"Es la primera vez que comparto dormitorio con un hombre que no es mi marido" había dicho.

¿Era posible que llevara tanto tiempo sin tener sexo? Eso explicaría por qué estaba tan excitada; y me honraba que depositara su confianza en mí.

—Grace —dije, interrumpiendo el beso y acariciándole la oreja—, tenemos que parar.

—No —protestó entre jadeos.

No sé de dónde saqué la fuerza para controlarme.

—Me muero de ganas de estar contigo —confesé.

—Yo también —respondió, y mi autocontrol se desvaneció por completo.

—¿Estás excitada?

—Sí, muy excitada —susurró, como si a ella misma le costara creerlo.

Aún así, quería comprobarlo por mí mismo, y al meter dos dedos bajo sus bragas no pude evitar soltar un gemido. Grace estaba tan mojada que mis dedos se deslizaron fácilmente. *Joder*. Retiré la mano con la intención de bajarle el tanga pero terminé rasgando la tela.

—Quiero tenerte desnuda y hacer que te corras como te mereces. —Ella solo asintió, gimiendo de deseo—. Túmbate. Quiero besarte.

Hice una pausa, arrodillándome entre sus muslos abiertos. Su pubis depilado me atraía como un imán.

—Quítate la camiseta.

Grace arqueó la espalda y mientras se la estaba quitando por la cabeza, terminó con las manos enredadas.

Aproveché el momento para inclinarme hacia sus irresistibles pechos. Tomé un pezón en mi boca, y ella gimió en respuesta.

—Llevo toda la tarde fantaseando con tus pechos —dije entre lametones.

Grace movía las caderas sin parar, adelante y atrás, como si necesitara liberar toda esa energía acumulada. Pasé al otro pezón.

—Zachary… —Su tono era una mezcla de súplica y protesta a la vez.

Me aparté para volver a arrodillarme entre sus piernas. Recorrí con los dedos la parte interna de sus muslos, hasta llegar a su centro y empecé a acariciarle el clítoris con el dedo índice. Todo su cuerpo tembló al tiempo que cerraba los ojos con fuerza y apretaba los labios. Incluso su vientre parecía tensarse. Estaba seguro de que podría correrse en cualquier momento, pero quería estar dentro de ella cuando ocurriera.

Entonces me percaté de una cosa.

—Grace —dije. Al oír mi tono serio, sus ojos se abrieron de golpe —. No tengo condones.

—¿Estás sano? —preguntó tras tragar saliva con fuerza.

—Sí.

—Yo también, y he tomado la píldora toda mi vida porque me ayuda con la piel. No necesitamos usar nada.

—¿No?

—Tócame, por favor. No dejes de tocarme.

Fue imposible oponer resistencia, y menos tras escuchar sus dulces súplicas. Me bajé los vaqueros lo justo para liberar mi polla y me recosté sobre ella de nuevo.

—Voy a hacer que te corras, te lo prometo. Pero quiero estar enterrado en ti cuando eso ocurra…

Gemí al posicionar la punta sobre su entrada. La deslicé por todo su clítoris, deseando cubrirme con su humedad para facilitar la penetración.

—Zachary… Dios mío…

Ese simple contacto era demasiado. Volví a colocar el glande en su entrada y la penetré. Grace se corrió al segundo siguiente, apretando mi polla con tal fuerza que perdí el sentido. Su cara se puso completamente roja, con la boca abierta en un grito gutural que inundó la habitación. Intentó liberar las muñecas, casi rompiendo su camiseta, al tiempo que movía sus piernas de forma frenética sobre la cama. Apenas habían pasado unos segundos y me preguntaba cómo iba a soportar tal intensidad. Sus paredes internas me apretaban tan fuerte que temía correrme en cualquier momento.

Parpadeé varias veces para enfocar la vista. No quería perderme ningún detalle del exquisito orgasmo de Grace, conmigo dentro de ella. Cuando me retiré y volví a penetrarla con fuerza, gritó de nuevo, indicándome que su orgasmo no había terminado. Continué embistiéndola durante todo su clímax, el cual se intensificaba con cada acometida.

Unos momentos después, al descender de la cima y recuperar cierto control, vi la oportunidad de cambiar de postura. Coloqué uno de sus tobillos sobre mi hombro e incliné ligeramente su pelvis. Ella

gimió en respuesta. Tenía acceso perfecto a su clítoris, y de inmediato empecé a acariciarlo con el pulgar.

—¡Zachary! —jadeó.

Apenas podía articular un par de sílabas, como si estuviera delirando de placer. Era un sueño hecho realidad.

Grace intentó liberar sus manos, pero agarré su camiseta con fuerza.

—Quieta —ordené.

Ella abrió los ojos desmesuradamente y susurró:

—Haré lo que me pidas, pero por favor, no pares.

Si continuaba suplicando de esa manera, no tardaría en correrme. Continué el ritmo, observando la transformación de su rostro y de su cuerpo con cada embestida.

Pude notar el momento exacto en que el placer inicial se intensificó, preparándola para otro orgasmo. Inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás, tensando la barbilla. Se mordió el labio inferior y cerró los ojos, luego giró la cabeza hacia un lado para hundirla en su brazo. Sus pechos estaban arrebolados y sus pezones tan duros que la necesidad de tomarlos con mis dedos fue irresistible.

Deslicé la mano hacia su punto más sensible, frotándolo y provocándole gemidos incesantes. Me estaba volviendo loco y estaba a punto de explotar. No podía contenerme más… y sabía que ella también estaba al límite.

—¡Zachary, por Dios!

Grace arqueó la espalda, casi al límite. Me detuve un momento para que pudiera recuperar el aliento y bajé el ritmo.

Fue un momento sublime… Ella me miraba fijamente y le sostuve la mirada mientras continuaba penetrándola. Grace intentaba anticipar mi siguiente movimiento. Al mismo tiempo, sabía que depositaba toda su confianza en mí para llevarla al límite y darle todo el placer que se merecía. Que se entregara a mí sin reservas me conmovió profundamente.

Grace, que nunca bajaba la guardia, se estaba rindiendo a mí, cediendo por completo en esa cabaña.

Cuando sus paredes internas se volvieron a contraer a mi alrededor, decidí que alcanzaríamos el clímax con un ritmo lento y

constante.

—Zachary, ¿qué me estás haciendo? —murmuró antes de que los gritos incontrolables empezaran a brotar de su garganta.

Parecía haber perdido el control de su cuerpo otra vez y liberó una mano de debajo de su camiseta. No la detuve ni le pedí que se estuviera quieta: necesitaba libertad de movimiento para llegar al orgasmo. Bajó la pierna de mi hombro y se apoyó en sus codos. Era evidente que quería acelerar el ritmo. Sin embargo, la sujeté firmemente por las caderas con ambas manos:

—No, cariño.

—Zachary, por favor —imploró con una voz tan temblorosa que apenas pude distinguir sus palabras.

—Te prometo que va a ser el mejor orgasmo de tu vida. Te lo prometo, joder. Pero tienes que confiar en mí.

Aunque todo su cuerpo seguía temblando, asintió y se recostó. Mantuve sus caderas ligeramente elevadas a unos centímetros del colchón, y continué penetrándola con esa cadencia lenta, retirándome y volviendo a embestir con deliberación. Sentía cómo sus músculos se contraían centímetro a centímetro… Era una sensación indescriptible.

Su excitación se disparó y su respiración se volvió irregular. Yo también estaba a punto de correrme, y la espera me estaba matando, pero no quería apresurarme. Quería saborear cada segundo con ella.

Sin romper el contacto visual, salí por completo y recorrí toda su entrada.

—Joder, sí —gimió, echando la cabeza hacia atrás.

Sus gritos podían oírse a kilómetros de distancia, de eso estaba seguro. Jamás olvidaría esa noche.

Mientras el clímax la inundaba, volví a penetrarla hasta el fondo y me dejé arrastrar con ella. Mi potente liberación, seguida de un alivio absoluto, me dejó inmóvil; era una sensación diferente a todo lo que había experimentado antes.

El placer fue tan intenso que mis gritos se unieron a los de Grace, resonando por todo el pantano de Luisiana.

CAPÍTULO TRECE

ZACHARY

A LA MAÑANA SIGUIENTE, el calor dentro de la cabaña era sofocante. Mi teléfono marcaba las diez en punto y Grace dormía plácidamente a mi lado. A pesar de habernos acostado al amanecer, no lograba conciliar el sueño, así que decidí levantarme.

Me puse los calzoncillos y me dirigí al salón para revisar el móvil con calma. Tenía un mensaje de Felicia.

Felicia: Buenos días. Estamos fuera con los animales. Hemos dejado una cesta con el desayuno delante de la puerta porque no queríamos despertaros. Espero que hayáis pasado una buena noche pese al pequeño sofá.

Zachary: Gracias por el desayuno.

Dejé el teléfono y abrí la puerta. Me encontré con una cesta repleta de panes, pequeños tarros de mermelada y otras delicias. Justo cuando la estaba apoyando en una mesita de la pared, oí los pasos de Grace. Entró despacio en el salón, envuelta en una sábana. Tenía el pelo completamente revuelto y los ojos hinchados por el sueño, pero estaba más guapa que nunca.

—Buenos días —saludé.

—Hola.

—Felicia nos ha dejado el desayuno en la puerta.

—Qué maja. ¿Qué hora es?

—Las diez.

—¡Qué! —exclamó con pánico, abriendo mucho los ojos—. Tengo que llamar urgente a la oficina para avisar que no voy a ir.

—Yo también tengo que llamar, aunque seguramente me pase por la tarde.

Grace se giró hacia el dormitorio y comentó:

—No recuerdo dónde he dejado mi ropa.

—Cuando te levanté del sofá ya no llevabas pantalones… así que supongo que estarán por aquí.

Grace se humedeció los labios y sonrió, bajando rápidamente la mirada. Se dirigió con pasos cortos hacia el lado del sofá y recogió algo del suelo. Luego, metió la mano en su bolso y sacó el teléfono.

—Tengo seis llamadas perdidas. No puedo creer que esto no nos haya despertado.

—Después de lo de anoche, está claro que hemos dormido como troncos —bromeé.

—Desde luego —dijo, dejando el teléfono en el sofá—. Bueno, a ver qué cosas ricas nos ha preparado Felicia.

—Hay de todo.

La observé atentamente mientras se acercaba, pero evitaba mirarme a los ojos. Echó un vistazo a la cesta, cogió un poco de pan y un tarro pequeño.

—Oh, me encanta la mermelada de melocotón, ¡y hace años que no la pruebo! Y mira… Felicia ha dejado unos platos en el fondo de la cesta.

Los sacamos con cuidado antes de sentarnos en la mesa.

—Qué bonito detalle de su parte. Seguramente los huéspedes se reúnen a desayunar en el comedor grande, ¿no? —comentó Grace mientras le untaba una generosa capa de mantequilla y mermelada de melocotón en un trozo de pan.

Tras el primer bocado, suspiró:

—Justo la dosis de energía que necesitaba.

—¿Energía para qué? —pregunté con una media sonrisa—: ¿Se te ha ocurrido algo?

—No es eso lo que… —balbuceó, roja como un tomate.

Me acerqué y le aparté un mechón de pelo de la cara:

—Era broma, Grace. Te noto muy tensa esta mañana.

Se humedeció los labios y dejó la rebanada de pan a medio comer en el plato.

—Estoy desorientada —respondió, encogiéndose de hombros—. Debería haberme duchado primero para terminar de despertarme.

—Estás preciosa con el pelo revuelto. Y por cómo te has cubierto con la sábana hasta el cuello, deduzco que no quieres que te vea ni un centímetro de piel.

Levantó la cabeza y me miró:

—Has acertado de pleno.

—Recuerdas que ya lo he visto todo, ¿verdad? —repliqué, alzando una ceja.

—Dame un respiro, por favor —susurró.

—Perdona, no era mi intención incomodarte.

—Vale… Bueno, visto que hoy no iré a trabajar, aprovecharé para quedarme con los caballos y charlar con Felicia y Gaston —comentó como si estuviese hablando para sus adentros.

—Vaya, te has activado rápido y organizado el día. Yo, en cambio, solo pienso en cómo convencerte para que te quedes conmigo dentro en la cabaña.

—Digamos que el azúcar me despierta —respondió entre risas—. De verdad me encantaría ver la rutina de la finca.

—Ya veo… prefieres a los caballos antes que a mí.

—Zachary, en serio. No me hagas sonrojar tan temprano.

—Puedo hacer algo mejor que hacerte sonrojar… —le susurré al oído—. Puedo hacer que te corras ahora mismo.

Grace casi se atraganta con la tostada. Una fracción de segundo después, me di cuenta de que se estaba atragantando de verdad y tuvo que apartar el plato e inclinarse ligeramente para recuperar el aliento.

—Joder, voy a buscar agua.

Cogí una botella de la cesta, le quité el tapón y se la di. Grace respiró hondo y bebió un sorbo.

Una vez recuperada, me miró fijamente y dijo:

—Zachary, eres literalmente un peligro para mí.

Me incliné para besarle el lóbulo de la oreja, pero ella dio un paso atrás. Era evidente que estaba poniendo distancia. La noche anterior habíamos cedido a nuestros deseos e instintos, pero esa mañana algo había cambiado. Me enderecé y esperé con paciencia, sin dejar de mirarla.

—¿Quieres hablar de lo que pasó anoche? —pregunté.

—Es lo que toca, ¿no? —respondió con un suspiro—. Pero antes necesito un momento para centrarme y ordenar mis pensamientos. Voy a ducharme.

—Claro. Yo iré después de ti.

Me eché atrás y la observé mientras recogía sus cosas del sofá para dirigirse al baño.

Después de que ella entrara, decidí aprovechar el tiempo para hacer parte de mi rutina matutina de ejercicios: flexiones y saltos. Estaba inmerso en mi entrenamiento cuando el silbido de Grace me sacó de mi concentración.

—Vaya, no me esperaba encontrar una imagen así al salir del baño.

Se quedó plantada en la puerta, mirándome sin tapujos. Dejé de hacer abdominales y me levanté al instante.

Se humedeció y se mordió el labio inferior.

—¿Cómo puedes ser tan sexy? Esos bóxers te sientan de maravilla.

—Pues yo creo que sobran. Pero antes quiero ducharme porque he sudado bastante.

Grace se apartó de la entrada del baño. Le guiñé un ojo antes de entrar y meterme en la ducha.

Mientras estaba bajo el chorro, pensé en la conversación que nos esperaba. No me cabía duda de que había disfrutado la noche anterior, pero no entendía por qué ahora parecía replegarse en sí misma. No estaba acostumbrado a tener que "conquistar" a una mujer; lo normal para mí eran las citas esporádicas y rollos de una sola noche.

Pero con ella, no quería solo una noche… Quería muchas.

Al terminar de ducharme, la inconfundible voz de Felicia me alertó de que ya no estábamos solos. El impulso de echarla y retener

a Grace allí por unas horas más fue instantáneo.

Abrí la puerta y Felicia anunció:

—Chicos, ¡hace un día precioso! Si estáis listos, podemos ir a ver a los caballos. El pobre Starlight se asustó mucho ayer y necesita mimos —dijo, lanzándole una mirada cómplice a Grace, y sonreí.

—Por cierto, te ha sonado el móvil varias veces mientras te duchabas —me comentó Grace.

Lo cogí del sofá y revisé los mensajes:

—Maldita sea, había olvidado por completo que hoy tenía una reunión importante. Pero si salgo ya mismo, puede que llegue a tiempo.

¿Cómo demonios se me había olvidado?

—Lo entiendo —dijo Felicia, con cara de decepción—. Grace, ¿tú te quedas?

—Sí, claro. Starlight me necesita y me apetece mucho pasar el día aquí.

—¡Genial! Te espero fuera.Voy a revisar si la tormenta ha causado daños en el exterior de la cabaña.

Sonaba a excusa; seguramente se había dado cuenta de que Grace y yo necesitábamos un momento a solas. Me pregunté si se habría dado cuenta de lo que había ocurrido la noche anterior.

Grace entrecerró los ojos y, con un gesto juguetón, preguntó:

—¿Seguro que no puedes quedarte?

—Por desgracia, no. Tengo un follón en la empresa, y mis hermanos y yo hemos convocado a los ejecutivos de toda la zona para tratar el tema en persona. —Me acerqué a ella. No entendía cómo su belleza aumentaba a cada segundo—. Pero mi oferta anterior sigue en pie. Solo tendríamos que cambiar el pantano por Nueva Orleans —dije, moviendo las cejas.

—Zachary —susurró, negando con la cabeza.

—Piénsalo y me dices.

—Es que… Lo de anoche fue increíble, pero… ahora mismo necesito tiempo para mí.

—Lo entiendo.

Aunque me disgustara, respetaría su decisión.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirí.

—Adelante.

—¿Por qué te opones con tanta firmeza a realizar una inversión conjunta en la finca? —Necesitaba confirmar mis sospechas.

Grace suspiró un segundo antes de responder:

—Sé que fui demasiado tajante en la cena de anoche. No era mi intención. Pero… —Se detuvo, pasándose la mano por el pelo. Me moría por hundir mis dedos en su melena, inclinar su cabeza hacia atrás y besarla, pero no era el momento adecuado—. Durante mucho tiempo, mi identidad y mis acciones estuvieron ligadas a otra persona: primero a la empresa de mi familia, luego a mi marido. Por primera vez en mi vida, estoy emprendiendo por mi cuenta y me siento feliz. Así que cualquier proyecto en el que me involucre…

—Prefieres hacerlo sola. Lo entiendo.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y no estás molesto? —preguntó en voz baja.

—Grace, ¿por qué iba a estarlo?

—¿Y por qué no? —replicó, encogiéndose de hombros.

—Es tu decisión y la respeto.

Oímos unos pasos y enmudecimos al ver entrar a Felicia.

—Ahora mismo salgo —le dijo Grace, y se giró hacia mí—. Que tengas buen viaje, Zachary.

—Gracias, igualmente.

No quería irme y dejar las cosas a medias, pero sabía que no era el momento de presionar. Por supuesto, eso no significaba que fuera a rendirme, ni mucho menos.

CAPÍTULO CATORCE

GRACE

VOLVÍ A NUEVA ORLEANS bastante tarde tras pasar un día maravilloso con los caballos; no solo me dediqué a cepillarlos y alimentarlos, sino que Felicia me permitió montar una de las yeguas más mayores. Me sentí tan conectada que me dio mucha pena irme.

Estaba entrando en la ciudad cuando me llegó un mensaje de Lais.

Lais: ¿Sigue en pie lo de ver Netflix en tu casa o has tenido otro percance?

Mi amiga iba a flipar cuando le contara la noche que había pasado con Zachary. Además, yo seguía sin creérmelo y estaba deseando contárselo a alguien.

Grace: Sí, llegaré pronto a casa. ¿Te viene bien a las siete?

Lais: Perfecto.

En un principio habíamos planeado salir a tomar una copa, pero necesitaba un plan más tranquilo y no me veía con fuerzas para el jaleo de un viernes por la noche en el Barrio Francés. Aún así, quedar en casa era algo que hacíamos muy a menudo, incluso antes de casarme.

Llegué media hora antes a mi apartamento, y pedí nuestras hamburguesas con queso y patatas fritas rizadas de siempre. También preparé palomitas.

Lais llegó puntual, como de costumbre. En cuanto abrí la puerta, me miró de arriba abajo y soltó:

—Estás diferente… ¡tu energía ha cambiado!

—Ay, por favor, tú y tus energías —contesté entre risas.

—Somos de Nueva Orleans, amiga —respondió, encogiéndose de hombros—. Si no creyéramos en el vudú y las energías, ¿qué clase de ciudadanas seríamos?

A diferencia de la mayoría en la ciudad, yo no le prestaba mucha atención a lo esotérico o lo sobrenatural.

—Entonces, ¿acabas de volver del pantano? —preguntó, levantando una ceja.

—Sí.

—¿Por qué tan tarde?

—Primeros comamos —dije, señalando las hamburguesas y las patatas que había colocado en la mesita delante de la tele.

—Si tengo que esperar a después de comer, es porque necesitas que me prepare —dedujo Lais.

Nos sentamos en el sofá y le di un mordisco a mi hamburguesa. No había vuelto a comer desde el desayuno en la cabaña. Felicia me había ofrecido quedarme a cenar, pero no quería volver tan tarde.

—Venga ya, amiga. Habla primero y luego comes —protestó Lais tras dar el primer bocado.

—Es que estaba muerta de hambre.

Lais enarcó una ceja, pero siguió comiendo su hamburguesa.

—¿Cerraste el trato de la finca? —preguntó tras tragar.

—No exactamente.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Vamos por partes. Te enteraste de la tormenta, ¿verdad?

—¡No me digas que te pilló el temporal! —resopló—. Grace, ¡tendrías que haber empezado por ahí! Antes que nada, ¿te pasó algo?

—Por suerte, no. Pero como las rutas estaban cortadas, tuve que quedarme a pasar la noche en la finca.

Lais entrecerró los ojos, dándole un sorbo a su bebida:

—¿Y qué más?

—Felicia y Gaston no me avisaron que Zachary también estaría con nosotros.

Lais se quedó sin aliento.

—Espera, ¿entonces él también se quedó atrapado en el pantano? —Al ver que yo me limitaba a asentir, dedujo—: Os volvisteis a besar, ¿verdad? ¡Lo sabía!

—Fue más que un beso —susurré.

Mi amiga estaba tan atónita que apartó su comida para prestarme toda su atención:

—Grace Deveraux, ¿es verdad que *por fin* has puesto fin a esa larguísima sequía?

—Como lo oyes.

—¡Aleluya! —exclamó, y me eché a reír—. ¡Es la mejor noticia del mundo! ¿Tienes champán o algo para celebrar? Con gusto me tomaría cinco *Sazerac*[1] o incluso un chupito de tequila, en el peor de los casos.

—No tengo nada —confesé.

—No importa, me alegro muchísimo por ti. Ya era hora.

—Me lo has dicho mil veces —me reí entre dientes—, pero no estaba preparada.

—¿Y ahora lo estás?

—No lo sé.

—No te sigo —dijo Lais con el ceño fruncido.

—No fue algo planeado. Los dueños de casa tenían solo una cabaña disponible, tuve que compartirla con Zachary y una cosa llevó a la otra.

—Parece de película —comentó, y las dos nos partimos de risa.

—Lo has clavado.

—¿Y cómo fue?

Me giré a ella y suspiré:

—Increíble. Nunca pensé que disfrutaría tanto del sexo.

—¿No me digas que el cabrón e inútil de tu ex además era malo en la cama? —preguntó Lais totalmente indignada.

—No quiero hablar de Roger —respondí con los labios apretados.

—Tienes razón, lo siento.

—Ya es pasado. Siento que estoy recuperando el tiempo perdido, como si me hubiera quitado un enorme peso de encima.

—Yo tampoco quiero hablar del *innombrable*, pero ese tío te hizo mucho daño. Me hace muy feliz ver a mi mejor amiga recuperando su chispa.

—Sí, siento que he recuperado mi autoestima y mi esencia. Sé que puedo valerme por mí misma, ¡y estoy tan contenta!

—Me encanta. Zachary LeBlanc te conquistó primero con un beso y luego en la cama. —Mientras bebía de mi vaso, me lanzó la siguiente pregunta—: ¿Cuándo vas a volver a verlo?

Adoraba a Lais; era la persona más divertida y directa que conocía, me había apoyado incondicionalmente, y era la mejor amiga del mundo.

—No vamos a volver a vernos… quiero decir, no creo que vayamos a pasar otra noche juntos.

Lais se quedó callada, y volvió a morder su hamburguesa.

—¿Qué estás pensando? —pregunté, sintiendo un poco de ansiedad. Si Lais se quedaba callada era mala señal.

—Me parece raro que te conformes con algo de una sola noche. Sobre todo por lo especial del encuentro… me atrevo a decir que te ha transformado por completo.

Mastiqué una patata mientras sopesaba sus palabras:

—Como te he dicho… no fue algo planeado. Y ahora que acabo de recuperar el rumbo de mi vida, quiero centrar toda mi energía en mis proyectos y no en una relación.

—Lo entiendo, pero una cosa no quita la otra. Es la primera vez en mucho tiempo que te veo entusiasmada, con un brillo sincero en tus ojos. Hacía *mucho* que no te veía así.

No respondí porque sabía que mi amiga tenía razón.

—Esa luz se apagó tres días después de tu boda —añadió Lais.

Me estremecí al recordar que Roger me pidió que dejara el trabajo al tercer día de casados.

—No quiero hablar del pasado.

—Lo siento, no pude evitar la comparación. La cuestión es que has vuelto a ser la de antes, y solo por eso no descartaría más encuentros íntimos con Zachary LeBlanc.

Cogí otra patata frita y respondí:

—Creo que él solo busca rollos de una noche. —Y tras decir esas palabras, sentí una extraña tristeza—. Tú me conoces… no soy de las que tienen amigos con derecho a roce. Además, no hemos quedado en nada.

—Entonces, ¿por qué das por hecho que no puede surgir algo más entre vosotros? —preguntó Lais con tono serio—. Tenías muchos prejuicios con él, y resultó ser una buena persona, ¿no?

—No lo sé. No parece el tipo de hombre que quiere sentar cabeza…

Lais hizo un gesto con la mano:

—Nadie quiere sentar cabeza hasta que llega *el* momento. Si me dieran un dólar por cada vez que he escuchado "no estoy preparado para dar el siguiente paso" y, acto seguido, el tío se casa con la primera mujer que pasa, sería millonaria.

Hice una mueca de disgusto. Lais había tenido que pasar por eso al menos tres veces; no podía entender cómo podía tener tanta mala suerte.

—Al menos, el lado positivo es que no has tenido que lidiar con un divorcio. Es mejor esperar a que aparezca la persona adecuada que precipitarse a un matrimonio.

—Creía que ya no íbamos a hablar del pasado —dijo Lais, mirándome fijamente.

—Tienes razón. Asunto terminado.

Se metió la última patata frita en la boca y dijo:

—¿Y no vas a volver a verlo nunca más?

Me recosté en el sofá y dejé el bol de patatas fritas en mi regazo. A diferencia de Lais, me gustaba comerlas muy despacio.

—Lo veo improbable. Quiero decir, no tenemos nada en común.

—Excepto por aquella vez que te caíste al río, y aquella otra vez que te besó, y esta última vez en la que, de alguna manera, ambos acabasteis durmiendo en la misma cabaña.

—Tienes razón, pero lo de ayer no fue una casualidad. Ahora que lo pienso, era obvio que coincidiríamos en algún momento en la finca. No entiendo cómo no me di cuenta. —Dejé las patatas fritas en la mesa y cogí mi bebida. —Bueno, ya que te lo he contado todo, ¿qué tal si pasamos a la siguiente fase de la noche?

—¿Qué vamos a ver? —preguntó Lais—. ¿Qué te apetece?

—Nada de vampiros, por favor.

—Qué aguafiestas —se quejó, con el ceño fruncido.

—Siempre quieres ver lo mismo, Lais.

—Ya, pero están de moda y no soy la única obsesionada. Y no tiene nada que ver con que vivamos en Nueva Orleans.

—Veamos algo divertido. ¿Un documental?

—¿En qué mundo un documental es divertido? —resopló—. Me opongo rotundamente, pero acepto ver una comedia romántica que sea entretenida.

—Vale, tú eliges —dije mientras encendía la televisión, abría Netflix y le pasaba el mando.

Mientras Lais echaba un vistazo a las recomendaciones de la sección de comedias románticas, mi teléfono vibró. Mis empleadas estaban muy alteradas; nunca me había tomado un día libre y me habían bombardeado con correos electrónicos. Incluso tuve que detener el coche en el viaje de vuelta desde la finca para responderles.

Pero no era un mensaje de trabajo. Era de Zachary.

Zachary: ¿Qué tal? ¿Ya has vuelto a Nueva Orleans?

Mi corazón dio un vuelco.

Grace: Sí, hace un rato. He pasado todo el día allí y lo he disfrutado mucho.

Zachary: ¿Le diste mimos a Starlight?

Me reí.

Grace: Por supuesto. Te aseguro que ese caballo nunca ha tenido el pelo tan brillante.

Zachary: ¿Tienes planes para esta noche?

Le envié una foto de la televisión.

Grace: Estoy con mi mejor amiga decidiendo qué peli ver. ¿Y tú?

Me envió una foto del Misisipi. Mi corazón comenzó a latir con fuerza.

Zachary: He salido de la oficina y he venido a dar un paseo junto al río. Imposible no recordar nuestra gran hazaña.

Nuestra gran hazaña. Qué bonita forma de expresarlo.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Lais—. ¿Y qué hacen tus empleadas escribiéndote a estas horas?

—No son mis chicas —respondí.

—¡Es Zachary! —dedujo ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy tu mejor amiga: te conozco —respondió entre risas.

Mi teléfono volvió a vibrar.

Zachary: Contigo todo es inesperado, y me chifla.

Le mostré el teléfono a Lais, que sonrió de oreja a oreja:

—Ya te digo que este tío no busca un rollo de una sola noche. Te apuesto a que intentará conquistarte y que caigas rendida a sus encantos.

—¿Tú crees? —pregunté, humedeciéndome los labios.

Volví a leer su mensaje y decidí responder con sinceridad.

Grace: Es verdad, y te aseguro que no he planeado nada de todo lo que ha pasado.

Zachary: Lo sé. ¿Vais a ir al Barrio Francés esta noche?

Grace: No, estoy demasiado cansada.

Zachary: Pero si no has ido a trabajar hoy. Aunque tengo que reconocer que la noche anterior fue bastante movida.

No pude evitar reírme.

—Está tonteando, ¿verdad? —preguntó Lais y yo asentí—. ¿Y? ¿Le vas a seguir el juego, no?

Apreté el teléfono contra mi pecho con una enorme sonrisa:

—Lo estoy considerando.

—¡Aleluya! —volvió a decir Lais.

—No cantes victoria tan pronto.

Mi amiga apretó los labios y adoptó una actitud seria:

—Tienes razón. No hay que precipitarse.

—Venga, vamos a ver una película —dije.

Nos decantamos por una comedia romántica, y cuando apareció el título, le hice una foto y se la envié a Zachary. Su respuesta me hizo gracia.

Zachary: Qué horror, detesto las comedias románticas. ¡Que os divirtáis!

Tenía la esperanza de que siguiera enviando mensajes, pero no fue el caso, de modo que Lais y yo vimos a Sandra Bullock y Hugh Grant por quincuagésima vez en silencio, suspirando en nuestras escenas favoritas. La habíamos visto por primera vez cuando éramos adolescentes y ese tipo de comedias románticas de principios de los dos mil nos hacía reír.

Bostecé varias veces cuando se acercaba el final y Lais se dio cuenta de mi cansancio:

—Pensaba que haríamos una maratón de pelis pero veo que estás muerta de sueño.

—Era mi intención, pero he tenido un día muy largo.

Y, como señaló Zachary, una noche movida, pero no me apetecía compartir esa información. Solía compartir más con Lais cuando estaba con mi ex, pero con el tiempo dejé de hacerlo.

—Entonces me voy, pero queda pendiente una salida por el Barrio Francés, ¿vale?

—¿Qué tal la semana que viene? —sugerí.

—Sí, me viene bien el viernes o el sábado. Haré que cumplas tu promesa.

—Aún no te he prometido nada —remarqué, y al ver que Lais se llevaba las manos a las caderas, añadí—: No te volveré a fallar, lo prometo.

—Espero que no retomes las clases de natación en el Misisipi —comentó con una ceja levantada, haciéndome reír a carcajadas.

—Buenas noches, Lais —dije mientras se dirigía a la puerta.

—Buenas noches.

Volví a bostezar y me levanté del sofá, para mover mi cuerpo entumecido. Después de recoger la cocina, tirar lo que quedaba a la basura y guardar los platos en el lavavajillas, me dediqué a mi ritual favorito: la ducha. Una vez leí que la mayoría de las personas

tardaban menos de cuatro minutos en ducharse, pero a mí no me entraba en la cabeza. Yo necesitaba al menos quince.

Me apliqué crema corporal minuciosamente después de secarme; tenía la piel seca pese a la humedad del pantano. Mientras me masajeaba la parte interna de los muslos, tuve recuerdos de la noche anterior. Seguía sin creer lo viva que me había sentido, y lo increíble que había sido Zachary conmigo.

Después de ponerme mi camisón de seda y mis mullidas zapatillas de casa, busqué mi teléfono en el dormitorio para poner la alarma, y entonces recordé que lo había dejado en el salón. Cuando fui a buscarlo, lo cogí de la mesita y vi que tenía un mensaje nuevo.

Zachary: ¿Se acabó la comedia romántica?

Una corriente de adrenalina me recorrió. ¿Cómo un simple mensaje podía ponerme tan feliz?

Grace: Sí. Y Lais también se ha ido. Se ha dado cuenta de por qué estoy tan cansada.

Zachary: ¿No le has contado lo de anoche?

Le respondí, sentada en el sofá, riéndome.

Grace: Sí, pero no le di muchos detalles.

Zachary: Si te has olvidado de algunos detalles, será un placer recordártelos al milímetro. Los tengo grabados a fuego en mi memoria.

Mi mejor amiga tenía razón: alguien que solo buscaba un rollo de una noche no escribiría un mensaje así.

Me mordí el interior de la mejilla. ¿Lo había juzgado mal?

Grace: No hace falta, recuerdo cada detalle a la perfección.

Zachary: Estupendo. Eso significa que causé una buena impresión.

Empecé a reírme a carcajadas. Zachary era muy diferente a lo que había imaginado.

Grace: ¿Cómo te fue en la reunión?

Zachary: Bien. Pero la semana que viene será complicada.

Grace: Crucemos los dedos para que pase rápido.

Zachary: No tengo duda: cada vez que alguien me cabree, recordaré nuestra noche juntos. Recuperaré el buen humor y mis contrincantes verán que no pueden afectarme.

Sonreí.

Grace: Es una buena estrategia, tendré que ponerla en práctica yo también.

Zachary: Y si tienes dudas, puedes enviarme un mensaje o llamarme y recordar juntos.

Un intenso calor se acumuló entre mis muslos solo de pensarlo. Joder, ese mensaje rozaba lo obsceno.

De repente, me visualicé saliendo de una reunión para tener una conversación picante con Zachary, y el corazón se me puso a mil.

No puede ser, se me está yendo la olla. Él solamente había hecho un comentario gracioso y yo lo había tomado demasiado literal.

Zachary: No te sorprendas si te llamo en algún momento del día.

No está bromeando. Podría haberle dicho que no, por supuesto, pero me estaba divirtiendo demasiado, ¡y qué bien me sentaba! Con Zachary me salía natural, no podía evitarlo, motivo por el cual le respondí con el mismo descaro.

Grace: Lo mismo digo. Prepárate.

Zachary: Ya estoy preparado.

---

1 Nota de la Traductora: El *Sazerac* es un cóctel clásico de Nueva Orleans, proclamado bebida oficial de la ciudad. Se elabora con coñac o whisky de centeno, absenta, azúcar y amargos de *Peychaud.*

CAPÍTULO QUINCE

ZACHARY

LA SEMANA SIGUIENTE, tal como ocurría todos los veranos, fue un caos absoluto. Todo el mundo se apresuraba a cumplir con los pedidos antes de que el negocio se reactivara en septiembre. Eso significaba que nuestros barcos tenían que llegar a tiempo y cada retraso suponía una pérdida de dinero. Confiaba que la reunión que habíamos tenido la semana anterior hubiera simplificado la logística y resuelto los problemas pendientes. Como uno de los principales astilleros del país, era importante que todo funcionara sin contratiempos. Transportábamos contenedores de mercancías y gozábamos de gran prestigio tanto a nivel nacional como internacional; de hecho, fue uno de los primeros negocios que montó *The Orleans Conglomerate.*

La primera reunión del lunes por la mañana fue un quebradero de cabeza: tuvimos que asumir el retraso en la entrega de un cargamento de unos de nuestros mayores clientes, lo que acarrearía un coste significativo.

Necesitaba desahogarme de alguna manera. Así que, justo antes de la segunda reunión, mientras tomaba mi cuarto café del día, le envié un mensaje a Grace.

Zachary: La semana ha empezado fatal, pero sigo de buen humor, imaginándote desnuda en esa cama.

Para mi sorpresa, me respondió de inmediato.

Grace: Zachary, estoy en una reunión.

Zachary: Ja, seguro que la gente estará preguntándose por qué te has puesto roja.

Grace: Más te vale que nadie pregunte nada.

Sin embargo, decidí no seguir con los mensajes subidos de tono. Había sido impulsivo; no podía escribirle sin pensar, quizás la ponía en un aprieto o interrumpía un momento importante.

Zachary: Avísame cuando tengas un descanso.

Tal como predije, su mensaje llegó unas tres horas después, mientras yo estaba en una reunión que, aunque tensa, no fue tan desastrosa como la primera. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?

Grace: No son ni las doce y ya estoy de los nervios. Necesito algo que me baje el estrés.

Joder.

Nunca había tenido una erección en medio de una reunión… pero parece que siempre hay una primera vez para todo.

Respiré hondo y le di la vuelta al teléfono para no ver la pantalla. No debí haberlo mirado.

Me llevó unos segundos borrar de mi mente la imagen de Grace con las piernas abiertas. Pero tenía que responderle; si no lo hacía, seguiría pensando en ella sin descanso.

—Perdonad, tengo que contestar algo urgente —dije con tono serio, cogiendo el teléfono de nuevo.

Zachary: ¿A qué hora es tu descanso para comer?

En cuanto pulsé "Enviar", volví a darle la vuelta al teléfono y lo dejé a un lado. Sorprendentemente, logré concentrarme en la reunión. Pero en cuanto terminamos y me quedé solo en la sala de reuniones, mis pensamientos volvieron rápidamente a Grace. Revisé mi teléfono y vi dos mensajes suyos.

Grace: A la una.

Grace: Nada, olvídate. Hoy no tendré descanso.

Me lamenté, pero el impulso de coquetear con ella era irrefrenable.

Zachary: Entonces, por la noche.

No respondió.

Pasé el resto del día en una importante negociación con un posible socio comercial. Para cuando terminé a las seis en punto, casi todo el mundo se había marchado. Las seis era el final no oficial de la jornada laboral. No fomentaba que los trabajadores hicieran horas extras, ya que había visto a mucha gente quemarse por exceso de trabajo y no quería exponer a mis empleados. El agotamiento podía aparecer de un momento a otro sin avisar.

Le escribí a Grace.

Zachary: ¡Qué día más largo!

Grace: El mío aún no ha terminado.

Zachary: No puedo permitir eso.

Grace: ¿Y qué harás al respecto?

Mi pulso se aceleró por segunda vez en el día, y no por asuntos de negocios… estaba considerando seriamente ir a buscar a Grace.

Joder, estaba empezando a perder la cabeza. Una cosa era tontear y otra muy distinta irrumpir en su oficina.

Zachary: Puedo solucionarlo ahora mismo.

Grace: ¿Por teléfono?

Zachary: Claro. Incluso por mensaje.

Solo con pensarlo, ya me estaba excitando.

Grace: ¡Zachary! Estoy a punto de empezar una videollamada.

Me pregunté si sería verdad, o quizás la estaba presionando demasiado, o ambas. Así que decidí darle espacio.

Zachary: Entonces, buena suerte. Yo doy mi día de trabajo por terminado.

Nos enviamos mensajes durante el resto de la semana, y fue lo más destacado de cada día. No quise presionarla tanto como el lunes; no

sabía el alcance de *lo nuestro* pero entendía que tenía que ir poco a poco con Grace. Aunque me costaba expresarlo, de algo estaba seguro: no iba a olvidar lo que había pasado en la finca.

Después de una reunión récord de seis horas el viernes, tenía previsto una cena familiar en la mansión de Garden District, y más tarde iríamos al casco antiguo con Anthony y Beckett a tomar unas copas.

Mientras bajaba al aparcamiento, le envié un mensaje a Grace.

Zachary: He terminado mi jornada por hoy. ¿Qué vas a hacer esta noche? Yo iré a tomar algo al Barrio Francés.

Grace: Yo también. He quedado con Lais y no puedo volver a fallarle.

Sonreí triunfante. De una forma u otra, iba a verla esa noche. Me metí en el coche y conduje directamente a Garden District: la cena estaba a punto de empezar. Durante todo el trayecto pensé en Grace, lo que hizo que se me pasara más rápido de lo habitual.

En la casa familiar reinaba el caos, como de costumbre. Además de mis abuelos maternos y paternos, Chad, Scarlett, Bella y la recién nacida Simone ya estaban allí. Entonces vi a Anthony y Beckett, junto con Xander y Bailey. Solo faltaban Julian, Georgie y mis padres.

—¡Tío Zachary! —exclamó Bella cuando me vio—. ¿Sabes lo que acaba de pasar?

—No, cuéntame.

—Papá me va a dejar ver *El cáliz de fuego*.

Silbé con fuerza y asentí en dirección a Chad, que parecía haber bajado los brazos y abandonado la lucha.

—Scarlett ha dicho que verá la peli conmigo —continuó—. ¿Quieres venir con nosotras?

Cuando le conté a Bella que ya había visto la saga completa, me coloqué en lo más alto de su lista de tíos favoritos. Competía en el podio con Xander y Julian, pero yo tenía una clara ventaja sobre ellos; había visto las películas en el cine cuando se estrenaron y era un auténtico fan. Ellos en cambio, solo las vieron para complacer a su sobrina. Ver Harry Potter con Bella era como revivir mi propia adolescencia.

—Claro, peque.

—¡Yupiii!

Todos se habían congregado junto a la chimenea del salón, que naturalmente, no estaba encendida. Era verano, hacía mucho calor, y me indignaba que mi familia se negara a usar el aire acondicionado. Los enormes ventiladores de techo no conseguían refrigerar la sala.

—Tío Zachary, la abuela Isabeau me ha dicho que pronto tendrás una finca con caballos.

Me senté en el sofá y Bella se subió a mi regazo. Me encantaba que mantuviera ese gesto de niña pequeña; decía que era demasiado mayor para muchas cosas, pero no para sentarse a upa.

—Todavía no lo he conseguido, pero espero que sea pronto.

—¿Me puedes llevar allí contigo?

Miré a Chad, que asintió. Cogió a Simone de los brazos de Scarlett y la mantuvo sobre su pecho. Ella se rió, apoyándose en él.

Reconocía que muchas veces fastidiaba a mi hermano, pero no le prometería algo así a Bella sin su permiso.

—Ya veremos cuándo podemos organizar una excursión. —Tenía que tener mucho cuidado con Bella; me costó un tiempo entender que los niños creen ciegamente en la palabra dada.

—¿Cómo va el asunto de la inversión? ¿Has vuelto a la finca? —preguntó Beckett.

—Sí, estuvimos allí la semana pasada para ver un nuevo caballo y ultimar detalles sobre la reforma y la inversión.

—¿Estuvimos? —preguntó Anthony, levantando una ceja—. ¿Te refieres a que Grace Deveraux estuvo allí también? ¿Sigue interesada en la finca?

—Sí, los dos estamos interesados.

—¿Has hecho una oferta oficial?

—No, esta semana tuve que atender otras prioridades. Y supongo que Grace también.

Beckett levantó la vista de su vaso de *whisky*:

—¿Qué te hace pensar eso?

—Es solo una corazonada —respondí, después de aclararme la garganta.

—¿Tienes una idea más cabal de cómo es ella como persona? —preguntó Isabeau.

—Por lo que he visto, no está implicada en los asuntos de sus hermanos. Aunque sigo sin comprender sus motivos para invertir en la finca, considerando que es propietaria de una empresa de productos para la piel.

—Y tú estás al mando del sector logístico de *The Orleans Conglomerate* —señaló Celine—, que tampoco tiene mucho que ver.

—Es cierto, pero mi experiencia como técnico de emergencias sanitarias… Mejor lo dejamos así, no me corresponde adivinar qué intereses tiene Grace. Pero está tan empeñada como yo; a Felicia y Gaston sin duda les cae bien.

Los ojos de Isabeau *brillaron*:

—¿Y tú qué opinas? ¿A ti también te cae bien?

—Claro.

Mis abuelos estaban sentados en el sofá contiguo al de mis abuelas e intercambiaron una mirada. Juraría que el abuelo David estaba conteniendo la risa, lo que significaba que ya habían hablado del tema.

—Pero eso no viene al caso —añadí rápidamente—. Lo que sí tengo que reconocer es que empezamos con mal pie.

—¿Qué pasó? —preguntó Isabeau.

—Cometí el error de pedirle a Marcel que investigara sobre ella… Pero ignoraba sus cuestionables métodos para conseguir información.

—Te advertí sobre él hace tiempo —dijo Xander.

—Es verdad —admití, volviéndome hacia él—: Pero el problema, hermano, es que me has advertido sobre tantas cosas que ya he perdido la cuenta.

—No es un tío muy honesto —comentó Xander, negando con la cabeza.

—Sí, lo he aprendido por las malas.

—Pobre chica. ¿Qué le has hecho? —preguntó Isabeau, y cuando me giré para mirarla vi que tenía el ceño fruncido.

—Aún no he dicho nada, ¿y ya te pones de su parte?

Isabeau negó con la cabeza:

—Sabes que siempre me pongo del lado de la familia. Soy un poco más considerada en este caso porque he oído de fuentes fiables que su exmarido era un gilipollas.

Su comentario hizo que Bella aplaudiera y Chad resoplara.

Mi abuela Isabeau tenía muy poco filtro, pero evitaba decir palabrotas delante de su bisnieta. Lo mismo cuando nosotros éramos niños, pero tiró la toalla cuando nos transformamos en adolescentes.

—Lo siento —dijo con una mueca de disgusto—. Bella, acabo de decir una mala palabra. No la repitas, por favor.

Mi sobrina, con una sonrisa en la cara, ni siquiera se molestó en asentir. Seguro lo añadió a su vocabulario.

—¿Y qué pinta el exmarido en todo esto? —le pregunté a Isabeau.

Tenía la sensación de que Grace no me lo había contado todo… aunque, para empezar, no tenía ninguna obligación de hacerlo.

—No la trataba bien y, mientras se estaban divorciando contrató a un detective para que la vigilara. Y como no encontró gran cosa, empezó a inventar bulos. No conozco toda la historia, pero por lo que he oído, acabó fatal.

¡Joder! Era mil veces peor de lo que había imaginado, y explicaba por qué Grace estaba tan molesta con Marcel.

Me aclaré la garganta antes de explicar:

—Bueno, salvando las enormes distancias, Marcel llamó a los propietarios de la finca para insinuar que Grace no era de fiar.

—Creía que te habíamos enseñado a tener más clase —me reprendió Isabeau de brazos cruzados.

En ese momento, mis padres entraron al salón.

—Perdón por la tardanza —se disculpó mi madre—. El evento de la galería se alargó más de lo previsto.

—No te preocupes, mamá —respondí, quitándole importancia—. No te has perdido gran cosa. Solo a Isabeau regañándome.

—Bueno, pero gracias a que ella se encarga de hacer el trabajo sucio, yo quedo como la mejor madre del mundo. —Lo cual era cierto.

—En cualquier caso —dijo Celine—, asegúrate de no darle más dolores de cabeza a esa pobre chica. Ya ha tenido suficiente con todo lo que le ha pasado.

—Fue un tropiezo, y me he asegurado de que no vuelva a ocurrir —afirmé.

—Eso es lo que quería escuchar. De todos modos, he oído que tiene un gran sentido de los negocios, y que la empresa de su familia aumentó mucho sus beneficios en los años en que ella participó —dijo Isabeau, y luego miró su teléfono—. Julian acaba de enviar un mensaje para avisar que él y Georgie no pueden venir. Así que como ya estamos todos, Celine y yo vamos a traer la comida. ¿Alguien quiere ayudar?

—Yo voy con vosotras —me ofrecí. Anthony y Beckett también se unieron a nosotros.

Mientras íbamos a la cocina, Isabeau me preguntó:

—¿Vas a volver a ver a Grace?

La respuesta sincera sería "Ten claro que sí", pero mi abuela no tenía por qué saberlo.

—No lo sé; no tenemos prevista otra reunión con Felicia y Gaston. El siguiente paso será hacer una oferta, pero antes necesito más información sobre el coste real de las reformas. Aunque hemos conversado mucho con ellos, no hemos hablado de cifras.

Isabeau me miró de reojo mientras entrábamos en la cocina:

—Bueno, pero si ves a Grace, ¿podrías mencionarle nuestra tienda de perfumes?

—¿Para qué? —preguntó Anthony.

—Se rumorea que la pobre chica no ha tenido ninguna cita desde su divorcio. Su historia me pareció muy conmovedora y queremos darle un empujoncito con uno de nuestros perfumes especiales de lila. ¿Por qué no ayudarla a encontrar al hombre adecuado?

Desde luego, *ni loco* le comentaría a Grace sobre la tienda de perfumes. No quería que tuviera una fragancia, y mucho menos de lilas. No creía en el poder mágico que mis abuelas le atribuían para unir a una pareja, pero tampoco quería correr ningún riesgo.

—Veré si puedo encontrar la manera de sacar el tema en alguna conversación —dije.

¿Era mi imaginación o Isabeau me miraba como si hubiese ganado una partida?

Anthony silbó y Beckett me dio una palmada en el hombro:

—Tío, deberías considerarte afortunado de que no te haya ofrecido hacerte un perfume de lilas *para ti*. Ya sabes, para atraer a "la persona adecuada" —imitó a Isabeau, que se enfadó al instante.

—Seguid burlándoos de nosotras, que ya vendréis con el rabo entre las piernas —respondió ella.

—No nos estamos burlando, Isabeau —replicó Anthony, pero Beckett ladeó la cabeza.

—Yo sí. Lo siento, es que no puedo tomarme esa historia en serio —comentó entre risas.

—La lila no surte efecto en los hombres —explicó Isabeau.

—Sí, solo la utilizamos en fragancias femeninas —añadió Celine, mientras servía *jambalaya* en los cuencos.

—Bueno, ahora me quedo más tranquilo —dijo Beckett en tono sarcástico.

Mis hermanos pequeños no sabían interpretar a Isabeau y Celine tan bien como el resto de nosotros. Quería advertirles de que los tres estábamos en problemas.

—Pero tenemos otro ingrediente para los artículos masculinos —apuntó Isabeau.

Joder, lo sabía.

—¿Y qué es? —preguntó Anthony, quien al menos tuvo la sensatez de mostrarse algo alarmado. Quizás podía leer las intenciones de Isabeau mejor de lo que yo pensaba, pero era demasiado tarde—. ¿Sabes qué? No importa. De todos modos, nosotros no usamos colonias.

—Es verdad —coincidió Isabeau con dulzura—. Pero sí que usáis nuestros jabones.

Sentí cómo mis hermanos entraban en pánico; yo también estaba un poco asustado. Sí, así de poderosas eran Isabeau LeBlanc y Celine Broussard: los tres éramos adultos, directores generales de nuestras respectivas empresas, y sin embargo, conseguían intimidarnos.

—¿Cómo? —preguntó Beckett bruscamente—. Tendríais que decirnos si llevan algún ingrediente especial, ¿no?

—¿Por qué? —respondió Celine—. Si después de todo, esas cosas no funcionan —continuó, burlándose de mi hermano. Era demasiado gracioso.

—Joder —se lamentó Anthony.

—Venga, chicos, llevemos la *jambalaya* y el arroz con alubias al salón —ordenó Isabeau, poniendo fin a la conversación.

Intercambié una mirada con mis hermanos, pero ninguno dijo nada. Nuestras abuelas podían estar bromeando, pero en cuanto llegara a casa iba a revisar minuciosamente mis jabones.

CAPÍTULO DIECISÉIS

ZACHARY

ERAN CASI las nueve cuando me fui de la casa de mis abuelos con Anthony y Beckett.

—¿Vamos al bar de Julian? —sugirió Anthony. El *Lucky Bar* era nuestro punto de encuentro habitual.

Julian solía estar allí los viernes y sábados por la noche para supervisar el local, pero últimamente no lo veíamos mucho.

—¡Venga! —aceptó Beckett.

—¿Qué tal va todo, muchachos? ¿Alguna novedad? —pregunté.

—Nada nuevo —respondió Beckett. Y con una sonrisa burlona agregó—: Os aviso de antemano que no podré quedarme mucho rato… he quedado con una chica más tarde.

—Yo también —añadió Anthony.

Perfecto, porque yo también tengo planes. Y prefería no comentárselo a mis hermanos; no lo entenderían.

Cuando llegamos al casco antiguo, las calles estaban abarrotadas de gente.

—Estamos de acuerdo en que vivimos en la mejor ciudad del mundo, ¿no? —comentó Beckett mientras nos dirigíamos hacia Bourbon.

Muchas personas evitaban esa calle para esquivar borrachos y el alboroto habitual de los viernes y sábados, pero a mí me gustaba contagiarme de esa energía frenética.

—Sí, somos muy afortunados —respondí.

Aproveché para enviarle un mensaje a Grace.

Zachary: Hola, ¿ya estás por el Barrio Francés?

Grace: Sí, estamos en un local en la calle Chartres.

Inmediatamente después, me envió su ubicación. Sentí una punzada de ansiedad.

Tenía previsto encontrarme con ella una vez que mis hermanos se marcharan, pero ahora que sabía dónde estaba, la tentación era demasiado fuerte.

—Vamos a la calle Chartres —dije.

—¿Y eso? —preguntó Anthony—. No nos queda de camino para el *Lucky Bar.*

—Hoy podríamos hacer algo diferente —comentó Beckett con despreocupación—, y de paso, echar un vistazo a la competencia. Total, Julian se pasa los viernes por la noche encerrado en su casa.

—Oye, no te metas con tu hermano —le reprendí.

Si por mí fuera, me quedaría encerrado en mi casa con Grace. Solo de pensarlo me volvía loco… y marcaba un gran contraste con cómo había sido mi vida hasta entonces: disfrutaba de mi soltería sin rendirle cuentas a nadie. Parecía que las cosas estaban empezando a cambiar.

Giramos en la calle Dumaine y, a medida que nos acercábamos al bar que ella me había indicado, no dejaba de buscarla con la mirada. Hacía un calor insoportable y daba por hecho que debía estar en alguna parte de la terraza. No era fácil encontrarla porque el lugar estaba a reventar.

Pero entonces oí su voz:

—No, de verdad, no queremos beber nada —dijo con un tono de claro enfado.

—Venga ya. ¿Qué hacéis dos mujeres solas así de arregladas? Todo el mundo sabe que estáis buscando que os inviten a una copa.

Era evidente que ese gilipollas estaba borracho como una cuba. ¿Cómo se atrevía a hablarles de ese modo? ¿Pensaba que así

conseguiría ligar? Lo único que se llevaría sería un guantazo bien dado… y no dudaría en dárselo yo mismo.

Grace estaba espectacular. Llevaba un vestido dorado cortísimo que me hacía volar la imaginación, tacones altos y el bolso cruzado sobre el pecho. Tenía el pelo recogido a un lado, con los rizos cayéndole sobre el hombro.

La chica que estaba a su lado debía ser su amiga Lais. Me dirigí directamente hacia ellas. Ambas tenían los hombros encogidos y estaban casi pegadas a la pared del estrecho pasillo.

Me indignaba que nadie de los que estaban cerca interviniera. Si yo había sido capaz de oír a Grace, el grupo de hombres a medio metro de distancia también debió haberla oído.

En fin… la gente evita meterse en problemas o complicarse la vida.

—Oye, ¿no has escuchado a las chicas? Vete de aquí ahora mismo —le exigí al hombre en cuanto me acerqué.

El tipo giró la cabeza bruscamente hacia mí, con los ojos inyectados en sangre. Era alto, pero no me superaba en tamaño.

—Vete a tomar por culo. Ellas son mías. Yo las vi primero —replicó.

—¿Qué coño? ¿Que son tuyas? Vete tú a tomar por culo.

—¿Pero qué te crees? Si has venido aquí a lo mismo que yo —dijo con tono de burla—. A echar un polvo.

—No, claro que no —objeté.

—Zachary… —susurró Grace. El alivio en su voz me tranquilizó un poco.

—Vete a tomar por culo —le repetí al tipo —. No quiero repetirlo por tercera vez.

—¿O qué? —me desafió, cruzándose de brazos—. Mira, con una me basta; yo me quedo con la rubita y tú te llevas a esta —dijo, señalando a Grace—. No me vas a decir qué puedo hacer y qué no.

Dio un paso hacia ella y la rabia me consumió por completo.

Levanté la mano y le di un puñetazo justo en medio del ceño. Grace soltó un grito. El hombre se tambaleó y retrocedió hasta chocar contra la pared opuesta a donde estaban las chicas.

—¡¿Estás loco?! —preguntó.

—Vete de aquí ahora mismo.

—Tienes que hacerte ver, tío.

Me reí irónicamente, y el tipo se alejó corriendo.

Me volví hacia las dos chicas y les pregunté:

—¿Estáis bien?

—Sí, gracias a ti —dijo la amiga de Grace—. Por cierto, me llamo Lais. Encantada de conocerte.

—Igualmente. Yo soy…

—Zachary LeBlanc —terminó ella por mí.

—¿Nos conocemos?

—No, pero he oído hablar de ti —respondió y miró a Grace, que tenía una mano en el pecho, jugueteando con su colgante. Era evidente que estaba alterada.

—Grace, ¿estás bien?

Asintió, pero no fue muy convincente.

—i¿Qué coño acaba de pasar aquí?! —exclamó Beckett, uniéndose a nosotros con Anthony.

—¿Dónde estabais vosotros dos? —pregunté.

—Buscándote. Te perdimos de vista un momento y de repente te vimos dándole un puñetazo al tío ese —explicó Anthony.

—Se lo merecía —intervino Lais—. Nos estaba literalmente acosando, y Zachary nos ha salvado.

—Lais, Grace —dije—, os presento a mis hermanos, Anthony y Beckett.

—¿Grace Deveraux? —preguntó Anthony.

—Sí —asintió Grace.

—¿Por qué no tomamos algo todos juntos? —sugirió Lais, y todos asintieron.

Acepté, aunque quería llevar a Grace a un lugar más tranquilo. La notaba incómoda, fuera de lugar, y quería asegurarme de que estuviera bien. ¿Acaso no solía salir por el casco antiguo?

—Quiero un *Pimm's* —le pidió a Lais.

—Y yo un *Sazerac* —añadí.

—Tío, Julian nos va a despellejar vivos si se entera de que hemos tomado *Sazerac* fuera de su bar —dijo Anthony.

—Correré el riesgo. —Rara vez probaba otros cócteles.

—Ahora volvemos —avisó Lais.

Anthony nos miró a Grace y a mí con el ceño fruncido, y Beckett levantó una ceja. Habían atado cabos, pero al menos tuvieron la decencia de mantener la boca cerrada.

Cuando se fueron, me acerqué a Grace y le puse las manos sobre los hombros:

—Estás temblando.

—Ese hombre me puso muy nerviosa, me dio escalofríos —dijo, sacudiendo la cabeza—: No puedo creer cómo se refirió a nosotras, como objetos, sin importarle si queríamos ir con él o no.

—Estás a salvo, Grace —le aseguré, acariciando su mejilla con el dorso de la mano—. ¿Quieres que nos vayamos?

—No, acabamos de llegar y le prometí a Lais que hoy saldríamos juntas. Aún no hemos bebido ni nuestra primera copa. El alcohol me ayudará a tranquilizarme. —Tras una breve pausa, me miró y dijo—: Gracias. Es curioso… nunca necesité que me rescataran, pero tú ya lo has hecho dos veces.

—Ha sido un placer, pero preferiría no tener que hacerlo una tercera vez. No quiero ni pensar que estás en peligro. —Mis propias palabras me sorprendieron.

—Así que has salido con tus hermanos —dijo, parpadeando ligeramente, intentando cambiar de tema.

—Sí, cenamos en casa de nuestros padres y abuelos antes.

—¿Adónde ibais?

—Al bar de mi hermano Julian, en Dumaine.

—Entonces no os entretenemos más.

—No me iré hasta estar completamente seguro de que estás bien.

—Entonces quizás tengas que esperar mucho —dijo con una triste sonrisa.

—No me importa.

—No sé por qué me ha afectado tanto. Escuchar ese tipo de frases, que una mujer le pertenece a un hombre… me trae recuerdos desagradables.

Al instante recordé lo que me había contado mi abuela Isabeau. Era lógico que el incidente le hubiera afectado. Si volvía a cruzarme

con ese gilipollas, le daría otra paliza.

—Tranquila, no volverá a molestarte —prometí.

—Ya veo… no todos los días cuento con los servicios del guardaespaldas más sexy del mundo —dijo con brillo en la mirada.

—Guardaespaldas, ¿eh? —repetí—. ¿Qué te parece si te ofrezco mis servicios durante el resto de la noche?

—Qué listo.

—Grace, llevo toda la semana conteniéndome… no aguanto más.

—¿Pero qué dices? —replicó con picardía en la mirada. Grace se estaba relajando—. Si has estado coqueteando *descaradamente* conmigo por teléfono.

—Grace, aún no has visto nada.

—¡Oh! —exclamó, tapándose la boca con una mano.

—Aquí estamos —dijo Beckett, justo cuando le estaba apartando un mechón de pelo detrás de la oreja.

Como acto reflejo, bajé la mano y me enderecé. Anthony nos vio y se fijó en la mejilla de Grace, justo donde la había tocado. Lais sonreía ampliamente, y alternaba la mirada entre los dos. Beckett parecía ajeno a todo mientras me entregaba mi cóctel.

—Tú también te has pedido uno —le dije a mi hermano, señalando su bebida.

—¿Qué remedio? Cuando Julian se entere y nos ponga a parir, nos tendremos el uno al otro. Además, tenemos que comprobar si su *Sazerac* sigue siendo el mejor de la ciudad.

—¿Vuestro hermano es el dueño del *Lucky Bar?* —preguntó Lais, y Beckett asintió.

Estaba muy orgulloso de que nuestro hermano mayor hubiera perfeccionado la receta del célebre cóctel. Año tras año, era votado como el mejor de toda Nueva Orleans.

—¡Salud! —exclamó Lais antes de chocar las copas—. A pesar de las circunstancias, es un placer por fin conocerte, Zachary.

—¿Y nosotros qué? —preguntó Anthony.

—Nosotros vendríamos a ser los extras —le explicó Beckett.

—Por supuesto que también me alegro de conoceros —respondió Lais entre risas—. Pero Grace me ha hablado tanto de Zachary que tenía muchas ganas de conocerlo.

Se hizo un breve silencio. Mis dos hermanos me miraron fijamente:

—¿En serio? Has oído mucho de él, ¿eh? ¿Y qué has oído exactamente? Tenemos curiosidad —le preguntó Beckett.

Lais pareció darse cuenta de que había hablado más de la cuenta, porque carraspeó, miró a Grace y le cedió la palabra.

—Lais está al tanto de que ambos estamos interesados en la finca de caballos —explicó Grace.

Beckett tuvo el buen sentido de permanecer callado; esa respuesta *no* era nueva, pero afortunadamente, lo dejó pasar.

—Es verdad —dijo Anthony, tomando su *bourbon* de un trago.

A todos nos gustaba el *bourbon*; teníamos el recuerdo de nuestros abuelos David y Félix, con un vaso en la mano mientras charlaban de negocios. Para nosotros, era sinónimo de sofisticación.

—Bueno, Lais, ¿a qué te dedicas? —preguntó Beckett.

—Soy contable, y aunque parezca aburrido os aseguro que *no* lo soy. ¿Y vosotros a qué os dedicáis? —preguntó, mirando primero a Beckett y luego a Anthony—. Ya sé que Zachary se encarga de la parte logística del negocio familiar.

—Yo estoy a cargo de la cadena de panaderías —dijo Beckett.

Anthony carraspeó antes de responder:

—Y yo me ocupo de los demás negocios que no encajan en ninguna categoría específica, lo cual disfruto muchísimo. Hago un poco de todo, pero principalmente me dedico a organizar eventos y gestionar locales de música.

—¿Te refieres a clubes de jazz?

—No precisamente. Tenemos bares *speakeasy*[1] enfocados en la música, y otros locales más grandes donde organizamos conciertos y eventos multitudinarios.

—Qué interesante —dijo Lais antes de apurar su copa, gesto que imitaron mis hermanos. *Joder, qué rápidos son*—. ¿Y si nos vamos los tres al *Lucky Bar* a tomar uno de esos célebres *Sazerac*? Este es una mierda.

—Tampoco una mierda —respondí entre risas—, pero no es ni por asomo tan bueno como el de Julian.

—Seguro que Grace y Zachary tienen que aclarar detalles de la finca —continuó Lais.

No necesité mirar a Grace para saber que estaba sonrojada. Aún así me giré para admirar sus mejillas rojas como un tomate.

—¿Qué detalles tenéis que aclarar? —preguntó Anthony arqueando una ceja.

Beckett le dio un ligero codazo:

—Sí, vámonos. Además tampoco podemos quedarnos hasta muy tarde.

—No os preocupéis por mí. Me las apañaré, y en el peor de los casos vuelvo aquí a buscaros —dijo Lais, guiándome un ojo. Era obvio que no nos encontraría allí—. Vamos, que hace tiempo que no pruebo el *Sazerac* del *Lucky Bar*.

---

1 Nota de la Traductora: El término *speakeasy* surgió para denominar a los bares clandestinos y ocultos que servían alcohol durante la Ley Seca (1920-1930) en Estados Unidos. En la actualidad, se han vuelto tendencia y se trata de bares a puertas cerradas, exclusivos, y de acceso restringido.

CAPÍTULO DIECISIETE

ZACHARY

—TE HABRÁS DADO cuenta que mi amiga tiene menos pelos en la lengua que tú —comentó Grace, bebiendo un sorbo de su *Pimm's* una vez que Anthony, Beckett y Lais se marcharon.

—Supongo que ella los pondrá al corriente; mis hermanos no se estaban enterando de nada.

—¿Enterarse de qué? —preguntó con evidente confusión.

—De lo nuestro —respondí señalándonos a los dos.

—Lo siento… No imaginé que Lais se iría de la lengua. Normalmente es una persona muy discreta, pero creo que hoy se ha relajado y…

—No pasa nada. Además, te veo más animada.

—El cóctel está haciendo su efecto —asintió—. ¿No vas a beber el tuyo?

—Solo quería probarlo. Resulta que Lais tenía razón: no debería ni llamarse *Sazerac*. ¿Quieres otra ronda?

—Sí, por favor. Pero voy contigo, no quiero quedarme aquí sola.

La acerqué a mí, posando una mano en su espalda y subiendo hasta sus hombros con un gesto posesivo y primitivo. Mi intención era clara para todos los presentes: que supieran que estaba fuera de su alcance. Era solo mía.

Entramos y nos dirigimos directamente a la barra.

—¿Tú vas a beber algo? —preguntó.

—Me tomaría un *bourbon* con hielo pero como tengo que conducir me pediré un refresco.

Tardamos un rato en que nos atendieran, pero luego nos sirvieron las bebidas con rapidez.

—¿Quieres salir a la terraza? —pregunté.

Apenas se podía respirar dentro del local; estaba tan atestado que tuve que acercarla aún más a mí.

—Sí, no se puede estar aquí dentro. —Claro que no me quejaba de su cercanía, pero el bar era asfixiante.

Grace bebió un par de sorbos mientras salíamos y noté que se relajaba.

—No quiero presionarte, pero ¿hay algún motivo que explique que este incidente te haya afectado tanto?

—No es normal, ¿verdad? —respondió, bajando la mirada.

—No me gusta la palabra "normal" —dije, negando con la cabeza —. Solo quiero comprender lo que pasó.

—No lo sé… Me sentí acorralada y me recordó a mi ex antes del divorcio. Aún no entiendo cómo caí en una relación tan tóxica; él no era así al principio. —Se mordió el labio inferior y añadió—: Durante mucho tiempo, pensé que el problema era yo.

—Grace, sabes que eso no es así, ¿verdad?

—Lo sé —respondió, negando con la cabeza—, pero me costó verlo. No pude evitar preguntarme qué hacía para provocar su crueldad y malos tratos. —Levantó la vista de su copa y forzó una sonrisa—. Pero estoy saliendo adelante y pasando página. No volvamos a mencionarlo. Los viernes son para divertirse, ¿no?

—Grace, no tienes que fingir delante de mí. Si no te apetece estar aquí, podemos irnos. He sacado el tema porque quería entender lo que había pasado. Me gusta verte sonreír, pero esa — dije, señalando su boca— no es tu sonrisa verdadera.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, con la cara seria.

—La diferencia es abismal; cuando sonríes de verdad se te ilumina la cara por completo, y ahora…

—Tengo una sonrisa forzada —terminó—. Lo sé. Es la que pongo en los eventos sociales —explicó, aunque ahora sonreía de verdad—. La perfeccioné cuando tenía catorce años y fui a mi primera fiesta de debutantes; ya en esa época sentía que no encajaba en el ambiente.

—Te felicito por haber ido; mi madre no lo consiguió con ninguno de nosotros. Recuerdo que lamentaba no haber tenido una hija.

Grace se rió:

—Mi madre nunca me obligó a ir pero no quería decepcionarla, ¿sabes?

Por lo que me estaba contando, y lo poco que conocía de ella, Grace parecía ser el tipo de persona que hacía cosas que no le agradaban solo para complacer a los demás.

—Eres genial, Grace.

—No te lo esperabas, ¿eh? —preguntó, ladeando la cabeza y bebiendo un sorbo de su copa.

—Lo digo en el buen sentido.

—Lo entiendo… Me estoy comiendo un marrón que no me corresponde por culpa de mis hermanos. Cada vez que digo mi apellido, la gente se queda mirándome. Es un apellido bastante común en el sur, y no todo el mundo me relaciona con ellos a la primera, pero muchos me hacen la cruz al instante.

—¿Alguien te está causando problemas? —pregunté sin rodeos.

—Si te digo que sí, ¿qué vas a hacer?

—No te conviene saberlo.

—Tienes un lado temerario, ¿verdad? —dijo con una leve sonrisa.

—Prefiero llamarlo protector.

—Vale, protector suena mucho mejor. —Mientras se bebía su segundo *Pimm's*, echó los hombros hacia atrás—. Ya estoy más relajada. No estoy muy acostumbrada a salir a bares.

—Pero si es el pasatiempo favorito de todos los habitantes de Nueva Orleans.

—No en mi caso, ni siquiera salía de copas cuando estaba en la universidad.

—¿Dónde estudiaste? ¿En la Universidad de Loyola?

—Por supuesto. ¿Y tú?

—También, en la misma.

Al ver que ella miraba a su alrededor varias veces, pregunté:

—¿Qué buscas?

—Un lugar cómodo para sentarnos.

—Siento decepcionarte —respondí entre risas—, pero no creo que exista ningún bar en todo el barrio con asientos cómodos. Ni siquiera en los bares de Julian… sus sillas son una tortura.

—¿Ves? Por eso apenas salgo… aunque tengo que admitir que el cóctel está riquísimo.

—Tengo una propuesta —comenté.

—A ver…Te escucho.

—Vamos a tomar una copa a otro sitio.

—¿A dónde?

—A mi casa —respondí sin dudar.

Grace bajó la mirada y luego volvió a levantarla. Joder, quería que dijera que sí. Quería seguir conquistándola, y besarla allí mismo, en ese preciso instante, pero solo si ella lo deseaba. Lo último que quería era presionarla; Grace era especial y quería respetar sus tiempos y necesidades.

—Claro. ¿Vives cerca?

—No, en Lakeview.

—Lakeview… Hace tiempo que no voy por allí.

—Pues cuando tú digas…

—Estoy lista —dijo, enseñándome la copa vacía.

—Muy bien, entonces vamos.

—Le enviaré un mensaje a Lais para decirle que me voy. —Sacó su teléfono y escribió un mensaje rápido, antes de devolverlo a su bolso—. Bien, estoy lista.

Había aparcado en el límite del Barrio Francés, cerca del Misisipi. Salir del casco antiguo fue una odisea debido a la multitud que deambulaba por las calles.

Mientras nos abríamos paso entre la gente, mantuve una mano firmemente sobre la espalda de Grace.

—¡Menos mal! —exclamó cuando por fin salimos de la zona más concurrida—. ¡Qué cantidad de gente, por el amor de Dios!

—Ya te digo. Por suerte, tengo el coche justo aquí.

Por primera vez en toda la noche, pude contemplarla bien. Abrió la puerta del copiloto y, cuando se sentó, su vestido se le subió unos centímetros. El recuerdo de sus piernas infinitas y su cuerpo completamente desnudo en aquella cama se me había grabado a fuego en la mente.

Tranquilo. Solo ha accedido a venir a casa a tomar una copa.

Y si no quería que pasara más nada, tendría que aceptarlo. Estaba feliz de pasar simplemente un rato con ella.

—¿Por qué has elegido vivir en Lakeview? —preguntó una vez dentro del coche.

—No lo sé… —respondí, encogiéndome de hombros—. Encontré una casa que me gustó y me mudé.

—Di por hecho que vivirías en Garden District —comentó.

—Mmm… no. Mi familia vive allí, y aunque los adoro, tampoco quiero vivir a dos calles de distancia.

Grace se rió:

—Te entiendo perfectamente. Yo también tengo un vínculo muy cercano con mis padres, pero no quiero vivir pegada a ellos.

—La mayoría de mis hermanos viven en el Barrio Francés, como Julian. Chad está cerca, en Marigny. Xander vive en el distrito financiero, pero yo me empeñé en encontrar la casa perfecta y no me importaba dónde estuviera.

—Me parece genial.

El resto de la ciudad no estaba tan concurrida como el casco antiguo, y conseguí aparcar justo delante de mi casa.

—Ya veo por qué has elegido este sitio —comentó Grace con una sonrisa.

Por fuera parecía una de las mansiones de Garden District de estilo colonial renovado, con columnas, un enorme porche que rodeaba la casa y un balcón en la segunda planta. El jardín estaba rodeado por unos setos perfectamente podados.

—Vaya, ¡esto no me lo esperaba! —exclamó mientras cruzábamos la puerta principal.

El interior era completamente moderno; lo más llamativo eran las inmensas estanterías del suelo al techo con libros y botellas de vino, ron y *whisky*, así como la enorme mesa de comedor con forma de árbol.

—Me encanta esta madera, es muy elegante —comentó, pasando los dedos por la superficie.

—¿Qué te apetece beber? —pregunté, mientras se sentaba a la cabecera de la mesa.

—Que sillas más cómodas. ¡Y con reposabrazos! —exclamó y me contestó—: Me gustaría probar tu *bourbon* favorito.

—Ahora mismo.

Las botellas de las estanterías eran solo de exposición, tenía un pequeño bar separado del comedor. Llené dos vasos con hielo y vertí el *bourbon* antes de volver con Grace.

—Salud —dije, y chocamos nuestros vasos.

—¿Por qué brindamos?

—Por un comienzo poco convencional.

—Y por haber conseguido traerme a tu casa.

Le sonreí mientras me sentaba en la esquina de la mesa.

—Lo hice bien, ¿no?

—Sí, muy bien.

—Grace —dije al ver que bebía otro trago profundo—, te he traído aquí porque te vi muy nerviosa en el bar. ¿Estás más tranquila ahora?

Ella asintió jugando con el colgante que llevaba en el cuello. Me pareció un gesto extremadamente sexy, sobre todo porque le llegaba justo hasta su escote. Solo alcanzaba a ver la parte superior de sus pechos pero me estaba volviendo loco.

—Quise acompañar a Lais: a ella le encanta ir de bares y salir de fiesta. Pero yo soy muy hogareña; me gusta quedarme en casa con una copa, una buena película o un libro. Aunque reconozco que mi apartamento es un poco claustrofóbico y debería haber buscado algo más grande.

—¿Por qué te mudaste allí?

Grace bebió otro sorbo antes de responder:

—Tenía tanta prisa para conseguir un sitio que cogí la tercera opción que me mostró el agente inmobiliario. Me encantó el edificio y la ubicación, pero tengo pensado buscar algo más grande en cuanto tenga tiempo. —Se quitó los tacones y jugueteó con los pies descalzos sobre el suelo de madera —: ¡Qué alivio!

—¿Quieres pasar al sofá? Es muy cómodo.

—Claro, pero antes quiero quitar los zapatos del medio.

—Déjalos ahí, no molestan para nada.

Yo había dejado los míos en la entrada.

Descendimos un par de escalones para llegar al salón. La particularidad de que la sala de estar estuviese dispuesta en un nivel inferior fue lo que realmente me atrajo de la casa.

—¿Sueles organizar reuniones aquí? —preguntó.

—Casi nunca.

—Oh, había pensado que con todo este espacio…

—Es que estoy acostumbrado a vivir en una casa grande desde pequeño. Fíjate que somos seis hermanos, y a veces se nos quedaba pequeña. Cuando terminé la universidad, decidí que compraría la casa más grande que pudiera encontrar en el mercado.

—Veo que has cumplido tu cometido —dijo entre risas.

—Es broma, pero está claro que no necesito una casa tan grande. Las reuniones familiares siempre terminan siendo en la casa de mis abuelos en Garden District, porque es lo más cómodo tanto para ellos como para nuestros padres.

Me senté a su lado en un ángulo que me permitía mirarla a los ojos y contemplar su cuerpo.

—¿Qué? ¿Tengo algo? —preguntó, moviendo los labios al ver que tenía la vista clavada en su boca. Se tocó las comisuras con los dedos y luego se miró—. ¿Me he manchado con *bourbon*?

—No, Grace… Es que no puedo dejar de mirarte porque eres jodidamente preciosa.

—Zachary. —Respiró hondo y levantó la vista—. No sabes las ganas que tenía de recibir un mensaje tuyo.

—Yo también —dije, poniendo todas mis cartas sobre la mesa.

—Fue como si se avivara un fuego interno: cada vez que me llegaba un mensaje no podía evitar sonreír pensando que serías tú.

Perfecto. Dejé mi bebida en la pequeña mesa de madera frente al sofá y me acerqué para acariciarle la mandíbula.

—Grace, soy muy consciente de lo que acordamos en la cabaña de la finca.

—No sabía qué decir… —susurró—. No tengo experiencia con…

—¿Con qué? —pregunté con el ceño fruncido.

—Jamás me había liado con un chico con quien no estoy saliendo… Tampoco he tenido rollos de una sola noche.

—Es una forma muy educada de llamarlo —dije entre risas.

Giró la copa entre sus manos, y la miró durante una fracción de segundo antes de volver a establecer contacto visual. Pero en cuanto se humedeció los labios, capturé su boca. Joder, cómo la había echado de menos. Sus labios, su sabor. Podía sentir el *bourbon* y el *Pimm's* del bar.

Me perdí en el beso más rápido de lo que creía posible, sin dejar de observar su respuesta. Recosté a Grace sobre el sofá. Estaba tan ensimismado que no me percaté que necesitaba dejar su copa sobre la mesa hasta que empezó a mover el brazo.

Desde que la había visto esa noche, no podía pensar en otra cosa que no fuese volver a estar con ella. Todo mi cuerpo vibraba de deseo. Le acaricié el muslo y las rodillas lentamente, aún no quería llevar mi mano bajo el vestido, iba a tomarme mi tiempo. Cuando ella empezó a gemir y vi cómo se estremecía, fue cuando deslicé una mano hacia la parte interior del muslo.

—Grace… estoy loco por ti. Pero no quiero incomodarte y que te sientas obligada a hacer algo que no quieres.

Desde que me había enterado de lo que había padecido en su matrimonio, quería ser cauteloso.

—Oh, Zachary… me siento muy segura contigo.

Esa era la confirmación que necesitaba.

Grace se pegó a mi pecho mientras yo recorría la parte interna de su muslo y dibujaba círculos con el pulgar bajo su vestido. Al ver que se estremecía en mis brazos, tracé un camino ascendente con la intención de llegar a su entrepierna. Ella contrajo los muslos por un momento, y cuando volvió a separarlas, deslicé la mano sobre sus bragas y, para mi enorme sorpresa, noté que estaban empapadas.

Aparté la braga e introduje tres dedos en su apretado calor. Soltó un gutural gemido, todo su cuerpo se sacudió, y mi excitación se disparó. Pero quería esperar y aumentar su excitación, de modo que froté los dedos por encima de la tela. No tenía prisa. Quería llevarla al límite y que me suplicara que la hiciera mía.

Necesitaba escuchar sus jadeos, pero también explorarla, así que interrumpí el beso y retiré la mano para quitarle el vestido por la cabeza de un tirón.

—Eres sexy de cojones —le susurré.

Grace era lisa y llanamente perfecta.

Llevaba lencería transparente de encaje blanco que no dejaba nada a la imaginación; revelaba sus pezones y su entrepiernas. Al tirar el vestido sobre la mesa casi tiro el vaso de *bourbon*, pero ese percance me inspiró una idea; cogí el vaso y lo sostuve. Grace me miró con los párpados entrecerrados, con el pecho subiendo y bajando rápidamente. Me encantaba que se soltara conmigo. Incliné el vaso, vertí el *bourbon* por debajo del sujetador, y capturé el líquido con la boca antes de que llegara a su ombligo.

Grace exclamó mi nombre entre jadeos al tiempo que balanceaba las caderas.

Volví a verter líquido en el mismo sitio, donde su piel aún estaba caliente.

—¡Dios mío!

Volqué un pequeño chorro bajo de su ombligo y le bajé las bragas hasta casi descubrirla por completo. Esa vez, bebí el *bourbon* antes de que tocara la tela. Grace elevó las caderas con tanta fuerza que su centro chocó contra mi cara.

Me encanta, pero ahora mismo tengo otra idea en la cabeza..

Tenía que quitarle las bragas. Se las bajé rápidamente por las rodillas y por los tobillos, y abrió las piernas sin que se lo pidiera. Estaba más que preparada para recibirme con sus pliegues húmedos y excitados.

Recorrí todo el largo de su entrada antes de empezar a estimularla con movimientos circulares.

—¡Zachary! —exclamó.

Oír cómo gritaba mi nombre me puso a mil. Sin dejar de acariciarla, me desabroché los pantalones y empecé a masturbarme con fuerza. Un momento después, me percaté de que Grace me estaba mirando con los párpados entrecerrados e inclinó ligeramente la cabeza para tener una vista perfecta.

Se humedeció los labios y dijo:

—Yo quiero hacer eso… Tocarte, y además chupártela.

Casi me corro al oír sus palabras. Me paré para terminar de quitarme los pantalones, y coloqué un pie en el sofá de tal manera que mi polla quedara justo delante de su boca. En cuanto Grace me lamió la punta, la sensación me avasalló por completo. *Qué intensidad*. Mantuvimos el contacto visual conforme me introducía lentamente dentro de su boca. La observé con atención para ver cuánto podría acogerme.

Me retiré unos centímetros antes de volver a introducirme en su boca, y ella empezó a gemir. La sensación era indescriptible y la estampa de la mujer más guapa del mundo desnuda y chupándomela sería difícil de olvidar.

—Tócate, Grace. Sé que tiene muchas ganas de hacerlo.

Ella asintió con ojos suplicantes. Vi cómo bajaba la mano a su entrepierna y apretó más fuerte la boca alrededor de mi pene.

Si me moría en ese momento, moriría feliz. Me quité la camisa rápidamente: no quería que la ropa estorbase, y me concentré en entrar y salir de su boca, observando sus reacciones. Cuando Grace intensificó sus propias caricias y su cuerpo comenzó a estremecerse, me retiré por completo.

—Sigue tocándote. Quiero ver cómo te corres.

Ella intentó protestar, pero no dejó de acariciarse. Estaba muy cerca del límite, y sabía qué le haría llegar al clímax. Le bajé el tirante del sujetador de un hombro, dejando al descubierto solo un pecho, cogí un cubito de hielo del vaso y se lo pasé por su sensible piel. Me llevé un pezón a la boca, y alterné el hielo con caricias de mi lengua.

—¡Dios mío! —Su voz temblaba. Estaba cerca.

Volví a jugar con el hielo sobre su pecho antes de permitir que se deslizara en línea recta hasta su entrepierna.

En el momento en que el cubito entró en contacto con su centro, Grace se corrió con fuerza, y me aparté… no necesitaba mi ayuda para cabalgar esa ola de placer. La vi sucumbir mientras movía la mano frenéticamente, sacudía las caderas, y echaba la cabeza hacia atrás. Ver a Grace así de desenfrenada fue sublime.

Cuando su cuerpo finalmente comenzó a calmarse, yo estaba a punto de explotar. Necesitaba estar dentro de ella con tanta desesperación que ni me molesté en sentarme en el sofá; iba a hacerla mía en una posición diferente. Cuando Grace abrió los ojos y respiró profundamente, me incliné y le tendí la mano. Hice que se pusiera de rodillas y de espaldas a mí.

—Agárrate al reposacabezas, Grace. Lo necesitarás.

Se inclinó hacia delante y me arrodillé en el sofá para quedar a la misma altura. No perdí más tiempo: en cuanto introduje la punta, ella empujó sus caderas hacia atrás y me acogió por completo.

—Joder, Grace.

Pensaba ir despacio para darle tiempo a que se adaptara poco a poco, pero Grace estaba tan excitada que me introduje a la primera embestida. Sus gemidos eran guturales y sus paredes internas estaban tan contraídas que apenas podía respirar. Necesité unos segundos para recomponerme antes de volver a penetrarla. Grace disfrutaba de mis salvajes acometidas; lo notaba por el desenfreno de su cuerpo y sus movimientos acelerados. Sus jadeos llenaron el ambiente y resonaban a nuestro alrededor.

La vida me sonreía: estaba con Grace, enterrado profundamente dentro de ella. No necesitaba nada más; solo escuchar sus gemidos y sentir su apretado calor.

—Gra-ce, jo-der —apenas pude balbucear. Era demasiado placentero. Demasiado intenso.

Ella se inclinó para apoyar los antebrazos en el borde del sofá buscando un mejor apoyo. Me acomodé para mantener el mismo ángulo y empecé a embestirla con salvaje abandono. Grace recostó la cabeza sobre sus manos y su cabello dejó al descubierto un lado de su cuello. Me incliné y le di un beso húmedo justo debajo de la mandíbula.

—No puedo creer que lo esté disfrutando así —jadeó—. Jamás lo imaginé.

Me limité a gemir en respuesta; estaba demasiado perdido como para elaborar una frase. Llevé mi mano a su clítoris, y bastó con que la tocara solo dos veces para que Grace se corriera. Estaba hecha para mí, cada vez que exploraba su cuerpo respondía a mis caricias tal como esperaba.

Una vez más, empezó a contraerse. Grace gimió y gritó mi nombre.

—¡No pares, por favor!

No iba a hacerlo, aunque estaba tan excitado que temía hacerle daño. Pero ella lo necesitaba, y yo también.

Su orgasmo desencadenó el mío. A juzgar por cómo se contraía en torno a mi polla, aún no había terminado. A partir de ese momento, provocarle orgasmos interminables y quitarle el sentido de placer sería mi objetivo en la vida. Las únicas palabras que llegaba a distinguir eran "¡Zachary!" y "¡Oh, Dios!".

Empezó a calmarse justo cuando yo alcanzaba mi propio clímax. Seguí deslizándome dentro y fuera incluso después de que ambos hubiéramos terminado. Cuando mi polla se relajó me quedé quieto, pero no me retiré. Cogí la camisa que había tirado y la puse en el sofá para sentarnos sobre ella y no ensuciar el tapizado.

Grace tenía la cara completamente roja. Cerró los ojos como si todavía estuviera procesando todo lo sucedido. Unos momentos después, los abrió, respiró hondo, y se humedeció los labios.

—Tengo sed —susurró.

Cogí mi vaso de *bourbon* de la mesa y se lo ofrecí. Dio un sorbo y echó la cabeza hacia atrás.

—Cada vez que beba esto recordaré esta noche —murmuró.

—Ha sido jodidamente bueno —respondí, y me percaté de que quería darle miles de recuerdos inolvidables. Quería dejar huella.

—Mmm… —empezó bajando la mirada—, mejor voy a limpiarme, no quiero ensuciar el sofá. Has estado muy rápido con la camisa.

—Vamos juntos.

Grace se envolvió la camisa alrededor de la cintura mientras caminábamos por la casa. Tenía un pequeño cuarto de baño para

invitados que rara vez usaba, pero era el más cercano.

—¿Por qué te tapas? —pregunté, al ver que se cubría los pechos con un los brazos.

—No lo sé… —respondió, humedeciéndose los labios—. Me resulta un poco raro andar desnuda por tu casa.

—Acabamos de tener sexo en el sofá —le recordé.

—Lo sé —dijo en voz baja.

—¿Por qué susurras? —pregunté entre risas.

—No sé.

Antes había dicho guarradas, y ahora era la timidez personificada; aún así, me gustaban todas sus facetas. Le besé la frente y le señalé la ducha:

—Esta es muy pequeña, pero la de la planta superior es más grande.

—Con esta me apaño —dijo rápidamente.

Cinco minutos más tarde, Grace se había envuelto como un burrito en toallas. Yo me había colocado una alrededor de la cintura, más por ella que por mí: parecía incómoda de verme desnudo.

—¿Quieres volver al salón? —pregunté.

Se dio la vuelta y me miró:

—¿Qué otra opción tenemos?

—Puedo enseñarte la planta de arriba. —Le puse las manos en los hombros y le acaricié la clavícula con los pulgares—. Mi dormitorio está allí.

—Ya veo. Primero me traes a tu casa, luego me asaltas en el sofá y ahora intentas arrastrarme a tu dormitorio.

Me encantaba el tono juguetón de su voz. Habíamos recorrido un largo camino y me sentía honrado de que confiara en mí, me deseara, y no iba a estropearlo.

Ella era mía.

—Esa era mi intención desde el principio, pero… —me reí, negando con la cabeza.

—¿Qué?

—Contigo nunca sé lo que va a pasar. Es algo nuevo para mí, yo que siempre presumo de tenerlo todo bajo control.

Se humedeció los labios y preguntó:

—¿Y no te gusta?

—Me encanta.

Me dedicó una sonrisa espléndida: no era su sonrisa forzada para el público, sino la auténtica.

—Muy bien. Entonces llévame a tu dormitorio antes de que ensuciemos algún otro lugar de la casa.

Me eché a reír:

—Menos mal, Grace, porque eso era lo que yo también tenía en mente.

CAPÍTULO DIECIOCHO

GRACE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, me desperté y me estiré, moviendo mi cuerpo contra el suave colchón. La cama de Zachary era tan cómoda que dormí como una marmota.

Busqué a Zachary a mi lado, esperando encontrarlo dormido, pero la cama estaba vacía y deshecha. A decir verdad, hacía tanto calor que habíamos dormido destapados… especialmente tras la intensa noche que pasamos.

Me incorporé, sonriendo al ver el completo desorden. A diferencia de lo nerviosa que me había sentido el día después en la finca, esa mañana estaba relajada. ¿Qué habría cambiado? ¿Sería la forma en que me había tratado la noche anterior en el bar? Había sido muy atento y parecía genuinamente interesado en mi bienestar.

Zachary era diferente a todos los hombres con los que había salido. No era controlador ni intentaba dominarme. Me conmovía lo mucho que se preocupaba por mí. Lais tenía razón en dos cosas: primero, tenía que empezar a salir más; y segundo, que Zachary era especial.

Aunque me encantaba remolonear en la cama, quería saber dónde estaba. Me levanté y cogí la toalla que había dejado en el

sillón tras la ducha de la noche anterior. Todavía estaba un poco húmeda, pero serviría para cubrirme.

Bajé con cuidado las escaleras; una estridente música inundaba toda la casa. *A Zachary le encanta el jazz, ¡qué agradable sorpresa!* Como buena ciudadana de Luisiana, adoraba el jazz.

Al llegar a la planta baja, lo encontré apoyado en la isla de la cocina, hablando por teléfono.

—Claro, dime cuándo quieres verla y voy. Sí, ya sabes que me gusta consentirte. —Tras una pausa, añadió—: ¿Cómo no voy a llevarle *beignets*[1] a mi chica favorita?

Sentí un vuelco en el pecho. *Joder. ¿Ha dicho "mi chica"? No, ¡no puede ser!*

Me llevé una mano a la garganta y tragué saliva con dificultad, notando cómo me costaba respirar. Justo en ese instante, Zachary se percató de mi presencia.

—Te llamaré más tarde, ¿vale? —dijo en cuanto me vio. Dejó el teléfono y corrió hacia mí—. Grace, ¿estás bien? —Intentó tocarme el brazo, pero me aparté de inmediato—. ¿Qué pasa? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Quién era la que estaba al teléfono?

Era consciente de mi tono acusatorio, pero no pude evitarlo. Estaba angustiada pensando que había otra mujer.

—¿Qué?

—¿Con quién hablabas? —pregunté, buscando una respuesta rápida que no le diera tiempo a inventar.

—Con Bella, mi sobrina. Por fin ha conseguido que Chad le deje ver *El cáliz de fuego* y quiere que quedemos antes de que su padre cambie de opinión.

No puede inventarse una excusa así de convincente en un segundo… es imposible, ¿no?

—¡Ah, vale! —exclamé cuando recuperé el aliento, y mis hombros cayeron en un suspiro.

Sentí cómo la tensión abandonaba mi cuerpo. ¿Por qué había reaccionado así? Zachary no era mi novio ni me debía explicaciones.

Me había pasado veinte pueblos y empecé a sentir mucha vergüenza.

—Lo siento mucho, Zachary.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó, todavía con el ceño fruncido.

—Nada… Llegué y… —negué con la cabeza, incapaz de articular mis pensamientos.

—¿Me oíste hablando por teléfono y qué dedujiste?

Cerré los ojos un instante y luego los volví a abrir:

—No se me ocurrió que pudieras estar hablando con tu sobrina.

—¿Pensaste que estaba haciendo planes con otra mujer mientras tú estabas aquí?

—Dicho así, suena cruel.

—*Es* cruel—confirmó con firmeza—, yo jamás haría algo así.

—Lo sé. No me hagas caso. No me debes ninguna explicación, no sé qué me ha pasado.*Dios mío, qué vergüenza.*

—Grace, no me gusta que hayas sacado conclusiones precipitadas.

—Actué por instinto —respondí, cruzándome de brazos—. Lo siento. No quise pensar mal de ti, pero hace muy poco tiempo que nos conocemos.

El ceño fruncido de Zachary se relajó, y me dedicó una sonrisa muy seductora:

—Es verdad, no nos conocemos lo suficiente. Pero eso va a cambiar.

—¿Cómo?

—Para empezar, vamos a desayunar fuera.

—No voy vestida como para un desayuno —respondí, frotándome los ojos—. Mi ropa delata claramente… ya sabes… que no he dormido en mi casa.

—¿Y qué? Todos sabrán que has estado conmigo. —Se acercó—. Que eres mía, aunque no sepan con lujo de detalle lo que hicimos.

—Espero que no, pero se lo pueden imaginar —dije, sonrojada—. ¿No tienes nada para desayunar aquí?

—Tengo la nevera vacía. Fin de la historia.

No podía ser cierto. ¡Pero si tenía una nevera doble gigantesca!

—¿En serio? ¿Nunca cocinas?

—*Sé* cocinar pero lo evito. Suelo pedir comida para llevar, voy a *LeBlanc & Broussard* con bastante frecuencia cuando estoy en la oficina o pido que me suban algo.

—Yo hace un año que estoy igual, pero a mí sí me gusta cocinar. —Justo entonces, mi estómago gruñó—. ¡Jo, qué hambre tengo! Y qué pereza ponerme el vestido de anoche: es muy bonito, pero bastante incómodo.

—Entonces vamos a tu casa a que te cambies de ropa y luego buscamos algún sitio por tu zona.

—¡Sí! Hay una panadería muy cerca de mi edificio con los mejores *bagels* —contesté.

—Perfecto. ¿Tienes otros planes para hoy?

—Sí, más tarde voy a pasar por casa de mis padres.

—¿Viven en las afueras?

—No, en Garden District. No hemos quedado a ninguna hora en particular.

—Eso significa que aún tenemos tiempo para estar juntos —dijo con una sonrisa.

Como era sábado, el trayecto desde Lakeview hasta el Warehouse District fue corto. Zachary me acompañó hasta mi apartamento, y no pude evitar recordar la última vez que estuvo tras el accidente en el río. En ese momento estaba en *shock*, pero después de ese episodio, el concepto que tenía de él cambió. Le debía la vida.

Me vestí en tiempo récord, no quería perder ni un minuto con Zachary. Lo notaba diferente, en el buen sentido, y quería aprovechar para conocerlo mejor.

—¡Estoy lista! —anuncié al volver a la sala de estar, dando una vuelta para enseñarle mi *outfit.*

—Joder, estás preciosa. No estoy ya seguro de querer salir a la calle —dijo con deseo en la mirada.

—Oye, ¿acaso no quieres que te vean conmigo? —bromeé.

Se aclaró la garganta:

—Sabes que no me corto un pelo y soy capaz de comerte a besos delante de todo el mundo —replicó, moviendo las cejas—. ¿Es eso lo que quieres?

—No, por favor.

Zachary se rió y me cogió de la mano mientras salíamos del apartamento. La tienda de *bagels* estaba a solo una calle de distancia y, como era de esperar, estaba abarrotada.

—¿Tan bueno es este sitio? —preguntó Zachary—. Hay otra panadería más adelante.

—Es como beber *Sazerac* en el *Lucky Bar* o en otro bar del casco antiguo —expliqué.

—Vale.

—¿Y tú qué planes tienes para hoy? —pregunté.

—Ver *El cáliz de fuego* con Bella y con los otros miembros de la familia que haya podido coaccionar —dijo con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir con "coaccionar"? Si es una película increíble.

—A mí también me encanta, pero a mis hermanos no tanto. Mi favorita es *La orden del fénix*.

Me eché a reír:

—No puedo creer que seamos dos adultos hablando de Harry Potter.

—¿Por qué no? —replicó Zachary, encogiéndose de hombros—. Si prácticamente crecimos con él.

—Entonces, ¿vas a casa de tu hermano?

—Sí, en Marigny, donde vive toda la familia; Bella, su prometida Scarlett y su bebé Simone.

—¿Su prometida? —pregunté cuando por fin entramos, después de que un grupo numeroso se llevase una caja enorme de *bagels*.

—Chad se divorció hace años de la madre de Bella y crió prácticamente solo a su hija. Toda la familia se volcó para ayudarlo y estamos muy implicados en la crianza de la niña. Después de un par de años, mi hermano conoció a Scarlett, y ahora cuidamos de las dos niñas cuando la pareja hace planes para salir.

—Me gusta que toda la familia participe del cuidado de las pequeñas —dije.

Nuestro turno llegó rápidamente.

—Un trío especial de *bagels* y dos cafés, por favor —pedí, y me volví a Zachary—: Confía en mí.

—La verdad es que no soy muy fan de los *bagels*.

Lo miré boquiabierta:

—Tienes que estar bromeando.

—Te aseguro que no. En eso me parezco a Bella… o mejor dicho, Bella se parece a mí: nos encantan los *beignets*.

—Pues a mí nunca me han vuelto loca —respondí frunciendo la nariz.

—¿En serio? —preguntó, con una ceja levantada.

Me encogí de hombros:

—Sí, soy fan absoluta de los *bagels*.

El vendedor cortó los tres panes por la mitad antes de meterlos en la caja. Cogimos la caja, nuestros cafés y salimos, dejando espacio para los demás que esperaban en la cola, que aumentaba a cada minuto.

Había unas cuantas mesas vacías en la parte delantera de la panadería porque era más bien un lugar para llevar, pero Zachary y yo tomamos asiento.

—La especialidad es el glaseado —expliqué—. Hay de chocolate, nueces y pistachos.

—¿Queso crema con pistacho? Desde ya te digo que no me va a gustar.

—Yo pensaba lo mismo, pero en realidad está muy bueno.

—Entonces empezaré por ese —dijo Zachary—. Como muestra de lo mucho que confío en ti.

Le entregué el que había pedido y le dio un bocado.

—No está mal —dijo, pero era evidente que no le había impresionado.

Yo, en cambio, saboreé el mío muy despacio, y le di un sorbo al café después para no estropear el sabor.

—Mi capricho favorito —murmuré.

—Lo tendré en cuenta.

Eché un vistazo a la hora en mi teléfono:

—Mmm… ahora que lo pienso, creo que he quedado a comer en casa de mis padres.

—Vaya, contaba con pasar más tiempo contigo —dijo con el ceño fruncido.

Sonreí, pero de repente me sentí un poco nerviosa. Ahora que habíamos terminado el desayuno, no sabía qué hacer.

—¿Qué sueles hacer los sábados? —pregunté.

—Depende; a veces voy con mis abuelos a pescar al pantano, aunque hace tiempo que no voy porque mi padre se ofrece a acompañarlos.

—¿A todos en tu familia les gusta pescar?

—No, solo a los abuelos. Entre todos nos turnamos para ir y estar pendientes por si pasa algo. Pero me encanta ir a charlar con ellos y escuchar sus anécdotas. Otras veces, organizo planes para jugar al tenis con amigos, pero no hemos quedado este fin de semana, todas las pistas estaban alquiladas.

—Hace demasiado calor para jugar al tenis —comenté. Solo de pensarlo me sofocaba.

Zachary me tocó la pierna debajo de la mesa:

—Si vas muy temprano se aguanta bien.

—¿Qué es muy temprano?

—Sobre las siete.

—¿Un sábado? —pregunté perpleja.

—Lo sé. No me importa sacrificar unas horas de sueño por jugar al tenis.

Se movió en su silla y no me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que se acercó a mí. Me bastaba sentir el calor de su cuerpo para hacerme feliz. *Parece un sueño*.

—Yo solo sacrifico horas de sueño por trabajo —dije.

—Cuéntame… —Entrelazó nuestros dedos como si fuese lo más natural del mundo, y suspiré de ternura—. ¿Qué te llevó a elegir ese sector?

—Siempre he sido fan absoluta de los cosméticos, y en los últimos años, empecé a prestar más atención a los ingredientes. Y como no encontraba lo que buscaba, me lancé a elaborarlos por mi

cuenta. Mi exmarido se burlaba de mí; decía que con todo el dinero que tenía estaba perdiendo el tiempo preparando cremas como una aficionada.

—Joder —gruñó.

—Perdona. —Levanté la mirada y expliqué—: No sé por qué he sacado el tema. No hablo de él tan a menudo, te lo prometo. Es solo que…

—No pasa nada, Grace. No te juzgo. Por lo que me cuentas, el tío parece un capullo.

Sus palabras me tranquilizaron. Me había acostumbrado a disculparme: cada vez que mencionaba a Roger delante de Lais o de mis padres, me pedían que no lo nombrase. Sabía que lo hacían para protegerme y verme feliz, pero agradecía que Zachary me diera libertad y no me juzgara.

—No puedo decirte lo contrario. Volviendo al tema, ya había estado soñando con la idea de montar el negocio incluso antes de mi matrimonio. El problema era que cada vez que lo mencionaba se armaba una pelea enorme.

—Imagino que tu ex quería que te quedaras encerrada en casa y dependieras económicamente de él. Y déjame adivinar, le cabreaba que tuvieras libertad y tu propio dinero.

—¿Cómo lo sabes? A mí me llevó mucho tiempo darme cuenta.

—A veces es más fácil verlo desde afuera —explicó Zachary, acariciándome lentamente la nuca con el pulgar.

—Tienes razón —asentí—. Tuve que esperar hasta la sentencia definitiva de divorcio para no complicar la división de bienes. Pero una vez libre, dediqué todos mis recursos y mi tiempo a mi empresa.

—¿Tú has puesto todo el dinero?

—No del todo, porque no me llegaba. Y como los bancos no estaban muy por la labor de conceder préstamos, conseguí algunos inversores por mi cuenta. Fue un *via crucis*: el apellido Deveraux ha quedado muy manchado.

—Lo siento mucho por ti, pero tus hermanos se lo han buscado.

—De eso no hay duda —resoplé—. A decir verdad, mis padres no le guardan rencor a Xander. ¿Él fue quien destapó la trama, no?

—Sí, así es.

—Mi padre piensa que de no ser por Xander, mis hermanos habrían hundido la empresa por completo. No puedo creer que tiraran por la borda el legado de nuestra familia de esa manera.

—Y a ti te complicó la vida. *Te* complicamos la vida —dijo con el ceño fruncido.

Negué con la cabeza:

—No, fueron mis hermanos quienes me la complicaron. Como te contaba, conseguí todo el capital necesario, y como de momento no tengo planes de expandir el negocio, estamos bien. Tuve muy claro desde el principio que, hasta que no empezara a obtener beneficios, no iba a inyectar más dinero a la empresa.

—Muy buena decisión.

Sentí que algo florecía en mi pecho al oír sus palabras y me di cuenta de lo mucho que necesitaba ese reconocimiento. No era que no soliera recibir cumplidos… sentía que directamente no los merecía, y menos de un hombre con el que estaba saliendo. Era algo que nunca había experimentado.

—Gracias. Al final, tardamos solo cuatro meses en empezar a generar ganancias.

—Grace, eso es impresionante. Apuesto que los inversores empezaron a hacer cola en la puerta.

—Así fue —asentí con orgullo—, incluso los que me rechazaron al principio. Me pidieron que por favor los tuviese en cuenta en un futuro plan de expansión. Pero, por ahora, sigo trabajando con los que invirtieron desde el día uno.

—¿Sabes que eres reconocida por tu talento para los negocios? Mi abuela Isabeau lo mencionó una vez.

—Isabeau… —murmuré—. ¿Por qué me suena familiar?

—Creo que todo el mundo en Nueva Orleans conoce a Isabeau LeBlanc.

—¡Ya sé! Creo que era la directora del baile de debutantes el año que asistí o que formaba parte del comité.

—No me sorprendería, porque está metida en muchos comités, y más en aquella época.

—¿Y qué te ha dicho sobre mí?

—Que cree que eres una buena persona, y que se comenta que cuando trabajabas en la empresa de tu padre, lograste aumentar mucho los beneficios.

Me aparté el pelo de la cara y asentí:

—Es verdad. Tuvimos unos años muy buenos. Y paradójicamente, fue motivo de discordia entre mis hermanos y yo.

—¿Por qué?

—Porque querían usar fondos de la empresa para cuestiones personales. Pero yo fui muy estricta y tajante; había que reinvertir y, gracias a eso, los beneficios aumentaron… a la par que su enfado conmigo. Cuando anuncié que me marchaba por poco montan una fiesta. En parte fue un alivio no tener que soportarlos más, pero para mi padre…

—Te entiendo. No puedo ni imaginar cómo debe ser estar en desacuerdo constante con mis hermanos y tener que trabajar con ellos. ¿Tu madre estaba involucrada en la empresa?

—No, ella se dedica a obras benéficas. ¿La tuya?

—Nunca formó parte de *The Orleans Conglomerate*, pero abrió su propia galería de arte cuando tenía veintitantos años.

—No conozco ninguna galería llamada LeBlanc Broussard…

—Mi madre es un poco rebelde —respondió con una sonrisa—, y eligió otro nombre para que la gente no relacionara su negocio con la familia.

—Me gusta —sonreí—. Procedía de una familia conocida, se casó con alguien que también venía de una familia conocida, y decidió rebelarse.

—Total. Incluso ahora, sigue haciendo lo que le da la gana. Mis abuelas, en cambio, trabajaban en la empresa, eran las *chefs* del restaurante. Ahora tienen una tienda de perfumes.

—Qué interesante. ¿Dónde está?

—Se llama *Fragrant Delights*, en Dumaine.

—¡La conozco! He pasado por allí muchas veces. También fabrican jabones y lociones. —Tras una breve pausa, añadió—: Iré a verlas algún día, ¿y quién sabe? Hasta podríamos lanzar una colaboración juntas.

—Ten cuidado —gruñó.

—¿Con qué?

—Con mis abuelas, ellas son… peculiares.

—¿En qué sentido?

—Dejemos esa conversación para otro día —dijo con evidente incomodidad.

—Tranquilo, no voy a comentarles nada de lo nuestro.

—Grace… —Zachary se inclinó hacia mí, levantó nuestras manos entrelazadas y me besó el dorso de la mano—, te aseguro que mis abuelas se enteran de todo antes que nadie. Pero no me importa en absoluto. Quiero que todo el mundo sepa que estamos juntos.

—Oh.

Empecé a derretirme por dentro. Ningún hombre me había hablado con tanta seguridad y contundencia.

—Me encanta que me vean contigo. —Bajó nuestras manos antes de besarme. Fue un beso lento pero intenso, y terminé de derretirme del todo.

Dios mío, podría besarlo todo el día sin parar.

Me besó hasta hacerme estremecer, pero entonces sonó mi teléfono y Zachary se apartó.

—Déjame ver. Creo que es mi madre. —Eché un vistazo a la pantalla—. Sí, es ella.

Mamá: He preparado tu comida favorita, por si puedes venir.

—Me está sobornando con comida. —Consulté la hora en el móvil —. ¡Ala! Llevamos aquí más de una hora.

—Y he disfrutado cada segundo —dijo Zachary.

—Yo también.

—Te llevaré a casa de tus padres.

—Puedo ir en mi coche… a menos que te pille de camino.

—Sí, claro.

—Genial, ya volveré en Uber.

De camino a su coche e incluso en el trayecto, estuvimos cogidos de la mano.

Media hora más tarde, nos detuvimos frente a la casa de mis padres, y Zachary salió a abrirme la puerta.

—Quiero volver a verte, Grace.

—Yo también —le susurré.

—Entonces está decidido. A ver cuándo…

—¡Hola, Grace!

¡Oh! Mierda. No había visto a mis padres en el porche.

Zachary se apartó a un lado al ver que se acercaban hacia nosotros. Al instante volví a sentirme como si tuviera dieciséis años.

—Hola, mamá. ¿Qué tal, papá?

—¿Y tú quién eres? —preguntó mi padre a Zachary sin siquiera saludarlo.

—Soy Zachary LeBlanc, señor Deveraux.

—LeBlanc —repitió mi madre sorprendida—. ¡Ah! ¿Venís de la finca?

Esa sería una buena mentira…

Me aclaré la garganta y respondí:

—No, venimos de desayunar en el centro.

—¡Ay, Dios santo! —exclamó mi padre—. ¿No le estarías faltando el respeto a mi hija delante de nuestra casa, no?

Bajé la mirada como si fuese una niña pequeña.

—Clayton, por favor —le reprendió mi madre—. Recuerda que tu hija es adulta y puede hacer lo que quiera con su vida.

Mi padre carraspeó:

—Pero yo soy el jefe de la familia.

Necesitaba calmar las aguas antes de que se saliera de control, de modo que levanté la cabeza y respondí:

—Papá, ¡venga ya! No tengo dieciséis años, y aprovecho para contaros que estoy saliendo con Zachary. No me hagas pasar vergüenza, que esto no es ningún escándalo.

No me gustaba hablarle así a mis padres, menos delante de otras personas, pero en ese momento era necesario.

Mi padre me miró fijamente durante unos segundos y asintió:

—Vale, pero uno de estos días tendremos que hablar seriamente —le informó a Zachary, quien asintió.

—Claro. Le daré mi número y puede llamarme cuando quiera, señor.

Mi padre entrecerró los ojos, aún no se fiaba de Zachary, pero con que dejara de soltar barbaridades me era suficiente.

Zachary se volvió hacia mí y dijo:

—Grace, que pases un buen fin de semana.

—Tú también. Disfruta de la película.

Me guiñó un ojo antes de subir al coche:

—Gracias. Ha sido un placer conocerlos, señor y señora Deveraux.

—Igualmente —saludó mi madre. En cuanto Zachary cerró la puerta del coche se volvió hacia mí para decirme—: Vaya, qué guapo es.

—Lo sé —respondí con una sonrisa. Y al ver que mi padre resoplaba, puse los ojos en blanco y dije—: Papá, deja de ser tan cascarrabias. Entremos, por favor.

Nos cogimos del brazo y los tres subimos los escalones del porche, entrando en la casa. Olía a *jambalaya*.

Respiré hondo:

—Oh, esto me trae recuerdos de mi infancia.

—Sí, debería decirle a Anne que la prepare más a menudo —comentó mi madre.

—Grace, lo siento —se disculpó mi padre—. No quería ponerte en una situación incómoda delante de él. Sabes que no me gusta meterme en tus asuntos.

—Lo sé, papá.

—No puedo evitar preocuparme por ti, pequeña, más después de tu divorcio… Roger resultó ser un cabrón de cojones.

—Lo sé. Pero Zachary no es así.

Cuando fuimos al salón y nos sentamos a la mesa de comedor de caoba, mi padre preguntó:

—¿Qué sabes de él? La última vez que hablamos, nos dijiste que no era buena persona.

Me aclaré la garganta antes de responder:

—Lo sé, pero resulta que lo juzgué mal.

—Me cuesta creer que hayas cambiado de opinión tan rápido —comentó con una ceja levantada—: ¿Te ha obligado a hacer algo?

—¿Por qué tienes que pensar lo peor de todo el mundo? —preguntó mi madre.

—Cariño, cuando está en juego la felicidad de nuestra hija, toda precaución es poca.

Mi padre era exageradamente sobreprotector, pero lo adoraba con locura.

—Al principio me cayó fatal. Y, basándome en mi experiencia con los hombres, saqué conclusiones precipitadas. Pero Zachary es una persona realmente buena. Me trata muy bien —enfatizé, y eso pareció tranquilizarlo.

—Una pregunta más.

—Clayton, ¿en serio? —le reprendió mi madre.

—Solo una. ¿Estás segura de que no es una especie de venganza de los LeBlanc contra los Deveraux?

Eso me tomó por sorpresa.

—Papá, por supuesto que no. Tú mismo dijiste que no les guardas rencor.

—Ya, pero es un poco raro que Xander LeBlanc delatara a tus hermanos y ahora tú estés saliendo con este tal Zachary.

Me causó gracia que dijera "este tal Zachary", aún no tenía claro si le disgustaba o no.

—No tiene nada que ver. En todo caso, Zachary fue muy cauteloso al principio conmigo precisamente por mis hermanos y todo lo que ha pasado.

—Está bien. —Miró a mi madre y prácticamente pude ver cómo se ablandaba bajo su mirada—. Si crees que es lo correcto, entonces nos alegramos por ti. Cambiando de tema, ¿alguna novedad de la finca de caballos?

Negué con la cabeza:

—No he sabido nada de los propietarios desde que fui allí la semana pasada.

—Cariño, con todo lo que trabajas ¿estás segura de querer asumir más responsabilidades? —preguntó mi madre, mientras Anna traía tres platos de *jambalaya*.

—Gracias, Anna —dije con una sonrisa—. Tiene una pinta increíble, como siempre.

—Como sabía que vendrías hoy le pregunté a tu madre si podía prepararte tu plato favorito —respondió.

Apreté los labios para no reírme. Me había sorprendido el mensaje de mi madre diciendo que tenía preparado mi plato favorito; no era el tipo de detalle que ella recordara. Pero Anna sí , y mi madre bajó la mirada al ver que la había descubierto.

—Gracias. Es muy amable por tu parte.

Anna se apuró a dejarnos a solas en el salón. Pese a la insistencia de mis padres de que se sentara a comer con nosotros, ella respondía que no le gustaba interrumpir nuestro momento familiar.

—La verdad es que no tendría que dedicarle mucho tiempo a la finca —dije a mis padres, retomando la conversación previa—. Los propietarios se ocupan de todo y le ponen mucho empeño. Su trabajo me conmueve; ya sabéis que las sesiones con animales me ayudaron mucho cuando me divorcié. Por eso quiero invertir en algo que pueda ayudar a los demás.

Mi madre me miró con ojos tiernos:

—Siempre has tenido un corazón de oro.

—Por cierto —dije—, ¿conocéis a Isabeau, de los LeBlanc Broussard?

—Por supuesto —respondió mi padre, levantando la vista del plato—: Todo el mundo la conoce. Y a Celine también, aunque Isabeau es más…

—Peculiar —añadió mi madre—. ¿Por qué lo preguntas?

—He oído que tienen una tienda en el Barrio Francés con fragancias, jabones y cremas artesanales con ingredientes naturales. Estaba pensando en visitarlas y ver si podríamos hacer algo juntas.

—Sería una forma inteligente de recuperar nuestro buen nombre —dijo mi padre.

—No lo había pensado.

Era la primera vez que me daba cuenta de lo importante que era para él. Quería reparar el nombre de la familia como fuera, y esa colaboración podría ser de gran ayuda.

—Cariño —intervino mi madre—, no es responsabilidad de Grace reparar los errores de nuestros hijos.

—No, por supuesto que no —dijo mi padre—. Solo era una idea.

—Bueno, contadme qué habéis estado haciendo —solté, para cambiar de tema.

Mis padres solían tener una vida social muy ajetreada, y aunque ya no asistían a tantos eventos como antes, llenaban su tiempo con muchas actividades, como visitar museos de arte. De modo que les pedí que me contaran todos los detalles.

---

1 Nota de la Traductora: Los *beignets* son buñuelos cuadrados de masa frita cubiertos de azúcar glas muy característicos de Nueva Orleans.

CAPÍTULO DIECINUEVE

ZACHARY

—YA TE DIGO que esta es mi nueva peli favorita —dijo Bella, saltando del sofá en cuanto aparecieron los créditos de *El cáliz de fuego*.

Estábamos frente al televisor en el salón, y Chad tenía cara de haber pasado las dos horas más aburridas de su vida. Tras acostar a Simone, Scarlett estuvo comentando la película todo el tiempo como una verdadera *Potterhead*[1]. Apuesto a que una de las razones por las que Bella la quería tanto era porque era una auténtica fan de Harry Potter.

Beckett y Bailey también se habían apuntado al plan, y nuestro hermano Xander había puesto la excusa de que tenía que "revisar unos informes". Normalmente le daba el gusto a su sobrina, pero debió de haber aprovechado que éramos unos cuantos para escaquearse.

—¿Sabes qué? —dije—. También es mi favorita, al mismo nivel que *La orden del fénix*.

Chad me fulminó con la mirada. *He metido la pata…*

Al segundo siguiente me di cuenta.

—Papá, ¿podemos ver esa también? —pidió Bella.

Joder. Debería haber dicho que era mi favorita.

—Me he equivocado, peque. *El cáliz de fuego* es mi favorita de todas.

—No mientas, tío Zachary —replicó mi sobrina con la mirada entornada—. Tú mismo dices que no está bien mentir.

—Es cierto.

Sabía que tenía que tener cuidado con lo que le decía o me arrepentiría.

Bella se subió al regazo de su padre y supe que le haría descaradamente la pelota:

—Mira, ya me has dejado ver *El cáliz de fuego*, y no me ha dado miedo. *La orden del fénix* no puede ser mucho más tenebrosa, ¿no?

Chad me miró:

—¿Es más oscura?

—Sí —respondí sin dudar.

—¡Tío Zachary! —protestó Bella con enfado.

—¿Qué? Me has dicho que no vuelva a mentir. —Al ver que ella bajaba la mirada, añadí—: A mí me gustaba mucho la espera entre estrenos de la saga. Al principio salía una película por año, pero después había que esperar casi dos años entre una y otra.

Bella miró a Scarlett y dijo:

—Entonces cuando se estrenó la última ya erais viejos.

Hice todo lo posible por no reírme a carcajadas. *Las cosas que dicen los niños.*

—Tengo una idea —dijo Scarlett—. ¿Por qué no subimos las dos y hablamos de la película? Hay cosas que solo salen en el libro y yo te las puedo contar.

Bella miró a Scarlett como si fuera la mujer más maravillosa del mundo.

Me alegraba que mi hermano hubiera encontrado a Scarlett, que resultó una figura esencial para la crianza de Bella. Tras su divorcio, se empeñó en estar solo y dedicarse de lleno a su rol de padre. Y hasta se abstuvo de mantener relaciones íntimas, Dios sabe cómo, hasta que conoció a Scarlett.

En cuanto mi sobrina subió con Scarlett, nos levantamos del sofá y Beckett me sonrió con suficiencia:

—Me sorprende que hayas venido —dijo.

—¿Por qué no iba a venir? —pregunté, con los ojos entrecerrados.

—Porque anoche…

—Beckett —lo corté con tono de advertencia.

—Pensé que te pasarías el día durmiendo —terminó.

—¿Anoche saliste hasta tarde? —preguntó Chad.

—No lo sé, hermano —respondió Beckett, con una sonrisa que pasó de engreída a maliciosa. —Zachary se encontró con Grace Deveraux y actuó como un perfecto caballero andante, ahuyentando a un tipo que la estaba acosando y comportándose como un idiota. Después no sé qué pasó… Anthony y yo fuimos al bar de Julian con la amiga de Grace, que estaba muy empeñada en dejarlos a solas.

Tras un momento de silencio en la habitación, Chad dijo:

—Beckett, eso no es asunto tuyo.

Miré a mi hermano mayor, un poco sorprendido. Chad nunca se entrometía en nuestros asuntos, por suerte.

Un segundo después, me miró con una ceja levantada:

—¿Con Grace Deveraux, en serio? ¿No decías que os llevábais fatal?

—Las cosas han cambiado —dije.

—¡Ja! —exclamó Beckett—. Intentamos que Lais nos soltara información, pero no dijo ni mu.

—Debió haberte frustrado muchísimo —comenté con gran satisfacción.

—Bueno, creo que no deberíamos opinar de los asuntos de Zachary —intervino Bailey.

—Qué maja eres, cuñada —dije—. Ojalá la mitad de mi familia pensara como tú.

—Ya te digo —comentó entre risas—. Chicos, tengo que irme. Le prometí a Xander que tomaríamos un café en el Barrio Francés.

—¡Lo sabía! —apuntó Chad—. Acaba de dejar tirada a Bella.

—Venga ya, tampoco es para tanto —dijo Beckett—. Xander hace mucho por Bella, pero debe haber pensado que…

—Que hoy no lo echaría de menos —concluí.

Chad pareció considerarlo y asintió:

—Sí, tenéis razón. Si para mí es una tortura, para Xander debe ser mil veces peor.

—¡Vaya tela! —espetó Bailey enfadada—. ¿Cómo podéis ser tan quejicas con Harry Potter?

Chad la miró desconcertado; a diferencia del resto de nosotros, no había tenido tiempo de establecer un vínculo muy cercano con Bailey. Era lo opuesto a Xander y por eso hacían una pareja perfecta: graciosa, alegre, optimista y le gustaba disfrutar de la vida. Xander, por su parte… era un quejica en toda regla, por usar sus propias palabras. Pero se complementaban a la perfección.

—Os dejo solos para que debatáis quién es el más gruñón de vosotros —dije—. Tengo que irme: les prometí a las abuelas que hoy pasaría por la tienda.

Beckett silbó:

—Qué valiente eres.

—¿Por qué? —pregunté a mi hermano menor.

—Te volverán loco para que les cuentes todo sobre Grace.

—¿Y qué? —pregunté encogiéndome de hombros—. No me importa.

—¿Y si te vuelven a amenazar con la lila? —preguntó Beckett perplejo—: ¡La abuela dijo que estaba preparando un lote de colonia *para hombres*!

Curiosamente, no me pareció una amenaza. Tampoco es que creyera en la supuesta magia de sus ingredientes pero, en ese momento, dudaba que algo pudiera aumentar el deseo que ya sentía por Grace.

—Sé cómo esquivar el tema.

Quería contarles la idea de Grace de una posible colaboración. Y sí, era plenamente consciente de que me estaba sirviendo en bandeja al entrar allí. *No importa*.

Siempre procuré mantener mi vida privada, especialmente mis aventuras amorosas, alejada de la familia, sobre todo porque la mayoría eran solo encuentros casuales. Sin embargo, lo que Grace y yo teníamos era diferente. Por eso, que Beckett me pusiera en una situación incómoda, como acaba de hacer, me molestó. Fue

inmensamente gratificante dejarlo sin palabras; era obvio que mi hermano no se lo esperaba en absoluto.

—Adiós a todos. Nos vemos pronto —me despedí.

No faltaban reuniones en el clan LeBlanc Broussard. Aunque había perdido la noción de cuándo sería el próximo encuentro, estaba seguro de que alguien me lo recordaría.

Después de salir de la casa, llamé a Isabeau para comprobar que no estuvieran muy ocupadas.

—Hola, Isabeau, acabamos de terminar de ver Harry Potter. ¿Os viene bien que me pase por allí en veinte minutos?

—Claro. Siempre es un buen momento para una visita de nuestro nieto.

—¿Quieres que os lleve algo? ¿Café? ¿*Beignets*?

—No, estamos bien. Bailey nos trajo unos pralinés.

Otro punto a favor de Bailey: siempre tenía detalles bonitos con nuestras abuelas.

Llegué a la perfumería antes de lo previsto, que, para mi sorpresa, estaba vacía. Lo normal era que los fines de semana, estuviera llena de clientes.

Mis abuelas estaban absortas sobre un cuaderno. Al verme, levantaron la cabeza al unísono.

—¡Vaya, qué rápido has venido! —exclamó Isabeau.

—He tenido suerte.

Cerraron rápidamente el cuaderno e intercambiaron una mirada que solo pude describir como cómplice.

—¿Qué te trae hoy por aquí?

Recorrí la tienda con la mirada. Siempre me impactaba el logrado diseño y la decoración; te daban ganas de comprarlo todo.

—Quiero hablar con vosotras sobre un asunto.

—Muy bien, te escuchamos —respondió Isabeau, que se puso recta. Celine, por su parte, guardó el cuaderno en un cajón bajo el mostrador.

—¿Recordáis que os conté que la empresa de Grace se dedica al cuidado de la piel?

—Sí, claro —asintió Isabeau.

—Y que fabrica fragancias y cremas.

Celine reafirmó:

—Sí. Hemos comprado algunas de sus cremas y nos han encantado. Nos parece fabuloso que todo sea artesanal y con ingredientes orgánicos de la zona.

—Grace me comentó que le gustaría visitar la tienda y hablar con vosotras sobre una posible colaboración —dije con un tono de aparente despreocupación.

Isabeau sonrió al instante. Celine la miró y añadió:

—Esa chica es brillante. Que venga cuando quiera, nos encantaría hacer algo juntas. Sobre todo, usando nuestro ingrediente especial.

Ahora viene la parte delicada.

—Celine, Isabeau —empecé con sumo respeto, notando cómo se tensaban—, no empecéis con el rollo de las lilas.

—Tú ocúpate de lo tuyo, jovencito —dijo Isabeau, y los tres nos echamos a reír.

Celine negó con la cabeza:

—¿Cuándo vais a entender que no podéis decirnos lo que tenemos que hacer?

—Sé que no podemos, y os juro que no es mi intención. Pero lo vuestro… —Busqué la palabra adecuada, pero no se me ocurrió ninguna más suave— roza lo invasivo.

—A ver si lo entiendo —replicó Isabeu con la mirada entornada —: ¿Crees que la lila tiene poderes o no?

—No —respondí sin dudar, pero al instante me di cuenta de que había cometido un error. Ambas sonrieron triunfantes.

—Entonces, ¿qué tendría de malo regalarle un perfume con lilas? La verdad es que la chica necesita de nuestra ayuda.

Celine se llevó la mano a la sien y su gesto me recordó mucho a mi madre:

—Pensándolo bien, tal vez deberíamos incluir algo extra para la buena suerte en general, o algo para espantar a los idiotas.

Mis risas se transformaron en carcajadas. Mis abuelas no se comportaban como las personas de su edad, y yo deseaba ser como ellas cuando envejeciera.

—No hay forma de haceros cambiar de opinión, ¿verdad? —pregunté.

—Ni te molestes —afirmó Celine.

—Me pregunto qué tendrá en mente para una colaboración —añadió Isabeau—. Pero estamos abiertas a cualquier cosa. Aunque tenemos una amplia gama de productos, la gente nos pide artículos más sofisticados que nosotras no producimos.

—Conozco algunos productos de la línea de Grace que se venderían como pan caliente en nuestra tienda —dijo Celine.

Agradecí que ambas se mostraran tan receptivas.

—Además —dijo Isabeau—, puede que asociarse con LeBlanc-Broussard le ayude un poco.

—¿A qué te refieres? —pregunté con el ceño ligeramente fruncido.

—El nombre de su familia se ha visto muy mancillado con todo el lío de sus hermanos. Y aunque no deberíamos, nos sentimos un poco culpables. Esos chicos no eran buenas personas, y ya era hora de que todo el mundo lo supiera —explicó Celine.

—Cuéntanos más sobre Grace. —Isabeau tomó varias botellas del estante trasero y comenzó a mezclarlas.

—¿Qué queréis saber? —pregunté.

—Lo que tú quieras contarnos —dijo Celine.

Aún me costaba creer que las dos, que en un momento estuvieron tan enemistadas que casi arruinan la boda de mis padres, fueran ahora inseparables.

—Es muy trabajadora, honesta… No ha tenido una vida fácil, y… es maravillosa.

Isabeau me sonrió:

—Pues es una recomendación excelente. Ya que estás aquí, ¿te hace falta jabón y gel de ducha?

—¿Después de que me hayáis dicho explícitamente que les ponéis quién sabe qué?

Isabeau me guiñó un ojo:

—¿Te hemos causado algún mal?

Ay, Isabeau. Mis abuelas, que habían sido cocineras de restaurante toda la vida, se volvieron un poco esotéricas con el paso del tiempo. No recordaba que hablaran de los poderes mágicos de las plantas o tonterías de ese estilo cuando era más joven. O quizás era yo quien no les prestaba atención.

—Claro, me llevaré lo de siempre —acepté.

—Perfecto —dijo con una sonrisa radiante.

Las dos intercambiaron otra mirada, pero no le di importancia. *Si eso las hace felices, adelante.*

Isabeau empaquetó mis productos, y tras despedirnos llamé a Grace. Disfruté tanto aquella mañana que deseé que el desayuno no acabara nunca. Estuve a punto de convencerla para que dejara plantados a sus padres, pero le había prometido a Bella que vería la película y no quería decepcionarla.

—Hola —respondió Grace al segundo tono.

—¿Sigues en casa de tus padres?

—No, acabo de irme. He quedado con Lais.

—Oye, acabo de estar en la tienda de mis abuelas y les he contado tu idea. Me han dicho que puedes pasarte por allí cuando quieras.

—Vaya. Gracias… No sabía que hablarías con ellas tan pronto.

—¿Por qué no? Quería ayudar y dar un empujón.

—¿Te han dicho cuándo puedo ir?

—No, pero siempre están en la tienda.

—Guau, ¡son unas currantas! —exclamó Grace con admiración.

—Sí, de toda la vida. Isabeau dice que gestionar una tienda es pan comido en comparación al trabajo de *chef*, y que si por ella fuera, haría turnos de noche.

Grace se rió entre dientes y comentó:

—Está claro que trabajar en una cocina no es para cualquiera. En eso le doy la razón.

—¿Qué vais a hacer Lais y tú?

—No hemos quedado en nada en concreto. Probablemente tomaremos un café y…

—¿Contarle todo? —terminé por ella.

Hubo una breve pausa. La imaginaba sonrojada y apretando los muslos.

Grace carraspeó:

—Así es, le contaré hasta los detalles picantes.

Ahora era mi turno de hacer una pausa. No esperaba esa respuesta.

—¿Cuál fue tu parte favorita? —pregunté, mientras me dirigía hacia mi coche.

El Barrio Francés despertaba del letargo de la tarde y se iba llenando de gente, preparándose para otra noche de fiesta.

—Déjame pensar. Probablemente lo del sofá… Fue inesperado.

Le gusta lo inesperado. Voy a tenerlo en cuenta.

—¿Qué más?

—Que me escuches sin juzgar. Me hace sentir muy segura.

Su comentario me pilló completamente desprevenido. Esperaba detalles sobre mi destreza en la cama, no algo así. Me había costado mucho esfuerzo conseguir que me contara lo que estaba pasando, y el hecho de que confiara en mí activaba mi instinto protector.

—Conmigo puedes ser tú misma, Grace. Te prometo que nunca te juzgaré ni utilizaré lo que me digas en tu contra.

—Estoy empezando a darme cuenta.

—Asegúrate de hablarle bien de mí a Lais. Siempre es bueno contar con el apoyo de tu amiga —bromeé para alivianar un poco el ambiente.

—Es cierto. Y déjame decirte que Lais no es una persona a la que le cae bien todo el mundo, pero tienes suerte. Parecía que le gustabas incluso antes de conocerte.

—¿A pesar de lo irritante que soy?

—Sí, y mira que se lo dije muchas veces —respondió Grace, y pude oír la sonrisa en su voz.

Me gustaba hablar con ella, lo cual era nuevo para mí. Cuando salía con una mujer me limitaba a compartir una cena, la cama, y a otra cosa mariposa. Siempre dejándolo claro desde el principio, por supuesto. Pero conversar con Grace me resultaba natural, y quería más.

—Que hayas saltado al río Misisipi a rescatarme te hizo ganar muchos puntos.

—Y también hizo que tú me miraras con otros ojos —señalé.

—¿Sabes lo que he estado pensando?

—¿Qué?

—Que mi estrella de la suerte está volviendo a brillar.

—Creo que no te estoy entendiendo —dije mientras caminaba hacia el aparcamiento.

—Estoy convencida que cada persona tiene una estrella de la suerte. La mía llevaba un buen tiempo apagada, y creo que ahora las cosas por fin están cambiando. Me está yendo muy bien en mi negocio y no puedo quejarme, pero haberte conocido… lo ha cambiado todo.

Asentí aunque ella no podía verme:

—Te vas a llevar muy bien con Isabeau y Celine.

—¿Qué? ¿Por qué lo dices?

—Porque ellas también creen en la suerte y que las plantas tienen poderes mágicos.

—Venga ya Zachary, vivimos en Nueva Orleans, eso es lo más normal del mundo —comentó entre risas.

—Pues yo no creo en nada de eso.

—¡Eso es un sacrilegio! —exclamó, y los dos nos echamos a reír.

—Qué aburrido sería si todos fuéramos iguales, ¿no?

—Es verdad. Ahora tengo aún más ganas de ir a ver a tus abuelas.

—Yo estoy deseando verte a *ti*.

Sí, al igual que Grace, decidí poner todas mis cartas sobre la mesa.

—Yo también, pero no sé cuándo.

—¿Te espera otra semana ajetreada? —pregunté.

—Sí, la verdad es que todas las semanas son una locura.

—Encontraremos tiempo. No te preocupes.

—¿Cómo puedes ser tan relajado con todo?

—¿Por qué no? No tenemos prisa, las tardes de verano son largas, al igual que los fines de semana. El mundo es nuestro, Grace. Sin presión.

—Cada vez que hablamos, me gustas más.

—¿Estás segura de que lo que más te gusta es hablar conmigo? —pregunté cuando por fin llegué al coche—. ¿Los orgasmos que te doy no están en la lista?

Me encantó oír cómo contenía el aliento. Me gustaba sorprenderla, pasar de una conversación seria a tontear y decir cosas subidas de tono.

—Ahora que lo mencionas, creo que tienes razón.

—¿Tú crees?

—¿Quieres pasar por mi casa y demostrármelo? —me retó.

—No me lo pidas dos veces, Grace. Ya estoy subido al coche.

—Oh —murmuró ella.

—Pero sé que vas a pasar la tarde con Lais.

—Ah, es verdad.

¿Lo había olvidado?

—Pero te prometo que nos veremos pronto —añadí.

—Estoy deseándolo.

—Yo también.

La próxima vez me tomaría mi tiempo, y desnudaría a Grace capa a capa, orgasmo tras orgasmo.

---

1 Nota de la Traductora: Se denomina *potterhead* a los apasionados de la saga Harry Potter.

CAPÍTULO VEINTE

GRACE

—QUÉ BONITO esto de ser empresaria —murmuré con sarcasmo.

Era martes por la tarde, y una vez más, me encontraba encerrada en mi oficina, completamente sola. Eran las siete, me quedaban bastantes tareas por hacer, y cuando me llegó un nuevo mensaje al teléfono pensé que sería mi asistente con más trabajo.

Zachary: ¿Has terminado la jornada laboral?

Todo mi cuerpo se encendió en un instante.

Grace: Ojalá. Parece que esta semana tendré que quedarme a cenar en la oficina todas las noches.

Zachary: Qué coincidencia, yo estoy igual. Otra semana de crisis, pero lo voy llevando bien. ¿Qué vas a cenar?

Grace: Aún no lo he decidido. Puede que *gumbo*, que es una de mis comidas favoritas.

Zachary: Pues el de *LeBlanc & Broussard* es excelente. Puedo encargarlo para que te lo lleven.

Mis ojos se abrieron de par en par al sentir una inexplicable oleada de calor.

Grace: Me encantaría.

Zachary: Cuenta con ello.

Grace: ¿Cómo te lo puedo pagar?

Zachary: Se me ocurren varias formas. Te las contaré cuando nos veamos en persona.

Esperaba que Zachary me enviara más mensajes, pero al ver que no volvía a escribir, recordé que había dicho que también estaba muy ocupado. Y aún así, se estaba tomando la molestia de encargarse de mi cena. *Cada día me gusta más.*

Estaba revisando una hoja de cálculo cuando me entró una llamada. Atendí sin mirar el quién era:

—¿Hola?

—Hola, Grace. ¿Te pillo bien para hablar?

—¡Ah, hola, Gaston! —respondí. Pensaba que sería Zachary. *Menos mal que no le solté un disparate.*

—Oye, sé que prometí llamarte la semana pasada, pero Starlight nos tiene sin descanso.

—¿Está bien? —De repente, se me aceleró el corazón.

¿Cómo es posible que me haya encariñado tanto con él?

—Sí, se encuentra bien. El problema es que los primeros días se mostró dócil y tranquilo, seguramente porque se estaba adaptando al nuevo entorno, pero ahora es más terco que una mula.

—Madre mía.

—Nada que no hayamos visto antes. En fin… queríamos preguntarte si aún sigues interesada en la finca.

—¿Qué? Sí, por supuesto. —¿Cómo podían dudar de eso?—. Estoy emocionada con el proyecto.

—Vale. Zachary nos ha solicitado los balances anuales y el coste de inversión que calculamos. —Me invadió una sensación extraña al saber que habían estado en contacto con él; no me lo esperaba—. Te enviaremos esos documentos a ti también. Agradeceríamos mucho recibir tu oferta cuando te sea posible. No hay prisa, por supuesto. Por el momento estamos ocupados con el adiestramiento de Starlight y otras cosas, pero…

—Sí, sí, por supuesto. No os dejaré esperando, lo prometo.

—Perfecto. Te envío los informes esta semana.

—Tranquilo, cuando tengas tiempo.

—Me va a llevar unos días conseguir todo.

Eso no sonaba bien. ¿Aún no tenían calculado el coste de la inversión? Eso podría llevar un buen tiempo, sobre todo si tenían que pedir presupuestos a empresas constructoras, albañiles y demás. Pero a mí no me corría prisa.

—Claro. Manténme informada.

—Lo haré.

Dudé en contarle a Zachary la conversación, pero lo encontré extraño e innecesario, considerando que Gaston aún no había obtenido la información.

Volví a mi lista de tareas pendientes. Tenía previsto asociarme con varias tiendas físicas; vendíamos muy bien por Internet, pero como buena oriunda de Nueva Orleans quería ver mis productos en los escaparates de las tiendas, especialmente en el Barrio Francés. Era el lugar más turístico de la ciudad, y por ende, la puerta de entrada al resto de Estados Unidos. Estaba deseando visitar la tienda de Isabeau y Celine. Tenía un buen presentimiento.

Media hora más tarde, llegó mi cena. Le di una buena propina al repartidor y me dirigí a mi escritorio. El *gumbo* olía de maravilla; no hacía falta retirar la tapa para que el delicioso aroma me hiciera la boca agua. También habían incluido una cuchara y un tenedor de plástico. Le envié una foto a Zachary y me puse a comer.

Un segundo después, me llamó por teléfono.

—Muchas gracias. Está delicioso.

—Me alegro, sabía que te gustaría. ¿Qué te parece si aprovechamos el rato para charlar y me cuentas cómo ha ido tu semana hasta ahora?

—Tan ajetreada como esperaba. Al menos esta noche voy a disfrutar de esta increíble cena. Ayer casi no comí nada, solo unos cacahuetes.

—¡Grace, por favor! —exclamó con un gruñido.

—Es que a veces se me olvida cenar. Luego llego a casa muerta de hambre y pido algo a domicilio. Parece que esta va a ser una de esas semanas.

—Yo me ocuparé de eso —dijo con total naturalidad, y sentí que me derretía en el asiento—. Te enviaré la cena todas las noches.

—Zachary, no hace falta…

—Sí, insisto. Será un placer.

Sonreí al llevarme otra cucharada a la boca. Una vez que tragué, le pregunté:

—Esta llamada… ¿va a subir de tono en algún momento?

—Es bastante probable ——respondió con un tono muy serio, como si estuviéramos cerrando un trato comercial—. No veo cuál sería el problema, y las noches aburridas en la oficina son perfectas para eso.

—¿Tú también sigues en tu despacho?

—Sí, comiendo un chuletón. Una de las ventajas de trabajar en la planta superior del *LeBlanc & Broussard.*

—Ya te digo —respondí entre risas—. Por cierto, me encantaría pasar por la tienda de tus abuelas esta semana. ¿Tengo que avisarles o concertar una cita?

—No, no hace falta. Lo peor que puede pasar es que el local esté lleno y tengas que esperar un poco. Te recomiendo que vayas a las nueve, cuando abren, o por la tarde. A esas horas siempre hay menos gente.

—Genial, así lo haré.

Una vez más, me pregunté si debía mencionar la conversación con Gaston, pero me parecía extraño. En ese sentido, seguíamos siendo rivales. Ellos se decantarían por la mejor oferta, lo cual era completamente lógico.

En cambio, decidí hablar de un tema más agradable.

—Bueno —dije, acomodándome en mi asiento—, ¿Cuándo vamos a pasar a la parte más… atrevida?

—¿Te refieres a las "guarradas"? —preguntó Zachary.

—Exacto —Me aclaré la garganta y, tras un momento, susurré—: Ahora que lo pienso, no creo que sea capaz de hacerlo por teléfono.

Zachary soltó una carcajada:

—Tranquila, Grace. Te prometo que habrá muchas oportunidades para eso en persona. De hecho, lo prefiero antes que por teléfono.

—¿Por qué?

—Porque me pones tan cachondo que no puedo ir por la oficina con una erección.

Sentí una tensión inmediata por todo el cuerpo. Me atraganté sin motivo y comencé a toser.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, sí. Es que no me lo esperaba.

—Es la pura verdad.

—Completamente cruda y sin filtros, ¿eh?

—No puedo decirlo de otra forma.

Era cierto y algo que me gustaba mucho de él.

—De momento —continuó—, te dejaré disfrutar de la cena. Y ya que estamos, dime qué te apetece comer mañana y me encargo de conseguirlo.

—¿Por qué no me das una sorpresa?

—Trato hecho.

Después de colgar, devoré el resto de mi cena. Era una ración enorme, pero tenía tanta hambre que terminé zampándomela por completo. Esa dosis de energía me permitió quedarme en la oficina hasta bien entrada la noche.

A la mañana siguiente, decidí ir a *Fragrant Delights*, en la calle Dumaine. Llegué a las nueve en punto y eché un vistazo al interior: no sabía cuál era Isabeau y cuál Celine, pero una vestía completamente de negro y tenía el pelo hasta la barbilla; la otra llevaba ropa de colores vivos, y tenía el pelo más largo.

—Buenos días —saludé al entrar.

Eché un vistazo y me sentí como en casa: las estanterías, que llegaban hasta el techo, estaban llenas de botellas de todos los tamaños y otros artículos. Me encantaron las etiquetas escritas a mano y, por supuesto, el escudo de LeBlanc Broussard. La empresa se llamaba *The Orleans Conglomerate*, pero utilizaban el escudo familiar en varios productos, como sus famosos pralinés.

—Buenos días —saludó la mujer vestida de negro.

—Hola, soy Grace Deveraux.

—Yo soy Isabeau —respondió.

Me acerqué para estrecharles la mano a ambas.

—Y yo Celine —dijo la otra mujer.

—Encantada de conoceros. Espero que no os importe que haya venido tan temprano.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Celine.

El apellido Deveraux causaba escalofríos en muchas personas del Barrio Francés, pero a ellas no parecía preocuparles. *Qué alivio*.

—Como sabéis, tengo un negocio similar al vuestro…

—Solo que más grande y mucho más exitoso —la interrumpió Isabeau con un guiño.

Sonreí encantada. Me pregunté a cuál de ellas se parecería más Zachary, aunque la verdad es que ninguna de las dos me lo recordaba.

—Gracias, la verdad es que me está yendo muy bien. Y vuestra tienda es increíble.

—Estamos muy a gusto aquí. La verdad es que abrimos este negocio para no aburrirnos en casa —explicó Isabeau—. Y al final ha resultado una grata sorpresa.

—Quería visitaros porque mis productos solo se venden *online*, pero me gustaría poner parte de mi catálogo en tiendas físicas. Puedo enviaros una propuesta que nos beneficie a todas por igual.

—Cariño, no hace falta —dijo Isabeau, restándole importancia con un ademán—. Llevamos mucho tiempo en el sector. Antes de esta pequeña empresa, éramos *chefs* y participábamos de las decisiones estratégicas del restaurante. No necesitamos ninguna propuesta ni presentación, solo la lista de precios para saber qué pedir. Ya que estás aquí, cuéntanos qué tienes en mente.

—Me gustaría poner mis productos más vendidos en vuestra tienda. Sería una buena forma de complementar lo que ya tenéis; yo también utilizo productos naturales. Me apasionan, y estoy convencida del poder reparador de las plantas.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada y volvieron a mirarme:

—Continúa —me animó Celine.

—Algunos de mis productos tienen un enfoque un poco… esotérico, por decirlo de alguna manera. Y sé que es algo que atrae a la gente de aquí.

—Eso encaja perfectamente con nuestra filosofía y visión del negocio —confirmó Isabeau.

—Totalmente. Además, seríais la primera tienda del barrio en vender mis productos.

—Quizás sirva de ayuda para que otros negocios vuelvan a confiar en la marca Deveraux —comentó Celine, tras un largo suspiro.

Me quedé inmóvil; era un gran gesto de respaldo hacia mi persona.

—Seguro que sería de gran ayuda. Pero si creéis que eso podría dañar vuestra marca de alguna manera, no dudéis en decírmelo y, por supuesto, retiraré la mercadería.

—Corazón, podemos lidiar con lo que venga —dijo Isabeau, haciéndome sonreír.

—Bastante has tenido con lo de tus hermanos, no es justo para ti. Tengo que admitir que, durante un tiempo, pensé que tu padre también estaba involucrado —admitió Celine.

—Oh, no —repliqué con vehemencia—. Mi padre es un hombre honesto.

—Lo sabemos —asintió.

—¿Puedo preguntar qué os hizo cambiar de opinión? —pregunté.

Celine se rió e Isabeau se limitó a decir:

—Digamos que nos enteramos de todo lo que pasa en la ciudad.

—No lo dudo —respondí—. ¿Tenéis alguna otra pregunta? Ah, y si os parece bien, me encantaría incluir vuestros productos en nuestra tienda *online*, que está funcionando muy bien.

Celine hizo un gesto con la mano y dijo:

—Ya tenemos suficiente clientela en nuestra tienda; no creo que podamos gestionar más ventas. Estamos satisfechas por ahora.

—Lo entiendo, pero si cambiáis de opinión, solo tenéis que decírmelo. Os enviaré la lista de precios y ya me decís qué artículos os gustaría vender aquí. ¿Tenéis una dirección de correo electrónico a la que pueda enviarla?

—Claro. Somos mayores, pero no tanto… —respondió.

—Lo siento, no era mi intención ofenderos —dije con una mueca de disculpa—. Mi madre, por ejemplo, detesta los correos electrónicos.

—A nosotras nos gusta. Ahora, como muestra de buena voluntad, nos gustaría regalarte una de nuestras fragancias —dijo Isabeau.

Sonreí, sorprendida por el gesto:

—Claro, me encantaría. Todavía no puedo creer que nunca haya estado aquí antes. ¿Cómo es el procedimiento de creación? ¿Necesitáis alguna información mía para hacer un perfume personalizado?

—Da la casualidad de que ya te hemos hecho uno —anunció Celine. Por alguna razón, su voz me sonó un poco extraña.

—Perfecto.

—Y cuéntanos qué tal, ¿vale? Si no te convence, queremos que vuelvas para cambiar la fórmula.

—¿A qué te refieres con "cambiar la fórmula"? —pregunté.

Isabeau se enderezó y le lanzó una mirada de advertencia a Celine. Tenía la sensación de que se me escapaba algo.

—Solo dinos si te gusta —insistió Isabeau, pero estaba bastante segura de que eso no era lo que Celine había querido decir.

Isabeau abrió un cajón debajo del mostrador y sacó un frasco pequeño; era de un precioso color rosa claro, imitando un cristal, y tenía un delicado tapón dorado.

—Es un extracto, no una colonia ni un *eau de parfum*, por lo que es muy concentrado. Basta con aplicar unas pocas gotas.

Al destaparlo, me invadió un aroma intenso.

—Es increíble. Tiene tantas notas y… —Mi voz se apagó al inhalar profundamente la fragancia. Como trabajaba con aceites esenciales, podía distinguir notas olfativas a la perfección y reconocer la calidad de los ingredientes—. ¿Lleva aceite de anís estrellado?

—¡Tienes un olfato excelente, muchacha! —exclamó Isabeau con orgullo.

—¿Y lila?

—Sí, es un aroma que nos fascina —asintió Celine.

—A mí también me fascina. ¡Qué emoción! ¿Tenéis por casualidad una loción corporal con el mismo aroma?

—No, pero te la prepararemos y te la enviaremos.

—Gracias. Por favor, decidme cuánto os debo.

—De eso nada —respondió Isabeau—. ¿Qué forma es esa de empezar una colaboración?

—Bueno, —dije, sacando de mi bolso dos cremas de mi marca—, aquí os dejo una muestra de nuestro producto más vendido: una loción facial rejuvenecedora. Yo la uso y me va muy bien.

—Claro, ¡nos encantan! —respondió Celine.

Me miraron sonriendo, y supe que aquella unión sería un éxito.

—¿Puedes enviarnos un lote cuanto antes para ponerlos en el escaparate? —continuó.

Fue una agradable sorpresa, porque solo tenían un pequeño frasco de perfume en su vidriera.

—Os enviaré una caja hoy mismo.

—Excelente. Y si las clientas preguntan, diremos que pronto tendremos aquí varios productos a la venta.

—Tengo un buen pálpito sobre nuestra colaboración —dije con una sonrisa.

—Nosotras también —apuntó Isabeau, antes de cambiar de tema —. Esperamos que Zachary te esté tratando bien.

Sorprendida, me humedecí los labios y respondí:

—Así es. Aunque empezamos con mal pie, ahora es todo un caballero.

—Sí, nos hemos enterado.

—Que los dos estéis tan interesados en la finca es una buena señal, ¿no? —comentó Celine.

Isabeau se volvió hacia ella, asintiendo, satisfecha con el comentario.

—¿Una buena señal? —pregunté. Mi corazón se aceleró.

Isabeau me miró:

—No me andaré con rodeos, cariño: nos hemos enterado de que habéis congeniado bien, por así decirlo.

Me quedé tan pasmada que no sé cómo me las arreglé para que no se me cayera la mandíbula. *¿Por qué Zachary no me advirtió de esto?*

—No queremos que nos cuentes ninguna intimidad, cariño, pero nos encanta que estéis juntos —continuó.

—¿De verdad? ¿Cómo os habéis enterado?

Isabeau se limitó a sonreír con enorme satisfacción.

—No podemos revelar nuestras fuentes, pero los rumores corren como la pólvora en el Barrio Francés —dijo Celine.

Como llevaba bastante tiempo fuera del casco antiguo, que había sido dominio de mis hermanos, no recordaba lo cotilla que era la gente.

—No sé qué decir —dije con una sonrisa nerviosa.

—No hacía falta incomodar a la pobre chica —le reprendió Celine.

—No habría tenido que hacerlo si tú no hubieras sido tan obvia —replicó Isabeau.

Ambas se volvieron hacia mí, e Isabeu dijo:

—Lo sentimos. Te aseguro que no era nuestra intención hacerte sentir incómoda. Lo que queríamos decirte es que estamos muy contentas con lo vuestro.

A pesar de su disculpa, me sentía incómoda. Justo cuando iba a responder, un grupo de unas diez personas entró en la tienda.

—Vale. Os enviaré la lista de precios y algunas muestras más —dije mientras me dirigía hacia la puerta—. Que tengáis un buen día.

—Tú también, Grace —respondió Isabeau. Volvía a sonreír con aire sospechoso.

Dios mío. Zachary me comentó que sus abuelas eran mujeres con carácter. Debería haberlo tomado más en serio.

El resto del día fue una sucesión interminable de tareas y reuniones, pero al menos conseguí enviar un gran paquete de muestras a Isabeau y Celine. Para cuando anocheció, estaba muy agotada y me moría de hambre. Zachary me había escrito antes para preguntar a qué hora quería mi cena, a lo que respondí: a las seis y media.

Sobre las seis y veinte, ya estaba ansiosa y, siete minutos más tarde, llamaron a la puerta. Gracias al servicio de recepción del edificio, una vez que los visitantes recibían autorización en la planta baja, podían acceder directamente a mi oficina.

—Adelante —indiqué.

El repartidor entró, sosteniendo una bolsa de comida:

—Esto es para usted, señorita.

—Gracias.

Dejó la bolsa en mi escritorio y le di una generosa propina. Mantuve la compostura hasta que salió de la habitación y, entonces, me lancé sobre mi esperado manjar.

—¿Qué será esta noche? —me pregunté emocionada—. ¡Oh, *jambalaya*!

Me encantaba la comida tradicional sureña, y ese era otro de mis platos favoritos. Era una bomba calórica, pero valía la pena.

Abrí el recipiente, hice una foto y se la envié a Zachary. Me llamó antes de que pudiera probar el primer bocado.

—¿Cuál es el veredicto? —me preguntó nada más contestar.

—¿Qué veredicto? —respondí confundida.

—Si te ha gustado la *jambalaya*.

—Aún no la he probado.

—Vale, tendré que esperar.

Me puse nerviosa, como si estuviera allí, observándome y esperando mi reacción. Tragué una cucharada abundante y fue como tocar el cielo con las manos.

—Madre mía… Creía que había probado todas las *jambalayas* de Nueva Orleans, pero esta es, sin duda, la mejor.

—Espera a que se lo cuente a mis abuelas. Es su receta original y están convencidas de que no hay ninguna mejor.

—Tienen razón, es increíble. —Me aclaré la garganta, tomé otra cucharada, la saboreé y añadí—: Por cierto, hablando de tus abuelas…

—¿Sí?

—Hoy pasé por su tienda.

—¿Y qué tal fue?

—Genial. Parecían muy complacidas con mi propuesta. Incluso me obsequiaron un perfume. —Al oír un resoplido de Zachary, no pude evitar preguntar—: ¿Qué pasa?

—Déjame adivinar. ¿Tiene lila? —preguntó.

—¿Cómo lo sabes? —inquirí, frunciendo el ceño mientras seguía comiendo de mi plato.

—Es algo típico de ellas —contestó, sin entrar en detalles.

—¿Me puedes decir algo más?

Zachary suspiró y dijo:

—En mi familia existe el mito de que las lilas tienen el poder de unir a una pareja.

—Perdona, ¿qué acabas de decir? —pregunté a un segundo de atragantarme, y Zachary soltó una carcajada.

—Según Celine, le regaló a mi madre un perfume con aroma de lilas cuando ella conoció a mi padre. Él terminó siendo su alma gemela, y tuvieron que luchar por su amor sin el apoyo de ninguna de sus familias.

—¿De verdad?

—¿No sabes que los LeBlanc y los Broussard fueron rivales en su día?

—Ah, ahora que lo dices, recuerdo que eran competidores. Es que, desde que tengo uso de memoria, siempre habéis sido LeBlanc Broussard.

—Como te estaba contando, las abuelas le regalaron un perfume con esencia de lila a las novias de mis hermanos, y se atribuyen el mérito de haber unido a la pareja.

—Madre mía. —Tragué saliva—. No sé qué decir… ¿es normal que me asuste un poco?

—Tranquila, esa creencia no tiene ni pies ni cabeza —preguntó Zachary—. ¿De verdad crees que las lilas tienen poderes?

—Hay plantas con ciertas propiedades, sí —respondí—, pero intuyo que tú no crees en nada de eso.

—Me conoces bien —concluyó, haciéndome reír.

—A ver… si has nacido y crecido en Nueva Orleans, ¿cómo es que no crees en nada?

—Me dejo llevar por muchas cosas, pero no por tonterías.

—Volviendo al tema, ellas ya saben lo nuestro —solté deprisa, antes de llevarme otra cucharada de *jambalaya* a la boca.

—¿Te lo dijeron directamente? —preguntó.

Tenía la esperanza de que Zachary no me hiciera más preguntas, pero no tuve suerte.

—Mmm… algo así —murmuré, con comida en la boca.

—¿Cómo lo descubrieron?

—Ni idea. Pensé que quizá tú lo sabrías.

—No, aunque conociendo al bocazas de Beckett, no me extrañaría que hubiese sido él. Mis abuelas son tremendas.

—Ya lo he comprobado. ¿Qué vas a cenar? —pregunté.

—*Jambalaya*, como tú. Se me antojó cuando hice tu pedido. ¿Tienes que quedarte a trabajar hasta tarde todos los días esta semana?

—Sí, hay semanas en las que toca —respondí, sintiendo un leve remordimiento.

—No tienes que darme explicaciones, Grace. Pero tengo una idea.

—Soy toda oídos.

—¿Qué te parece si el sábado vamos a un *brunch* en *Commander's Palace*?

—¡Sí, me encanta! Solía ir con mis padres cuando era niña. Recuerdo que se me caía la baba al ver los cócteles de colores pero era menor y no podía beber alcohol.

—Pues el sábado podrás beber lo que quieras. Haré la reserva. ¿Tienes algún otro plan para el sábado?

—En principio, no.

—Perfecto, porque me gustaría que pasaramos todo el día juntos. Y el domingo también.

Vi la oportunidad perfecta para poner a prueba el juego de la seducción:

—¿Tan seguro estás de que me llevarás a tu cama?

—Para nada. Pero haré mi mejor esfuerzo para que suceda.

Qué divertido era hablar con él; jamás me aburría.

—Cuéntame cómo ha ido tu semana. Por lo que me has contado, supongo que tú también estarás hasta arriba de trabajo

—Sí —suspiró—. Es temporada alta en el sector del transporte marítimo.

—Anda, yo había dado por hecho que sería en la época previa a Navidad.

—Diciembre es el pico de actividad para el transporte terrestre; pero en mi sector empieza antes.

—Claro, es lógico.

—Ahora estoy resolviendo varios retrasos en la entrega de mercadería. Pero confío en que todo saldrá bien.

—Brindaremos por eso el sábado.

—Me muero de ganas, Grace.

—Yo también.

CAPÍTULO VEINTIUNO

ZACHARY

—¿QUÉ quieres decir con que no vendrás con nosotros? —preguntó Anthony.

Era jueves por la noche, y Anthony, Beckett y yo estábamos en el *Lucky Bar*. Acababa de decirles que no podría ir a pescar con los abuelos ese fin de semana. Beckett me miró como si mi plan fuera abandonar a la familia.

—Tengo otros planes —respondí.

—¿Qué planes?

Mis hermanos menores eran los más curiosos de toda la familia.

—Voy a pasar el fin de semana con Grace.

Anthony silbó y Beckett asintió con aprobación:

—¿O sea, que lo vuestro ya es oficial?

—Sip —confirmé, dando un sorbo a mi *Sazerac*.

Al ver que los dos intercambiaron una mirada, pregunté:

—¿Qué pasa?

—Nada… Solo nos preguntamos si, al final, habrá algo de verdad en la historia de las lilas de las abuelas —respondió Beckett, como si estuviera comentando el tiempo.

Puse los ojos en blanco:

—Ni se te ocurra sacar ese tema. Ya me cuesta bastante mantener la calma cuando ellas hablan de eso. Y para colmo, Grace sí que cree en esas cosas.

—¿Y no te importa? —Anthony alzó una ceja—. Tío, ¿qué te pasa?

—¿A qué te refieres? —repliqué.

—A que todos vosotros pasasteis de estar felizmente solteros —dijo Beckett—, a querer sentar cabeza. Excepto Chad, claro.

—Yo nunca he dicho que fuera a sentar cabeza —alegué, con mi vaso en la mano.

—Menos mal —dijo Anthony—. Empezaba a preocuparme.

—Aún así, vas a pasar *todo* el fin de semana con ella —señaló Beckett.

—¿Y qué? ¿Qué problema hay? —pregunté.

—Yo lo veo muy lógico —intervino Anthony—. Si tuviese que elegir entre pasarme el fin de semana como conejos o ir a pescar con los abuelos, haría lo mismo que tú.

Beckett abrió la boca, pero se limitó a negar con la cabeza. Era evidente que quería rebatir su argumento, pero no pudo.

Para mí, pasar el fin de semana con Grace era mucho más que tener sexo, pero no había forma de explicárselo a mis hermanos pequeños.

—¿Y vosotros en qué andáis? —pregunté.

—Lo de siempre —respondió Anthony—. El negocio va bien. Y mi vida personal también —añadió con un guiño.

—Yo igual —dijo Beckett—. No me puedo quejar.

—¿Qué planes tenéis para el domingo? —pregunté.

—Acompañar a los abuelos a pescar y convencerlos para que cambien de lugar en el pantano.

—¿Por qué?

—Parece que la vejez los ha vuelto más temerarios —dijo Beckett, apretando los dientes—. El lugar donde pescan ahora está a plena luz del sol.

—No veo que sea para tanto; el barco nuevo tiene un toldo grande con mucha sombra.

—Sí, pero hace un calor agobiante. Si vinieras más a menudo, lo sabrías —señaló Anthony.

—A ver… —respondí, y me aclaré la garganta—, sabéis que la pesca nunca ha sido lo mío. Solía ir a menudo con los abuelos porque me daba miedo que aquel trasto se fuera a pique y terminaran en el estómago de los caimanes. Pero el nuevo me da mucha confianza.

—Aún así no están a salvo del todo —apuntó Anthony—. Se les ha dado por pescar en una zona plagada de caimanes.

—¡¿Qué?! —exclamé, y casi escupo la bebida.

—Según ellos, es donde están los mejores peces —dijo Beckett con tono de exasperación, lo cual era curioso porque a mis hermanos pequeños nada parecía perturbarles. En ese sentido, éramos bastante parecidos.

—¡Joder! —exclamé.

—Sí, pero no te preocupes. Nosotros nos encargaremos de mantenerlos a salvo de los caimanes para que Grace y tú podáis pasaros el finde como conejos —dijo Anthony.

—Por mí, estupendo —respondí con aire de suficiencia.

El sábado, a las diez de la mañana, recogí a Grace para ir a desayunar al *Commander's Palace*. Me había contado que de niña solía ir allí a almorzar con sus padres, una tradición que compartían muchas familias de Nueva Orleans, incluida la mía.

Grace salió del edificio con un sombrero grande, gafas de sol y una enorme sonrisa. Me bajé del coche para abrirle la puerta.

—Estás monísima con ese sombrero.

Ella sonrió:

—Esta semana me dio pereza ponerme crema solar y me he quemado un poco la cara —dijo, antes de quitarse las gafas y levantar la cabeza. Tenía la nariz completamente roja—. ¿A dónde voy con este careto?

—No digas eso, te queda muy bien. —La besé allí mismo, apoyada contra el coche, a la vista de todo el mundo.

Era adictivo. *Ella* era adictiva. La había echado mucho de menos; no me bastaba con los mensajes y las llamadas telefónicas. La necesitaba cerca, en mis brazos.

Grace me besó con la misma intensidad. Sin dejar de besarla, la recosté contra el coche, y empecé a acariciarle la cintura y subiendo mi mano por el dorso de su pecho.

A Grace se le cayó el sombrero al suelo, interrumpiendo nuestro momento. Lo cogí del suelo y se lo entregué antes de subir al coche.

Una vez dentro, dijo:

—Estoy lista para empezar nuestra cita, pero por favor, no vuelvas a besarme.

—¿Y eso por qué? —pregunté, echando la cabeza hacia atrás.

—Porque hay niños por todas partes —susurró.

Tenía razón, y aunque me traía sin cuidado, no quería hacerla sentir incómoda.

Me acerqué un poco hacia ella:

—Solo un beso rápido.

—Vaaale.

Grace pestañeó y me dio un pico. No era lo que tenía en mente, pero entendía que era lo máximo que iba a conseguir en ese momento.

—Hueles de maravilla. ¿Has cambiado de perfume?

—Sí, llevo el de tus abuelas.

Y en ese preciso momento, supe que estaba perdido. No podía explicar cómo ni por qué, pero lo sabía.

Llegamos a Garden District poco después y aparcamos cerca del *Commander's Palace*.

—No puedo creer que no haya venido aquí en años —comentó Grace—. Me encanta este sitio: la fachada azul, la arquitectura victoriana y, por supuesto, la comida.

El restaurante era famoso por su cocina *creole* y cajún tradicional, y estaba considerado como uno de los mejores establecimientos de comida sureña. Incluso mis abuelas se deshacían en elogios cuando iban a comer allí. El local estaba lleno,

y un camarero nos guió hasta una mesa en una de sus zonas al aire libre.

—Qué bien que nos haya tocado fuera —dijo Grace—. Estaba un poco cargado el ambiente dentro de la sala, ¿no?

—Hemos tenido suerte —respondí.

El tiempo era caluroso y húmedo, pero al menos fuera corría una agradable brisa. Sonaba música jazz mientras la gente iba y venía con platos llenos de comida.

Al ver que Grace miraba con curiosidad lo que bebían otros clientes, le pregunté:

—¿Qué haces?

—Estoy mirando las bebidas. Cuando era adolescente, aprovechaba cualquier distracción de mis padres para escaparme y beberme un cóctel.

—Te confieso que la última vez que vine tampoco era mayor de edad. Venga, vamos al bar.

—La vida contigo siempre es una aventura, ¿verdad? —preguntó.

La atraje hacia mí, le besé la frente y respiré hondo. Su perfume inundó mis fosas nasales y sentí una necesidad irrefrenable de abrazarla con fuerza.

—¿En qué piensas, Zachary? —me preguntó con una sonrisa.

—No te conviene saberlo.

—Está bien, guárdate tus secretos. Yo también tengo los míos —dijo antes de alejarse y entrar a la sala.

—¿Qué secretos? —pregunté, caminando tras ella—. Quiero saberlo todo.

—Solo si tú me cuentas los tuyos primero —bromeó.

—Reto aceptado. Volveremos sobre eso más tarde —dije mientras nos dirigíamos al bar.

El restaurante contaba con un enorme bufé, y los clientes pedían su bebida directamente en la barra.

—¿Qué les apetece beber? —preguntó el *bartender*.

—Me gustaría probar la especialidad de la casa —respondió Grace.

—Lo mismo para mí.

No tenía ni idea de qué sería, pero sabía que me gustaría. Solo lo probaría puesto que había llevado el coche.

Grace estaba impresionante. El código de vestimenta del *Commander's Palace* era informal elegante, y ella estaba perfecta con un vestido rojo y largo, acentuado por un cinturón negro. Aunque la prenda no era reveladora, mi imaginación se desbocó: tenía memorizada cada curva, cada centímetro de ella. Sabía exactamente lo que había debajo.

—La especialidad de este fin de semana es un *Grasshopper* —anunció el camarero, dejando dos copas del cóctel verde sobre la barra.

—Gracias —respondió Grace. Nos alejamos del bar y chocamos las copas—: Qué buena forma de empezar el día. Un *Grasshopper* antes de las once.

—Ya te digo. Y lo mejor es que tenemos todo el fin de semana para hacer lo que queramos. —La miré fijamente a los ojos—. Sin reglas, Grace.

Ella respiró hondo y asintió:

—Sin reglas.

Grace se bebió su cóctel rápidamente, pero yo solo di un pequeño sorbo. Estaba increíble.

—Tengo que decirle a Julian que venga aquí más a menudo para inspirarse con las recetas. Está buenísimo, y eso que no soy muy de cócteles.

—Totalmente. El trago me ha abierto el apetito… apenas he comido hoy.

—¡Pues vamos a comer! No puedo dejar que mi chica pase hambre. —Sentía un impulso irrefrenable de satisfacer todas y cada una de sus necesidades.

Durante la siguiente hora, probamos todo lo que nos pareció apetecible, desde los platos típicos como *gumbo*, *jambalaya* y *po´ boys*[1] hasta marisco frito.

Ella se recostó en la silla y exhaló un profundo suspiro:

—Estoy a punto de explotar, pero de alguna manera quiero seguir comiendo y bebiendo.

—Tomemos otro cóctel —sugerí.

Justo cuando nos estábamos levantando de la mesa, dos hombres se acercaron a nosotros. No me resultaban familiares, pero por la expresión de sus caras, parecía que ellos sí nos conocían.

—No esperábamos verte por aquí —dijo uno de ellos, dirigiéndose a Grace, que se encogió de hombros.

—Lo siento, pero creo que no os conozco.

—Pues nosotros a ti sí, Grace Deveraux. Y por desgracia, a tus hermanos. No puedo creer que tengas el descaro de aparecer por *Commander's Palace*. Al menos tus padres tienen la decencia de mantenerse alejados de la vida pública.

Grace carraspeó y se cruzó de brazos.

—¡¿Pero qué cojones es esto?! —exclamé.

Ella negó con la cabeza de forma casi imperceptible, y al instante supe que quería manejar la situación ella sola. Y tenía que respetarla.

—No tengo nada que ver con lo que hicieron mis hermanos. Mis padres tampoco, claro está. Llevaba años fuera de la empresa familiar.

—Eso no te quita responsabilidad, y…

—Claro que sí, y no respondo por sus actos —espetó. Nunca la había oído hablar con tanta confianza y seguridad en sí misma, y no podía hacer otra cosa que admirarla. No había alzado la voz, aun así, su tono era firme y contundente—. Yo jamás los habría apoyado, pero eso no viene al caso. No tenéis derecho a abordarme en un restaurante y reprocharme un mal negocio que hicisteis con mis hermanos. Arregladlo con ellos.

—Lo haríamos, pero no sabemos dónde están.

—Yo tampoco —dijo Grace—. Y por favor, quiero continuar con mi *brunch* en paz.

—Escúchame bien…

—No —intervine con severidad al ver que no se daban por vencidos. Ambos me miraron, claramente sorprendidos, así que añadí—: Ya la habéis oído. Largaos de aquí.

—¿Y tú quién eres? —preguntó uno de los hombres.

—Zachary LeBlanc.

Los dos se quedaron boquiabiertos. Era evidente que reconocían mi apellido.

—¿Un LeBlanc y un Deveraux? —comentó uno de ellos—. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Por qué no os vais a tomar por culo? No hay nada más que hablar —dije.

—¿Qué forma es esa de…?

—¡Iros ya mismo de aquí! —levanté ligeramente la voz. No quería llamar la atención de los demás comensales.

El otro tipo miró a Grace, pero tuvo el buen sentido de no decir nada más. Ella mantenía la barbilla alta y los brazos cruzados. Conservó la compostura incluso después de que los dos se dieran la vuelta y se alejaran de nuestra mesa.

Grace respiró hondo y susurró:

—Vaya, esto no me lo esperaba.

—¿Estás bien? —pregunté, llevando una mano a la parte superior de la espalda—. ¿Quieres que llame al encargado para que los echen de aquí?

—No, Zachary —dijo con una risa—. Creo que lo he manejado bastante bien.

—Has estado increíble. —Acerqué mi boca a su oído—. Tan increíble, de hecho, que me ha puesto cachondo.

—¿Cómo lo haces? —preguntó ella atónita.

—¿Hacer qué?

—Esos cambios abruptos en la conversación. Estábamos teniendo una charla seria, ¿y de repente te has puesto *cachondo*?

—Simplemente vivo el momento, Grace. Pero ahora en serio, ¿cómo te encuentras?

—Esos capullos me han descolocado por completo. Es la primera vez que me pasa algo así. —Se encogió de hombros mientras volvíamos a tomar asiento—. Nunca antes se me había acercado alguien para recriminarme por culpa de mis hermanos. —Jugó con el tenedor y prosiguió— . He tenido que lidiar con cierta hostilidad a la hora de buscar inversores, sí, pero nunca algo tan humillante como lo que acaba de pasar.

—Se han pasado de la raya. Todo el mundo sabe que ni tu padre ni tú formabais parte de la empresa cuando llevaron a cabo su estafa piramidal.

Grace negó con la cabeza:

—Mi padre me aseguró que compensó a todos los damnificados cuando recuperó el control de la compañía, y eso ha supuesto un gran golpe económico. No entiendo por qué esos tipos me abordaron de ese modo.

—Hay gente estúpida, que le encanta dar por culo y meterse en conflictos. Pero tú lo has manejado de maravilla.

Ella sonrió:

—Me ha gustado plantarles cara. Al principio, me sentí responsable por lo que hicieron mis hermanos, y me llevó un tiempo darme cuenta de que no tenía ninguna culpa. Incluso intenté decirle a mi padre que no vaciara las arcas de la empresa para salvarle el pellejo a esos dos, pero su respuesta fue que era lo justo y lo que había que hacer. Supongo que tenía razón.

—Tu padre es un buen hombre. No sabía que había resarcido a las víctimas de la estafa.

—No ha querido hacer alarde de ello.

—¿Quieres que te traiga otro cóctel? ¿Te elijo algo sorpresa?

—Sinceramente, he perdido el apetito —dijo con un suspiro.

—Normal, después del desagradable encuentro. ¿Quieres que nos vayamos?

—No puedo creer lo que voy a decir, pero sí, me apetece irme. ¿Te importa?

—En absoluto —negué con la cabeza—. La idea es pasarlo bien, Grace.

Su expresión pasó de seria a alegre casi al instante. Entrelazamos nuestras manos mientras salíamos del restaurante, que seguía lleno de gente.

—¡Mierda! —exclamó una vez que estuvimos fuera.

—¿Qué pasa?

—Se me ha caído la hebilla de mi sandalia —dijo al tiempo que miraba el suelo de hormigón—. No la veo por ningún lado.

—Grace, no creo que la encontremos —respondí, rebuscando con la mirada.

—Está bien. ¿Te importa si pasamos un momento por mi casa para que me cambie de zapatos?

—Claro. Ya te dije que este fin de semana es para divertirnos, así que no hay motivo para estresarse por nada.

Durante el trayecto, intenté averiguar si Grace seguía triste por el incidente, pero empezó a hablar de lo mucho que le gustaba el verano en Nueva Orleans, así que supuse que ya se encontraba mejor.

Tras aparcar el coche, subimos al apartamento y la esperé en el salón.

—Jope, ninguno de los zapatos que tengo va bien con este vestido —comentó, frente a un armario lleno de zapatos.

—¿Es una pregunta trampa? —pregunté con la mirada fija en ella.

—¿Qué? —dijo sorprendida—. Son cosas de mujeres. Voy a cambiarme de vestido, ¿vale?

—Claro.

Mientras se dirigía a su dormitorio, intenté con todas mis fuerzas no pensar en que se iba a cambiar. Podía visualizarla desnuda y me moría de ganas de irrumpir en su habitación.

Contrólate.

—Oh, mierda —escuché que decía.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Se me ha enganchado el vestido. Qué mala suerte.

—¿Necesitas ayuda?

Me puse de pie de un salto. No iba a irrumpir en su dormitorio, pero si necesitaba ayuda…

—Eh… sí… por favor. No puedo quitármelo sin romper el vestido.

Entré en su dormitorio antes de que terminara la frase. ¡Y qué espectáculo tan increíble!

Tenía el vestido por encima de la cabeza y los brazos atascados. Sus piernas y su trasero estaban completamente al descubierto. Su lencería de encaje, al igual que la otra vez, solo le cubría la parte superior de las nalgas.

—No entiendo qué ha pasado. Debe de haberse enganchado la tela en mi sujetador.

—Voy a ver.

Efectivamente, el vestido se había atascado en el gancho trasero del sujetador. Lo desabroché y pudo terminar de quitárselo por encima de la cabeza. Se dio la vuelta y me sonrió:

—Vaya. Lo siento.

Tenía el pelo revuelto y me encantaba.

Entonces dio un pequeño grito ahogado:

—¡Oh! Me has desabrochado el sujetador.

—Sí. Era la única manera de…

Los tirantes se le cayeron de los hombros y el sujetador se deslizó hasta su cintura, revelando sus pechos en todo su esplendor.

—Joder, Grace.

---

1 Nota de la Traductora: El *po' boy* es un bocadillo tradicional de Nueva Orleans, compuesto normalmente de camarones rebozados, servidos en una baguette francesa, con tomate, lechuga y mayonesa.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

ZACHARY

HABÍA LOGRADO MANTENER el control hasta ese momento, pero tenerla desnuda frente a mí, con solo unas minúsculas bragas de encaje… era más de lo que cualquier hombre con sangre en las venas podría soportar.

Sin previo aviso, la besé apasionadamente, tal como lo llevaba soñando desde que la recogí esa mañana. En cuanto le acaricié un pecho, y le presioné el pezón con el pulgar, su cuerpo se tensó. Grace estaba hecha para mí y solo para mí. Me negaba a creer que respondiera a las caricias de otro hombre como lo hacía conmigo. Deslicé la otra mano por su espalda y recorrí sus nalgas. Ella se puso de puntillas y me rodeó el cuello con ambos brazos.

Joder, me encanta.

Seguí besándola con desenfreno hasta que me puse tan duro que tuve que apartar las manos para poder bajarme los pantalones. No me bastaba con abrir la cremallera y desabrochar el botón, necesitaba quitármelos completamente. Sin romper el contacto visual, me bajé primero los pantalones y luego los calzoncillos.

—Tienes la boca roja —observé—. Me flipa.

Ella se cubrió los labios lentamente con los dedos, y bajó la mirada un momento antes de volver a mirarme.

—Siempre me sorprendes —dijo con una sonrisa—. Aunque yo también tengo parte de culpa… si no fuera por mi problema con el vestido, no estaríamos aquí.

Solté un gruñido.

—Estaba a punto de explotar en el salón solo de pensar que te estabas quitando la ropa.

—Pues no perdamos más tiempo. —Cogió el botón inferior de mi camisa y fue abriendo uno por uno hasta arriba—. Qué bien te sienta esta camisa con esos gemelos. Te quedan muy sexys y deberías usarlos más a menudo.

Incliné la cabeza y respondí:

—No soy muy fan de los gemelos, pero si a ti te gustan, me los pondré.

Sus ojos se iluminaron mientras me deshacía de la camisa. Me quité la camiseta interior y ella suspiró.

—Oh… llevo la última semana preguntándome si eran reales o si los estaba idealizando.

Deslizó los dedos por mis abdominales y trazó una línea recta desde mi estómago hasta mi ombligo con su boca. Mi erección rozó su cuello, y ese simple contacto fue suficiente para hacerme gemir de excitación

Se sentó en la cama y, quedando a la altura de mi entrepierna, dijo:

—También me preguntaba si esto era tan increíble como lo recordaba. ¿Y sabes qué? Lo es.

Grace pasó su lengua lentamente desde la base hasta la punta, y una enorme oleada de placer me recorrió.

Qué intenso es todo con ella.

—No —dije, dando un paso atrás—. Ahora mismo, quiero lamerte yo a ti, Grace.

Ella jadeó, apretó los muslos y bajó la mirada. Acababa de decir que no dejaba de sorprenderla, y que pasaba de decir cosas subidas de tono a hablar en serio de un momento a otro. Pero yo tampoco sabía a qué atenerme con ella. No sabía cómo reaccionaría, si me plantaría cara o se pondría tímida. Y todas sus facetas me encantaban.

—Zachary… —murmuró.

Eché un vistazo a su cama: no era lo suficientemente alta para lo que tenía en mente, de modo que la levanté y la coloqué sobre el escritorio que había en una esquina.

Me senté en la silla del escritorio y le abrí los muslos:

—Pon los pies sobre mis piernas.

Grace apoyó sus pies en mis muslos y atraje sus caderas hasta el borde del escritorio. Empezó a gemir incluso antes de que empezara a lamerla. Ya estaba mojada. En lugar de estimularle el clítoris, introduje directamente la lengua y empecé a recorrer su interior. Grace se retorcía de placer sobre la mesa, y empezó a mecerse bajo mi boca. Se aferró al borde del escritorio con una mano y me cogió el pelo con la otra. Quería masturbarse con mi cara, y pensaba darle ese gusto.

Continué estimulándole el clítoris; primero con la punta de la nariz y luego con el pulgar, hasta que noté que empezaba a contraerse. Me flipaba hacer que se corriera. Era una de las cosas más sublimes que había experimentado.

Desde esa posición, tenía una vista de sus turgentes pechos, pero no podía verle la cara. Ya tendría tiempo para hacerlo más adelante; no sería el único orgasmo que planeaba darle ese día.

Con mi lengua enterrada en su interior y pendiente de cada una de sus reacciones, supe que necesitaba espacio para moverse cuando llegara el clímax. De modo que aparté la cabeza, pero mantuve el pulgar sobre su clítoris. Grace levantó las caderas del escritorio mientras clavaba los pies profundamente en mis muslos.

—¡Zacharyyyyyyyyyyyyyy!

Su orgasmo fue celestial y toda su piel se tiñó de un precioso color rosado. Mientras se masajeaba los senos con ambas manos, volvió a apoyar su trasero en el escritorio. Fue justo entonces cuando me levanté y la penetré con una rápida embestida.

—¡Grace! —gemí.

Sentí un placer diferente a todo lo que había experimentado antes, y a la vez una sensación de tortura, porque estaba desesperado por correrme. La primera penetración no hizo más que aumentar mi ansia.

—¿Zachary, aquí?

—Sí. Te voy a follar en este mismo escritorio, Grace. ¿Te parece bien?

—Sí —susurró mientras me retiraba y volvía a penetrarla con fuerza.

Elevé sus rodillas y ese cambió de ángulo hizo que Grace retrocediera en la mesa.

—Madre mía, así es aún más profundo —murmuró.

Eché la cabeza hacia atrás, cediendo a todos mis instintos y necesidades. Quería que supiera cuánto la necesitaba. No había razón para ocultar nada o fingir.

Quería penetrarla más profundamente, pero el escritorio no me lo permitía. Tomé a Grace en mis brazos y la puse en el borde de la cama en una posición similar a la anterior, con la diferencia de que podía recostarse hacia atrás con más comodidad. No hizo falta que le dijera nada; estábamos perfectamente sincronizados, y era increíble. Esa vez la penetré hasta el fondo.

—¡Joder, Grace! —exclamé—. Qué gozada.

Ella empezó a gritar mi nombre, pero ni siquiera pudo terminar la palabra antes de que volviera a penetrarla con fuerza. Me recompensó con un gemido.

Me obligué a mantenerme erguido para poder verla por completo; ver su disfrute era tan placentero como penetrarla. Cuando estuvo a punto de correrse, cambié de estrategia: me retiré y froté su entrada con mi polla.

—¡Dios mío, Zachary! ¡¿Qué estás haciendo?! —balbuceó. Parecía que hasta le costaba respirar.

—Llevándote al límite, preciosa. Quiero ver cómo te corres.

—Pero yo quiero que…

—Te prometo que volveré a penetrarte cuando llegues al clímax, ni loco me pierdo de sentir tu coño apretándome la polla. Podría venir el fin del mundo, pero eso no me lo pierdo por nada.

Volvió a gemir hasta caer completamente sobre la cama con los brazos extendidos a los lados. Un momento después y, al ver que se agarraba ambos pechos, supe que estaba a punto de correrse. Aún no había empezado a gritar mi nombre, así que volví a introducirme

dentro de ella, mucho más despacio que antes. Sus paredes internas se contraían con fuerza, y con cada centímetro que me adentraba, perdía el control sobre mí mismo.

Fue entonces cuando mi propio orgasmo me alcanzó, y dejé de contenerme. Ni mis gemidos, ni el ritmo de mis acometidas. Estaba a su merced, tanto como ella estaba a la mía.

Y no lo habría querido de otra manera.

Después de asearme y vestirme, esperé en el salón a que Grace terminara de arreglarse. Unos minutos más tarde, asomó la cabeza por la puerta del dormitorio y dijo:

—Qué callado estás. ¿Quieres entrar y ayudarme con el vestido? —preguntó con un guiño.

—Grace —gruñí—, ¿por qué me tientas así?

—Porque es divertidísimo. ¿Has pensado en algún plan para la tarde?

—La verdad es que no… solo quiero estar contigo.

—¿Sabías que este fin de semana se celebra el festival gastronómico y vitivinícola?

—No, no lo sabía.

Estaba seguro de que muchos de mi familia acudirían al evento; mis abuelas iban todos los años, y Chad naturalmente, por ser el director del restaurante *LeBlanc & Broussard*.

Grace salió con un vestido blanco informal tan largo que casi rozaba el suelo. Le quedaba increíble.

—Podríamos ir ¿no? —De repente, arrugó la nariz y añadió—: Aunque… no quiero correr el riesgo de otro encuentro desagradable.

—Pues yo me ocuparé de ponerlos en su sitio —respondí, acercándome a ella.

Se humedeció los labios y sonrió. Verla así de relajada me llenaba de satisfacción.

—No lo dudo… La verdad que me encantó que mandaras a tomar por culo a esos gilipollas.

—Y a mí me flipó ver ese lado fuerte y guerrero de tu personalidad.

—¿Crees que soy fuerte y guerrera? —preguntó con brillo en la mirada.

—Por supuesto; has tenido la valentía de poner fin a un matrimonio tóxico al mismo tiempo que tu familia se vio envuelta en un enorme escándalo. Y aun así saliste de una pieza.

—Yo no diría eso… —murmuró ella.

—Eres una guerrera. Y por lo que a mí respecta, una triunfadora de la vida.

—Qué palabras más bonitas.

—Eres muy fuerte, Grace —dije, besándole la frente—, y te admiro. Pero no tenemos que ir al festival si no quieres.

—¡No! Me niego a acobardarme y dejar de hacer las cosas que me gustan para evitar cruzarme con gente desagradable. Puedo enfrentar lo que sea. —De repente, se encogió de hombros—. Ojalá mis padres lo vieran de ese modo… desde que ocurrió lo de mis hermanos se han encerrado en sí mismos.

—Pero si me has dicho que tu padre compensó a los damnificados —comenté con el ceño fruncido.

—Así es. Y tras ese enorme gesto, pensé que nuestra familia volvería a ser aceptada otra vez. Pero mucha gente sigue enfadada por haber caído en la estafa de mis hermanos.

—El tiempo todo lo cura, Grace. Pasemos a otra cosa, ¿te parece bien?

La admiraba con cada fibra de mi ser: su lucha, su optimismo. Todo en ella me hipnotizaba.

No sabía dónde se celebraba el festival, pero Grace conocía todos los detalles.

—Por lo que vi en los carteles publicitarios, el evento se celebra en Warehouse District —comentó—. Me parece un planazo sin movernos de la zona, ¿no?

—Lo que te haga feliz, Grace.

—¿Lo dices en serio? —preguntó abriendo los ojos.

—Joder, por supuesto que lo digo en serio. Yo soy feliz si tú eres feliz.

Se situó frente a mí y me abrazó por los hombros:

—Cada día me gustas más.

—Ese es exactamente mi objetivo —le susurré al oído y ella se estremeció.

—Oh, ¿quieres decir que no das puntada sin hilo?

—Nah, es coña. Pero te advierto que si no nos ponemos en marcha, acabaremos otra vez en la cama.

Grace se rió, y salimos de su apartamento. A solo dos calles de su edificio, tenía lugar el evento: se había cerrado toda una avenida y montado todo tipo de puestos de comida, en especial de quesos, vinos y mariscos.

Ella sonreía y observaba cada puesto.

—Te veo contenta.

—Sí, echaba de menos venir a este tipo de eventos cuando estaba casada. Mi ex detestaba absolutamente todo lo que fuera "popular", por decirlo de alguna manera, decía que era para gente de pueblo. Por otra parte, mis hermanos y otra gente con la que fui al colegio pensaban parecido.

—Sí, a mí me pasaba igual con mis compañeros de colegio.

Me gustó que tuviésemos los mismos valores; si bien los dos procedíamos de familias acomodadas, no nos creíamos diferentes o superiores al resto. Tener dinero no te daba derecho a ser un capullo.

—Bueno, la verdad es que todavía estoy llena —dijo Grace, y parecía arrepentida.

Y al ver que empezaba a reírme, levantó una ceja y preguntó:

—¿Te estás burlando de mí?

—No, eres adorable —respondí, y lo decía en serio.

—Me gustaría probar ese vino —dijo, señalando una selección de tintos del puesto que teníamos delante.

—¿Quieres que hagamos una cata? ¿Empezamos con el más ligero?

—Excelente idea —asintió.

La cogí de la mano, la acompañé hasta el puesto y miramos el menú.

—Nos apetece la degustación para expertos —pedí. Era la opción más completa.

A mi lado, Grace se reía y volví a besarle la cabeza. No podía dejar de tocarla y besarla, y empaparme de su alegría.

—¿Me prometes que no dejarás que me emborrache? —preguntó, con cara repentinamente seria.

—Hemos pedido la degustación para expertos, ¿y quieres que te prometa eso? —dije con la mirada entornada.

—Tienes razón. Al menos prométeme que cuidarás de mí si me emborracho demasiado.

—Cuenta con eso, Grace. Siempre cuidaré de ti.

—Entonces venga —dijo con una sonrisa—. A beber se ha dicho.

—Me pregunto si nos encontraremos con mi familia —comenté, buscando con la mirada.

—¿Les gusta este tipo de festivales?

—Vienen todos los años, pero no sé qué *stands* visitan o por dónde se ponen. —Hice una pausa y luego pregunté—: Por cierto, ¿te gustaría almorzar con mi familia el próximo sábado?

Grace pareció sorprenderse por la sugerencia y dijo:

—Vaya… Claro, me encantaría. ¿Estás seguro de que no hay problema con… ya sabes, mi familia y mi apellido?

—Creo que eso ya ha quedado atrás, Grace. Mis abuelas están locas por ti, con lo cual ya te has ganado a todo el resto de la familia.

—¿Aunque no me conozcan?

—Los LeBlanc y los Broussard somos así.

—Estoy deseando conocer al resto —dijo con una sonrisa.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

GRACE

DESPUÉS DE VOLVER a mi rutina semanal, seguía sin creer el fin de semana tan maravilloso que había vivido. Era justo lo que necesitaba. Zachary tenía un talento especial para anticiparse a mis necesidades, como si de alguna manera me conociera mejor que yo misma.

Esa euforia me estaba ayudando a sobrellevar un lunes complicado, en el que tenía un millón de cosas que hacer. Pero todo dio un giro inesperado con la llamada de una persona con la que no deseaba volver a hablar: mi exmarido, Roger. Mi primer instinto fue no contestar. Hacía mucho tiempo que todo había quedado zanjado, ¿para qué querría hablar conmigo?

Pero no era una cobarde, y tenía que haber un motivo para que se pusiera en contacto conmigo. Ignorarlo solo postergaría el problema y me tendría intranquila. Me levanté de un tirón del escritorio y fui a cerrar la puerta; no quería que nadie fuera testigo de esa llamada. Luego, contesté el teléfono mientras me apoyaba en la puerta.

—Grace —dijo en lugar de saludar.

—¿Por qué me llamas? —pregunté, y todo mi cuerpo se tensó.

—Qué bonita forma de saludar.

—No tengo ningún motivo para ser amable contigo. Así que ve al grano o daré por terminada esta conversación ahora mismo.

—Me he enterado que estás saliendo con Zachary LeBlanc —afirmó.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago. *¿Por qué me afecta lo que él diga?*

—Sí. —Me aclaré la garganta y apreté los dientes—. ¿Te parece mal? ¿Por eso me llamas?

—Joder, claro que te llamo por eso.

Me despegué del marco de la puerta y empecé a deambular por mi despacho.

—¿Cómo cojones se te ocurre salir con un LeBlanc?

—¿Y a ti qué te importa?

—Apuesto a que tu familia se avergüenza de ti.

—¡No te atrevas a hablar de mi familia! —solté con ira; mi compostura pendía de un hilo—. No sabes nada de ellos. Nunca te molestaste en conocer bien a mis padres.

—Conozco bastante bien a tus hermanos.

—Porque eres igual que ellos. Yo que tú no presumiría de eso.

—Tus hermanos tuvieron que salir pitando por culpa de esos malditos LeBlanc, y ahora tú estás saliendo con uno de ellos. Qué ironía, Grace.

Me reí, pero sin una pizca de humor. Volví a mi escritorio, pero estaba tan enfadada y alterada que no me podía sentar en la silla.

—Mis hermanos han tenido que escapar porque son unos sinvergüenzas y no tienen escrúpulos ni moral, al igual que tú.

—Llevas la misma sangre que ellos.

Me moría por gritarle, pero hacía mucho tiempo que me había prometido a mí misma no otorgarle ese poder sobre mí. Nada de lo que dijera o hiciera podía herirme, ya no. Estaba tratando de sacarme de quicio, y no lo iba a permitir.

—Mis padres son mi única familia.

Mis hermanos nunca habían mostrado el más mínimo interés en mí; cuando decidí dejar la compañía me remarcaron que no podría volver nunca más.

—Grace, de verdad. Puedes salir con quien te dé la gana en Nueva Orleans, pero no con un LeBlanc.

Sonreí. Iba a aprovechar ese pie para darle un golpe bajo a su ego:

—¿Por qué? ¿Te molesta que haya encontrado a alguien muy superior a ti?

Pareció quedarse sin aliento, y me traía sin cuidado. Sentía un deseo irrefrenable de devolverle todo el daño que me había hecho, aunque en el fondo, sería incapaz de hacerlo.

Aún así, ese simple comentario me llenó de satisfacción.

—Si eso te sirve de consuelo…

En ese momento no hacía más que preguntarme qué coño había visto en él.

—No necesito ningún consuelo —respondí con frialdad—. ¿Algo más?

—No, pero tienes que…

Colgué antes de que pudiera terminar la frase.

¡Hijo de la gran puta!

No podía creer lo cabreada que estaba. Me aparté de mi escritorio y volví a dar vueltas por mi oficina. Estaba enfadada con él, pero sobre todo conmigo misma.

¿Cómo puede ser? Después de tanta terapia, con todo lo que he avanzado… ¿Por qué me afecta lo que él diga?

La verdad era que no tenía ninguna relevancia en mi vida, pero por alguna loca razón, no conseguía calmarme. Me mordí el interior de la mejilla y puse las manos en las caderas mientras miraba la pantalla de mi ordenador. No, el trabajo no lograría distraerme. Necesitaba otra cosa.

Y sabía exactamente qué era.

Llamé a Felicia con los dedos cruzados, y por suerte, respondió rápidamente.

—Hola, cariño. —Su voz cálida reflejaba su personalidad.

—Hola, Felicia. Te llamaba para preguntarte si podría pasarme esta tarde por la finca.

—Claro, será un placer.

—Me apetece pasar un rato con los caballos —expliqué, porque no se me ocurría ninguna otra excusa. No quería mentir, y mucho menos, darles la impresión de que necesitaba una respuesta por parte de ellos con respecto a la inversión.

—Para eso están aquí: para quien los necesite. Y prepararé una buena cena.

—No hace falta, Felicia —respondí, sintiéndome un poco culpable.

—No digas tonterías, cariño. Si tengo que cocinar para mí y para Gaston, ¿qué me cuesta hacer un poco más? Además podemos aprovechar para conversar un rato.

—Gracias. —Al ver que eran las dos en punto, dije—: Calculo que llegaré sobre las cinco y media más o menos, ¿está bien para vosotros?

—¡Perfecto! Cenaremos sobre las seis y media o las siete.

Sonreí para mis adentros, ya me sentía más tranquila. Felicia tenía ese efecto en mí.

—Gracias. Nos vemos en un rato.

Después de colgar, salí inmediatamente de la oficina para no cambiar de opinión. Mis empleadas se sorprendieron al ver que me iba a mitad del día sin dar muchas explicaciones, pero no dijeron nada, y lo agradecí en silencio.

Pensé que tal vez me calmaría mientras conducía, pero no fue así. De hecho, no conseguí relajarme de verdad hasta llegar al establo con Starlight. También me gustaban los otros caballos, pero él y yo teníamos un vínculo especial.

Decidí sacarlo a pasear.

—Oh, Starlight. Eres el único con el que puedo hablar —le dije una vez que regresamos al establo.

Le había dado la tabarra al pobre caballo, pero me sentía mucho más relajada. Entonces comencé a cepillarle la crin: su respiración era constante y me tranquilizaba. Aún así, ¿por qué no podía quitarme de la cabeza las palabras de mi ex? ¿A quién le importaba lo que él pensara?

Pero, mientras le desenredaba el último nudo, finalmente lo comprendí. Lo que me molestó fue su comentario sobre mis padres.

Creía que no les importaba que saliera con Zachary, pero ¿y si no era así y no se atrevían a decírmelo?

Mientras admiraba el cabello de Starlight, decidí llamar a mis padres. Tenía que preguntárselo directamente para que no esquivaran la respuesta.

Marqué el número de mi madre, pero no contestó, lo cual era de esperar; siempre se dejaba el teléfono en algún lugar de la casa. Probé con mi padre, y cuando contestó, activé el *FaceTime*.

—Grace, ¿dónde estás? —preguntó con el ceño fruncido.

No debía de entender el entorno: solo alcanzaba a ver un comedero de animales.

—En la finca, en los establos.

—Ah, vale. ¿Pasa algo?

Era probable que se hubiese dado cuenta que no era una llamada para saber cómo estaban; eso solía hacerlo cuando volvía a mi casa, después de la jornada laboral.

—¿Está mamá por ahí?

—No, ha salido con una amiga y se ha olvidado el móvil en casa.

—Qué raro… —respondí entre risas.

—¿Qué pasa, hija? —preguntó mi padre.

Tomé aire y me recosté contra la pared del cubículo.

—Bueno, aquí va: recuerdas que estoy saliendo con Zachary LeBlanc, ¿no?

—Sí. ¿Se está portando bien? —preguntó con voz severa.

—Por supuesto. Zachary es maravilloso.

—¿De verdad? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Papá, nunca lo hemos hablado abiertamente, pero ¿os molesta que salga con un LeBlanc?

—Varios amigos nuestros nos han preguntado lo mismo… —respondió con el ceño fruncido.

—¡¿Por qué no me lo habéis contado?!

—Mi respuesta fue que no me importa, siempre y cuando mi hija sea feliz. —Su mirada se volvió aún más tierna—. Y, por lo que veo, estás muy bien con él.

—Sí, papá.

—Y también les dije que no tengo nada en contra de esa familia: mis hijos se metieron en ese berenjenal ellos solitos, y los LeBlanc lo sacaron a la luz. De no ser por Xander, habría sido mucho peor para todos, y las consecuencias legales, inimaginables.

Tragué saliva:

—Coincido plenamente contigo, pero quería saber tu opinión sincera. Sabes que me puedes decir lo que sea, ¿verdad? —pregunté.

—Por supuesto, hija. Después de tu divorcio, me prometí a mí mismo que jamás me guardaría una opinión. Y si hubiese sabido en qué andaban metidos mis hijos, yo mismo los habría echado de casa.

Sus palabras me impactaron. Sabía que lo decía con total sinceridad.

—Lo habría manejado todo a puerta cerrada, por supuesto —continuó—, y les habría obligado a compensar a todas las víctimas de la estafa. Insisto, no guardo ningún resentimiento hacia los LeBlanc, y estoy muy contento de que todo vaya bien entre tú y Zachary.

—Gracias, papá. Significa mucho para mí. —Miré el reloj y me quedé sin aliento—. Oh, Dios mío, tengo que irme.

Felicia dijo que la cena estaría lista a las seis y media, y ya eran las seis y veinte. No me gustaba llegar tarde.

—Claro, ve.

—Muchas gracias, papá.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, siempre.

Durante mi matrimonio, me había distanciado un poco de mis padres. No quería preocuparlos y que fueran testigos del destrato de mi ex. También los mantuve al margen del proceso de divorcio. Pero ahora me sentía más cerca de ellos que nunca.

Tras colgar, acaricié a Starlight por última vez y me apresuré a la casa principal. Sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima y sonreía de oreja a oreja. Me reuní con Felicia y Gaston en la cocina; por el olor, supe que había preparado *coq au vin*[1]. Era mi guiso favorito, que normalmente se hacía con pollo.

—Eres una auténtica maga en la cocina —le dije a Felicia.

—Oh, me lo han dicho alguna que otra vez.

Ella y Gaston intercambiaron una mirada y luego él se dirigió a mí:

—Queríamos preguntarte si has reconsiderado la idea de participar con Zachary en esta inversión.

Mi corazón dio un vuelco ante su pregunta. ¿Habían hablado con él?

Me mordí el interior de la mejilla. ¿*Lo* había reconsiderado? Las cosas entre Zachary y yo iban de maravilla, pero una cosa era pasar tiempo juntos y divertirnos, y otra muy distinta, montar un negocio juntos. ¿Y si lo nuestro se torcía más adelante?

Gaston y Felicia debieron de interpretar mi silencio como una respuesta negativa, porque él añadió:

—Olvida que te lo hemos preguntado. Sabemos que hoy has venido hasta aquí porque necesitabas desconectar.

—Así es —respondí, agradecida de que no insistieran más.

Realmente no tenía una respuesta para ellos. Tenía que hablarlo primero con Zachary.

Pero la idea estaba echando raíces en mi mente. Tanto, que cuando me despedí más tarde, me pregunté si debía comentárselo a Zachary. Saqué mi móvil, pero decidí que era un tema para conversar personalmente.

Sin embargo, quería saber cómo estaba mi chico. Joder, ya estaba pensando en él como "mi chico". Pero eso ya no me asustaba.

Me subí al coche, dejé mi bolso y le envié un mensaje.

Grace: ¿Cómo has empezado la semana?

Sonreí cuando vi que me estaba escribiendo. Me encantaba que no me hiciera esperar, a menos que estuviera ocupado, claro. Pero, aparte de eso, no se hacía el difícil.

Zachary: Después del fin de semana que he tenido, va todo sobre ruedas. Nada puede desanimarme. ¿Y tú?

Sonreí aún más mientras respondía.

Grace: Igual. Estoy en la luna.

Zachary: Eso es exactamente lo que quería oír. Ahora mismo me estoy dando una palmadita en la espalda.

Me reí.

Grace: Lo bien que haces.

Zachary: Por cierto, estoy deseando que conozcas a mi familia.

Aunque al principio me inquietó, ahora tenía muchas ganas de conocerlos.

Decidí enviarle un último mensaje antes de emprender el viaje de vuelta a la ciudad.

Grace: Yo también estoy deseando conocerlos. Si se parecen en algo a tus abuelas, me van a caer muy bien.

Zachary: Nadie puede superar a mis abuelas, pero son un grupo de gente muy agradable. ¿Puedo llamarte?

Suspiré.

Grace: Mejor en un rato que estoy saliendo de la finca y tengo que prestar atención a la carretera. He venido a ver a Starlight.

Zachary: NO MANDES MENSAJES MIENTRAS CONDUCES. No me respondas.

Estuve tentada de enviarle un último mensaje, solo para ver su reacción, pero decidí enviarle un mensaje a otra persona antes de arrancar el motor.

A mi ex.

Grace: ¡No te atrevas a volver a contactarme! Voy a bloquearte.

Envié el mensaje y bloqueé su número ¿Por qué no lo había hecho antes? Probablemente porque nuestras últimas interacciones habían sido a través de abogados, por lo que hacía mucho tiempo que no me llamaba.

En ese momento sentí una liberación catártica. Por supuesto que sí. Ese capítulo de mi vida estaba más que cerrado. No iba a permitir que el fantasma de mi matrimonio fallido se cerniera sobre mí, nunca más. Tenía un futuro brillante por delante.

Y estaba segura de que Zachary LeBlanc formaría parte de él.

---

1 Nota de la Traductora: El *coq au vin* es un estofado emblemático de la gastronomía francesa, elaborado con carne de gallo o cualquier ave de corral, vino tinto, verduras y hierbas aromáticas.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

ZACHARY

A LA SEMANA SIGUIENTE, por fin recibí los dichosos informes financieros de Felicia y Gaston: el listado actualizado de ingresos y gastos, así como una estimación de la inversión necesaria para realizar la reforma. Los números tenían buena pinta; había previsto pedirle a Xander que le echara un vistazo, pero no era necesario. Estaba bastante claro.

Una hora más tarde, respondí al correo electrónico de Gaston y le envié mi propuesta. Una vez finiquitado el asunto, me aboqué a mi trabajo; estábamos en pleno caos solucionando los retrasos en los envíos. La otra prioridad que tenía en mente era avisar a mi familia que quería presentarles a Grace.

Quizás a mis padres les pillara por sorpresa; a mis abuelas, desde luego, no. Y me atrevía a apostar que mis abuelos ya estaban al tanto, al igual que mis hermanos. Como mis padres solían mantenerse al margen de los cotilleos familiares, decidí llamar a mi madre el martes, a la hora del almuerzo. Sabía que tenía un evento en la galería esa noche, pero esperaba que tuviese unos minutos para hablar conmigo.

—Hola, hijo —respondió—. Qué sorpresa.

No solía llamarla muy a menudo. Normalmente le enviaba mensajes.

—¿Cómo estás, mamá?

—Ocupada, pero en el buen sentido. ¿Y tú qué tal? ¿Sobreviviendo a la temporada?

Me reí porque mi madre sabía perfectamente los picos de actividad en mi sector.

—Sí, pero nada que no pueda manejar.

—No lo dudo —respondió—. Entonces, ¿a qué debo el placer?

—Me gustaría llevar a alguien al *brunch* del sábado —dije sin más rodeos.

—¿Esa persona es Grace Deveraux?

Abrí los ojos con sorpresa:

—Sí… ¿cómo lo sabes?

—Ya conoces a nuestra familia. Oí una cosa por aquí, otra por allá, y deduje que pasaba algo entre vosotros dos.

Tenía que rectificar lo que pensaba sobre mis padres; estaba claro que ellos también cotilleaban al igual que los demás.

—Sí, me gustaría presentarla oficialmente a la familia. Ya conoce a Anthony y a Beckett, además de a las abuelas.

—Entonces, vas en serio con ella —concluyó.

—Sí —respondí, y me aclaré la garganta—. Grace me gusta mucho.

—¡No sabes lo contenta que estoy! Lo único que quiero es la felicidad de mis hijos. Enamorarse y estar en pareja son unas de las mayores alegrías de la vida. Yo me encargo de avisar a todos que la vas a llevar al *brunch*.

—Gracias. ¿Cómo sabías que iba a pedirte eso?

—Porque tengo un sexto sentido y sé cuándo mis hijos necesitan algo de mí. Aunque no ocurra muy a menudo… Sois todos muy independientes, quizá demasiado.

—Gracias, mamá.

—De nada. Tengo que dejarte porque quiero explorar una tienda nueva, bastante peculiar, que ha abierto al lado de la galería. Llevo tiempo con ganas de echarle un vistazo.

—Claro. Que todo vaya bien.

Colgué y me reí. Mi familia era, sin duda, muy particular.

Estaba feliz de haber invitado a Grace. Sabía que podría ser abrumador para ella, pero contaba con la ventaja de que ya había conocido a algunos miembros del clan. Estaba ansioso porque llegara el sábado.

Sin embargo, a medida que pasaba el día, me di cuenta de que no quería esperar tanto para volver a verla. Así que, a las cinco de la tarde, le envié un mensaje.

Zachary: ¿Has terminado de trabajar?

Grace: Qué va. Otra semana que tendré que cenar en la oficina.

Zachary: Deja que yo me encargue.

Estaba a punto de pedirle a *LeBlanc & Broussard* que le enviara un pedido cuando se me ocurrió una idea mejor. Se la llevaría yo mismo, y así, de paso, podría verla.

Nunca había sentido ese deseo de cercanía con una mujer ni necesitar su presencia de forma permanente. Pero las cosas estaban cambiando. Durante toda mi vida me había tomado todo con calma y nunca me cuestionaba nada. Me limitaba a seguir mi instinto.

Cuarenta minutos más tarde, entré en el vestíbulo del edificio de Grace con dos raciones de *jambalaya*, el plato preferido de los dos. Me dirigí directamente a la recepción donde una alta morena me miró.

—¿Entrega de *LeBlanc & Broussard*? —preguntó.

—Exactamente —asentí.

—Tendré que pedirle su identificación, ya que usted no es la misma persona que vino la última vez.

—Claro.

Saqué mi cartera y le mostré mi carné de identidad.

—Zachary *LeBlanc* —comentó echando la cabeza hacia atrás—. Adelante. Cuarta planta, puerta B.

—Gracias.

La recepción estaba llena de gente entrando y saliendo, y el ambiente era muy solemne. En el Barrio Francés también había muchas oficinas pero no se percibía esa sensación de seriedad por la

forma de vestir de la gente. En el edificio de Grace, todas las personas vestían traje y mantenían una actitud sumamente formal.

Subí directamente a la planta de Grace y me sorprendió encontrar un silencio absoluto. Había una luz al final del pasillo a la derecha y supuse que allí estaba su oficina. No quería llamar y delatarme con el tono de mi voz.

¿Grace era la última persona en marcharse?

Tampoco me sorprendía; sabía que se exigía más a sí misma que a su equipo.

—¡Estoy aquí! —gritó en voz alta—. Como la última vez.

Caminé hacia allí con pasos rápidos y me detuve en su puerta.

—Un momento… ¿Zachary? —preguntó al verme entrar—. ¿Me dijiste que vendrías y no me he acordado?

—No, quería darte una sorpresa.

Ella sonrió y apartó su portátil a un lado. Un segundo después, se levantó y se acercó:

—¿Qué cosas ricas me has traído?

Me aproximé al escritorio y dejé la bolsa:

—*Jambalaya*. Pero primero, exijo un beso.

—Ah, ya veo. No eres ninguna alma caritativa, ¿eh? —murmuró —. ¿Tengo que darte una recompensa?

—Una gran recompensa.

La besé con tanta pasión que la arrinconé contra el escritorio. Llevado por el deseo y sin dejar de explorarla, la levanté para sentarla sobre la mesa. Ella dejó escapar un gemido cuando intenté separarle las piernas.

Grace puso una mano en mi pecho y echó la cabeza hacia atrás.

—Zachary —susurró—. La falda es demasiado ajustada. La vas a romper.

—Pues quítatela —gruñí.

—Qué malo eres. ¿Quieres que me quite la ropa aquí mismo, en medio de mi oficina?

Respiré hondo y retrocedí:

—Tienes razón, joder. Se me ha ido la olla.

Grace soltó una carcajada, y me incliné para besarle el cuello y bajar hasta su clavícula. Llevaba una camiseta sin mangas con

escote en V que me atraía como un imán. Antes de darme cuenta, recorrí todo su escote. Grace volvió a jadear y me enderecé.

Joder, esto es mala idea.

—No entiendo por qué no puedo controlarme.

—Tengo una idea —dijo ella—. Apártate, por favor.

Di unos pasos hacia atrás mientras ella daba la vuelta a su escritorio y se sentaba en la silla.

—¿Qué te parece? —preguntó—. Ahora estamos separados por el escritorio.

"¿Piensas que eso podrá detenerme?" estuve a punto de decir, pero me quedé callado.

—Ahora, a comer.

Esa sí era una buena distracción.

Comimos directamente de los recipientes con los tenedores de plástico.

—No creo que pueda cansarme nunca de esta *jambalaya*.

—Puedes decírselo a las abuelas el sábado. Se volverán más locas por ti de lo que ya están.

—¿Cómo se lo tomó tu familia? —preguntó Grace, levantando la vista de su comida.

—Se lo conté a mi madre y le pedí que se encargara de comunicarlo al resto.

—Vaya, qué curioso —dijo con la mirada entornada.

—Pensaba que mis padres eran los únicos que no estaban al tanto de lo nuestro, y por eso decidí llamar primero a mi madre. Pero resulta que ella ya lo sabía.

Grace abrió la boca, sorprendida:

—¿En serio?

—Sí. Así es como funciona todo en mi familia.

—Estoy empezando a ponerme un poco nerviosa —dijo.

—Tranquila, todo irá perfectamente, Grace.

Pensé que me bastaría con pasar un rato con ella, pero me di cuenta que me estaba muriendo por tocarla y sentir su piel.

—Puede que al principio sea un poco abrumador, pero te acostumbrarás rápido —añadí.

—Ya conozco a algunos miembros de tu familia.

—Exacto.

No dije nada más y continuamos con la cena.

Yo terminé primero y Grace comió dos cucharadas más antes de declarar:

—Qué llena estoy.

Para mi sorpresa, echó la silla hacia atrás y se levantó.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Como te has portado tan bien durante la cena —dijo, mientras se dirigía a cerrar la puerta—, ahora te toca una muy merecida recompensa.

Mi polla se estremeció.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Bueno… como antes estabas tan interesado en quitarme la falda, creo que empezaré por ahí.

Madre mía, la cosa no puede ponerse mejor.

Sabía que tenía un asunto pendiente con Grace, pero no recordaba qué era.

Entonces caí en la cuenta: quería hablar con ella sobre Gaston y Felicia, pero no parecía un buen momento.

Mi prioridad absoluta era complacer a esa hermosa mujer.

CAPÍTULO VEINTICINCO

ZACHARY

—GRACE, admiro profundamente que hayas aceptado venir al *brunch* con todos los LeBlanc Broussard. Te has ganado por lo menos cien puntos —dijo Beckett el sábado, rodeándole los hombros con un brazo.

Ella se rió, y tuve que reconocer que mi hermano tenía un don para romper el hielo en cualquier situación.

Grace y yo habíamos llegado hacía una hora, y tras las presentaciones iniciales, vi que empezaba a sentirse abrumada. Por suerte, mi hermano pequeño había acudido al rescate.

—Es un placer. Zachary me ha hablado mucho de todos vosotros —le respondió Grace, mientras se servía más comida en el plato.

Pensé que tendríamos un *brunch* tranquilo, como de costumbre, pero mis abuelas se lo curraron como nadie: prepararon siete platos diferentes y tres postres. Aún no habían puesto los dulces en la mesa, pero avisaron de antemano que dejáramos espacio para el postre.

Le di un golpecito en el brazo a mi hermano:

—Oye, quita las manos de mi chica.

Beckett se echó a reír, y todos se contagiaron de su risa.

Aunque lo había dicho en broma, al ver a mi hermano tan cerca de Grace, algo se activó dentro de mí y mi voz salió muy cortante. *Relájate*.

Giró la cabeza hacia mí y me dedicó una sonrisa. Sus ojos brillaban con la misma felicidad que en el festival; estar a mi lado la hacía sentir feliz.

—Vaya, alguien está marcando territorio —comentó Anthony.

—Joder, ¡pues claro! —exclamé, y mi tono fue tan alto que toda la mesa rompió a reír.

—No sé de qué te extrañas. Todos los LeBlanc sois iguales —comentó Georgie.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Beckett fascinado.

—Me basta con observaros. No tengo suficiente información sobre vosotros dos —respondió, señalando a Anthony y Beckett—, pero me atrevo a afirmar que sois iguales. Julian ya era territorial incluso antes de que empezáramos a salir. Una vez, cuando…

Dejó la frase a medias y miró a Grace por un instante.

—Se trata de mi hermano, ¿verdad? —preguntó, haciendo una mueca de dolor.

—Lo siento, no era mi intención mencionarlo. Pero ahora que lo pienso, si no fuese por él, Julian no habría actuado como un caballero ni fingido ser mi novio. Nuestro primer beso, que por cierto fue muy atrevido, fue justo delante de Kyle, para quitárnoslo de encima.

—Seguro que se puso furioso, pero se lo merecía. —Y tras un suspiro, añadió—: Ya que estoy aquí, aprovecho para pedir disculpas por lo que han hecho mis hermanos.

—Cariño, no digas tonterías —intervino Isabeau—. No tienes que disculparte por nada.

—La abuela tiene toda la razón —comenté, antes de abrazar a Grace y besarle el hombro.

—Aprovechando que estáis todos presentes —anunció comenzó Celine—, quiero compartir que la combinación de nuestros perfumes y lociones con tus cremas, Grace, ha resultado ser un éxito rotundo. Los clientes están encantados, e incluso varias tiendas cercanas nos

han solicitado tu información de contacto para incluir tus productos en sus negocios.

Les sonreí. Mis abuelas eran increíbles.

—Claro. Podéis compartir mi correo electrónico con quien deseéis. Me encargaré personalmente de responder todas las consultas —aseguró Grace.

—Estupendo.

—Y si ven que tardo en contestar, me pueden llamar por teléfono. Muchos correos terminan en el *spam*, en especial los de remitentes desconocidos, y no quisiera perder ninguna oportunidad de contacto.

—Se lo haremos saber —dijo Isabeau.

Me sorprendió la calidez en su voz. Era evidente que ambas sentían una gran estima por Grace, pero no me esperaba que fuesen tan cariñosas. Celine y, en particular, Isabeau, eran huesos duros de roer y desconfiaban por regla general de los desconocidos. No era fácil ganarse su confianza, aunque con los años se habían suavizado.

Cuando mencionó los correos electrónicos, volví a pensar en Gaston. Todavía no había respondido a mi oferta. No sabía si hablarlo con Grace, para ver si había cambiado de opinión y estaba más receptiva a la posibilidad de una inversión conjunta. Pero no tenía sentido sacarlo a colación en ese momento. Gaston respondería eventualmente, y entonces abordaríamos esa conversación pendiente.

—A mí también me encantaría vender tus productos —intervino Georgie—. Aunque no son el tipo de artículos que suelo tener en *Books & Beads*, creo que podrían encajar.

—¡Sería maravilloso! Te enviaré unas muestras con mis artículos más populares.

—Será un placer tenerlos en mi tienda —dijo Georgie con una sonrisa radiante.

El interés que Grace generaba, incluso en la prometida de mi hermano, me generó una inmensa sensación de gratitud hacia mi familia. Sabía a ciencia cierta que no todas las familias eran así, y muchos menos en nuestro círculo social, donde lo único que parecía importar eran las apariencias.

—Tenemos otra pregunta —dijo Isabeau—. ¿Qué plato te ha gustado más?

—Es una pregunta trampa, así que ten cuidado —le advirtió Anthony.

—No te preocupes, tío. Creo que Isabeau prefiere a Grace por encima de nosotros… Ni siquiera nos ha preguntado cuál es nuestro plato favorito —replicó Beckett.

Isabeau miró a mis hermanos con exasperación:

—¡Porque ya lo sé! Tengo esa información desde hace treinta años, y dudo mucho que hayáis cambiado.

—Tienes razón —admitió Anthony.

Grace sonrió de oreja a oreja:

—Tengo que elegir el *gumbo*, que es mi plato preferido de toda la vida. Creo que este es el mejor que he probado, al igual que la *jambalaya* de *LeBlanc & Broussard*.

Scarlett le sonrió, levantando a Simone más alto en su cadera:

—Me gustaría atribuirme el mérito, pero solo sigo los pasos y respeto los ingredientes de la receta que Isabeau y Celine dejaron en el restaurante.

Mis dos abuelas estaban a punto de estallar de orgullo. De hecho, miraban a Grace como si ya fuera una LeBlanc más.

Tragué saliva.

Maldita sea, ¿en qué estoy pensando?

Pero ahora no me podía quitar ese pensamiento de la cabeza. Grace estaba poniendo patas arriba todo lo que creía conocer sobre mí mismo. No era que me hubiera propuesto ser un eterno soltero empedernido, solo me dejé llevar y, al llegar a los treinta, nunca me había planteado seriamente casarme. Y de repente, me encontraba fantaseando con cómo sonaría su nombre junto a mi apellido.

No iba a empezar a cuestionarme ahora; era feliz con Grace, y eso era lo único que importaba.

Después de terminar de comer, nuestras abuelas nos invitaron a pasar a la sala de estar para el postre.

—¿Quieres que vaya a ayudar a la cocina? —se ofreció Grace.

—Necesitamos que todos echen una mano —dijo Isabeau—. Son muchos platos para dos personas.

—Ya… seguro que terminamos todos comiendo el postre en la cocina —comentó Anthony.

—Por mí, genial —respondió Isabeau entre risas.

—Entonces, vamos todos a la cocina.

Bella, que había estado bastante callada, se acercó de repente a Grace y a mí, que éramos los últimos de la fila.

—¿Tío Zachary? —preguntó, mirando a Grace con timidez—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro.

—¿Prefieres que os deje a solas? —le preguntó Grace.

Bella dudó un instante antes de responder:

—No, me gustaría la opinión de una mujer que no sea de la familia.

Madre mía, parecía una adulta cuando hablaba así, o por lo menos una adolescente, que era en lo que se estaba convirtiendo.

—¿Podrías darme tu opinión, Grace? —le preguntó.

—Claro —respondió, visiblemente sorprendida.

—Vale. Hace un tiempo le pregunté al tío Zachary si debía ser amiga de las chicas populares del cole aunque no me lo pasara bien con ellas, y que además me pedían que dejara de lado a mis amigas de siempre. Y él me dijo que no tenía por qué hacerlo, que me quedara con mis amigas de verdad.

—Tu tío tiene razón. Nadie puede pedirte que dejes de lado a una amiga.

—Bueno, ahora tengo otro problema: las chicas malas están diciendo mentiras sobre mí a mis espaldas. Y no sé qué hacer.

Joder.

—Si yo fuera tú —empezó Grace—, cada vez que alguien se acerque y te cuente esas mentiras, diles la verdad con seguridad. No hace falta que digas quiénes inventaron esas mentiras, solo que no es cierto.

—¿Y crees que eso funcionará? —preguntó Bella con escepticismo.

—Para algunos sí. Y los que no te crean… no merecen la pena.

Asentí:

—Estoy totalmente de acuerdo con Grace.

Ella sonrió.

—Gracias, Grace. Gracias, tío Zachary. Sois los mejores. Ahora voy a preguntarles a todos los demás a ver qué opinan.

—¿Para qué? —pregunté.

—Para ver si dicen lo mismo que vosotros y ver quién es el tío más guay.

Me reí mientras Bella se iba corriendo, y Grace comentó:

—Dios mío, es un encanto. Y tú eres muy cariñoso con ella.

—Todos la queremos mucho. ¿Te gustan los niños? —pregunté.

En ese momento, recordé su confesión de hacía un tiempo: ella y su exmarido intentaron tener hijos.

—Sí, me encantan —respondió con una sonrisa de oreja a oreja —. De pequeña, siempre soñé con tener una niña y un niño. O dos niñas. Con dos hermanos, siempre me sentí muy al margen de la dinámica familiar, ¿sabes?

—Yo tengo cinco… no sé qué decir.

Grace se rió:

—Me gusta mucho tu familia.

—Te voy a contar un pequeño secreto: tú a ellos también. Y otro consejo: no digas que tienes un postre favorito.

—¿Por qué no? —preguntó, mirándome extrañada.

—Porque mis abuelas están probando nuevas recetas y, aunque pidan críticas constructivas, en realidad lo que buscan son elogios. Eso sí, hay que reconocer que sus postres están buenísimos.

—Madre mía, la familia LeBlanc Broussard no es para débiles, ¿verdad?

Solté una carcajada:

—Dímelo a mí.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

ZACHARY

LA CRISIS en el transporte marítimo duró más de lo que había previsto, pero por fin la situación empezó a calmarse dos semanas después, con la confirmación del envío final.

—¡Sí, por fin! —exclamé, levantándome de un salto de mi escritorio.

Miré por la ventana hacia el patio de *LeBlanc & Broussard*, como si esa neblina que me perseguía se hubiese disipado. Tenía un talento innato para aceptar desafíos y mantener la cabeza fría, pero aún así estaba agotado. De hecho, si no hubiera sido por Grace, esas últimas semanas habría estado más irascible que de costumbre. Estar con ella me equilibraba; era justo lo que necesitaba y estaba deseando verla esa noche.

Necesitaba estirar las piernas. Justo cuando me disponía a bajar por un café, escuché mi teléfono vibrar sobre el escritorio. Como norma general, nunca me llevaba el móvil a los descansos. Sin embargo, y dado el difícil momento del año, me vi obligado a hacerlo varias veces. No obstante, esa mañana estaba decidido a dejarlo ahí.

—Joder —me quejé, volviendo a mi mesa—. Como sea otro retraso en una entrega…

Pero el nombre que aparecía en la pantalla me tranquilizó: *Gaston*. Atendí de inmediato.

—Buenas.

—Hola, Zachary.

—Hace tiempo que no sabía nada de ti.

—Disculpa la demora, hijo. Te llamo porque hemos tomado una decisión… queremos que tú seas nuestro socio inversor. Tu oferta es imbatible y estamos seguros de que todo irá sobre ruedas.

—¡Genial! —exclamé—. Me encargaré de todo el papeleo, incluyendo la aprobación legal; calculo que podré efectuar la transferencia la semana que viene. —Hice una breve pausa y luego pregunté—: ¿Puedo preguntar qué pasó con Grace?

No habíamos hablado del tema de la finca. Esto se debía, en parte, a que ambos estábamos inmersos en el trabajo y, en parte, a que aguardábamos noticias de Gaston y Felicia.

—Grace ya no compite por el proyecto.

Fruncí el ceño y, a pesar de estar en mi descanso, decidí bajar las escaleras con el teléfono en mano mientras continuaba la conversación.

Me sorprendió su respuesta y me pregunté qué la habría llevado a cambiar de opinión. Había pensado preguntarle esa noche, pues estaba dispuesto a renunciar al proyecto para que ella lo consiguiera. Pero tal vez llegó a la conclusión de que no era el momento para meterse en otro proyecto empresarial: su propio negocio crecía a pasos agigantados y estaba desbordada. Además, desde su colaboración con mis abuelas, toda la ciudad quería hacer negocios con Grace.

—Felicia y yo nos preguntábamos si sería posible que pasaras por la finca con todos los contratos y documentos necesarios. Se nos complica mucho ir y volver a Nueva Orleans en el día.

—Claro, no hay problema, iré yo. Pero antes tengo que preparar todo el papeleo.

—Sí, por supuesto —respondió Gaston, completamente distraído.

—Vale, no te entretengo más.

Yo también estaba distraído, pensando en Grace. Parecía tan convencida al principio de invertir en la finca que me extrañaba

mucho su repentina pérdida de interés. Me preguntaba qué la habría hecho cambiar de opinión. ¿Estaba agobiada por el trabajo? En tal caso, podía echarle una mano.

Tenía que llegar al fondo del asunto y lo haría durante nuestra cita de esa noche.

GRACE

Suspiré al oler las nuevas muestras de cremas. *Mmm, ¡qué bien huelen!*

Muchos consumidores tenían la creencia de que una crema sin fragancia era sinónimo de calidad y menor cantidad de conservantes. Pero mis productos estaban hechos con ingredientes totalmente naturales y los aceites esenciales de primera calidad le daban un delicioso aroma. La crema que tenía en la mano contenía aceite esencial de lila. Sí, Isabeau y Celine me sirvieron de inspiración. Y aunque no aportaba ninguna acción rejuvenecedora o calmante a la loción, su aroma era irresistible.

Cerré los ojos y, por alguna razón, pensé en Zachary. Se había convertido en parte fundamental de mi vida… y de mi felicidad. Nunca lo hubiera imaginado, al igual que nunca imaginé que su familia me aceptaría tan abiertamente tras el escándalo de mis hermanos. Seguía sin dar crédito a que Kyle se hubiese comportado como un capullo con Georgie; era una mujer increíble y no se lo merecía. Mi hermano se parecía demasiado a mi ex: un completo imbécil.

Abrí los ojos, dejé el frasco de crema y envié un correo electrónico a mi equipo para que enviaran esa muestra a la tienda de Isabeau y Celine.

Había recibido un informe de las ventas actualizadas la semana anterior: las ventas en tiendas físicas no se convertirían en una gran

fuente de ingresos, pero era un buen comienzo. Me entusiasmaba ver mis productos en los negocios del casco antiguo.

Justo después de enviar el correo, mi teléfono sonó, y al ver la pantalla, sonreí. Era Gaston. *¡Por fin!* Había estado esperando su llamada, y me tenía intranquila.

Pulsé el altavoz y dejé el teléfono en el sofá; tenía crema en las manos y no quería ensuciar la pantalla.

—Hola, Grace.

—Hola, Gaston. Hacía tiempo que no sabía nada de ti.

—Lo sé, lo sé. Te aseguro que no te estaba dando largas. —Y un momento después, añadió—: Grace… no quiero hacerte perder más tiempo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos decidido aceptar la oferta de Zachary.

Tragué saliva con dificultad, como si me faltara el aire.

—Claro, claro. —Me aclaré la garganta—. ¿Es una cuestión monetaria? ¿O creeis que él tiene mejor perspectiva de negocio? Porque si es por dinero, puedo mejorar mi oferta.

—Zachary nos dijo que puede superar cualquier oferta que tú nos hagas.

—Ya veo. —No pude evitar sentirme traicionada.

—Lo sentimos mucho. Felicia y yo te hemos cogido mucho cariño, y has establecido una conexión muy bonita con los caballos, pero al fin y al cabo se trata de una decisión empresarial.

—Sí, claro. Lo entiendo.

—Y además, nos recalcaste que no considerarías una inversión conjunta.

Tragué saliva. *Es verdad.*

—Sabes que eres siempre bienvenida en la finca, y puedes pasar con los caballos todo el tiempo que quieras.

Sonreí:

—Gracias, Gaston. Es muy amable por tu parte. —Me sentía muy desconcertada.

—Bueno… que pases una buena semana.

—Claro. Tú también.

Quería preguntarle sobre Starlight, pero no me atreví. Estaba muy decepcionada.

Tras colgar, me froté las manos hasta que la crema se absorbió. Necesitaba salir de mi apartamento, que estaba abarrotado de muestras. En ese momento, sentí claustrofobia. Con cuidado, cogí el teléfono, abrí la puerta con el codo y bajé directamente las escaleras.

Zachary les había dicho que podía mejorar cualquier oferta que yo hiciera. Era una jugada muy inteligente, y aunque debió haberlo dicho en la primera semana, no podía quitarme esa sensación de traición. Se me venía a la mente mi ex y su obsesión por superarme en todo. Pero esto no era lo mismo.

Me dirigí directamente a la tienda de *bagels* y *donuts*.

Dios, no quería decir adiós a la finca. Me había encariñado mucho con Starlight, aunque solo hubiéramos pasado unas horas juntos. Tenía un don para crear vínculos profundos en poco tiempo con los animales… y hubo un tiempo en que también me encariñaba rápido con la gente. Mi exmarido cambió ese rasgo de mi personalidad, y Zachary me había ayudado a reencontrarme con mi antiguo yo. Ahora me preguntaba si había cometido un error. Mi corazón pesaba como un lastre.

¿Por qué no me dijo que pensaba superar mi oferta? Era obvio que Gaston y Felicia se decantarían por su propuesta, era lo más lógico; yo habría hecho lo mismo. A menos que fuera un imbécil, y Zachary no lo era. Además, era un hombre de negocios inteligente y sería un activo valioso para la finca.

Sin embargo, no entendía por qué nunca lo había mencionado… Me había hecho ilusiones en vano. Hubiera preferido saber desde el principio que no tenía ninguna oportunidad.

Había una cola considerable delante de la panadería, lo que me dio demasiado tiempo para darle vueltas a la cabeza hasta que llegó mi turno.

—¿Qué te pongo, Grace?

—Lo más dulce que tengas.

—Parece que no es un buen día, ¿verdad? Bueno, como sé que te gusta el chocolate y el pistacho, ¿qué tal uno de estos? —

preguntó, señalando dos *donuts* con un perfecto glaseado.

—Genial. Y tienes razón: *hoy* lo necesito más que nunca.

—Esto te levantará el ánimo —añadió con un guiño, y asentí.

Sin duda sería de gran ayuda. Aunque pensaba devorarlos al instante, dejé que los pusiera en una bonita bolsa de papel y resistí la tentación hasta que salí. Entonces abrí la bolsa, cogí el primer *donut* y le di un mordisco. El azúcar solía mejorar mi estado de ánimo al primer bocado, pero esa vez no funcionó. Seguía dándole vueltas a todo lo que estaba sucediendo.

¿Había mencionado Zachary el tema de la finca y lo pasé por alto de alguna manera? No sería la primera vez que me hacía la desentendida para fingir que todo iba bien, pero estaba segura de que ese no era el caso. La relación con Zachary era diferente en comparación a mi exmarido. Rotundamente diferente.

Cuando me llegó un mensaje al teléfono, fui al banco más cercano y me senté. No quería arriesgarme a que se me cayera el *donut* que me quedaba. Miré la pantalla y vi que era de Zachary.

Zachary: ¿A qué hora quieres que te recoja?

Ah, es verdad. Tenemos una cita esta noche.

Sentí un vuelco en el estómago. Llevaba toda la semana ilusionada con nuestra cita, pero ahora en ese momento no me apetecía en absoluto.

Me puse una mano en el pecho. Tenía que aceptarlo y ser honesta conmigo misma: me sentía traicionada. Y como tampoco quería hacer esperar a Zachary, le respondí rápidamente.

Grace: No estoy de ánimo para salir esta noche. Me ha llamado Gaston. Enhorabuena por la finca.

Acto seguido, le envié otro mensaje.

Grace: Espero que lo entiendas.

Él respondió de inmediato.

Zachary: Claro, no te preocupes. Saldremos otro día. Voy a aprovechar para quedar con Anthony y Beckett.

Dejé el teléfono y le di un mordisco a mi segundo *donut*. Cuando terminé, volví a entrar en la panadería: tenía otro antojo y no sentía ninguna culpa por ello.

CAPÍTULO VEINTISIETE

ZACHARY

COMO GRACE PREFIRIÓ QUEDARSE en su casa, le envié un mensaje a Anthony y a Beckett. Me habían invitado a un bar, y mi primera respuesta fue un no rotundo porque ya tenía planes con mi chica. Pero ahora estaba disponible para quedar con ellos.

Quizás debería haber sido más insistente con Grace: quería celebrar con *ella* y preguntarle por qué había perdido el interés en la finca. Pero decidí no presionarla; sabía que había tenido unos días muy duros en el trabajo. Ya tendría tiempo para mimarla y hablar largo y tendido ese fin de semana.

Salí de mi oficina y fui directamente a Bourbon Street. Julian había comprado ese local después de que Kyle Devereaux se marchara de la ciudad. Estuvo muy rápido, a pesar de las polémicas, la calle Bourbon era el núcleo central del Barrio Francés.

No era mi tipo de bar, se parecía más a club que a otra cosa, pero era cómodo y el más cercano a *LeBlanc & Broussard*. Anthony y Beckett ya estaban en uno de los sofás semicirculares de una esquina. Cuando me acerqué, Anthony me saludó con la mano. Al sentarme, noté que tenían tres bebidas.

—Me habéis sorprendido... ¿me habéis pedido una copa?

—Están probando recetas nuevas y nos hemos ofrecido como conejillos de indias —explicó Anthony.

—Buena idea. La familia siempre dice la verdad. Por cierto, ¿qué estoy bebiendo?

—No recuerdo cómo se llama, solo tienes que decir si te gusta o no.

Eché un vistazo a sus vasos y noté que el mío era distinto.

—¿Y bien? —preguntó Anthony mientras daba un sorbo.

—Está bueno —respondí.

—Bueno, cuéntamos, ¿qué hacés aquí con nosotros como un pringado? ¿Te ha dejado Grace?

Me encogí de hombros:

—Simplemente me apetecía salir con mis hermanos.

—Eso no te la crees ni tú —objetó Anthony con la mirada entornada—. Si hace poco nos despachaste porque tenías planes con Grace.

—Está ocupada esta noche y no le apetece salir. Y como tenía ganas de celebrar algo especial, me pareció buena idea unirme a vosotros.

—Vaya hermanito, qué bien sienta ser tu plan B —dijo Beckett con sarcasmo—. ¿Y qué estamos celebrando?

—Los propietarios de la finca de equinoterapia me han llamado para confirmarme que me han elegido como socio inversor.

—¡Enhorabuena! Sé cuánto te importa ese proyecto.

—Así es —asentí.

—¿Y qué pasó con Grace? —preguntó Anthony.

—Según Gaston, estaba fuera de la competencia.

—Ah, bueno —respondió Beckett, y levantó su copa—. Brindemos hasta emborracharnos.

—Espera un momento —dijo Anthony—. ¿Qué quieres decir con que Grace estaba fuera de la competencia?

—Supongo que decidió retirarse de la propuesta —contesté.

—¿Eso te ha dicho ella? —preguntó.

—No. En realidad, nunca llegamos a hablar del tema… estábamos distraídos con otras cosas. Y como los dueños de la finca

tardaron tanto en ponerse en contacto, di por hecho que habían cambiado de opinión y ya no buscaban un inversor.

Anthony miró a Beckett.

—¿Qué? —Beckett arqueó una ceja.

—No me lo puedo creer —respondió Anthony. Volvió a mirarme con el ceño fruncido; no estaba acostumbrado a ver a mi hermano menor con esa mirada.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿De verdad no te das cuenta?

—¿Perdona? —pregunté, echando la cabeza hacia atrás.

—¿No se suponía que habías quedado con Grace esta noche?

—Sí —respondí, sin entender a dónde quería llegar.

—A ver si lo he entendido: primero te llama el dueño de la finca para decirte que eres el socio inversor.

—Exacto.

—¿Y luego Grace te cancela?

Puse los ojos en blanco:

—No me canceló… Me dijo que no le apetecía salir y me felicitó por lo de la finca. Su último mensaje fue: "Espero que lo entiendas".

Mis dos hermanos gruñeron.

—¿Qué? —pregunté.

—¡Venga ya, tío! —exclamó Anthony.

Repasé los mensajes en mi mente, palabra por palabra.

—¡Joder! —protesté—. Pensé que se estaba disculpando por cancelar nuestra cita.

—No, tío. Yo creo que tu chica debe estar dolida —concluyó Beckett—. Pero no me hagas mucho caso, por si me equivoco. No entiendo nada de mujeres.

—Mierda. —Saqué el móvil y releí sus mensajes—. ¡Joder! Tienes razón.

¿Cómo demonios había malinterpretado sus palabras? Llevaba las últimas semanas como loco con el trabajo, pero el mensaje estaba más claro que el agua, y no dejaba lugar a dudas.

Me pasé la mano por el pelo y miré a mis hermanos:

—Tengo que irme.

—Hemos sido el plan B apenas cinco minutos… —comentó Beckett entre risas.

—Tío, la he cagado. Tengo que arreglarlo.

—Es la primera vez que te veo perder la calma, por así decirlo —dijo Anthony, bebiendo otro sorbo, inclinando la cabeza con evidente diversión—. Siempre te hemos visto controlado y muy seguro ante cualquier situación o desafío… verte preocupado por unos mensajes es lo más cómico que he visto en años.

Me levanté y lo señalé:

—No son solo unos mensajes. Lo sabes. Deja de burlarte de mí.

—Ni lo sueñes —respondió Anthony.

Beckett se rió de nuevo:

—Tío, estamos grandes para tus órdenes. Pero me lo estoy pasando pipa.

—Bueno, me voy. Tengo que ver a Grace.

—¿Dónde está? —quiso saber Anthony.

Me quedé un segundo pensando.

—Su agenda de hoy era…

¿Por qué no lo recordaba? Mis neuronas estaban más fritas de lo que creía.

—Hoy trabajaba desde casa —recordé de repente—. Eso es. Se suponía que tenía que recogerla en su casa.

—Tío, estás fatal —comentó Beckett con tono serio.

—Como he dicho, han sido unas semanas muy intensas.

Anthony se enderezó:

—Hablando en serio, si estás tan agobiado con el trabajo, ¿por qué no nos llamas? Sabes que siempre puedes contar con nosotros para lo que sea, ¿verdad? Eres el experto en solucionar problemas y el que todo lo puede, pero no dudes en apoyarte en nosotros.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. Ahora mismo, mi prioridad es ver a Grace y pedirle perdón.

—En eso no podemos ayudarte —dijo Beckett.

—Creo que solo empeoraríamos las cosas —añadió Anthony.

—¡Pero si no os he pedido ayuda! —señalé.

—Te recuerdo que ya te hemos ayudado —respondió Beckett—: te hemos enseñado a descifrar los mensajes de las mujeres,

hermano.

Negué con la cabeza:

—Dejad de fastidiar.

—Y tú deja de regañar. Ya estamos grandecitos —argumentó Anthony.

—Bueno, me voy ya.

Salí apresuradamente del bar, sacando las llaves del bolsillo mientras me dirigía corriendo al estacionamiento detrás de *LeBlanc & Broussard*. Necesitaba ver a Grace urgentemente. Cuanto más repasaba nuestro intercambio de mensajes, más insensible me parecía mi respuesta. Como si le estuviera restregando la decisión de Gaston y Felicia.

Debería haberlo hablado con ella antes, pero con todo lo que teníamos entre manos, quedó en segundo plano. Como no sabía qué ocurriría cuando Gaston por fin se comunicara con nosotros, lo fui dejando.

Llegué al barrio de Grace y aparqué justo delante de su edificio. Al salir del coche, miré su ventana: las luces estaban encendidas, ella estaba en casa. No quise llamarla antes porque esa disculpa tenía que hacerla en persona. Tuve suerte de que su panadería favorita estuviera abierta hasta tarde y se encontrara en la misma manzana que su edificio.

Entré y al mirar la vitrina, vi que no quedaba casi nada.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó la dependienta.

—Me llevaré todos los *donuts* que queden con… ¿Eso es pistacho?

—Sí. Y antes de que diga que a nadie le gusta…

—A mi novia le encantan.

Sus ojos se iluminaron:

—Ah, debes ser el novio de Grace, ¿verdad?

—Exacto —respondí.

—Me sonaba tu cara. A ella le gustan mucho… de hecho, ha estado aquí hoy, dos veces. Estoy segura de que le levantará mucho el ánimo, parecía muy triste.

Maldita sea. ¿Ha estado aquí dos veces hoy?

—Por favor, añada también esas magdalenas —pedí, señalando una con cobertura rosa y otra azul.

—De acuerdo. —Sonrió—. Está llevando munición de la buena.

Para nada. Era lo mínimo que podía hacer.

Con la bolsa en mano, salí de la tienda y me dirigí al portal de Grace. Estaba a punto de tocar el telefonillo cuando me di cuenta de que la puerta principal estaba abierta. El portero me hizo un gesto con la cabeza indicándome que podía pasar.

—Buenas noches.

Me conocía y no me pidió identificación; había estado allí varias veces durante las últimas semanas.

Fui directamente al ascensor, pero la impaciencia me invadió y subí corriendo por las escaleras. Me gustaba prepararme de antemano antes de enfrentar una situación difícil, pero en ese momento, mi mente estaba completamente en blanco. Lo único que sabía con certeza era que necesitaba verla y arreglar las cosas.

Llamé a su puerta, pero nadie respondió. Volví a llamar, más fuerte. ¿No estaba en casa? Quizás se había olvidado de apagar las luces.

A continuación, llamé al timbre y, por fin, oí pasos. Grace abrió la puerta un momento después:

—Hola, Zachary. ¿Me avisaste de que vendrías y no vi el mensaje?

Se echó hacia atrás y tragó saliva. Llevaba un irresistible camisón de seda negra que apenas le cubría las caderas y dejaba ver sus pezones.

Calma. Primero la disculpa, luego todo lo demás.

—No. —Levanté las dos bolsas y dije—: Te he traído algo rico.

—Pasa.

Abrió la puerta y entré. No mostraba mucho entusiasmo, lo cual era entendible.

—Grace… esta noche… Bueno, hoy, en realidad, cuando me escribiste—empecé, dándole la bolsa con los *donuts* de pistacho y chocolate—, no entendí el significado de tus mensajes.

Abrió la bolsa y se detuvo en el acto:

—¿Qué quieres decir? —Sacó un *donut* y le dio un mordisco—. Oh, me encantan, y eso que hoy me he comido unos cuantos.

Mmm… ¿está evadiendo la conversación?

—Grace… —Me acerqué y le aparté un mechón de pelo detrás de la oreja y le quité unos restos de azúcar pegados a la comisura de la boca—. No me había dado cuenta de que la decisión de Gaston te había sentado mal.

Ella frunció el ceño y tragó saliva:

—No sé qué decir.

—Hablemos. —Al escuchar una cacofonía molesta proveniente del salón, pregunté—: ¿Qué estás viendo?

Ella sonrió tímidamente:

—Otra comedia romántica de Hugh Grant.

—¿Hay más de una? —pregunté, atónito.

—Sí, Zachary. ¿Qué problema…? No importa. —Bajó la mirada hacia el *donut*.

—Primero, deberíamos hablar sobre la finca. No saqué el tema antes porque… —Me pasé la mano por el pelo y proseguí—: Pensé que podría quedar en la nada, teniendo en cuenta que Gaston no se había vuelto a poner en contacto con ninguno de los dos. Y que lo hablaríamos cuando se comunicara con nosotros.

Grace asintió:

—Ya, ni siquiera estoy segura de por qué estoy enfadada.

¿Enfadada? Pensaba que, como mucho, estaría desconcertada, pero no enfadada.

—Pero le hiciste una oferta más generosa que la mía, así que es lógico que te eligiera a ti —continuó.

—Espera un momento. ¿Qué quieres decir con que ofrecí más dinero? Cuando le pregunté a Gaston por ti y me dijo que estabas fuera de la competencia.

—Claro… *porque* tú le ofreciste más dinero.

Me quedé mirándola fijamente.

—Voy a poner la película en pausa —dijo, yendo a la sala de estar.

Me quité los zapatos y la seguí. Algo no cuadraba.

—Ni siquiera sé cuál ha sido tu oferta, así que ¿cómo iba a pujar más que tú?

Tras una pausa, Grace me miró de reojo:

—Le dijiste a Gaston que tú superarías cualquier monto que yo ofreciera. Lo cual es justo, pero… —Suspiró—. Ojalá me lo hubieras dicho antes. Así no me habría hecho ilusiones.

Parpadeé rápidamente:

—Grace, se lo dije hace mil años… cuando hablé con él por primera vez. Lo había olvidado por completo. Sería incapaz de preguntarle a Gaston cuánto le has ofrecido para superar tu oferta, al menos no sin hablar antes contigo.

—Ah. —Había sacado el segundo *donut*, pero lo volvió a dejar en su sitio y colocó la bolsa sobre la mesita de café—. Vale. Lo siento. Pensé que… da igual.

—Dime lo que piensas. —Estaba entrando en pánico y quería arreglar las cosas con ella.

Le acaricié la cara con ambas manos y algo cambió en su lenguaje corporal. Parecía menos cerrada que cuando entré.

—Saqué conclusiones precipitadas. —Hizo una mueca de dolor y añadió—: Me sentí traicionada por ti.

—¡Y yo ni siquiera me di cuenta! Estoy agotado y necesito descansar, pero no es excusa. Jamás te haría daño… ¿Por qué has llegado a esa conclusión?

Grace rompió el contacto visual y bajó la mirada. Parecía encogerse delante de mí.

—¿Por tu ex? —pregunté en voz baja.

Grace negó con la cabeza y volvió a levantar la vista:

—No, ya es hora de que deje de culparlo por todo. Es obvio que aún no he superado lo sucedido, a pesar de haberlo intentado con todas mis fuerzas. —Frunció el ceño y cerró los ojos—. En vez de preguntarte qué había pasado preferí encerrarme en mí misma.

—Grace, no tienes por qué ser tan dura contigo. —Le acaricié las mejillas y ella volvió a abrir los ojos.

—Lo siento —susurró ella.

—¿Por qué?

—Por todo lo de hoy.

—Cariño, es normal malinterpretar las cosas. Lo único que quiero que sepas es que nunca haría nada para hacerte daño.

—Ya… pero sabes que es mucho más que eso. Aún tengo mucho por sanar.

—¿Y qué? ¿A quién le importa? Te quiero, Grace y estamos juntos en este viaje.

Al tocarle la cara, su mirada se dulcificó al instante, y sentí cómo toda la tensión de su cuerpo se disipaba. Quería bajar la vista para comprobar si sus manos también se habían relajado, pero no me atrevía. Estábamos en medio de una conversación seria, pero el cuerpo de Grace tenía la capacidad de distraerme por completo.

—¿Me quieres? —susurró, como si no diera crédito.

—Sí, Grace. ¿Por qué te cuesta creerlo? Eres muy importante para mí, mi amor.

Para mi sorpresa, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No me siento merecedora de amor.

—Te mereces el mundo entero, y quiero darte todo lo que tengo. No cambiaría nada de ti, Grace.

—Te quiero, Zachary. No puedo creer que esto esté pasando.

Me acerqué y le besé una comisura de la boca y luego la otra. Sentí cómo la adrenalina abandonaba mi cuerpo y empezaba a relajarme. Desde que leí los mensajes por segunda vez, estaba hecho un manojo de nervios.

—Estamos juntos en este viaje. Y te lo diré un millón de veces si es necesario. No tienes que hacer nada para ser digna de amor. Te quiero más de lo que creía que era capaz. Te quiero porque sí, y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Me miró bajo sus grandes pestañas. Su boca se curvó en una pequeña y tímida sonrisa, que luego se hizo más grande. Cuando puso sus manos sobre mis hombros, supe lo que vendría: me preparé para que Grace saltara a mis brazos, y mis manos se dirigieron inmediatamente a sus nalgas para sostenerla…

No llevaba ropa interior.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

ZACHARY

SOLTÉ UN PROFUNDO GRUÑIDO, y Grace selló su boca sobre la mía mientras la abrazaba con fuerza. Su trasero era perfecto. *Ella* era perfecta. Se lo recordaría todos los días para que lo entendiera de una vez por todas.

Mientras la besaba con intensidad, nos movimos por la sala de estar. Me encantaba tenerla en brazos, pero necesitaba un punto de apoyo para besarla con desenfreno. La isla de la cocina serviría; la senté sobre la encimera, mis manos pasaron a sus muslos y el beso se hizo más profundo.

Me moría por hacerla mía. Pero iría despacio; lo primero sería explorar su boca. Reduje la intensidad para saborear ese íntimo contacto, y paladear el sabor a pistacho y chocolate de su lengua. Me deleitaban sus reacciones: los suspiros tímidos iniciales se transformaron en sensuales jadeos. La acerqué al borde de la encimera, abrí sus piernas para colocarme entre ellas y sostuve sus tobillos. Sus gemidos y sus suspiros se hicieron aún más pronunciados. Deslizó las manos por mi pecho y tironeó del cuello de mi camisa.

Me aparté con una sonrisa:

—Te encanta quitarme la ropa.

—Siempre.

Tenía los labios hinchados. Mientras sostenía sus tobillos, desabroché los botones de mi camisa, luego mis manos subieron por sus pantorrillas hasta sus muslos. Cuando terminó con mi camisa, me la quitó de los hombros.

—Joder, Grace.

Volví a besarla. Su boca era pura adicción, ese día más que nunca. Quizás porque finalmente habíamos abierto nuestros corazones y confesado nuestro amor. Quizás porque Grace estaba empezando a aceptar que era mía.

Con ganas de recorrer el resto de su cuerpo, me aparté y miré su escote.

—Me merezco una recompensa —murmuré.

—¿Por qué?

—Por no abalanzarme sobre ti en cuanto abriste la puerta. Estás sexy de cojones con este camisón… creo que es mi favorito. —Toqué uno de sus pechos por encima de la tela, y ella arqueó la espalda al instante—. Pero ahora necesito quitártelo.

—No esperaba verte esta noche… ha sido toda una sorpresa —comentó con una sonrisa.

Se contoneó sobre la encimera para subirse el camisón, y terminé quitándoselo por la cabeza. Despeinarla la hacía aún más irresistible.

—Eres tan jodidamente preciosa. Y no me cansaré de repetírtelo todos los días.

Bajé mi boca a sus pechos. Grace apoyó las palmas en la encimera e inclinó su cuerpo hacia atrás, dándome el ángulo perfecto para explorarla. Levantó una pierna y apoyó el pie en la mesa, pero resultó que la isla era más alta de lo que esperaba, e impediría que pudiera hacerla mía como quería.

Antes de dejarme llevar por el momento, la levanté y la llevé a su dormitorio. La haría mía en la cama.

Ella se rió:

—Ja, te has acordado que tengo un dormitorio, ¿eh?

—¿Has visto? Creo que es la primera vez que tengo ese detalle —dije, antes de acostarla sobre el colchón y quitarme el resto de la

ropa.

Ella me miró con una mezcla de deseo, fijándose especialmente en mi erección, dura como una piedra.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —preguntó, arrodillándose y acariciándome con la mano.

—Desde que entré y te vi con ese camisón.

Apenas podía articular dos palabras seguidas. Ver sus labios a pocos centímetros de mi miembro me estaba volviendo loco.

—Pues no se ha notado —dijo, y pasó la lengua por mi glande.

No pude decir nada… solo emitir un gemido gutural. Grace me acogió entre sus labios, y de forma instintiva, empujé las caderas hacia delante y disfruté de la sensación.

Me fascinaba estar dentro de su boca, pero mi deseo iba más allá. Me aparté por completo porque necesitaba estar dentro de ella.

—¡No había terminado! —protestó.

—Lo sé, preciosa, pero tengo otros planes ahora mismo. O, más concretamente, para ti. —Incliné la cabeza—. Túmbate boca arriba y abre bien las piernas.

Se humedeció los labios antes de obedecer y separar los muslos. Su coño húmedo me tenía obsesionado. Apoyé una rodilla en la cama y le introduje un dedo.

—Oh… —gimió.

Luego deslicé otro. *Joder, sí.* Fui dilatándola poco a poco. Qué apretada estaba.

—Quiero que te corras antes de meterte la polla, preciosa.

Su respiración se volvió irregular y empezó a jadear mi nombre.

Curvé los dedos para estimular su punto G. Aún no le había tocado el clítoris; primero tenía que abrirme camino y excitarla poco a poco.

Desde mi posición, podía verla por completo; su cara, la forma en que fruncía los labios con cada sonido de placer, sus ojos desenfocados, sus mejillas igual de sonrojadas que su coño, y sus pezones duros como guijarros. Su respiración se aceleró y empezó a arquear la espalda. *¡Sí!* Estaba llegando al límite, y sus paredes internas se contraían con fuerza.

Retiré los dedos y le acaricié el clítoris.

—¡Oooh! —exclamó.

Cambié de postura sin quitar la mano para deslizarme fácilmente dentro de ella. Puse sus pies sobre mi pecho para que sus caderas quedaran suspendidas, y seguí estimulando su botón sensible mientras me introducía. Grace gritó con desenfreno y se corrió en ese mismo instante, incluso antes de que terminara de penetrarla hasta el fondo.

Me detuve cuando ella se apretó con fuerza a mi alrededor, no quería hacerle daño. La miraba hipnotizado: nunca me cansaría de verla correrse y entregarse de esa manera. Grace se retorcía en la cama, moviendo las caderas con salvaje abandono, tirando de su cabello, de sus pechos y de la manta.

En cuanto empezó a calmarse, y sus apretadas paredes se relajaron, me introduje hasta el fondo.

—Estar dentro de ti es la mejor sensación del mundo —dije entre gemidos.

Giré la cabeza hacia un lado y le besé el tobillo. Ella presionó su brazo contra mi pecho, levantando ligeramente el culo. Fue entonces cuando me di cuenta que ella también quería moverse. Mi chica quería que la penetrara, y no me contuve un segundo más. La embestí desenfrenadamente, y sus gemidos de placer se convirtieron de nuevo en jadeos desesperados.

Ambos nos movíamos con frenesí. Aunque ya se había corrido, sentí que la tensión volvía a acumularse en su interior. Su cuerpo era un libro abierto para mí; sabía lo que significaba cada respiración entrecortada y cada grito. Me incliné ligeramente hacia delante y aparté sus pies de mi pecho; ese ángulo era mucho más satisfactorio y podía estimular su punto G.

—¡Zachary! —Sus ojos se abrieron de par en par, como si estuviera sorprendida por las sensaciones que la inundaban.

—Joder, Grace. Te quiero. Me encanta estar contigo.

Nuestra conexión era increíble. Apoyé las manos para poder inclinarme y lamerle un pezón, sin dejar de penetrarla. Grace apoyó los talones en la cama para poder moverse mejor.

—Zachary, no puedo creerlo, pero voy a…

—Lo sé, cariño. Déjate llevar. Córrete en mi polla.

Volvió a cerrar los ojos y la vi abrir la boca a cámara lenta antes de que el grito saliera de su garganta. Bajé la mirada y vi que se estaba tocando. Esa imagen, combinada con sus gritos de placer, fue tan abrumadora que me corrí con fuerza. Tan fuerte, de hecho, que mis muslos cedieron.

Me incliné sobre ella, poniendo mis manos entre sus nalgas y el colchón, empujando como un loco mientras Grace seguía corriéndose. Estaba decidido a darle hasta la última gota de mi clímax.

Cuando la ola pasó, me quedé quieto y saqué las manos de debajo de su trasero. Me había quedado completamente sin aliento y empapado en sudor. Me apoyé en los codos para poder mirarla: tenía los ojos cerrados y los labios curvados en una sonrisa. Le besé la barbilla y luego la comisura de la boca.

Grace abrió los ojos y murmuró:

—¿Por qué me miras así?

—Eres hermosa, Grace. Y toda mía. Solo mía.

Ella asintió, deslizó las manos por mis bíceps y me recorrió los hombros y el cuello.

—Solo tuya. Te quiero… demasiado.

Nunca la había oído hablar con tanta convicción.

Apreté mi frente contra la suya y dije:

—Lo mismo digo.

—Tienes un don para decir cosas bonitas, a mi en cambio, me cuesta la vida… pero sé exactamente cómo demostrarte lo mucho que siento por ti.

—¿Y cómo sería?

—Voy a compartir contigo el *donut* que queda en vez de comérmelo yo sola.

Me eché a reír y me enderecé:

—Vaya, me quieres más de lo que imaginaba.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

UN AÑO DESPUÉS

GRACE

—¡QUÉ bien ha quedado todo! —dije, contemplando la finca completamente renovada.

Zachary y yo habíamos acudido para echar una mano a Gaston y Felicia con los preparativos de última hora. Al día siguiente, recibirían a su primer grupo de huéspedes después de la renovación.

Al final, decidimos invertir juntos en el proyecto de la finca. Nunca imaginé que, tras mi desagradable divorcio, volvería a confiar en alguien y a compartir un proyecto de vida. Pero con Zachary era feliz y creía que todo era posible.

Mi negocio había prosperado muchísimo durante el último año. Aunque mi tienda *online* seguía siendo la principal fuente de ingresos, cada vez más tiendas del casco antiguo incluían mis productos en su catálogo. Lo más importante y lo que más me reconfortaba era el interés de los negocios del Barrio Francés por mis creaciones; era como un reconocimiento al nombre Deveraux.

Mis padres estaban pletóricos; habían comenzado a asistir a más eventos sociales y se sentían más a gusto cada vez que iban al teatro u otros lugares públicos. Eran buenas personas y se merecían disfrutar de su jubilación sin tener que soportar los susurros de la gente.

No habíamos tenido noticias de mis hermanos, pero tampoco esperábamos que se pusieran en contacto. Parecía que no aceptaban la derrota. El tiempo se encargaría de curar las heridas y quizá, en algún momento, volverían. Con la lección aprendida… al menos.

—¿Ya has terminado? —preguntó Zachary, acercándose por detrás.

Le habíamos echado una mano a Felicia en la cocina, que estaba preparando *gumbo*, y me ofrecí a regar las plantas.

—Sip —dije, levantando el regador vacío—. ¿Deberíamos marcharnos y dejar que Gaston y Felicia descansen?

—¿Quieres pasar primero por los establos? Aún no has tenido tiempo de cepillar a Starlight.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con una tímida sonrisa.

—Cariño, es tu actividad favorita cada vez que vienes aquí —dijo entre risas—. Si hasta te buscas cualquier excusa… la última fue mortal.

—Bueno, al menos soy sincera.

—¿En serio? ¿Hacía falta decir "Con el viento que hace Starlight debe tener el pelo fatal"?

—¡Pero si era verdad!

—¡Es un caballo!

Le di un codazo juguetón:

—Oye, no lo digas tan alto. Estoy convencida de que Starlight cree que es humano.

Zachary se rió y se inclinó para besarme la frente:

—No puedes ser más adorable.

No me cansaba de que me dijera cosas bonitas.

El teléfono de Zachary sonó, y al mirarlo, resopló.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Otra asistenta de Anthony que ha renunciado.

—Oh. ¿No consigue mantener a nadie en el puesto?

Suspiró:

—Así es… Ninguna le dura más de un par de meses. Y más de una le ha dicho a la cara que era un capullo arrogante.

—¿En serio? —pregunté, abriendo mucho los ojos—. Pero si Anthony es de lo más simpático.

—Sí, excepto con sus asistentas.

—¿Y eso por qué?

—Tiene tela… pero te contaré la historia en otro momento.

Mmm… De repente me pregunté si Isabeau y Celine tendrían algo para remediar ese mal. ¿Quizás con lila?

Madre mía, me estoy contagiando de las abuelas.

Otro trueno resonó en el cielo y ambos levantamos la vista.

—Vamos al establo y después directo a Nueva Orleans. Gaston nos ha advertido que se avecina una gran tormenta —murmuré mirando al cielo. Estaba segura de que tenía razón.

Apenas entramos, Starlight relinchó. Juraría que sintió mi presencia incluso antes de verme. Zachary y yo nos acercamos sin detenernos delante de los otros *boxes*. La finca había adquirido más caballos durante el último año, y tras un largo debate, decidimos preguntar a Gaston y Felicia si les gustaría construir más cabañas, en vez de limitarnos a reformar las existentes. Les encantó la idea, y nos pusimos manos a la obra. Al aumentar las plazas, aumentaba la demanda de caballos, naturalmente.

—Hola, precioso —le dije, deteniéndome frente a él—. ¿Quieres que te cepille el cabello?

Zachary sonrió y señaló una preciosa caja plateada que había en un costado.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Ya era hora de que Starlight tuviera un nuevo juego de cepillos.

Me derretí por dentro.

—¡Ahh…! Qué bonito detalle para mi bebé. Y para mí.

Cogí la caja y le di la vuelta: era de un fabricante de peines para caballos muy conocido.

Zachary se merecía el cielo; sabía lo mucho que Starlight significaba para mí.

Abrí la caja y al coger el cepillo, me percaté que había un estuche pequeño de terciopelo.

—¿Desde cuándo hay accesorios para caballos? —pregunté, frunciendo el ceño.

—No lo sé —respondió Zachary. Su tono era juguetón, pero dejaba entrever cierto nerviosismo.

Abrí la caja de terciopelo, dejando a un lado la más grande, y al ver lo que contenía, mi respiración se cortó. No era el accesorio que esperaba.

Levanté la vista y encontré a Zachary sonriendo de oreja a oreja mientras cogía la pequeña caja y se arrodillaba:

—Grace Deveraux, llevo meses esperando este día.

Una oleada de amor me invadió por completo.

—¿Meses? —pregunté, apenas un susurro.

—Sí, quería elegir un día que tuviese un significado especial, y la inauguración de nuestro primer proyecto juntos me pareció el momento perfecto. Nos conocimos aquí, en esta finca. ¿Recuerdas lo mal que nos llevábamos al principio? Aunque pensé que estabas buenísima, jamás imaginé que un año después te estaría pidiendo que te casaras conmigo.

Empecé a reír y me llevé las manos a las mejillas. Me ardían los ojos y quería contener las lágrimas antes de que Zachary las notara.

—Grace, te amo. Y nada me haría más feliz que ser marido y mujer. Sería el broche de oro para nuestro proyecto de vida.

Zachary carraspeó. Pensé que diría algo más, pero solo tragó saliva.

El hombre más guapo y maravilloso del mundo, con un nudo en la garganta… ¡qué dulce!

Fue mi turno de tomar la palabra:

—¡Claro que quiero casarme contigo!

Estaba temblando, el corazón me latía con una felicidad desbordante. Ni en mis más remotos sueños imaginé que volvería a dar el "sí, quiero". Pero con Zachary sentía que era perfecto… como si tuviera que ser así.

—Quiero ser tu esposa, que estemos juntos toda la vida. Siempre recuerdo eso tan bonito que dijiste el año pasado: "estamos juntos en este viaje". Al principio no tenía un buen concepto de ti, pero eres el mejor hombre que he conocido. —Y un momento después, añadí —: Y ya que estamos sincerándonos, tú tampoco pensaste maravillas de mí.

Él se rió:

—Es verdad, tuve una primera impresión desastrosa. Pero descubrir quién eres realmente ha sido lo más bonito que me ha pasado. Eres increíble —dijo, mientras me deslizaba el anillo en el dedo.

La alianza llevaba un diamante enorme, de corte princesa, de al menos cinco o seis quilates. Sabía que acapararía todas las miradas allá donde fuera.

De repente, me di cuenta de que era perfecto porque era lo que yo quería: gritar a los cuatro vientos que pronto sería la señora LeBlanc.

—Te amo —dijo Zachary, levantándose despacio.

Seguía hipnotizada mirando mi dedo; la alianza tenía pequeños diamantes redondos tan finamente tallados en el borde que podía sentirlos en mi piel.

—Es el anillo más bonito que he visto. ¡Dios mío, no sabes cuánto te amo!

—Me alegro de que te guste —respondió Zachary, con la misma emoción.

Me rodeó la cintura y me atrajo hacia él. Luego me besó lenta y apasionadamente, pero necesitaba más.

Envolví su cuello con mi brazo derecho para responder al beso, manteniendo el otro aparte por miedo a dañar el anillo. Podría quedarme así con él para siempre. No quería que ese momento terminara nunca. Era mágico: estábamos en el pantano, en el mismo lugar que nos unió por primera vez como rivales… y un año después planeábamos convertirnos en marido y mujer.

El sonido de un trueno nos sobresaltó y rompimos el contacto. Bajé el brazo que tenía en alto y Zachary me sonrió.

—¿Qué? —dije a la defensiva, acercando mi mano izquierda al pecho—. No quería arriesgarme a enganchar el anillo en mi pelo o algo así. —Era imposible, claro, porque el diamante estaba perfectamente engarzado.

El inconfundible sonido de las gotas de lluvia sobre el techo llenó el ambiente.

—Oh, no. Deberíamos correr hacia la casa principal. —Miré a Starlight y dije—: Lo siento, pequeño. Te peinaré en otra ocasión, ¿vale? —Apoyé la frente en su hocico para que supiera que lo quería. Me encantó que hubiera sido testigo de ese momento mágico.

Zachary cerró la caja del set de peinado de Starlight y salimos. Al llegar a la puerta del establo, sonreí: estaba diluviando.

—Gaston tenía razón; se avecina un temporal.

—Ya hemos pasado por esto —comentó Zachary con una sonrisa.

—¿Estás insinuando lo que creo que estás insinuando? —pregunté, moviendo las cejas.

—Por supuesto que sí. Si la tormenta se pone muy fea, no tendremos más remedio que refugiarnos en una de las cabañas… que, por cierto, tienen aire acondicionado y camas nuevas.

Sonreí:

—Si no queda más remedio…

Sin título

Este es el final de la historia de Zachary. La serie continúa con la historia de Anthony.

Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.

Lista de Libros:

Los Hermanos Leblanc

Los Hermanos Maxwell

La Familia Bennett

La Familia Connor

Solteros Muy Irresistibles

Contacto de la Autora

Suscríbete a mi boletín aquí

Únete al Grupo de Lectores de Layla
